
LA HEREJÍA DE HORUS
LEGADOS DE TRAICIÓN
Que anda la galaxia

Índice

LA HEREJÍA DE HORUS

LEGADOS DE TRAICIÓN

QUE LA GALAXIA ARDA

ORIGINAL: LEGACIES OF BETRAYAL

RECOPILACIÓN Y EDICIÓN
ADEPTUS VALNCAR

Es un tiempo de leyenda.

La galaxia está en llamas. La gloriosa visión del Emperador de la Humanidad yace en ruinas. Su hijo predilecto, Horus, se ha apartado de la luz de su padre y abrazado el Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Marines Espaciales, están enfrascados en una brutal guerra civil. Hace tiempo, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos, protegiendo la galaxia y devolviendo a la humanidad a la luz del Emperador. Ahora están divididos.

Algunos permanecen leales al Emperador, mientras otros se han puesto del lado del Señor de la Guerra. Por encima de ellos, los líderes de esas legiones de miles de hombres son los Primarcas. Magníficos, sobrehumanos, es el mayor logro de la ciencia genética del emperador. Avanzan a la batalla para enfrentarse unos contra otros, la victoria es incierta para ambos bandos.

Mundos enteros arden. En Isstvan V, Horus asestó un golpe atroz y tres legiones leales quedaron casi destruidas. La guerra ha empezado. Un conflicto que envolverá a toda la humanidad en sus llamas. Mentiras y traiciones han usurpado el lugar del honor y la nobleza. Asesinos acechan en cada sombra. Se reúnen los ejércitos. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne sus fuerzas, Terra el objetivo de su ira. Sentado en el Trono Dorado, el Emperador espera la vuelta de su hijo rebelde. Pero su verdadero enemigo es el caos, una fuerza primordial que busca esclavizar a la humanidad a sus caprichosos antojos.

Los gritos de los inocentes, las súplicas de los justos resuenan junto a las carcajadas de los Dioses Oscuros. Sufrimiento y desolación aguardan si el Emperador fracasa y la guerra se pierde.

La era del conocimiento y la iluminación ha terminado. La edad de las tinieblas ha comenzado.

LA HERMANDAD DE LA TORMENTA

(Brotherhood of the Storm)

CHRIS WRAIGHT

TRADUCCION NACEX350
CORRECCIÓN VALNCAR

DRAMATIS PERSONAE

Los Primarcas

JAGHATAI KHAN: Primarca de los Cicatrices Blancas

HORUS LUPERCAL: Primarca de los Lobos Lunares

La V Legion

Cicatrices Blancas

SHIBAN KHAN: Hermandad de la Tormenta

TORGHUN KHAN: Hermandad de la Luna

TARGUTAI YESUGEI: Vidente de la Tormenta

Personajes Imperiales

ILYA RAVALLION: Departmento Munitorum

HERIOL MIERT: Departmento Munitorum



UNO

SHIBAN

Recuerdo mucho de lo que dijo, incluso ahora, pero todos aprendimos más rápido del ejemplo que de las palabras. Esa fue la manera en que nos hicimos: vimos y actuamos.

Le sacamos placer a la velocidad mientras viajábamos. Quizá fuimos demasiado lejos, demasiado rápido, aunque no me arrepiento de nada. Fuimos fieles a nuestra naturaleza, y en la prueba final fue eso lo que nos salvó.

Recuerdo mucho de él de ese tiempo, en la época cuando nuestros instintos eran simples. Muchos ejemplos, muchas elecciones permanecen conmigo incluso ahora, y soy mejor por ello.

De todas las cosas que dijo, o se supone que dijo, sólo una verdad golpeó en mi corazón. Él dijo: «Ríe cuando estés matando».

Si hubiéramos necesitado un epigrama, si alguien hubiera preguntado alguna vez lo que nos hizo lo que fuimos, a continuación, les habría dicho eso.

Nadie preguntó. Para cuando alguien se preocupó lo suficiente sobre nosotros para buscarnos, todo había cambiado. De repente nos necesitaban, pero no había tiempo para pensar el por qué.

Seguí su consejo: cuando maté, reí. Dejé que el viento helado de tirase de mi cabello suelto y sentí la sangre caliente contra mi piel. Corrí largo y fuerte, desafiando a mis hermanos a mantener el ritmo. Yo era como el herkut, el águila cazadora, libre de las pihuelas, en el aire ascendente, en lo alto en el horizonte.

Eso era lo que éramos en aquel entonces, eso era lo que nos hacía a todos. Minghan Kasurga: la Hermandad de la Tormenta.

Esa fue nuestra designación, la que utilizamos para diferenciarnos.

En privado, éramos los asesinos de la risa.

Para el resto de la galaxia, seguíamos siendo desconocidos.



Me gustaba Chondax. El planeta que había dado su nombre a todo el cúmulo estelar estaba adaptado a nuestro estilo de guerra, a diferencia de la costra de magma de Phemus o las selvas ahogadas de Epihelikon. Tenía grandes y altos cielos, sin romper por las nubes y un verde pálido como la hierba rejke. Quemamos a través de ellos en oleadas, por encima de los lugares de aterrizaje del sur y hacia fuera en la zona ecuatorial. A diferencia de cualquier mundo que yo conocía entonces ni he conocido desde entonces, nunca ha cambiado: sólo un páramo de tierra blanca en todas las direcciones, brillando bajo la suave luz de tres soles distantes. Podrías empujar la mano en esa tierra y se rompería cristalina como la sal.

Nada crecía en Chondax. Traíamos los suministros desde la órbita en Landers a granel. Cuando se fueron, cuando ya nos habíamos ido nuevamente, la tierra se cerraba sobre las marcas de quemaduras, alisándolas hasta blanquearlas.

Se curaba a sí mismo. Nuestra presencia era liviana: cazamos, matamos, y luego no quedó nada. Incluso la presa —pieles verdes, que llamamos los hain, otros orco, o vacas, o Krork— no lograron dejar una marca. No teníamos ni idea de cómo conseguían sus suministros. Habíamos destruido el último de sus pecios espaciales meses antes, dejándolos varados en la superficie. Cada vez que los sacábamos de sus nidos miserables, incendiando y convirtiendo la tierra en vidrio, el polvo blanco regresaba.

Una vez llevé a un escuadrón muy al sur, recorriendo 300 kilómetros antes de cada puesta de sol, de vuelta a donde habíamos peleado en un combate cuerpo a cuerpo brutal que duró siete días, manchando el suelo de sangre y de carbono.

Nada quedaba al pasar sobre el sitio, nada más que polvo blanco.

Revisé los localizadores de mi armadura. Jochi no me creía, dijo que no era el lugar. Estaba sonriendo, decepcionado al no encontrar nada, esperando que algunos de ellos hubiesen sobrevivido y escondido de nuevo, listos para otra pelea.

Sabía que estábamos en el lugar correcto. Entonces vi que estábamos en un mundo que no pueda ser perjudicado, un mundo que resta importancia a nuestras manchas de sangre y nuestra furia y rehacía todo cuando pasamos

de nuevo.

Esta observación fue la raíz de mi gusto por Chondax. Se lo expliqué a mis hermanos más tarde, cuando nos sentamos bajo las estrellas, calentándose las manos con indulgencia a la luz del fuego, al igual que nuestros padres habían hecho en Chogoris. Acordaron que Chondax era un mundo bueno, un mundo en el que podría llevarse a cabo una buena guerra.

Jochi sonrió tolerante mientras hablaba, y Batu negó con la cabeza llena de cicatrices, pero no me importó eso. Mis hermanos sabían que tenía el carácter poético de un khan, pero esas cosas no eran desdeñadas por los Chogorians como me habían dicho que era en otras legiones.

Yesugei me dijo una vez que sólo los poetas pueden ser verdaderos guerreros. Yo no sabía lo que quería decir con eso entonces. Podría haberse referido a mí en particular, o no podría; uno no pide a un zadyin arga que se explique a sí mismo.

Pero yo sabía que cuando nos habíamos ido, nuestras almas calentadas y purificadas por asesinato, Chondax no nos recordaría. El fuego con el que nos calentábamos, su combustible derribado por la superposición como todo lo demás, que de la vieja manera no podríamos apagar con agua ni patear terminado cuando llegase el amanecer, no dejaría mancha.

Encontré esto alentador.



Fuimos de nuevo al norte. Siempre en movimiento, siempre buscando. Así fue como nos gustaba; nos habríamos marchitado rápidamente si nos hubiéramos visto obligados a permanecer encerrados en el mismo lugar por mucho tiempo.

Me llevé a mi hermandad por los llanos; quinientos de nosotros, prístinos en nuestras armaduras de marfil carmesí. Nuestras motojets cortaban franjas en la tierra bajo nosotros, batiéndola para arriba y lanzando surcos hacia atrás. Los conducíamos ostentosamente, a sabiendas de que nadie podía dominar su poder atronador como nosotros podíamos. Cuando el tercer sol se alzó brillando entre el cielo vacío, nuestras banderolas con inscripciones brillaron y nuestras armas resplandecieron. Nos arrojamos como cometas de tierra atados, encadenados por toda la tierra plana en una punta de flecha plateada, gritando nuestra alegría, nuestra gloria y nuestro propósito.

Cuando el tercer sol se alzó en Chondax, no había sombras. Todo llegó a

nuestros ojos en bloques afilados de color. Nos miramos unos a otros y vimos detalles que nunca habíamos visto antes. Vimos el brillo de nuestros rostros de color marrón cuero, y nos dimos cuenta la edad que teníamos, del tiempo que habíamos estado en la campaña, y nos maravillamos al sentirnos más salvajes y vivaces de lo que éramos cuando niños.

Al séptimo día, cuando los soles estaban en su cúspide, vimos orcos en el horizonte. Se dirigían hacia el norte también, conduciendo largas columnas de vehículos blindados maltratados y torpes que enviaban gotas de hollín al aire y regalaron su posición.

Tan pronto como los vi, mi corazón saltó. Mis músculos se tensaron, los ojos entrecerraron, mi pulso acelerado. Sentí que mis dedos picaban al tacto de mi alabarda guan dao. El arma bendecida —un eje de metal de dos metros, hoja curva única, una obra de genios del combate cercano— no había bebido sangre desde hace muchos días, su espíritu anhelaba el sabor de nuevo y no tenía intención de defraudarle.

-¡Atacad!- grité, sintiendo el fuerte aire frío que abofeteaba ni cara expuesta. Me levanté de la silla, dejando que mi moto se balancease mientras miraba hacia el reflejo del horizonte.

Los pieles verdes no se volvieron a luchar. Siguieron adelante, surcándolo en su convoy de humo ahogado tan rápido como podían.

Cuando llegamos por primera vez a Chondax, habrían peleado. Ellos se habrían apresurado hacia nosotros, una multitud entregada bramando y en estampida, de cuyas bocas rasgadas volaba la saliva.

Pero ya no. Habíamos roto su espíritu. Les habíamos perseguido a través de la faz del mundo desarraigándolos, derrotándolos de nuevo, matándolos. Sabíamos que se estaban concentrando en alguna parte, tratando de evocar algún tipo de defensa en su número, pero incluso ellos debieron notar que el final estaba cerca.

Yo no los odio. En aquellos días yo no sabía lo que era el odio a un enemigo. Yo sabía lo fuertes, inteligentes e ingeniosos que eran, y yo respetaba eso. En los primeros días habían matado a muchos de mis hermanos. Habíamos aprendido juntos, los dos, cuáles eran nuestras debilidades, aprender a luchar en un mundo que nos dio nada y era indiferente a nuestra disputada presencia. Podían viajar rápido cuando querían. No tan rápido como nosotros —no hay nada en la creación era tan rápido como nosotros— pero eran astutos, creativos, valientes y feroces.

Pude haber sido sentimental actuando, pero no creo que nos odiaran tanto.

Ellos odiaban perder y eso roía su espíritu y mellaba sus hojas, pero no nos odiaban.

Años antes, en Ullanor, había sido diferente. Casi fuimos destruidos por ellos. Habían llegado a nosotros en una interminable marea verde, sin forma, invadiendo todo, borrachos de poder, sin límites en su magnífica, hermosa, forma de guerra. Al final fue Horus quien cambió las tornas. Horus y ÉL habían luchado allí —lo vi por mí mismo, aunque sólo desde la distancia—. Fue entonces cuando las cosas cambiaron, cuando la espalda del enemigo fue destrozada. Todo lo que quedaba en Chondax era la escoria, los últimos restos rasposos de un imperio que se había atrevido a desafiar al nuestro y casi había prevalecido.

Así que yo no odie a los que se quedaron. A veces me imaginaba cómo me sentiría si alguna vez nos encontráramos frente a un enemigo que no pudiéramos derrotar, donde no quedase otra cosa que retirarse una y otra vez, debilitándonos aún más con cada encuentro, viendo la sangre de los que nos rodean drenarse lentamente mientras el cerco se estrechase.

Yo esperaba y creía que harían lo que hicieron, seguir luchando.

-No necesité dar mis órdenes hermanos- habíamos hecho lo mismo muchas veces. Avanzamos a toda velocidad, barriendo ambos flancos del convoy en formación partida.

Era un espectáculo hacer la carrera sangrienta y el corazón cantar: quinientas motojets relucientes, tronando en escuadrones flechados de veinte, sus motores rugiendo, los jinetes gritando. Nos dispersamos por la arena resplandeciente, magníficos en nuestros librea de blanco, oro y rojo, levantando una tormenta de polvo que se arremolinaba a nuestro paso.

Hasta entonces habíamos ido de crucero, dejando que nuestras motocicletas nos llevasen de paseo. Ahora estábamos corriendo, con el pelo largo rompiendo alrededor de nuestras hombreras y nuestras hojas parpadeando a la luz de los soles.

Nos fijamos en los vehículos enemigos —vehículos grandes y voluminosos, semiorugas o de ruedas desequilibradas— meciéndonos y balanceándonos mientras los pieles verdes empujaban más los motores jadeantes. Columnas del humo se desplegaban de brechas en el blindaje. Vi orcos sueltos sobre plataformas de armas, rotando para apuntarnos con lanzacohetes remendados y armas de energía ennegrecidas.

Vi sus bocas con colmillos abiertas —nos gritaban algo—. Todo lo que oí fue el rugido traqueteante de las motojets, el soplo del viento, el gruñido de los

motores xenos.

Nuestras motojets tenían bólters pesados en la punta, pero los mantuvimos en silencio. Ninguno de nosotros disparó. Los barrimos de cerca, desviándonos justo antes de estar al alcance de las armas enemigas, observando y trazando nuestros pasos individuales. Estábamos buscando los puntos débiles, los lugares por los que empezar.

Erdini tenía sus ángulos equivocados y le dispararon demasiado cerca. Me volví de la silla para verlo recibir una salva cohetes en el pecho, disparada de un semioruga piel verde y haciendo tirabuzones antes de golpearlo. Fue arrojado de la silla por la explosión. Antes de que yo saliese de rango lo vi estrellarse en el suelo, rebotando y rodando junto con su pesada armadura.

Anoté mentalmente entonces que, si viviera, Erdeni pagaría por su error.

Entonces nos pusimos a trabajar.

Nuestras motocicletas se abalanzaron, golpeando de cerca, tejiendo y rodando por el huracán de fuego enemigo. Abrimos fuego con nuestros bólters pesados, un rugido explosivo fracturado que se ahogó brevemente con estruendo de los motores. Abrimos brecha en el convoy, abrasando a nuestro paso tambaleantes semiorugas, dejando devastación a nuestra estela.

Yo estaba en la punta de la flecha, disparando duro sobre mi montura, gritando en el salvaje frenesí de batalla, zambulléndome entre rayos de energía y cohetes, sintiendo la vibración de la percusión de mi bólter, convirtiendo en chatarra todo ante mí.

Estaba perdido en la vitalidad de la misma. Los soles estaban arriba, estábamos concentrados, el furioso combate y el aire helado corrían claros sobre nuestro blindaje. Nunca quise algo más que eso.

El convoy se quebró. Los vehículos más lentos tenían primero su armadura penetrada y luego se sacudieron con las explosiones. Motores monstruosos recibieron disparos en el eje y se estrellaron de cabeza en la tierra. Los tráileres se alzaron hacia arriba, cayendo y rodando luego. Fragmentos de chatarra se elevaron por la fuerza de las explosiones internas. Las motojets estriaron a su paso, segando como lanzas arrojadas a través de la carnicería.

Me acerqué a mi presa elegida, de pie sobre la silla, guiando mi veloz montura con las piernas y sacando mi alabarda del fleje trasero.

Mis diecinueve hermanos de la Minghan-keshig se acercaron a mi lado,

comprometidos con la misma trayectoria. Giramos y corrimos a través de la densa lluvia de armas de energía ardientes y proyectiles sólidos. Jochi estaba allí, al igual que Batu y Jamyang y los otros, todos se agacharon sobre el chasis hundimiento de sus motos con su sangre hirviendo y el éxtasis en sus ojos.

Mi presa estaba en el centro del convoy —un enorme ocho ruedas coronado por una columna irregular de armas giratorias y lanzagranadas—. Una plataforma había sido montada en lo alto de un chasis de suspensión inestable, alrededor del cual colgaban gruesas placas de armadura saqueada, pintada en tonos de rojo y verde. Muchas decenas de orcos se daban empellones para alcanzarla: algunos de ellos armados, algunos operando las armas montadas en el vehículo. Dos enormes chimeneas vomitaban humo en la parte trasera mientras toda la estructura se inclinaba, estrellándose junto con el resto del convoy colapsado.

No eran tontos, ni fueron lentos. Una tormenta de rayos escupidos surcaron hacia nosotros, quemando mientras rozaban nuestros oídos y arando la tierra debajo. Recibí un impacto en mi hombrera y me aparté hacia mi izquierda. Detrás de mí otra moto fue derribada en una orgía de fuego borrosa y escombros mientras su carena caía.

En el último momento me lancé, impulsado por mi servoarmadura y salí disparado hacia la plataforma. Caí a través de la barrera y sobre la superficie inclinada, haciendo fluir mi guan dao en un arco sangriento tan pronto como aterricé. El disruptor ardió, dejando vetas de plata brillante en el aire mientras la hoja azotaba.

Me vanagloriaba en el uso de la alabarda. Bailaba en mis manos, rotando y golpeando, limpiando la plataforma de orcos. Me abrí paso entre ellos, rompiendo huesos y aplastando armaduras. Los orcos se alejaron de mí tambaleándose y aullando.

Rugí de placer, mis miembros ardiendo, mis hombros envueltos en una fuente de sangre brillante por los soles. Mis corazones latían, mis puños volaron, mi espíritu se elevó.

Uno grande se acercó, su brazo izquierdo destrozado por un disparo de bólter. Venía hacia mí con la cabeza baja, las garras ávidas. Llevaba un cuchillo oxidado; la hoja dio la vuelta.

El guan dao arremetió, desmembrando el brazo del monstruo por la muñeca. Luego la hoja cambió de dirección tan rápido que la punta parecía cortar el aire mismo en una mancha de crepitante energía, estallando su cabeza abierta en una nube de sangre y hueso.

Antes de que el cuerpo se estrellase en la cubierta me movía de nuevo cortando, girando, saltando, balanceándome. Mis hermanos se unieron a mí, arrojándose desde sus motos a la plataforma. Apenas había espacio para todos nosotros; teníamos que matarlos rápidamente.



Jochi se llevó a cabo uno de los operadores de armas, conduciendo su hoja hacia la columna de la criatura y arrancando la cadena de huesos con una floritura. Batu se metió en problemas luchando contra dos a la vez, y fue golpeado fuertemente en la cara por su error. Su barbilla ensangrentada espetó y se tambaleó al borde de la plataforma. Proyectiles martillearon su coraza pero no lograron sacarlo de la misma.

No vi cómo terminó su pelea —para entonces ya me acercaba al señor de la guerra—. Avanzó pesadamente hacia mí, sacando a los de su propia clase fuera del camino en su afán de entrar en combate. Me reí al verlo, no por burla sino de la aprobación y deleite.

Su piel era oscura y arrugada con cicatrices grisáceas. Blandía un enorme martillo con cabeza de hierro a dos manos y el arma rugía al moverse.

Me distancié, esquivando sus dientes afilados por un dedo de ancho. Entonces me acerqué de nuevo, con mi guan dao temblando de energía enojada mientras funcionaba. Le alcancé dos veces, desgajándole pedazos de su blindaje pesado, pero no cayó.

Maniobró de nuevo, lanzando el martillo en un arco contundente. Me agaché bruscamente usando la inclinación de la plataforma, desviándome hacia abajo y con barrido trasero de la alabarda me equilibré. Éramos como bailarines en una ceremonia mortla, conectando golpes de ida y vuelta y nuestros movimientos eran rápidos, cerrados, pesados.

Atacó de nuevo, su rostro contorsionado por la rabia espumosa, acumulando su inmensa fuerza en un escalofriante y sibilino barrido transversal. Si ese ataque me hubiese alcanzado, habría muerto en Chondax, lanzado desde la plataforma móvil y conducido hacia el polvo con la espalda espetada y mi armadura destrozada.

Pero lo había visto venir. Ese era nuestro estilo de guerra —amagar, atraer, enfurecer, provocar el desliz que dejase al descubierto la defensa—. Cuando el martillo se movía, yo sabía hacia dónde iba y cuánto tiempo tenía para evadirlo.

Salté. La alabarda brillaba como si girase en una rueda, la hoja giraba en mis manos y alrededor de mi cuerpo contorsionado. Me elevé sobre la torpe estocada del orco, desembocando la punta del guan dao hacia abajo, aprovechando que lo empuñaba a dos manos.

La bestia miró aturdida, justo a tiempo para ver a mi cuchilla brillante hundirse a través de su cráneo. Sentí el trinchado y la bofetada de la carne que ofrecía, sacada con gubia del cráneo en una espuma sanguinolenta por el descendente campo de energía.

Hice resonar la hoja de nuevo sobre la cubierta, liberando en parte la alabarda y moviéndola a mi alrededor en una floritura sangrienta. Los restos descuartizados del señor de la guerra cayeron ante mí. Me puse de pie sobre ellos un solo latido, con la guan dao zumbando en la mano. A mi alrededor podía oír los gritos de batalla de mis hermanos y la agonía de nuestras presas.

El aire se llenó de gritos, con rugidos, con el rechinado y el crack de las armas, con las nubes infladas de promethium ardiendo, con las fuertes quemaduras de los propulsores de las motojets.

Yo sabía que el fin llegaría rápidamente. No quería que terminara. Quería seguir luchando, sentir el poder de mi Primarca hirviendo a través de mis músculos.

-¡Por el Gran Khan!- grité, rompiendo de nuevo en movimiento, sacudiendo la sangre de mi arma y buscando más. **-¡Por el Khagan!**

Y a mi alrededor mis hermanos, mis queridos hermanos de la Minghan se hicieron eco de la llamada, perdidos en su mundo impecablemente salvaje de rabia, alegría y velocidad.

No nos vamos hasta que todos ellos estaban muertos. Cuando la última lucha había terminado, acechamos entre los escombros con palas cortas en nuestras manos, terminando con los xenos que aún respiraba. Cuando terminamos, empapamos los vehículos con su propio combustible y les prendimos fuego. Cuando el fuego se apagó, volvimos sobre los restos con nuestros propios lanzallamas y armas de plasma, pulverizando cualquier cosa mayor que el puño de un hombre.

No podías ser demasiado cuidadoso. Eran buenos en regresar, los pieles verdes, incluso después de que pensases que los había matado de la forma más completa que imaginases posible.

A veces, en el pasado, no habíamos tenido cuidado. Ser cuidadosos no estaba en nuestra sangre, y eso nos costó. Tratamos de aprender, mejorarnos a nosotros mismos para recordar que la guerra no era siempre una cuestión de persecuciones gloriosas.

Para cuando nos fuimos en dirección norte, las montañas de metales calcinados ya se estaban erosionando y siendo sofocadas por el viento que traía la tierra. No quedó nada, nada prevaleció. Era como un sueño. O tal vez éramos nosotros los sueños, deslizándonos sobre la blanca superficie de un mundo indiferente.

Dejamos cuatro hermanos de la Minghan detrás, incluyendo a Erdeni, que había escapado del castigo al tener el pecho reventado hacia afuera. No los quemamos. Sangjai, nuestro emchi, extrajo sus semillas y los despojó de armadura. Luego expuso sus pieles desnudas al viento y el cielo abierto a los soles y nos llevamos sus motos y equipo.

En Chogoris habíamos aprendido estas costumbres para evitar que las bestias de la Altak tuviesen algo para alimentarse cuando las lunas creciesen. Nunca habíamos sido un pueblo de derrochadores. No había bestias viviendo en Chondax salvo nosotros y el hain, pero la costumbre nos había seguido por las estrellas y nunca la cambiamos.

Tratamos de aprender, mejorarnos a nosotros mismos, pero no cambiamos todo. El núcleo de nosotros, las cosas que nos diferenciaban y hacían sentirnos orgullosos, eran lo que habíamos llevado desde nuestro mundo de origen y mantenido seguro, guardado como una llama protegida por una palma copada. Pensé entonces que todos nosotros en la Legión sentíamos lo mismo por esas cosas. Volviendo la vista atrás, sin embargo, estaba ciego a muchas verdades.



Un día más tarde, llegamos a nuestras coordenadas de reabastecimiento.

Sí, vimos los elevadores a granel desde la distancia, descendiendo y ascendiendo en columnas. Eran enormes: cada uno llevaba cientos de toneladas de raciones, municiones, partes de máquinas, equipos de medicae; todo lo necesario para mantener un ejército móvil en la caza. En los años en que la campaña Chondax había estado a plena marcha la demanda era incesante, surcando sus rutas entre los transportes que cuelgan en órbita y las estaciones avanzadas sobre el terreno.

-No tendremos que usarlos pronto- observé a Jochi cuando pasamos por un elevador que bajaba: un leviatán bulboso mantenido a flote por sus motores de aterrizaje, brillantes por el calor que exhalaba.

-Habrá otros campos de batalla- dijo.

-No para siempre- le contesté.

Pasamos junto a los puntos de aterrizaje. En el momento en que llegamos a la principal guarnición del complejo un único sol todavía se mantenía por encima del horizonte, la luz quemando naranja en un cielo de color verde oscuro. Sombras prohibían nuestro camino, tibias contra la pálida tierra.

La estación de suministro siempre había sido temporal, construida con elementos prefabricados que serían llevados de nuevo a la flota cuando ya no fuesen necesarios en Chondax. Sólo sus torres de defensa, que asomaban por encima de las paredes exteriores y llenas de armamento parecían que tomaría algún tiempo en desmantelarlas cuando llegara el momento. El polvo blanco escalaba las paredes en suaves dunas, llevándose el rococemento y el metal. El planeta odiaba las cosas que habíamos construido sobre ella. Las erosionaba, roía, tratando de sacudirse las motas de permanencia que había clavadas en su piel constantemente cambiante.

Una vez las motojets estaban en los hangares-armería, di orden a mis hermanos de que fuesen a los habitáculos de la guarnición y sacasen el máximo provecho de su corto tiempo de descanso. Parecían bastante felices de hacerlo; su resistencia era inmensa pero finita, y habíamos estado de caza mucho tiempo.

Me dirigí en busca del comandante de la guarnición. A pesar de que había caído la noche las calles polvorientas del asentamiento provisional estaban atestadas de actividad: cargadores moviéndose entre los almacenes repletos de munición y cajas de suministro, sirvientes escabulléndose de los talleres a las bahías armerías, tropas auxiliares con los colores de la V Legión inclinándose respetuosamente a mi paso.

Encontré al comandante en un búnker de rococemento en el corazón del complejo de la guarnición. Como el resto de los mortales llevaba ropa de protección y un respirador: la atmósfera de Chondax era demasiado delgada y demasiado fría para la gente común; sólo nosotros y los orcos la toleraban sin ayuda.

-Comandante- dije, agachándome bajo la puerta cuando entré en su habitación privada. Se levantó de la mesa, inclinándose torpemente, obstaculizado por su traje ambiental.

-Khan- respondió, hablando densamente través de la boquilla de su casco.

-¿Nuevas órdenes?- le pregunté.

-Sí, señor- dijo, cogiendo una placa de datos y entregándomela. **-Los planes de asalto se han acelerado.**

Eché un vistazo a la placa de datos que me dio. El texto brillaba en la pantalla, sobre un mapa de la zona de guerra. Los símbolos indicando las formaciones enemigas se habían contraído, retirándose hacia un único punto hacia el noreste. Símbolos localizadores de las hermandades de la V Legión les seguían, procedentes de todas direcciones. Me complace ver que mi Minghan estuvo al frente del cerco.

-¿Van a participar?- le pregunté.

-¿Señor?

Le di al comandante una mirada dura.

-¡Ah!- dijo, dándose cuenta a la que me refería. **-No lo sé. No tengo datos sobre su paradero. El keshig los mantiene para sí.**

Asentí con la cabeza. Era de esperar. Sólo mi ardiente deseo de verlo en la batalla de nuevo —esta vez a corta distancia— me hizo preguntar.

-Saldremos tan pronto como nos sea posible- le dije, ofreciendo a una sonrisa en el caso de que mi tono con él hubiese sido demasiado brusco. **-Tal vez, si hacemos grandes progresos, seremos los primeros a su lado.**

-Tal vez, pero no solos. Se combinarán con otra hermandad.

Levanté una ceja. Durante todo el tiempo que habíamos estado en Chondax, habíamos operado por nuestra cuenta. A veces nos habíamos ido sin reabastecernos o directrices durante meses, sobre las planicies interminables con nada más que nuestros propios recursos. Había disfrutado de esa libertad, todos lo hicimos.

-Tiene las órdenes completas esperándole, selladas por seguridad- dijo el comandante. **-Muchas hermandades se están combinando para las carreras finales de ataque.**

-Así que, ¿con quién nos estamos uniendo?- le pregunté.

-No tengo esa información. Tengo las coordenadas de su posición.

Discúlpeme, tenemos mucho para procesar y algunos datos del mando de la flota han sido… carentes de detalles.

Podía creérmelo y lo hice, por no culpar al hombre ante mí. Debí dejar que mi sonrisa se ampliase con ironía, porque pareció relajarse un poco.

No éramos un pueblo afectuoso. Éramos inexpertos con los detalles.

-Entonces espero que su khan sepa cabalgar- fue todo lo que dije. **-Tendrá que ponerse al día con nosotros.**



No pasó mucho tiempo antes de conocernos.

Mi motorizada hermandad reequipada se dirigió sin problemas al noreste. Muchas de las motojets habían sido reemplazadas o reparadas por los servidores de la armería y el sonido de sus motores estaba y sonaba más limpio. Siempre hemos tenido el orgullo de nuestra apariencia, pero el corto parón en las operaciones había permitido que parte de la suciedad fuese retirada de nuestras placas de armadura, que ahora deslumbraban bajo los tres soles.

Sabía que mis hermanos estaban inquietos. Mientras los largos kilómetros pasaban en un resplandor de arena blanca y cielo esmeralda pálido se pusieron cada vez más impacientes, más ansiosos de ver señales de presas en el horizonte vacío.

-¿Qué haremos cuando hayamos matado a todos?- preguntó Jochi a medida que avanzábamos. Estaba dando potencia a su motojet de forma casual, dejándola girar y encabritarse con el viento de cara como si fuera un ser vivo. **-¿Qué será lo siguiente?**

Me encogí de hombros. Por alguna razón, no estaba de humor para hablar de ello.

-Nunca los mataremos a todos- dijo Batu. Su cara todavía púrpura con hematomas de su pelea en la plataforma. **-Si se acaban criaré más por mi cuenta.**

Jochi se rio, pero el sonido tenía un deje débil, signo de un esfuerzo excesivo.

Estaban rodeando el tema, pero todos sabían que estaba allí, deslizarse por debajo de la superficie de nuestras bromas y especulaciones. No sabíamos lo

que teníamos por delante para nosotros una vez la Cruzada terminase.

Nunca nos había dicho lo que habían planeado. Tal vez, cuando estaban solos con su propios consejeros compartían los mismos recelos, aunque me resultaba difícil imaginar que él tenga dudas, igual que me era difícil imaginar algo parecido a la incertidumbre en su mente. Cualquiera que fuse el futuro para nosotros cuando la lucha acabase, yo sabía que iba a encontrar un lugar para nosotros dentro de ella, como siempre había hecho.

Quizás Chondax había penetrado bajo nuestra piel. Nos hacía sentirnos efímeros, fugaces a veces. Nos hizo sentir como, si no tuviésemos raíces, y que las viejas certezas se habían vuelto extrañamente poco fiables.

-¡Los veo!- gritó Hasi, cabalgando por delante. Se puso de pie en la silla, con el pelo largo fluyendo tras él. **-¡Allí!**

Entonces los vi: una nube de blanco contra el cielo, indicando vehículos que circulaban a gran velocidad. Su rastro era nada comparado con el producido por los pieles verdes. Era demasiado limpio, demasiado claro, y estaban moviéndose demasiado rápido.

Sentí un estremecimiento de inquietud, y rápidamente lo aplaqué. Sabía de lo que partía; el orgullo, la falta de voluntad de compartir el mando, el resentimiento de ser ordenado.

-Veamos entonces quiénes son entonces- dije, el ajustando el rumbo y acercándome al penacho de polvo frente a mí. Podía verlos ralentizando, girándose a nuestro encuentro. Esta hermandad sin nombre.

Desmonté para saludar a mi contrario. Él hizo lo mismo. Nuestros guerreros esperaban a cierta distancia detrás de nosotros, unos frente al otros, aún alzados sobre sus monturas al ralentí. Su fuerza parecía ser del mismo tamaño, quinientas monturas más o menos.

Era más alto que yo, por una mano de ancho. La piel de la cabeza al descubierto era pálida, su mentón anguloso y el cuello grueso. Llevaba el pelo corto, recortado casi hasta la piel. La larga cicatriz ritual de su mejilla izquierda era vívida y en relieve, lo que indicaba que la incisión se había hecho en temprana edad adulta. Sus rasgos eran francos, no los fuertes y oscuros a los que estaba acostumbrado.

Era terrano, entonces. La mayoría de nosotros eran de Chogoris, compartíamos atributos similares: piel morena, cabello negro aceitado largo, un nervudo marco que agrupaba músculos incluso antes de que la implantación los aumentase aún más. Esa uniformidad, por lo que

descubrimos, vino de nuestros orígenes perdidos como colonizadores. Los terranos de la legión, procedentes de la cuna de nuestra especie mucho antes de que la Cruzada llegase a nosotros, eran más diversos: algunos tenían carne el color de la leña quemada y otros tan pálida como nuestra armadura.

-Khan- dijo, haciendo una reverencia.

-Khan- le contesté.

-Yo soy Torghun- dijo, hablando en Khorchin. No me sorprendió, pues había sido la lengua de la Legión durante los ciento veinte años desde que el Señor de la Humanidad se había dado a conocer a nosotros. Los terranos se habían adaptado rápidamente, ansiosos por asumir la parafernalia de su Primarca recién descubierto. Encontraron más fácil hablar nuestro idioma que nosotros el suyo. No sé por qué fue.

-Yo soy Shiban de la Hermandad de la Tormenta- dije. **-¿Por qué sois conocidos?**

Torghun dudó por un momento, como si le hubiera preguntado algo descortés o extraño.

-De la Luna- dijo.

-¿Qué luna?- le pregunté, ya que el término se utiliza Khorchin no especificaba.

-Terra sólo tiene una luna- dijo.

Por supuesto, pensé, reprendiéndome. Me incliné de nuevo, ansioso por asegurar que existía un estado de cortesía entre nosotros y no cualquier otra cosa.

-Entonces, tengo el honor de pelear contigo, Torghun Khan- dije.

-El honor es mío, Shiban Khan.



No pasó mucho tiempo antes de estar de nuevo en movimiento. Nuestras hermandades viajaron unos junto a otros, permaneciendo en las formaciones que cada uno había adoptado antes de unirse. Mis guerreros adoptaron sus puntas de flecha, ellos en filas sueltas. Más allá de eso, no había mucho que nos diferenciase.

Me gusta pensar que me di cuenta de algunas diferencias de menor importancia desde el principio —la forma sutil de manejar sus motos o su comportamiento en la silla— pero en realidad no estoy seguro de que lo hiciese. Ellos eran tan competentes como nosotros, y parecía probable que fuesen igual de mortales.

Yo y mi Minghan-keshig rodamos mezclados con Torghun y los suyos a sugerencia mía. Estaba decidido a que debíamos llegar a conocernos un poco más los unos de los otros antes de ser arrojados a la acción. Hablábamos entre nosotros mientras conducíamos, gritando por encima del ruido sordo de los motores, dejando los Voxes a un lado y disfrutando del poder de nuestras voces naturales. Era algo natural para mí, pero Torghun inicialmente pareció incómodo.

Mientras rugíamos por las llanuras bajo nosotros, estalló una nube de polvo blanco por la poderosa corriente de nuestras máquinas, nuestra conversación se abrió un poco.

-¿Estabas en Ullanor?- le pregunté.

Torghun mostró una sonrisa seca, y sacudió la cabeza. -**Ullanor ya se había convertido en una insignia de honor para las legiones que participaron, y si no habías sido parte de ella, se necesitaba una razón de por qué.**

-En Khella, sometiéndola- dijo. Antes de eso, sin embargo, habíamos estado cumpliendo servicio con los Lobos Lunares, por lo que los he visto pelear.

-Los Lobos Lunares- dije, asintiendo con satisfacción. **-Puros guerreros.**

-Hemos aprendido mucho de ellos- dijo Torghun**. -Tienen ideas interesantes sobre la guerra, las cosas que haríamos bien en estudiar. Me he convertido en un creyente del sistema de adscripción: las Legiones han crecido demasiado separadas. La nuestra en particular.**

Me sorprendió oírle hablar así, pero traté de no demostrarlo. Al ver las cosas, lo volví del revés: si alguien tenía la culpa del aislamiento de la V Legión entonces recaía en los que nos pasaron por alto y empujaron a los márgenes. ¿Por qué estábamos en Chondax, persiguiendo a los restos de un imperio que hacía tiempo había dejado de ser una amenaza para la Cruzada? ¿Los Lobos Lunares habrían asumido el trabajo, o los Ultramarines o los Ángeles Sangrientos?

Pero no traté de decir nada de eso.

-Estoy seguro de que tienes razón- le dije.

Torghun se acercó a mi lado entonces, reduciendo las diferencias entre las motos en movimiento a menos de un metro.

-Antes, cuando me preguntaste cuál era nuestra denominación, dudé- dijo.

-No me di cuenta- le dije.
-Lo siento. Fue descortés. Es sólo que… ha pasado mucho tiempo desde que usamos esos nombres. Ya sabes lo que ha pasado, hemos sido cada uno de nosotros por nuestra cuenta durante mucho tiempo.

Sostuve su mirada inquieta, sin entender sus intenciones.

-No hubo descortesía.

-Mis hombres rara vez me llaman khan. La mayoría prefiere «capitán». Estamos acostumbrados a ser la Compañía 64.º de los Cicatrices Blancas. Ayuda utilizar esos términos. Las demás legiones, en su mayor parte, los utilizan también. Por un momento, me olvidé de la designación anterior. Eso es todo.

No sé si le creí.

-¿Por qué la 64.º?- pregunté.

-Es la que nos dieron.

No le pregunté nada más. No le pregunté quien había hecho esa elección ni por qué. Tal vez debería haberlo hecho entonces, pero esas cosas nunca me habían interesado. Los aspectos prácticos de la guerra siempre me habían absorbido, las demandas de lo inmediato, de lo que está a mano.

-Llámate a ti mismo lo que quieras- dije sonriendo, **-siempre y cuando mates hain. Eso es todo lo que a él le importará.**

Torghun pareció aliviado cuando lo dije, como si se hubiese preocupado por decir algo que había resultado, al final, ser un asunto menor.

-Entonces ¿estará allí con nosotros?- preguntó. **-¿Al final?**

Aparté la vista de Torghun y lejos del horizonte por delante. Estaba vacío, una línea ininterrumpida brillante, fría. En algún lugar, sin embargo, ellos se reunían frente a nosotros, para forzar la batalla final de un mundo que ya habían perdido.

-Espero que sí- dije con seriedad. **-Espero que él esté allí.**

Entonces robé una mirada rápida a Torghun, repentinamente preocupado por si iba a ahondar en ese sentimiento, verlo como algo risible.

-Pero nunca se sabe- dije, tan ligeramente como pude. **-Es esquivo. Todos dicen lo mismo de él.**

Sonreí de nuevo, para mí ese momento.

-Esquivo. Igual que un berkut. Eso es lo que dicen todos.



DOS

ILYA RAVALLION

Vi Ullanor por primera vez desde la cubierta tripulación de la flota del lander Electiva XII. La lucha había acabado tres meses estándar antes y espacio local seguía repleto de naves de guerra. Nos lanzaron rápidamente desde esos enormes gigantes que colgaban, y el oscuro barniz de la superficie del planeta se acercaba llenando las pantallas.

Era extraño, verlo con mis propios ojos al fin. Durante mucho tiempo, Ullanor había dominado todos mis pensamientos al despertarme. Podía recitar estadísticas: cuántos miles de millones de hombres fueron transportados en cuántos millones de transportes de tropas, el número de cajas de suministros varios se habían dejado desde cuántos transportadores de carga, el número de víctimas que había costado (real) y el número de xenos que matamos (estimación). Sabía hechos que casi ninguna otra persona en el ejército sabía, los perfectamente inútiles como el grado de plastiacero usado en las cajas de raciones estándar y los absolutamente esenciales, como el tiempo que costó llevar esas cajas a la línea del frente.

Algunas de estas estadísticas nunca me dejarían. Otras personas, imaginé, lamentaban no poder retener la información. Nunca me arrepentí de no ser capaz de perderla.

Desde que era joven había pensado en mis habilidades eidéticas como una maldición. Al final resultó que el Ejército Imperial valoró mis aptitudes. Había hecho todo el camino generalmente con ellos, y así me convertí en uno de

tantos grises, anónimos, miembros de la maquinaria de guerra. No nos dieron muchos elogios una vez la lucha había terminado, recibiendo un montón de abusos por parte de comandantes de campo estresados mientras la guerra estaba en marcha, pero si no hubiéramos existido entonces no habría habido victorias para celebrar. La guerra no sucede por capricho de los guerreros: era planeado, orquestado, alimentada por suministros y habilitado por transportes.

Habíamos sido el Cuerpo Logisticae por un tiempo, entonces una división dentro de la administración naval. Luego —brevemente— supervisado por la gente de Malcador. Sólo poco antes del nombramiento del Señor de la Guerra fuimos disociados para formar un Departamento completo, con todas las ventajas burocráticas que nos trajeron.

Departamento Munitorum. Un nombre austero para un trabajo necesario.

Se cometieron errores, sin duda. Confusión sobre coordenadas planetarias, equipamiento no estándar de las Legiones. Durante un tiempo, incluso tuvimos dos flotas expedicionarias que operaban bajo la misma designación numérica en lados opuestos de la galaxia.

Traté de relajarme en mi asiento estrecho, sintiendo el movimiento de golpeteo de entrada en la atmósfera. No tenía ganas de pensar en lo que estaba por venir, una vez hicimos el descenso planetario, así que me esforcé para distraer mi mente mirando las vistas.

La superficie del mundo se veía devastada. Nubes oscuras corrían por su superficie, rota y desordenada como gruñidos de lana de acero. La tierra bajo ellas era una masa arrugada de barrancos y desfiladeros, esterilizando a través de continentes enteros como masas de pequeños pliegues craneales.

Sólo en una zona de Ullanor ese trastorno había sido domesticado. Antes de salir había oído historias de contactos del Mechanicum sobre lo que le habían hecho a los restos de la fortaleza de Urrlak, y en aquel entonces no me lo había creído mucho. Les gustaba presumir de lo que podían hacer a los mundos una vez ponían sus manos augménticas en ellos.

Cuando miré fuera del portal y hacia abajo, a lo que habían hecho, les creí. Vi la ruta de la procesión victoriosa, una cicatriz de rocacemento de cientos de kilómetros de largo. Traté de calcular el ancho de la plaza ceremonial que estaba viendo podría haber sido cuanto, ¿200 kilómetros cuadrados? ¿Dos veces ese tamaño? Brillaba bajo la cubierta rota de nubes como el ébano pulido, una llanura colosal de piedra alisada con el único propósito de dar al emperador un lugar adecuado para su triunfo.

Qué pieza de maquinaria es la humanidad, pensé entonces. Que infinitas facultades nos hemos dado a nosotros mismos.

El transbordador se hundió hacia la cubierta de nubes. Empecé a sentir náuseas, y miré hacía otro lado.

Yo sabía que el Emperador había quedado atrás; de regreso, por lo que me dijeron, a Terra. También sabía que el Señor de la Guerra —como pensábamos en él entonces— aún estaba a bordo de su nave insignia, pero no sabía cuánto tiempo pensaba quedarse. Hubiera sido bueno conocerlo para poder empezar a pensar en el reabastecimiento de la 63.ª Flota Expedicionaria, pero no tenía ningún sentido tratar de fijar un Primarca a los detalles, y menos ese Primarca.

En cualquier caso, mi misión no se refería al Señor de la Guerra. Se trataba de uno de sus hermanos, de quien yo conocía muy poco, de oídas, y que tenía la reputación de ser —entre otras cosas— difícil de rastrear.

No me gustaba oír eso. No me gustaba la idea de gastar semanas esperando una audiencia y me conformaba con la de serme concedida una al menos.

Cerré los ojos, sintiendo la estructura de la nave temblando.

Las cosas que hacemos por el Emperador, pensé.



Heriol Miert parecía cansado, como si no hubiera dormido en días. Su uniforme verde oscuro estaba arrugado y las líneas bajo los ojos eran profundas, como si hubieran sido grabadas en tinta.

Me dio la bienvenida en su cuartel general improvisado con la arrastrada, vidriosa mirada de un hombre que realmente necesitaba ver una cama pronto.

-¿La primera vez en Ullanor, general?- preguntó mientras subíamos las escalera a su despacho privado.

-Lo es- le dije. **-Y me perdí toda la acción.**

Miert rio, una sonrisa cansada.

-Todos lo hicimos- dijo. **-Nosotros somos los que queda.**

Entramos en la habitación: una caja enmarcada en acero modesto en lo alto de una columna de unidades de administración prefabricadas (de origen terrano supuse, por el prensado del marco). Estábamos muy lejos de donde la ceremonia de investidura del señor de la guerra había tenido lugar, pero a través de las ventanas podíamos divisar las grandiosas torres en el horizonte. Unos titanes solitarios todavía caminaban por toda la vasta extensión de piedra, sus enormes contornos brumosos en las nubes a la deriva.

Comencé a catalogar mentalmente sus tipos: Warlord, Reaver, Nemesis… y tuve que detenerme.

-Entonces, ¿cómo está usted coronel?- le pregunté, sentándome en una silla de metal y cruzando las piernas.

Miert se sentó frente a mí, y se encogió de hombros.

-Las cosas se están haciendo más fáciles ahora- dijo. **-Creo que podemos estar orgullosos, considerando todas las cosas.**

-Estoy de acuerdo- le dije. **-¿Cuál es tu próximo destino?**

Miert sonrió.

-Retiro- dijo. **-Licenciamiento con honores, luego regreso al hogar en Targea.**

-Felicidades. Te lo has ganado.

-Gracias, general.

Envidiaba Miert un poco. Había cumplido con su deber y se iba mientras las cosas iban bien. En esa etapa, aún a varios años vista de mi propia jubilación, tenía muy poca idea de cuál era el papel que le esperaba por mí. Los rumores a través de la jerarquía del ejército hablaban de una desmovilización a gran escala. Nos estábamos quedando sin planetas que conquistar, después de todo.

No es que apelase a la jubilación. Otros lo habían hecho y había visto qué tipo de vida podría ser vivida después acabar el servicio. Yo no quería sudar tinta a través de los datos para siempre. La idea de continuar indefinidamente, terminando con tu deber sólo en la muerte, me parecía deprimente.

-Así que quieres saber acerca de los Cicatrices Blancas- dijo Miert, sentado en su silla.

-Me dijeron que sabes más que nadie aquí.

Miert se rio de nuevo, cínicamente.

-Es posible que sí. No lo dé por sentado tan a ligera.

-Dime lo que sabes- dije. **-Todo será útil.**

Miert cruzó sus brazos.

-Servir de enlace con ellos ha sido una pesadilla. Una pesadilla. He servido sobre todo con Lobos Lunares aquí, y son un sueño: hacen lo que dicen que van a hacer. Ellos nos mantienen informados, hacen pedidos razonables. Los cicatrices bueno, nunca se sabe dónde están ni lo que quieren. Cuando finalmente aparecen son muy, muy buenos pero ¿de qué me sirve eso? Para entonces tengo batallones de reserva quedándose sin alimentos y kits sin usar reposando en almacenes por medio sector.

Negó con la cabeza.

-Son frustrantes. No escuchan, no consultan. Hemos perdido hombres por eso, estoy seguro.

Miert me lanzó una mirada de reojo a continuación.

-¿Es por eso por lo que estás aquí?- me preguntó. **-¿Por eso quieres verlos?**

Sonreí tolerante.

-Sólo los hechos, por favor- le dije.

-Lo siento. Por lo que sé, no tienen vínculos estrechos con las otras legiones. Ellos no son hostiles exactamente, sólo… no cercanos. Ellos conservan muchas costumbres de Mundus Planus.

-Chogoris.

-Lo que sea. En cualquier caso, es algo extraño. No utilizan denominaciones de rango estándar. Ni siquiera utilizan compañías ordenadas; es todo «del halcón» esto y «de la lanza» aquello. Puedes imaginarte lo difícil que lo hace para coordinarse con cualquier otra persona que no son ellos.

-¿Qué hay del Primarca?- le pregunté.

-No sé nada. Literalmente, no sé nada. Los otros le llaman el Khan, pero los capitanes Cicatrices Blancas se llaman khan, por lo que no ayuda. Ni

siquiera sé dónde estaba luchando al final. Fue visto, por lo que me han dicho, en el balcón junto a los Primarcas cuando el Emperador estaba aquí, pero es difícil de conseguir datos fiables de lo que pasó antes de eso.

Miert sonrió para sí, la mirada que un hombre decía cuándo se ha pasado mucho tiempo lidiando con tareas imposibles, pero pronto estará libre de ellos.

-Y están obsesionados con la cortesía. ¡Cortesía! Cuando te encuentras con ellos, asegúrate de saber sus títulos y utilizarlos correctamente. Ellos sabrán todos los tuyos. Si transportan armas ceremoniales o cualquier cosa de valor, vas a querer saber acerca de eso también.

No llevaba nada de valor. Mi vida era muy organizada, exacta, para molestarse con espadas antiguas. Me preguntaba si debería tratar de saber el origen de algo.

-¿Qué hay de los Videntes de la Tormenta?- le pregunté.

-Tienen su papel- dijo Miert. -**Simplemente no sabemos cuál es. Hay diferentes teorías: que son como bibliotecarios, que son completamente distintos. Hay un rumor de que Magnus el Rojo los tiene en alta estima. O puede que no.**

Extendió sus manos, admitiendo la derrota.

-¿Lo ves?- dijo. **-Es desesperante.**

-Este Vidente de la Tormenta, el que has convencido para conocerle- dije. **-¿Es alto? ¿Tiene el oído del Khan?**

-Espero que sí- dijo Miert. **-Era bastante difícil de encontrar, y tuve que reclamar unos cuantos favores. No me culpes si no lo es, sin embargo. Honestamente, hicimos lo que pudimos.**

No me sentía como si estuviera aprendiendo mucho.

-Estoy seguro de lo hiciste, coronel- le dije. **-Vamos a tener que conformarnos y esperar lo mejor. ¿O acaso hay algo más?**

Miert me dio una mirada un tanto traviesa.

-Puedes haber notado un parecido superficial con la Sexta Legión, los lobos de Fenris- dijo Miert. **-Ya sabes, todo bárbaro.**

Entonces me arrolló con sus ojos.

-No toques el tema- me advirtió. **-Hemos acabado quemados por eso antes. Les molesta mucho.**

-¿Por qué?

-No lo sé. ¿Resentimiento? Pero, en serio, no lo toques.

-Entonces lo haré, coronel- dije, sintiéndome más pesimistas acerca de la próxima reunión con cada bocado equívoca de la información que surgía. Necesitaba más. Necesitaba detalles. Esas eran las cosas que me hacían funcionar. **-Gracias. Has sido de gran ayuda.**



Tomé un tractor, un Aurgean RT-56 de tipo Enyiad por el patrón de sus huellas, desde la llanura del triunfo hacia los yermos tras ella. Era incómodo y caliente. El aire sabía a arena, y era imposible no imaginar el hedor de esporas de orco debajo de todo.

No se hizo fácil de encontrar, como Miert había advertido. Nunca me dio la impresión de que estaba siendo deliberadamente difícil, sólo que él no tenía absolutamente ninguna preocupación si me encontraba con él o no. Su baliza brilló dentro y fuera de la existencia mientras viajábamos, bloqueado por las densas filas de rocas ondulantes que nos rodeaba. Cuando por fin llegué hasta él habíamos estado viajando por más de cuatro horas y tres cuartos.

Hice lo que pude para lucir presentable antes de desembarcar. Alisé el pelo canoso y ajusté los pliegues de mi uniforme. Tal vez debería haber hecho un mayor esfuerzo. La apariencia física siempre ha sido la menor de mis preocupaciones, un rasgo que la edad sólo había acelerado.

Ahora era demasiado tarde. Tomé un trago de agua caliente de mi cantimplora y sequé un poco mi sudosa frente.

Debió habernos visto venir. Incluso entonces no hizo ningún esfuerzo para venir a nosotros, permaneciendo en lo alto de una larga cresta que era demasiado empinada para que el tractor lo intentase. Lo dejé en la base de la misma, dando un paso en la superficie polvorienta, la superficie real de Ullanor, por primera vez desde que descendía al planeta.

-Quedaos aquí- dije a la tripulación del tractor, incluido el equipo de seguridad que Miert había enviado conmigo. No me preocupaba demasiado

por mi seguridad, pero me preocupé de ofenderlo si subía acompañado de una multitud.

Entonces empecé a subir. No estaba en la mejor forma: años de presentaciones de informes en bóvedas del Administratum no me habían dado un cuerpo curtido en la batalla y nunca me había molestado mucho en tratamientos rejuvenecedores.

Me preguntaba lo que iba a hacer conmigo cuando me viese: una mujer delgada, de rostro duro con uniforme de general. Sentí mi piel sudorosa de nuevo como antes de empezar y los pliegues que alisé del uniforme arrugados. Me vería débil, posiblemente ridícula.

Le encontré cuando llegué a la cima. Mi pie resbaló con piedras sueltas y me tambaleé contra la roca. Extendí la mano derecha, con la esperanza de coger el borde del risco. En lugar de piedra, mis dedos se agarraron a una mano blindada. Me sostuvo con firmeza.

Levanté la vista, sorprendida, y me encontré mirando a dos ojos de oro en un rostro de piel marrón.

-General Ilya Ravallion, Departamento Munitorum- dijo el dueño de la cara, inclinando la cabeza cortésmente. **-Ten cuidado.**

Tragué saliva, agarrando su guantelete con fuerza.

-Gracias- le dije. **-Lo haré.**

Su nombre era Targutai Yesugei. Me lo dijo tan pronto me había quitado el polvo y recuperé el aliento. Nos pusimos de pie, ambos, en la cresta. Los barrancos secos y desfiladeros de Ullanor huían de nosotros en todas direcciones, un laberinto de escombros y grava carbonizada. Por encima de nosotros, nubes oscuras flotaban.

-No es un gran mundo- dijo.

-Ya no- asentí.

Su voz era como la voz de todos los Marines Espaciales que había encontrado alguna vez: baja y resonante, tranquila, subiendo desde su pecho del barril de crudo, rebotando por los lados de un pozo profundo. Si en algún momento decidiera aumentar su tono, supe que podría ser terriblemente fuerte. En aquel entonces, sin embargo, era un sonido curiosamente tranquilizador entre las secuelas de la devastación.

Él no era tan alto como algunos que había conocido. Incluso vestido con su armadura de placas, tuve la impresión de una cierta enjuta: un marco compacto, de un cuerpo delgado bajo el sol templado. Su cabeza lampiña estaba coronada con una larga trenza de pelo que serpenteaba hacia abajo alrededor de su cuello. Tenía tatuajes hechos en la piel de las sienes. No podía entender lo que significaban, parecían como las letras de un idioma que yo no entendía. Llevaba un bastón rematado con un cráneo y llevaba una capucha brillante como el cristal sobre los hombros de su armadura.

En medio de un entramado de otras cicatrices ritualistas, tenía una amplia marca irregular corriendo por su mejilla izquierda, desde poco menos de la cuenca del ojo casi hasta la barbilla. Sabía lo que era. Durante mucho tiempo, esa costumbre había sido lo único que había conocido de ellos. Se la hacían a sí mismos una vez habían sido iniciados. Fue lo que hizo que recibieran su nombre.

Sus ojos parecían de oro. Sus iris eran casi de bronce, y los blancos eran de un color amarillo pálido. No me esperaba eso. No sabía entonces si todos ellos eran así, o si era sólo él.

-¿Luchaste en este mundo, Ilya Ravallion?- me preguntó.

Habló en un gótico torpe, con una gruesa acento gutural. No me esperaba eso.

-No lo hice- le dije.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Me mandaron a buscar una audiencia con el Khan.

-¿Sabes cuántas se conceden?

-No lo sé.

-No muchas- dijo.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios de color marrón mientras hablaba. Su piel se arrugaba con cada sonrisa, entrecerrando los ojos. Parecía que sonreía a menudo y fácilmente.

En esos primeros intercambios, no podía saber si estaba jugando conmigo o si hablaba en serio. Su entrega recortada hacía difícil adivinar su significado.

-Tenía la esperanza, señor, de que usted me pudiese ayudar.

-Entonces, ¿no quieres hablar conmigo? Me utilizas para llegar a él.

Decidí seguir siendo sincera.

-Es correcto- dije.

Yesugei soltó una risotada. Era un sonido fuerte, duro como el viento seco, aunque no sin humor.

-Bien. Yo soy una especie… de intermediario. Eso es lo que hacemos, los zadyin arga; hablamos de unos a otros. Mundos, universos, las almas… es lo mismo.

Todavía estaba tensa. No podría decir si las cosas iban bien. Una gran parte plan se basaba en la reunión a la que había sido enviada para arreglar, y sería difícil volver después sin haber logrado nada. Al menos, pensé, Yesugei seguía hablando, lo que tomé como una buena señal.

Todo el tiempo me fijé en los detalles, almacenándolos lejos en mi mente, trabajando de forma automática. No podía ayudarme a mí misma.

Su armadura es una Mark II. ¿Indica conservadurismo? El cráneo de su bastón es inidentificable. Fauna chogoriana, sin duda. ¿Equina? Consultar con Miert más tarde.

-Si usted tuviera su audiencia- me preguntó **-¿qué le dirías?**

Había temido esa pregunta en particular, a pesar de que había sido obligado a subir.

-Perdóneme señor, es sólo para sus oídos. Se trata de negocios entre la Quinta Legión y el Administratum.

Yesugei me lanzó una mirada astuta.

-¿Y qué dirías si metiese la mano en su mente, en este momento, y tomase la respuesta? No piense que usted está protegida de mí.

Me puse rígida. Tan pronto como hizo la sugerencia sabía que podía hacerlo.

-Lo impediría si pudiera- le dije.

Él asintió con la cabeza otra vez.

-Bien. Sin embargo, en caso de que usted estuviese preocupada yo no lo

estaría.

Me sonrió de nuevo. Contra toda expectativa, me encontré relajándome. Era extraño, ya que estaba de pie al lado de una máquina de matar blindada, imponente, psíquicamente cargada.

Habla un gótico sorprendentemente pobre. ¿La razón es una inadecuada comunicación con el centro? Había asumido aptitud lingüística: puede que lo tenga que revisar.

-Admiro la perseverancia, general Ravallion- dijo Yesugei. **-Usted ha trabajado duro para encontrarme aquí. Siempre trabaja duro, desde que empezaste.**

¿Qué significaba eso? No esperaba que me hubiesen investigado. Tan pronto como lo pensé, sin embargo, me reprendí a mí misma: que creía, ¿qué eran realmente salvajes?

-Te conocemos- continuó. **-Nos gusta lo que vemos. Me pregunto, sin embargo, ¿cuánto nos conoces? ¿Sabes lo que dejas entrar por tratar con los Cicatrices Blancas?**

Por primera vez, su sonrisa sugería algo parecido a la amenaza.

-**No lo sé. Pero puedo aprender.**

-Tal vez.

Se apartó de mí, volviendo la vista sobre el paisaje ardiente y oscuro. No dijo nada. Apenas me atrevía a respirar. Permanecimos de pie uno junto al otro mientras las nubes deslizaban por encima, los dos encerrados en el silencio.

Después de mucho tiempo así, Yesugei volvió a hablar.

-Algunos problemas son complejos, la mayoría no lo son. El Khan no concede muchas audiencias. ¿Por qué? No mucha gente se lo pregunta.

Se volvió hacia mí.

-Veré lo que puedo hacer. No abandones Ullanor. Si hay buenas noticias encontraré la manera de ponerme en contacto con usted.

Luché para ocultar mi alivio.

-Gracias- le dije.

Me dirigió una mirada casi indulgente.

-No me des las gracias todavía. Sólo dije que lo intentaré.

Un crudo humor profundo bailaba en esos ojos de oro cuando me miraba.

-Dicen que es esquivo. Se oye mucho eso, pero escucha: no es difícil de alcanzar, sino que está en el núcleo. Dondequiera que esté, ese es el núcleo. Parecerá que ha roto el círculo, desviado hacia el borde, hasta el final, y entonces verás que el mundo ha llegado a él y ha estado esperando todo el tiempo. ¿Entiendes?

Le miré a los ojos.

-No lo he entendido, Khan Targutai Yesugei del zadyin arga- dije, fiel a mi política de honestidad y con la esperanza de haberme aprendido los títulos adecuados. **-Pero puedo aprender.**



TRES

TARGUTAI YESUGEI

Tenía dieciséis años. Eran años de Chogoris, pensé, los cuales son cortos. Si hubiese nacido en Terra habría tenido doce.

A veces pienso que nuestro mundo nos obligó a crecer rápidamente —las estaciones pasaban rápidas— y aprendimos las habilidades de supervivencia muy pronto. Ya en la alta Altak, el tiempo puede cambiar tan de repente, de heladas a un sol abrasador, que tenías que ser ágil con los pies. Tenías que aprender a cazar, alimentarte por ti mismo, hacer o encontrar un refugio, entender lo tortuoso, equilibrarte con la política de nuestros muchos clanes y pueblos.

Pero tal vez no crecimos con la suficiente rapidez. En los días posteriores a la llegada Señor de la Humanidad a nosotros, encontramos que nuestros caminos del guerrero —nuestra velocidad, nuestra destreza— nos hacía fuertes. No nos detuvimos a reflexionar sobre cuáles eran nuestras debilidades. Esa tarea se la dejamos a otros para que nos las mostrase, para cuando ya era demasiado tarde para cambiar.

Antes de venir no sabía que había otros mundos, poblados por otros hombres con otras formas de ser. Sólo sabía de un cielo y una tierra, y parecía infinito y eterno. Ahora que he visto otras tierras y marchó a la guerra bajo sus cielos extraños, encuentro mi mente volviendo a Chogoris a menudo. Se redujo en mi imaginación, pero también se volvió más preciado. Me gustaría volver si pudiera. No sé si eso será posible alguna vez.

Más de un siglo ha pasado desde que era un niño. Tendría que ser más prudente y haber dejado mis recuerdos tras de mí, pero nunca dejamos atrás nuestra infancia: la llevamos con nosotros, y nos susurra, nos recuerda los caminos que podríamos haber tomado.

Tendría que ser más prudente y no escuchar, pero lo hago. ¿Quién no escucha la voz de sus recuerdos?

Estaba solo entonces. Había ido a las montañas de la Ulaav, caminando por los pasos altos. Esas montañas no son altas, no como las de Fenris o Qavalon. No son tan majestuosas como el poderoso Khum Karta, donde se erigió

nuestra fortaleza-monasterio muchos años más tarde. El Ulaav son montañas antiguas, agotadas por milenios de vientos de todo el Altak. En verano, un piloto puede coronar las cumbres y nunca salir de la silla de montar, en invierno sólo los berkut y los fantasmas pueden soportar el frío.

Había sido enviado allí por el Khan. Eran los días en que estábamos siempre en guerra, ya fuera entre sí o contra las fuerzas de la Khitan, y un niño con los ojos de oro era un premio valioso para todos los bandos.

Más tarde, leí relatos de esas guerras escritos por rememoradores imperiales. Luché para hacerlo pero, para mi vergüenza, nunca entendí su lengua, como debería haberlo hecho. Muchos de nosotros en la Legión tenían tales luchas. Quizás el Khorchin y el gótico fueron demasiado lejos el uno del otro para facilitar la comprensión. Tal vez fue por eso que nosotros y el Imperio siempre estábamos con propósitos cruzados, incluso al principio.

En cualquier caso, esos rememoradores referían a lugares que nunca he oído hablar de los hombres que nunca vivieron, como el Palatino de Mundus Planus. No sé de dónde sacaron esos nombres. Cuando luchábamos contra el Khitan llamábamos a su emperador por su título: Khagan, un khan de kanes. No teníamos ni idea de su nombre real, pero lo descubrí más tarde. Se llamaba Ketugu Suogo. Como mantenemos tan pocos registros de la nuestros, este conocimiento es escaso. Soy posiblemente uno de los pocos que quedan que lo sabe, y cuando yo me haya ido, su nombre se habrá ido también.

¿Tiene importancia? ¿Importa que estuviésemos luchando contra un hombre que nunca vivió en un mundo del que nunca he oído hablar? Yo creo que sí. Los nombres son importantes, la historia es importante.

Los símbolos son importantes.

Estaba solo porque tenía que ser así. El Khan no habría enviado un bien tan preciado en las montañas si él pudiera haberle ayudado. Por decisión propia, me habría rodeado de hombres de su keshig, jurando protegerme del enemigo que pudiese seguir el rastro de mi vulnerabilidad y arrebatarme.

Por desgracia para él, la prueba de los cielos sólo funcionaba en una sola mente. Tuvimos dioses extraños y tímidos en Chogoris; sólo se mostraban a las almas solitarias y sólo cuando la tierra se levantó para encontrarse con el cielo infinito y el velo entre los reinos era delgado y peligroso.

Así que, aun sabiendo qué peligro me esperaba, los guerreros del Khan me dejaron a los pies de las montañas y me dirigí hacia las alturas solo. Una vez empecé a caminar no miré atrás. El aire ya estaba mordiendo, silbando bajo

mi caftán áspero y rozando contra mi carne. Me estremecí, acurrucando mis brazos a mi pecho y manteniendo la cabeza gacha.

Los valles de las montañas Ulaav eran famosos y bellos. Los deshielos habían creado lagos de cobalto en los últimos recodos, a la sombra de los Picos. Bosques de pinos corrían por las escarpaduras con capas de color verde oscuro, denso y brillante como una armadura laqueada. El cielo por encima de las cumbres era de cristal: claro, tan intensamente azul que dolían los ojos al mirarlo. Todo allí era duro, severo y limpio. Incluso en mi estado de semicongelación me conmoví. Comprendí al acercarme a los lugares altos por qué los dioses se quedaron aquí.

Aparte de eso, no sentí nada: ni visiones, ni poderes mágicos, ni explosiones de fuerza sobrenatural. La única marca de mi singularidad era mis ojos, y no habían hecho nada hasta el momento, pero me traían problemas. Si no hubiera sido por el Khan probablemente estuviese muerto hace mucho, pero reconoció mi potencial antes que yo. Era un hombre con visión de futuro, con una visión para Chogoris que yo era demasiado joven para comprender. También sabía lo útil que podía serle para él si estaba en lo cierto.

Subí más alto, siguiendo los pasos que eran pocas veces pisados y eran poco más que impresiones claras en piedra suelta. Para cuando paré, mi cabeza brillaba sobre el pálido aire, estaba en lo alto de los riscos del este y pude ver lo lejos que había llegado.

Ambas lunas de Chogoris destacaban arriba, aunque el sol aún no se había puesto en el norte. Estaba mirando a través de la vasta extensión del Altak oriental, la llanura interminable de matorrales de hierba que escapaba más allá de lo que nadie jamás había viajado. Desde mi atalaya, podía ver pequeñas chispas de los incendios campales en la selva, separados por enormes distancias vacías y pasado por alto por el cielo encapotado.

Esas tierras eran del Khan pensé, aunque en aquellos días aún estaban disputadas por otras tribus y clanes. Más allá del horizonte oriental, estaban los reinos de la Khitan.

Nunca había visto tanto hasta ahora. Me senté, apoyado en una plataforma de roca desnuda, mirando la vista ante mí. Aves nocturnas revoloteaban en lo alto, y vi las primeras estrellas saliendo en el helado cielo azul.

No sé cuánto tiempo pasé allí, una sola alma expuesta en los flancos de la Ulaav, temblando mientras la noche caía sobre el mundo.

Debería haber hecho un fuego. Debería haber empezado a hacer un refugio. Por alguna razón, no hice nada de eso. Tal vez estaba cansado de la subida, o

mareado por el escaso aire, pero me quedé donde estaba, con las piernas cruzadas, mirando a través de la Altak oscureciéndose, hipnotizado por las diminutas luces doradas brillando en la llanura, que eran esclavizadas por sus hermanas de plata en la bóveda del cielo.

Sentí que estaba en el lugar correcto en ese momento. No necesitaba hacer nada, ni cambiar nada, ni mover nada.

Si algo iba a pasar, me pasaría a mí aquí. Lo esperaría, tan paciente como un aduu bajo refugio.

Podía encontrarme. Había hecho suficiente viaje.

Desperté de repente.

Tenía que haber sido mucho más tarde. El cielo estaba oscuro terciopelo, salpicado con una capa brillante de las estrellas. Hogueras distantes todavía brillaban en la llanura, ahora sumido en un profundo azul. Hacía mucho frío, y el viento agitaba las ramas secas que me rodeaban.

Uno a uno, vi los fuegos a través del Altak morir. Su existencia se apagó, dejando la llanura más vacía, un vacío sin nada que lo rompiese.

Traté de moverme. Me di cuenta que podía subir más, nadando por el aire como si fuera agua. Bajé la vista hacia mí y vi un cuerpo elegante, revestido de plumas. Me elevé rápidamente, rodeando las alturas, sintiendo la brisa levantar mis alas temblorosas.

Las montañas cayeron por debajo de mí. La curva del horizonte del mundo se redujo. Al este, donde estaban las tierras de los Khitan, vi más luces apagarse. Todo el planeta se deslizaba en la oscuridad.

Revolotee, inclinándome un poco en los fuertes vientos. Grité y escuché el crii de un ave nocturna. Me sentí como si fuera el único ser viviente en la creación.

Pronto estuve a solas con las estrellas. Seguían brillando plateadas en el espacio por encima de mí. Volé cada vez más alto, batiendo mis alas contra el reducido aire.

Pasé entre ellas. Vi luces encendidas en las bóvedas del cielo. Vi violentos incendios y rizos de llamas parpadeando en la oscuridad. Vi cosas que no reconocí, poderosas cosas férreas con proas como rejas de arados, desgarradas y reducido a piezas a la deriva. Fuerzas demasiado inmensas para mí comprensión luchaban a través del vacío sin caminos.

Así que estos son los dioses, pensé.

Pasé entre los restos de esas cosas, maravillado por las formas y símbolos tallados en fragmentos de metal giratorio. Vi una criatura serpentina de muchas cabezas en relieve sobre un fragmento, la cabeza de un lobo en otro. Entonces vi un letrero que reconocí: un rayo cayendo en oro y rojo, la marca eterna de los kanes.

Una parte de mí sabía que esas cosas eran visiones, y que mi cuerpo estaba donde lo había dejado en la ladera de la Ulaav. Otra parte de mí, tal vez la más sabia, reconoció que estaba viendo algo real, algo más que real, que se sustentaba como los polos de un ger sustentan la tela.

Entonces, como los incendios en la Altak, los incendios en las estrellas se desvanecieron. Todo se volvió oscuro. Sabía, sin embargo, que no me estaba quedando dormido de nuevo. Sabía que algo iba a venir por mí.

Estaba en la llanura. Era mediodía y el sol quemaba blanco en el cielo vacío. El viento bajó de las montañas, haciendo crujir la maleza, hierba y tiraba de mi caftán.

Miré hacia abajo y vi una taza en la mano izquierda. Era de barro, al igual que todas las copas del Ordu. Un líquido de un rojo sangre lo llenaba casi hasta el borde.

Miré hacia arriba una vez más, protegiendo mis ojos del sol penetrante, y vi a cuatro figuras de pie delante de mí. Sus contornos temblaban, como si se rompieran por neblina de calor, excepto porque no hacía calor.

Todos tenían los cuerpos de los hombres y las cabezas de los animales. Uno tenía la cabeza de un ave de plumas azules con los ojos de color ámbar. Uno tenía la cabeza de una serpiente, uno tenía la cabeza de un toro de ojos rojos, uno tenía la cabeza en descomposición de un pez, ya amarillento con la putrefacción.

Todos ellos me miraron, brillando por la luz directa. Alzaron sus brazos y me apuntaron.

Ninguno de ellos habló. No tenían labios humanos con los que hablar. Con todo, yo sabía lo que querían que hiciera. De alguna manera sus pensamientos tomaron forma en mi mente, tan claros y diáfanos, como si yo mismo los hubiese convocado.

Bebe, me dijeron.

Bajé la vista hacia la copa en la mano izquierda. El líquido de su interior estaba caliente. Algo de espuma se había quedado en el borde. Sentí un impulso repentino de romperla. Levanté la copa a medio camino de mi boca, mi mano temblaba mientras lo hacía.

Sabía que algo importante se contenía ahí, pero me contuve. Mis instintos luchaban dentro de mí.

Bebe, me dijeron.

El tono de su mando me dio que pensar. No sabía por qué querían que lo hiciese.

Fue entonces cuando le vi. Él vino desde la dirección opuesta. Tenía la forma de un hombre también, pero el halo de luz a su alrededor me hizo difícil hacer mucho más aparte de eso. No podía ver su rostro. Venía hacia mí, y sabía que, sin saber cómo, había viajado desde muy, muy lejos.

Él no me dio ninguna orden. Aparte de eso, era como las cuatro figuras bestia. Había alguna relación entre ellos, algo que podía sentir, pero no entendía. Los cuatro tenían miedo de él. Supe entonces que, si yo bebía de la copa, entonces estaría desafiándole, a ÉL. Si no bebía, estaría desafiando a ellos.

Todos nos quedamos así por espacio de muchos pensamientos. Los cuatro me señalaron. El hombre envuelto en la luz se acercó a mí, sin parecer que se acercase.

Bebe, me dijeron.

Levanté la copa a los labios. Tomé un sorbo. El líquido tenía un sabor complejo: dulce, para empezar, a continuación, amargo. Sentí que fluía por mi garganta, caliente y vital. Tan pronto como había empezado, sentí ganas de seguir bebiendo. No quería nada más que tragármelo todo, drenarlo hasta las heces.

Bebe, me dijeron.

Después de ese sorbo, bajé la copa, poniéndome en cuclillas cuidadosamente y apoyándola en la tierra ante mí. Pese a toda mi atención, se derramó un poco, manchando mis dedos. Entonces di un paso lejos de ella.

Hice una reverencia a los cuatro, no queriendo ofenderles. Hablé, sin saber de dónde venían las mismas.

-Es lo cortés tomar una pequeña cantidad. Eso es suficiente para nosotros.

Los cuatro bajaron sus brazos. No me lo ordenaron de nuevo. El hombre se detuvo, quedándose donde había estado cuando lo vi por primera vez.

Sentía que había decepcionado a todos ellos. Tal vez, sin embargo, había decepcionado menos a ÉL que a ellos.

La visión comenzó a desvanecerse. Podía sentir la dureza del mundo real reafirmarse. La llanura iluminada por el sol delante de mí como el agua rizada, y vi las lagunas de la oscuridad debajo de ella.

Quería quedarme. Sabía que mi regreso al mundo de los sentidos sería doloroso.

Volví a mirar al hombre, con la esperanza de reconocer algo de su rostro antes de que el sueño terminase.

No vi nada, pero la luz parpadeaba y rodaba alrededor de un núcleo de brillo. No había calor en esa luz, sólo brillantez. Era como un sol frío.

Cuando su luz se marchó, sin embargo, sentí la pérdida de la misma.

Me desperté, de verdad esta vez, temblando por el frío. Mis piernas me dolían, y estaban tan rojas como la carne cruda. Traté de moverme y me sentí picos de dolor en las articulaciones. Todo dolía, me sentía desollado.

Era el amanecer. A mis pies las llanuras eran lechosos con la niebla. Vi a una punta de flecha de aves scud a través de ella, moviéndose igual que nuestras formaciones de guerreros a caballo. Líneas pálidas de humo se elevaban a través de la niebla, los últimos restos de los incendios que habían ardido durante la noche.

Me obligué a moverme. Después de un tiempo, lo peor del dolor empezó a disminuir. Corrí y agité los brazos, desentumeciendo mis rodillas y codos. La sangre comenzó a fluir alrededor de mi cuerpo otra vez. Todavía estaba muy frío, pero el movimiento ayudó.

Todavía podía recordar mis visiones. Sabía lo que eran. Uig, viejo zadyin arga del Khan me había dicho que esperarse. Esa era la prueba de los cielos: una vez llegaron las visiones, nunca dejarían de hacerlo.

No sabía cómo sentirme acerca de eso. Por un lado, era la confirmación de lo que siempre había creído acerca de mí mismo. Por otro, presagiaba una vida

de soledad.

Un zadyin arga no era un guerrero. Él no viajó a los llanos con armadura laqueada luchando por su Khan: su vida era solitaria, encadenada a la región de Gers, protegido en todo momento y obligado a mirar a través de vísceras y escrutar las estrellas. La posición tenía su honor, pero no del más alto. Al igual que todos los chicos de la tribu, soñé con cabalgar por las estepas, llevando la guerra a los enemigos de mis hermanos y de mi Khan.

Mientras permanecía temblando en las laderas de la Ulaav, observando la ebullición niebla lejos de las llanuras, las contemplé diciéndoles que había fallado la prueba, que mis ojos dorados eran nada más que una extraña afección inofensiva.

Incluso comencé a preguntarme si las cosas que había visto habían sido nada más que sueños, de esos que todo el mundo tiene. Traté de hacerme creer eso.

Entonces miré hacia abajo, a mis manos. Los extremos de los dedos todavía estaban manchados de rojo.

Metí las manos en las mangas de mis ropas, si querer mirarlos. Poco a poco, comencé a caminar de regreso por donde había venido.

Yo había pasado de una forma de ser a otra durante la noche. El cambio fue profundo, y me llevaría años aprender gradualmente cuán profundo. En aquel entonces, sin embargo, sentía que casi nada había cambiado. Todavía era un niño, y no sabía nada de los poderes que despertado a la vida en mi interior.

Incluso ahora, más de un siglo después, sigo siendo un niño en ese sentido. Todos lo somos, aquellos de nosotros con el poder: sabemos tan poco, vemos tan imperfectamente…

Y eso es a la vez una gran maldición y una bendición, porque si supiéramos más y viésemos mejor, entonces seguramente nos hubiéramos vuelto locos.

Me llevó más tiempo bajar desde las alturas de lo que me había tomado subirlas. A menudo me tropecé, deslizándome por los bancos sueltos de guijarros con mis miembros entumecidos. Cuando salió el sol totalmente mi ritmo mejoró. Sólo paré cuando me acercaba al nivel de las llanuras, de vuelta en la cabecera del valle del que partía el día anterior.

Vi lo que quedaba del campamento de mi escolta desde la distancia, y de inmediato supe que algo andaba mal. Me agaché junto al tronco de un árbol

y entrecerré mis ojos, mirando el largo y sinuoso curso del río rumbo donde los guerreros del Khan me habían dejado.

Los aduun habían desaparecido. Vi cuerpos en el suelo en torpes posturas. Sentí que mi corazón se aceleraba. Doce guerreros habían venido conmigo a las montañas, doce cuerpos yacían en el suelo alrededor de los restos del incendio.

Me acerqué al tronco. No tenía ni idea de qué hacer. No solo sabía que tenía que volver al lado del Khan, sino que estaba ahora peligrosamente expuesto. Las llanuras no eran lugar para viajar solo y no había escondites fuera del Altak.

Habría esperado más si no fuese porque ya los había oído venir por mí. Desde algún lugar más arriba, oía el chasquido de las ramas y las voces fuertes y descuidadas de los soldados cantando en un idioma que yo no conocía.

Una sola palabra pasó por mi mente, enfriando mi sangre.

Khitan.

De alguna manera había pasado desapercibido en el camino: debían haber estado cazándome en las tierras altas, y sólo la pura suerte me había llevado por delante de ellos sin ser detectados.

Estaban cerca, arrasando a través de la maleza. Por lo que sabía había más de ellos, arrastrándose por el Ulaav como hormigas fuera de un nido pateado.

No me detuve a pensar. Corrí, lanzándome fuera de la protección de los árboles y cayendo donde los hombres del Khan habían sido asesinados. A pesar de que me resbalé y me deslicé por el camino empinado que podía oír los gritos de los Khitan cuando me vieron pararon en su persecución.

Corrí tan fuerte como pude, sintiendo mis pulmones arder mientras mi respiración se hizo pesada. Corrí como en una carrera de animales, impulsado por el miedo. No miré atrás.

Mi único pensamiento era destrabarme de los cazadores para salir a terreno abierto, para encontrar al Khan. Dirigía la banda de guerra más poderosa del Altak, que crecía cada día. Él sería capaz de protegerme, incluso si el Khitan que me persiguiera cientos de veces.

Pero tenía que encontrarlo. De alguna manera, tenía que mantenerme con vida el tiempo suficiente para encontrarlo.

Conocía su reputación. Sabía que se movía sin previo aviso, pasando de un lugar a otro para mantener a sus enemigos adivinando. Incluso Uig, que podía ver todos los caminos, lo había llamado el berkut: el águila cazadora, el que llega más lejos, el esquivo.

Tales pensamientos no ayudaban. Obligué a mi mente a permanecer fija en la tarea. Seguí corriendo, saltando por encima de zarzas y esquivando rocas. Las voces de mis cazadores me siguieron, y oía sus botas golpear contra la tierra seca.

No tenía más opción. Todos los caminos del futuro habían reducido a un solo curso, y no pude hacer otra cosa que seguirlo.

Bajé de la montaña, las llanuras de pastos más allá. No tenía plan, ni aliados, y poca esperanza. Todo lo que tenía era mi vida, recién enriquecida con visiones de otro mundo. Tenía intención de luchar por ella, pero aún no sabía cómo.



CUATRO

SHIBAN

Sabíamos que iban a luchar al final. Una vez llegaron allí no había donde huir, por lo que se volvieron y nos hicieron frente.

Habían elegido un buen lugar para hacer su defensa. Alto en el hemisferio norte de Chondax, las blancas llanuras interminables finalmente se arrugaban en un laberinto de barrancos y picos recortados, una cicatriz en la cara abierta del mundo, que era visible desde el espacio. Nunca habíamos penetrado profundamente en esa región, optando por borrar a los orcos de las llanuras primero. Era terreno defensivo natural: difícil de entrar, fácil de ocultarse en él.

Cuando nuestros operadores auspex lo vieron desde la órbita lo llamaron teghazi: La Amoladora. Creo que era su idea de una broma.

Me puse de pie en la silla, mirando hacia el primero de los numerosos acantilados que se levantan en el horizonte norte. Pude ver largas estelas de humo que se elevaban desde el corazón de la agrupación de rocas.

Llevé los magnoculares a mis ojos e hice zoom en los artefactos de metal que habían sido colocados en medio de la piedra, brillando bajo la luz del sol. Los orcos habían construido muros en las entradas de los estrechos barrancos, utilizando material despojado de sus propios vehículos. Sabiendo que no los necesitarían más, habían convertido su único medio de desplazamiento en su único medio de defensa.

Aprobé eso.

-Están bien posicionados- dije mientras escaneaba a través de las fortificaciones.

-Lo están- dijo Torghun, de pie a mi lado y también usando los magnoculares. Nuestras dos hermandades se extendían detrás de nosotros en sus formaciones de asalto, esperando la orden de avanzar. **-Veo armas fijas. Tienen muchas.**

Barrí mi punto de vista hacia la más cercana de las bocas barranco que nos

enfrentamos. Las paredes eran claramente visibles, colocadas más atrás entre las fauces del barranco y encadenadas a través del piso barranco en una línea de paneles y puntales metálicos atornillados. Pude ver orcos patrullando a lo largo de la parte superior de ellos. Como señalaba Torghun, había torres de armas colocadas más arriba, en las laderas quebradas.

-Esto va a ser difícil- aseveró.

Torghun rio.

-Lo será, Shiban.

En los días desde que habíamos unido fuerzas, no encontré fácil de entender a Torghun. A veces se reía y no sabía por qué. A veces me reía y me miraba extrañado.

Era un buen guerrero, y creo que los dos nos respetábamos a la hora de sacar la lanza. Habíamos destruido dos convoyes más antes de haber llegado a La Amoladora y había visto de primera mano cómo luchaba su hermandad.

Eran más estructurado que nosotros. Raramente daba a mis hermanos órdenes una vez un el combate empezaba: confiaba en ellos para cuidarse a sí mismos. Torghun daba órdenes a sus guerreros todo el tiempo, y los seguía cada instante. Ellos utilizaban la velocidad, como nosotros, pero eran más rápidos adoptando posiciones de fuego cuando el combate se hizo más estático.

Algunas tácticas nunca las vi adoptar. Nunca se retiraban, fingiéndolo a fin de sacar al enemigo.

-Nosotros no nos retiramos- dijo entonces.

-Es eficaz- había contestado.

-Es más eficaz hacerles saber que nunca lo harás- me había dicho, sonriendo. **-Cuando los Lobos Lunares van a la guerra, el enemigo sabe que nunca dejarán de llegar, todo el tiempo, una oleada tras otra, hasta que acabase. Es una poderosa reputación que tienen.**

Apenas podía argumentar contra el historial de la legión del Señor de la Guerra. Los había visto pelear. Eran impresionantes.

Así que, mientras escaneaba las defensas pieles verdes, tenía poca idea de lo que propondría Torghun. Temía que iba a defender esperar hasta que otra Minghan alcanzase nuestra posición, y no me entusiasmaba discutir con él.

Quería mantener nuestro impulso, ya que sabía que otras hermandades ya estaban combatiendo en los lados más alejados del enorme complejo de barrancos. Si tuviésemos el honor de luchar junto al Khagan —que seguramente estar en el centro de la acción— entonces tendríamos que permanecer a la vanguardia del círculo cerrándose.

-No quiero esperar- dije con firmeza, poniendo mis magnoculares abajo y mirando a Torghun. **-Podemos romperles.**

Torghun no respondió de inmediato. Siguió mirando a los acantilados distantes, buscando debilidades. Con el tiempo se detuvo y me miró.

Sonrió. Había visto esa sonrisa de antes, uno de los pocos gestos que compartimos. Sonreía antes de entrar en batalla, al igual que yo.

-Creo que tienes razón, hermano- dijo.

Llegamos duro por el flanco izquierdo de nuestro objetivo, concentrándonos rápido para atacar veloces, abrasando a través de las llanuras en escuadrones compactos. Me agaché en la silla, agarrando los mandos de mi montura, sintiendo la animal rutina de los motores, las duras vibraciones de los ardientes propulsores, los impulsos violentos del espíritu-máquina enjaulado. Mis hermanos se extendían a mis lados, corriendo a través de la tierra blanca en perfecta formación.

La entrada del desfiladero que habíamos elegido era estrecha: doscientos metros de diámetro según el auspex, y bloqueado por los defensores. Dimos un amplio rodeo, usando los acantilados que sobresalían a cada lado de sus fauces para enmascarar nuestra aproximación. Sentí mi pelo trenzado dar latigazos contra mis hombreras. Nos comimos el terreno, devorándolo, rompiéndolo en un resplandor de furioso movimiento.

Habíamos programado nuestra carrera para coincidir con la salida del tercer sol. Cuando surgió detrás de nosotros refulgió sobre la plata, cegando a los defensores de nuestro avance, clamé a recibirlo.

-¡Por el Khagan!- rugí.

-¡Por el Khagan!- fue la respuesta entusiasta, estruendosa.

Lo saboree: quinientos de nosotros a la carga, imponentes en rango a una velocidad mareante, envueltos en una corona de deslumbrante plata y oro, nuestras motojets sacudiéndose y balanceándose. Vi Jochi a mi lado, lanzando a gritos de batalla en Korchin, sus ojos vivos con sed de sangre. Batu, Hasi, el resto de mi Minghan-keshig, todos ellos se agacharon hacia

adelante, todos tirando de la correa.

Las primeras andanadas de fuego defensivo estallaron y rebotaron a nuestro alrededor, una lluvia multicolor de rondas sólidas y lanzas de energía cruda. Nos evadimos entre ellas, incitando a nuestras motojets a ir cada vez más rápido, haciendo gala de su aplomo, ímpetu y maniobrabilidad extraordinarios.

Los acantilados que sobresalen se retrajeron para reunirse con nosotros. Llegamos a su alrededor, con su tendencia pesada, raspando el suelo antes de correr a la boca del valle.

Limpiamos la cobertura de los acantilados, y nuestros sentidos fueron invadidos por una rompedora, chispeante tormenta de fuego enemigo. Un huracán de proyectiles haciendo espirales desde las paredes por delante de nosotros, estallándonos en la cara y lanzadas sobre nuestras motos sin pausa.

Un jinete cerca de mí recibió un golpe directo. Su montaje se desintegró, desgarrado en una lluvia de metal y promethium, volando locamente a través del barranco y estrellándose contra el suelo en una mancha de fuego y escombros. Los guerreros eran arrojados de sus sillas, tenían agujeros a través de su armadura, enviados a toda velocidad hacia las paredes de roca donde explotaban en enormes bolas de fuego.

Ninguno de nosotros desaceleró. Nos lanzamos por el barranco, manteniendo la velocidad de ataque, escondiendo la cabeza y balanceándonos en torno a las líneas de fuego, pasando por encima de ellas para ampliar el campo, antes de caer de nuevo a nivel del suelo y dejarles rascar nuestras cabezas.

Eché más potencia, sintiendo mi moto estremecerse con la tensión. La tierra alrededor era un desastre de color blanco con rayas borrosas, sólo las paredes de metal delante permanecían claras. Sentí disparos rozar el blindaje frontal de mi moto, casi sacándome de la línea. Más de mis hermanos cayeron cuando el torrente de balas y metralla les alcanzaron.

Las paredes se acercaban. Vi orcos saltando sobre nosotros desde ellas, blandiendo sus armas y desafíos rugientes. Las torres de vigilancia se centraron en nosotros, girando para disparar antes de que los golpeásemos.

Nos abrimos. Una cacofonía de fuego bólter pesado gruñó, llenando el barranco con una lluvia irregular de destrucción y ruina fulminante. Las paredes desaparecieron ante nubes de destrucción explosiva. Las placas de metal se rompieron y abollaron, volando en una lluvia de astillas. Vi pieles verdes lanzado en el aire, sus cuerpos triturados por la lluvia de disparos.

Justo en ese momento, como había prometido que lo harían, el apoyo pesado de Torghun abrió fuego. Sus escuadrones auxiliares habían separado, haciendo la mayor parte de la pantalla de nuestro asalto frontal y aseguraron las tierras altas a ambos lados del barranco. Poseían herramientas de devastación que no nos llevamos: cañones láser, lanzamisiles, cañones rotatorios en sus motos, incluso unas armas-haz esotéricas que llamaban «culebrina volkite», algo que nunca había visto antes.

Su barrera de fuego fue devastadora, encendiendo el aire a su alrededor, abriendo brechas en la barrera por delante y empapándola en una catarata de rabiosa, fluida energía. Paneles apuntalados y largueros iban girando, combándose ante la cortina de fuego. Los misiles pasaron por los huecos, silbando junto a nosotros y chocando contra las líneas orcas ardiendo. Lanzas brillantes de energía quebraron y silbaron, enviando espeluznantes destellos a lo largo de las paredes de roca.

Fijé mi objetivo, apuntando a un hueco abierto por el fuego en las paredes. Me precipité a través del infierno hacia ella, sintiendo ráfagas de fuego cruzado y brillante a través de mí. Me levanté casi hasta ponerme horizontal, dejando un misil orco pasar de largo. Entonces me sacudí de nuevo en posición gacha pero a mi derecha, hecho en un impulso final y un tiro limpio a través de la brecha desigual en las paredes.

Algo debió haberme golpeado cuando penetré a través de las defensas. Sentí un golpe en algún lugar bajo chasis de la moto, desviándose con fuerza a la derecha. Yo luchaba con los controles, apenas evitando un giro fatal.

El mundo se arrastró a mi alrededor, meciéndose en espiral. Oí otra motojet golpear a través de las estrías en las paredes y disparando sus bólters pesados sobre los defensores. Tuve una breve vista del barranco al otro lado tachonado con barricadas destartaladas y puntos de enfilada, plagada de pandillas enteras de orcos, todos ellos repletos de furia brutal. Los disparos, espesos e incesantes, cruzaron el estrecho desfiladero, roto por las explosiones en el aire y las nubes de fuego antiaéreo.

Me di la vuelta, esquivando una lluvia de rondas entrantes antes de accionar mi vacilante unidad de arranque de nuevo. Arrastrando humo, mi moto se tambaleó y se sacudió antes de parar por completo, tirándome en un picado fuerte.

El suelo rocoso se precipitó hacia mí en una repugnante plomada. Salté, lanzándome a mí mismo de la silla de montar. Golpeé el suelo duro y me alejé al oír el fuerte chasquido de mi moto impactando en el piso del barranco, seguido por el silbido y la explosión de los depósitos de carburante.

Me puse de pie con escombros llovieron a mi alrededor, con mi alabarda ya preparada. Había llegado a unos doscientos metros más allá de las paredes. Pude ver la barrera del otro lado —andamios colapsándose, los depósitos de munición volando como antorchas, los impactos estremecedores del fuego justiciero de largo alcance de Torghun. Había cuerpos por todas partes: al pasar de los parapetos tambaleantes, pululando sobre la roca. El aire era denso, con una increíble niebla de ruido— gritos, bramidos, motores motojet bramando, cañones descargándose.

Los pieles verdes ya estaban llegando, miles de ellos, disparándome desde carabinas y pistolas improvisadas a cargar simplemente contra mí. Sentí el ping y el crack de las rondas sólidas, que rebotaban de mi armadura. Escuché sus desafíos de guerra guturales, bestiales. Olí el hedor de su ira.

Encendí el campo energético del guan dao, sintiendo temblar el eje mientras se cargaba.

Para cuando estaban cerca yo estaba más que listo.

Azoté a mi alrededor con la parte superior de mi cuerpo, golpeando con el guan dao. El borde crujiente cavó profundamente en la cara del orco en cabeza, rebanando su carne y enviando hacia atrás a la criatura en una agitada espuma sanguinolenta.

Otro lanzó un hachazo salvaje con una cuchilla de carnicero, mordiendo mi hombrera, pero sin penetrar en la ceramita. Sumergí mi alabarda en su estómago, girándola en redondo, licuando la carne dura. Más orcos se apilaron y los despedacé, girando y cortando. La guan dao cantaba en mis manos, en espiral a mí alrededor en una red chispeante de energía. Pieles Verdes fueron arrojados desbrozados, sus armaduras rotas, sus cuerpos destrozados.

Apenas oí el trueno y el ímpetu de la batalla a mi alrededor.

Mi mente perforó hasta el núcleo del combate, y me perdió en él, sin darse cuenta del cielo en llamas por encima de mí, sin darse cuenta del lagrimeo de las motojets pasado con sus armas ardiendo.

Roté, descabezando a un piel verde, luego me lancé hacia atrás, golpeando con el talón de la guan dao el cráneo de otro. Lo evisceré, rasgado, roto y espetado, impulsado por mi armadura, mi fuerza, mi cruel arte.

Uno de ellos, un enorme monstruo con colmillos y hombreras de hierro oxidado se lanzó a mí, de alguna manera evadiendo mi espada y mi guardia.

Chocamos con un ruido discordante y ambos tumbados en el suelo. La criatura cayó sobre mí, y el hedor de la misma lleno mi nariz. Embistió mi rostro, y la fuerza del golpe mandó mi cabeza atrás. Mi visión se nubló, y vi un lavado la sangre sobre mis ojos.

Estaba anclado. Traté de llevar la alabarda, que seguía aferrada en la mano izquierda, en un movimiento para clavarla en la espalda del monstruo. El orco vio el movimiento y giró para bloquearla con su propia arma, un mazo con pinchos ya cubierto por una mancha de sangre. El campo de energía de la guan dao detonó al entrar en contacto, rompiendo el mazo en una lluvia de fragmentos de metal, lacerando a los dos.

Los pieles verdes se retiraron, aflojando su agarre, rasgando sus ojos y bramando de dolor. Con un enorme tirón, empujé para abrir hueco e hice nadar la alabarda en un movimiento de latigazo, apuntando al estómago. La cuchilla cortó profundamente, entre armaduras de placas y doblando a muchos orcos por la columna. Luego la torcí fuertemente de vuelta, llevándola con fuerza con ambas manos. El monstruo quedó partido en dos, su torso desintegrado en un pantano succionante de músculo rasgado, sangre y hueso.

Oí otro movimiento detrás de mí y di la vuelta, preparado para golpear de nuevo.

Jochi permanecía allí, su armadura manchada de rojo, el bólter en la mano, rodeado de montones de cadáveres orcos. Detrás de él, pude ver la barrera destartalada bajar, lentamente cayendo cuando los incendios estallaron en ella. Mis hermanos estaban por todas partes, hostigando, persiguiendo, matando, despedazando como fantasmas vengativos a través de las hordas pululantes.

-¡Esta es una buena caza, mi Khan!- observó Jochi, riendo a carcajadas.

Me uní a él en su gozo, sintiendo los cortes a través de mi cara abrirse.

-¡Y todavía no ha terminado!- grité, agitando la sangre de mi espada, volviéndome a encontrar más presas. Las motojets dispararon sobre nuestras cabezas, impulsadas por chillantes jinetes.

Bajo sus sombras de su paso, nos lanzamos de nuevo en la pelea.

La batalla en el barranco no cejó una vez que los muros se habían roto. Más barreras habían sido suspendidas sobre las gargantas sinuosas por delante, obstruyendo las vías que conducían profundamente en el interior de La Amoladora. Los Pieles verdes cavaron donde pudieron. Salieron de sus

refugios, tambaleándose hacia nosotros en oleadas, trepando por el suelo rocoso del barranco en su prisa por desangrarnos. Nos arrastraron profundamente en un combate cuerpo a cuerpo, atacados desde todos lados a medida que nuestro camino se recortaba por los largos desfiladeros y quebradas.

Muchos de mis hermanos permanecieron montados, barriendo por todo el largo valle y destruyendo asentamientos enemigos con una velocidad de los defensores no podían igualar. Otros avanzaron a pie, como yo, corriendo para llevar el combate a los pieles verdes.

Cuando estábamos muy cerca olimos la sangre y el sudor de nuestra presa. Escuchamos sus rugidos rotos y sentimos los temblores de sus masivas pisadas. A pesar de que los destrozábamos saboreamos su habilidad y su valentía salvajes, apreciando que criaturas tan superlativas estábamos purgando de la existencia.

Jochi tenía razón. Cuando el último piel verde muriese, sería un día triste.

Mi única preocupación era el lento avance de Torghun. Les adelantamos, golpeando el camino hasta la garganta, quemando cada barricada que nos encontramos y matando libremente. Esperaba que hermandad de Torghun estuviese cerca detrás de nosotros. Habríamos agradecido la cobertura de sus escuadrones de armas pesadas.

Empezamos a perderlos. Tenían que ser más rápidos.

Después de luchar el camino hasta la primera intersección en el retorcido sistema de barrancos, me retiré de la lucha, dejando que mis guerreros llevasen la lucha al enemigo.

-¡Mi hermano!- grité en el vox, utilizando el canal que Torghun y yo habíamos designado para los mensajes privados entre nosotros. **-¿Qué te ralentiza? ¿Estás durmiendo? ¡Los tenemos a la carrera!**

Tenía la intención de mi discurso fuese ligero, como siempre hablaba en medio de la batalla. Tal vez incluso me reía un poco.

La respuesta de Torghun me sobresaltó.

-¿Qué estoy haciendo?- respondió. Incluso sobre el enlace de comunicación, pude oír la ira en su voz**. -Consolidar tu posición, capitán. Te estás encadenando. No voy seguir con este ritmo. No hemos asegurado nuestros puntos de entrada.**

Miré a mi alrededor. La batalla era caótica y de flujo libre, como siempre eran. La horda de orcos creció por el suelo del barranco, enormes y en expansión, reuniéndose ante la delgada línea de Cicatrices Blancas, lanzándose con furiosa energía. Ya habíamos sido frenados. Teníamos que romperlos rápidamente, correr hacia ellos antes de que pudieran tomar impulso, para hacerlos retroceder una y otra vez.

La tarea era urgente y no podía esperar. El Khagan avanzaba rápidamente hacia el centro de La Amoladora. Otras hermandades se apresuran a reunirse con él. Temía quedarme atrás.

-Avanzamos- le dije. Dije esto como una cuestión de hecho, y ya no sonreía mientras hablaba. **-Debemos avanzar. Los estamos quebrando.**

-No puedes. Mantened vuestra posición. ¿Me escuchas? Mantened vuestra posición.

Su tono de mando me asombró. Por un momento, me costó encontrar las palabras para responder.

-Avanzamos- repetí.

No había otra alternativa. Tenía que entenderlo.

Torghun no respondió. Le oí maldecir en el otro extremo del enlace, y el chasquido apagado de municiones estallando de fondo.

Luego se termina la conexión.

Jochi, que había estado luchando cerca, se acercó a mí, curioso.

-¿Algún problema, mi Khan?- preguntó.

No le respondí inmediatamente. Estaba preocupado. Consideré ordenar mis guerreros retirarse, para consolidar nuestra posición y esperar a que los terranos nos alcanzasen. Eso habría mantenido la armonía entre nosotros, que yo era reacio a romper.

Éramos hermanos, él y yo el pensamiento de la lucha entre hermanos era repelente.

Entonces miré al otro lado del barranco, y vi la carnicería que estábamos creando. Vi a mi Minghan en todo el esplendor de su ferocidad sin par. Vi a mis guerreros luchando como habían sido creados para luchar: con pasión, con la libertad.

-No lo hay- le dije, pasando ante Jochi hacia el combate. **-Los quebraremos.**

Luchamos. Mientras los soles comenzaban a hundirse, luchamos. Cuando la luz se marchó, convirtiendo los barrancos en las piscinas de la oscuridad aceitosa, luchamos. Nos pusimos nuestros cascos y utilizamos nuestra visión nocturna para cazarlos, siempre avanzando, siempre cayendo sobre ellos.

Se resistieron ferozmente. Desde Ullanor no les había visto luchar una batalla semejante. Organizaron repliegues, orquestado emboscadas, lanzaron combatientes suicidas directamente a nosotros. Cada barricada nos costó, cada posición de armas tomó vidas antes de que pudiéramos despejarlas. Mantuvimos el ritmo, nunca dejándolos reagruparse ni bajar nuestro paso. Nuestra sangre se mezclaba con el de ellos. Los barrancos se empaparon con ella, convirtiendo el polvo pálido a rojo oscuro.

En fría hora antes del amanecer, cuando los tres soles estaban todavía por debajo del horizonte, ordené a mis hermanos detenerse al fin. Habíamos penetrado profundamente en La Amoladora para entonces, rodeado de terreno revuelto que sobresalía de gargantas cada vez más profundas y pisos alzados de roca blanca. Cortinas de fuego llegaban hacia nosotros desde todas las direcciones. Grupos de pieles verdes nos habían rodeado, camuflados entre el paisaje traicionero y apareciendo en territorio que ya habíamos ganado. Nos gritaban desde las sombras. Sus gritos hicieron eco en los acantilados de los alrededores, lo que los amplificas y distorsionaba. Sonaba como si la propia tierra nos estuviese hostigando.

Me acordé de la advertencia de Torghun. Consideré la posibilidad de que tuviese razón y que mi afán por adelantarle nos hubiese comprometido. Su hermandad estaba todavía muy lejos de nuestra posición, haciendo un progreso constante pero medido hacia nosotros. No pude evitar sospechar que él se movía deliberadamente despacio.

-Vamos a mantenernos aquí- ordené, transmitiendo la orden a Jochi y Batu para que la transmitieran al resto. **-Con la primera luz, renovaremos el ataque.**

El sitio que elegí fue lo más parecido en las proximidades a un bastión defensivo. Una amplia meseta de roca se levantaba del paisaje envejecido, roto, ofreciendo una posición dominante sobre el terreno que la rodeaba. Sus flancos eran lisos en tres lados, mientras que el cuarto se disolvía en una pendiente de roca rota y guijarros. No era perfecto: seguíamos dominados por los picos en el lado opuesto del barranco, y había poca cobertura en la propia meseta.

Aun así, nos dio la oportunidad de frenar las crecientes bajas, para recuperar algo de forma antes de la batalla. Nos abrimos paso a la meseta, trepando por las escisiones en la roca, resbalando y deslizándonos en la piedra suelta. Una vez nos apoderamos de ella cavamos a lo largo de los bordes, dándonos ángulos de disparo en las gargantas de abajo. Envié a nuestros escuadrones supervivientes de motojets contra las principales posiciones de fuego estáticas, pero no les permití ir más allá una vez destruyeron sus objetivos.

Como sabía que harían, los pieles verdes vieron nuestro alto como debilidad. Se echaron hacia nosotros, borboteando desde sus escondites y hasta de túneles que no habíamos destruido correctamente. Subieron las empinadas laderas de la meseta, trepando unos sobre otros en su afán de llegar a nosotros. Eran como un ejército de vampiros, su piel casi negra en la oscuridad, sus ojos ardiendo de rojo.

A partir de entonces, estábamos en apuros. Cercados, luchamos como lo hicieron: ferozmente, ingenuamente, brutalmente. Ellos escalaban, nosotros los derribábamos. Se agarraron a nosotros, arrastrando a cualquier guerrero que rompiera la formación a un pozo de horror rugiente. Les disparamos y apuñalamos, enviando sus cuerpos dando volteretas hacia la oscuridad. Les lanzamos granadas a sus fauces extendidas, retrocediendo cuando sus torsos reventaban en pedazos de tendones volando. Nos rodearon, convirtiendo la meseta en una isla solitaria de cordura en medio del agitado oleaje de una tormenta de locura xenos.

Permanecí en la vanguardia, donde el combate era más intenso, empuñando mi guan dao a dos manos, cortando carne piel verde como si se tratara de un enorme organismo amorfo. Sentí mis corazones bombear con fuerza, los músculos del brazo arder de dolor. El sudor perlaba mi cara bajo el casco, deslizándose por la parte inferior de mi gorguera. Corrieron a nuestras hojas, usando sus cuerpos para detenernos, para perforar huecos que otros atravesasen. Su valentía era fenomenal. Su fuerza era inmensa. Su compromiso era total.

Estábamos rodeados, superados en número. Tal cosa era rara para nosotros, pues no nos quedábamos inmovilizados a menudo. La Legión nunca había sido elegida para las misiones cuyos objetivos tenían lugar durante períodos prolongados, no como los adustos Guerreros de Hierro o los piadosos, áureos Puños Imperiales. Siempre habíamos desdeñado la labor guarnición y compadecido a quienes eran condenados a la misma. No me podía imaginar jamás a nosotros distinguiéndonos en una guerra de ese tipo, de sitio, luchando con la espalda contra la pared, mientras los cielos ardían por encima de nosotros.

Después de todo éramos las Legiones Astartes. Luchamos con la precisión y la

determinación de nuestra larga preparación. Nunca nos rendimos. Pagamos por ese bastión de Chondax con nuestra sangre, agarrándolo con la fuerza de nuestras manos, apretando los dientes y excavando profundamente. Cuando uno de nosotros caía, cobrábamos un peaje de venganza, cerrando filas y llevando la entonces tambaleante violencia a un nivel aún más alto.

Creo que podríamos haber permanecido allí indefinidamente, dejando que las olas pieles verdes chocasen contra nosotros hasta que se agotasen y poder movernos de nuevo. Así las cosas, esta teoría no llegó a ponerse a prueba. Vi las vetas de misiles surgir de la noche, chocando contra los flancos traseros del enemigo y rompiendo el impulso de su avance. Vi las vigas hinchados de los cañones láser impactar en masivas deflagraciones, cosechando silenciosamente su terrible peaje. Oí el gruñido de bólters pesados y cañones automáticos perdidos en densas y arrolladoras barreras.

Miré hacia abajo, a través de la masa hirviente de cuerpos de extraterrestres, y vi destellos de blanco y oro subiendo por el barranco del sur. Los disparos destellaban, los propulsores de las motojets rugieron de vida.

Miré el despliegue con una mezcla de emociones: alivio, sin duda, pero también molesto.

Torghun había llegado a nuestra posición al fin.

Cuando los primeros rayos del amanecer se filtraron por los barrancos, los pieles verdes estaban muertos o huyendo. Por primera vez, dejamos que los sobrevivientes se fueran. Teníamos suficiente por hacer: equipos para la recuperación, reparar armaduras, volver aptos para el combate a los heridos. La meseta se veía desolada a la luz creciente del sol, un paisaje brumoso de cadáveres y carcasas de motojets humeantes.

No vi a Torghun por un tiempo, incluso después de que su hermandad se uniese a nosotros allí. Tenía mucho que me detenga, y no estaba dispuesto a hablar con él. Me ocupé de mis propios guerreros, trabajando duro para tenerlos listos para el combate. A pesar de todo, tenía ganas de seguir avanzando. Pude ver columnas de humo gris que se levantan ante nosotros, y sabía que el cerco alrededor de los orcos se estaba cerrando rápidamente.

Seguía mirando hacia el norte, tratando de evaluar la mejor ruta para el avance, cuando Torghun finalmente llegó a mí. Me volví, sintiendo su presencia antes de verlo.

Llevaba el casco puesto, así que no podía leer su expresión. Supuse que estaba enfadado: cuando habló, su voz era tensa, pero resignada.

-No quiero pelearme contigo, Shiban- dijo con voz cansada.

-Ni yo contigo- le dije.

-Deberías haberme escuchado.

Me pareció que el cuestionamiento de mis tácticas una experiencia novedosa. Torghun estaba en su derecho de hacerlo, por supuesto, pero atentaba a mi orgullo como Khan, y yo no podía pensar en una respuesta adecuada.

-Sólo dime una cosa- dijo. **-¿Por qué te importa tanto?**

-¿Por qué me importa?- le pregunté.

-Alcanzar al Khagan. ¿Por qué estás decidido a hacer esto, poniendo nuestras unidades, nuestros guerreros, en peligro? Ni siquiera sabemos si está en el planeta. Cuéntamelo. Ayúdame a entenderlo.

Sus palabras me sorprendieron. Sabía que Torghun era más cauteloso que yo, que su forma de guerra era diferente. No se me había ocurrido que no le diera importancia a luchar junto a los más grandes de nosotros.

-¿Cómo no desear eso?- le pregunté.

De hecho me sentí mal por Torghun entonces. Supuse que debía de haber perdido algo en su ascensión, o tal vez olvidado. Se llamaba a sí mismo Cicatriz Blanca, pero me pregunté si el nombre no significaba más que una designación legionaria para él. Para mí, para mi hermandad, lo era todo.

Sentía que tenía que tratar de explicárselo, aunque mis esperanzas de ser claro no eran altas.

-La guerra no es una herramienta, mi hermano- le dije. **-La guerra es la vida. Se nos ha elevado sobre ella, nos hemos convertido en ella. Cuando la galaxia sea finalmente limpiada de peligros, nuestro tiempo habrá terminado. Un breve tiempo, una partícula de oro en la cara del universo. Debemos apreciar lo que tenemos. Tenemos que luchar en el camino para el que hemos nacido, hacer arte en él, celebrar la naturaleza que nos ha dado.**

Hablé con fervor. Creía esas cosas. Todavía lo hago.

—Le vi pelear una vez, en la distancia. Nunca lo he olvidado. Incluso desde esa fugaz mirada, vi la posibilidad de la perfección. Cada uno de nosotros

tiene una parte de esa perfección en nosotros. Tengo muchos deseos de presenciarle de nuevo, para verle de cerca, para aprender de él, para convertirse en él.

El casco manchado de sangre de Torghun miró hacia mí sin comprender.

-¿Qué queda para nosotros, hermano?- le pregunté. **-No estamos construyendo un futuro para nosotros mismos, estamos creando un imperio para los demás. Estas cosas bélicas, estas grandes y terribles inspiraciones, son todo lo que tenemos.**

Sin embargo, Torghun dijo nada.

-El futuro será otra cosa- le dije. *Por ahora*, pensé*, para nosotros sólo hay guerra. Hay que vivirla.*

Torghun sacudió la cabeza con incredulidad. -**Veo que se reproducen los poetas en Chogoris tanto como guerreros-** dijo.

No sabía si se estaba burlando.

-Nosotros no distinguimos entre ellos- dije.

-Otro hábito extraño- dijo.

Entonces él extendió la mano y desató los sellos de su casco. Oí las cerraduras silbando mientras se abrían. Giró la cabeza fuera y la fijó magnéticamente en su armadura.

Una vez estábamos mirándonos con nuestros propios ojos era más fácil entenderse. No creo que mis palabras hubiesen hecho mucho para convencerlo.

-No peleo de la forma en la que la haces, Shibam. Tal vez ni siquiera lucho por las mismas cosas que haces. Pero los dos somos de la quinta Legión. Hay que buscar un terreno común.

Torghun miró hacia arriba, más allá de mí y hacia el norte.

Allí era donde se encontraba. Ahí era donde él estaba luchando.

-Tenemos que estar a la vanguardia del asalto, incluso ahora- dijo Torghun. -**¿Cuán rápido pueden estar tus hermanos listos?**

-Ya lo están.

-Entonces, viajaremos juntos- dijo Torghun, con una expresión sombría. **-Como uno solo, pero no te ralentizaré.**

Bajo la luz de la mañana, su piel parecía más oscura que antes, casi como uno de nosotros. Había cedido mucho ya. Aprecié eso.

-Lo encontraremos, hermano. Si él está ahí para ser encontrado, entonces lo encontraremos.



CINCO

TARGUTAI YESUGEI

Escapar a la Altak había sido una mala decisión. Si me hubiera quedado en la montaña, podría haber tenido alguna posibilidad de evadir mis perseguidores. Pero en los llanos era imposible.

A veces pienso en por qué hice la elección que hice. Era un niño, por supuesto, pero yo no era un estúpido: sabía que los valles boscosos me darían una mejor oportunidad de escapar de la Khitan, aunque las posibilidades siguiesen siendo escasas.

Tal vez estaba destinado a hacer la elección que hice. No me gustaba la idea del destino, pensé. No me gustaba la idea de que las cosas que hacemos son ordenadas para nosotros por poderes superiores, que nuestras acciones son como juegos de sombras para su diversión. Por encima de todo, no me gustaba la idea de que el futuro está escrito, huyendo de nosotros en líneas claras que estamos obligados a seguir, sólo con la ilusión de una voluntad soberana para consolarnos en el viaje.

Nada de lo que he aprendido desde mi ascensión me ha convencido de que estoy equivocado al pensar en estas cosas. He aprendido de la profunda metafísica del universo, y de los largos, aburridos juegos de los inmortales, pero mantengo la fe en nuestra capacidad de elegir.

Somos los autores de nuestras acciones. Cuando llegue la prueba, podemos ir en cualquier dirección: podemos triunfar, o podemos fallar, y al universo no le importa cual.

No creo que fuese el destino lo me llevó fuera de la Ulaav y en los espacios vacíos de la Altak. Creo que hice una mala decisión, nacida del miedo.

No me culpo por eso. Todos, incluso los más poderosos, incluso a los más exaltados, pueden cometer este tipo de errores.

Durante un tiempo, fui más rápido. Los Khitan de las montañas eran blindados y llevaban placas de acero curvadas sobre jubones de cuero. Podía oír el ruido de las guardias de brazos articulados incluso cuando esprintaba, y sabía que se cansarían antes que yo.

Me dirigí al sur, corriendo duro fuera de la sombra de las montañas y hacia abajo a través de las llanuras abiertas. La tierra era firme y seca bajo mis pies. El viento era el de un amanecer fresco, frío y libre.

Delante de mí no había nada. El Altak ondulaba suavemente como un mar de verde, pero no había valles profundos en los que esconderse y cualquier hombre o bestia podría ser observado durante kilómetros sobre la llanura. Esa era mi esperanza: ver el séquito del Gran Khan a distancia y ser capaz de llegar a tiempo.

Sentí mi respiración entrecortada crecer y mis pies, encuadernados en suave cuero, doloridos. No había comido desde el día anterior, aunque por alguna razón no afectó a mi resistencia. Me acordé de mi visión de las cuatro figuras y la bebida que me habían dado, y me pregunté qué tan cerca de la realidad había sido la visión. Todavía podía notar algo en la parte posterior de mi garganta: un sabor amargo, como la leche en mal estado.

A pesar de su torpeza por la armadura, me preocupaba que no pudiera separarme de los perseguidores Khitan. El ruido de sus pisadas, su respiración pesada, sus armas chocando, todos me seguían a través de las llanuras. Volví la cabeza mientras corría, esperando verlos de cerca de mí.

No lo estaban. Los había dejado atrás y siguiendo mi estela, yendo a pie como yo lo hacía. Mi oído parecía ser más agudo, al igual que mi vista. Mientras miraba a doce de ellos viniendo a por mí, resoplando y maldiciendo, sentí que podía ver a través ellos. Vi la llama de sus almas quemándose en el pecho.

Eso me sorprendió. Mi percepción había cambiado. Todo, el mundo a mi alrededor, mis perseguidores, era más vivo de lo que había sido nunca.

Lo encontré aterrador, incluso más que la posibilidad de ser asesinado. Nuevas sensaciones se cocían dentro de mí, burbujeando bajo la piel y haciendo que mis mejillas se ruborizasen y mis palmas arder.

Me sentí poderoso, pero también impotente. Sabía lo suficiente de las formas de los videntes para saber que todo lo que había dado a luz en mí en la montaña necesitaba guía.

Me aparté de los Khitan, y corrí más. El ejercicio físico me ayudó un poco. Sentí la hierba aplanarse bajo mis pies, y las maldiciones de los soldados se alejarse mientras perdían terreno.

Escudriñé el horizonte por delante, desesperado por ver alguna señal del

Khan. Maldije sus evasivas a continuación.

No vi nada, sólo el cielo, la tierra y la neblina entre ellos.

Sabía que los soldados de a pie no serían los únicos. Nadie viajaba tan lejos en el Altak sin caballos y las tierras de los Khitan estaban muy lejos.

Una vez que los soldados se dieron cuenta de que iba a superarlos, comenzaron a soplar cuernos de cuero cortado. El sonido de sus advertencias resonó a través de los espacios abiertos, viajando lejos por las ráfagas de viento. Luego volvieron a caer, jadeando, dejando que me alejase y sabiendo que no iba a llegar muy lejos.

Seguí adelante. Sentí como si pudiera correr para siempre. Mi caftán ligero, que no había logrado mantenerme caliente en los lugares altos, dejaba que mis piernas fuesen libres. Mientras el sol se alzaba en el cielo, mis músculos se calentaban correctamente. Podía sentir el calor en mis extremidades limpias, bronceadas, espoleándome aún más.

Entonces oí el ruido de la aduun. Oí los cascos tamborilear en la tierra apisonada, y sin mirar atrás sabía que había muchos de ellos. Mantuve mi cabeza gacha, y recorrí el camino a seguir, sin éxito, buscando cualquier interrupción en el paisaje sin rasgos.

Me alcanzaron rápidamente. Un aduu podía superar a un hombre muchas veces y galopar sin descanso. Los del Altak eran bestias finas, con pieles oscuras y extremidades de gran alcance. Oí su respiración ronca y la bofetada de sus largas colas.

Eché una mirada de desesperación en el horizonte por última vez. El Khan no estaba a la vista. Había puesto todas mis esperanzas en encontrarlo y había fracasado.

Mientras el sonido de los cascos sonaba en mis oídos, dejé de correr y me volví hacia mis asesinos. De todos los crímenes de nuestro pueblo, ninguno era peor que mostrar miedo a un enemigo, y decidí hacer de mi muerte una buena.

Vi una línea de tropas montadas viniendo a mí, corriendo por la llanura con aplomo y habilidad. Llevaban armadura de placas superpuestas, brillantes por la luz del sol. Uno de los jinetes llevaba una larga lanza con una cola de cabello grueso clavado justo debajo de la hoja. Los banderines salían tras ellos, de colores brillantes y agitados por el viento.

Uno de ellos montaba por delante de los demás, dirigiéndose hacia mí

rápidamente. Vi un casco de acero coronado con un pico, piezas de armadura forradas de bronce, batiendo sus pezuñas, con un lazo de cuerda girando hacia mí.

El lazo se deslizó por los hombros y tiró apretado alrededor de mi cintura. El piloto se precipitó al pasar, tirando de mí después de él. Como el lazo se había cerrado, me tiró y arrojó al suelo, golpeando la tierra de cabeza.

Por un momento pensé que tenía la intención de arrastrarme, pero la presión se aflojó inmediatamente. Me empujó de nuevo hasta ponerme de rodillas, la cuerda anudada alrededor de mi cintura y la sangre corriendo por mis mejillas.

El piloto llevó a su caballo cerca de mí y desmontó, apretando el otro extremo de la cuerda al mismo tiempo. Se acercó a mí y me sonrió, tirando de la cuerda como si fuera una bestia con una correa.

-Corres rápido, pequeño- dijo. **-Pero no lo suficientemente rápido.**

Su tono me enojó. Mis brazos estaban aún libres y aunque no tenía un arma, aún podían luchar.

Me lancé sobre él, lanzándome desde el suelo. No tenía ningún plan de ataque, no había pensado en cómo iba a lidiar con un hombre con casi el doble de mi peso y una armadura completa.

Y entonces sucedió.

El camino de mi vida cambió, deslizándose de un curso a otro. Fue tan repentino, cuando finalmente llegó… Quizás mis visiones sobre la Ulaav habían sido nada más que un delirio, o tal vez me habían dado una verdadera visión de algo más profundo, la realidad más oscura. No tenía importancia. Algo había despertado dentro de mí, y eligió ese momento para manifestarse.

Cuando miro hacia atrás, pensando en Chogoris, el mundo perdido que amé, es el momento que veo grabado para siempre en mi mente, como el acero lavado con ácido. Ese fue el momento en que nos separamos, llevando mi destino lejos de las llanuras y a las estrellas, al vacío que tanto horror y asombro me esperaba en la oscuridad inmortal.

No lo supe entonces. No lo supe muchos años después. Nada de eso altera la verdad.

Entonces sucedió.

Me lancé hacia él, estirando los puños delante de mí como un luchador en busca de un suspenso. Una luz brillante y perforante surgió de mis manos, abordando y escupiendo como astillas de un rayo.

Fue doloroso. Grité de dolor. Pequeños destellos pululaban por todo mi cuerpo, nadando a través de mi cuerpo en una nube de calor y energía liberadora. El mundo estalló en una lluvia de oro y plata, golpeando en espirales, ardiendo con locura, rugiendo en mis oídos y ardiendo en mis fosas nasales. Me sofocaba. Podía sentir las ampollas en mis pulmones. Perdí el equilibrio. Lo perdí todo.

Vi la silueta quebrada del soldado alejarse de mí. Oí sus gritos de sorpresa y dolor. Lo vi rascarse los ojos. La cuerda que me había anudado explotó en una nube de chispas. Me tambaleé hacia atrás, los puños apretados, con gotas de incandescencia surgiendo aún. Un bruto poder elemental, cosas del otro universo, tronó fuera de mí desangrándome, vaciándome.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecí en ese estado, ardiendo como una tea nacarada, tambaleándome por las llanuras y vomitando destrucción. Podría haber sido un segundo, podría haber sido mucho más. Recuerdo la impresión vaga de los caballeros que me circundan, sus contornos quebrados en medio del torrente de fuego blanco, dispuestos a no acercarse pues se quemarían. Recuerdo las caras de los cuatro hombres-bestia meciéndose ante el ojo de mi mente, apuntándome con sus brazos, sus dedos crueles.

Bebe, me dijeron.

Caí de rodillas. El infierno rugía, quemando mi carne, pero sin consumirla. Todo mi cuerpo estaba encorvado, cerrado en espasmos y convulsiones.

La primera vez que le vi fue una forma oscura contra el fuego. Caminó a través de ella, empujando a las cortinas de energía de vuelta como si fueran cortinas de lluvia. No le hacían daño.

Se arrodilló ante mí. Parecía enorme, mucho más alto y más amplio que cualquier hombre vivo. Le miré a los ojos, parpadeando para contener las lágrimas mientras el fuego se derramaba sobre mi y vi algo familiar en ellos.

Me acordé de la figura envuelta en luz de mi visión. Por un momento, pensé que el hombre delante de mí era la misma persona. Pronto me di cuenta de que no lo era, pero estaba seguro de que había alguna relación entre ellos.

Entonces sentí el peso aplastante de su autoridad hundiéndose en mí. Las llamas a mi alrededor se consumían, parpadeando en la nada y ondeando en

el viento. Como un hombre que casualmente apagaba una vela, cerraba el torrente locura consumidora. Aun así, encerrado en el desconcierto y el dolor, con mi mente adormecida, una parte de mí sabía que era asombroso.

Él permanecía inclinado sobre mí. Su casco era puntiagudo, al igual que los de sus hombres. Su armadura era muy elaborada y muy bien hecha, con oro y pedrería roja dispuesta alrededor de una coraza de placas óseas blancas. Vi una larga cicatriz en su mejilla izquierda, como me habían dicho que la gente Talskar llevaba. Tenía los ojos hundidos e intensos. Nunca había visto unos ojos como esos.

Tal vez me había equivocado con mis cazadores. Tal vez no eran Khitan.

Jadeante, temblando, todavía aferrado a la esperanza de una muerte noble traté de sostenerle la mirada, seguro de que había venido a matarme.

No pude hacerlo. Algo acerca de que el gigante me abrumó. Vi su cara nadar delante de mis ojos, rompiéndolos como si fuese un reflejo en el agua. Parecía estar mirando en mi alma, haciéndola confesar, desollándola. Sentí que estaba perdiendo la conciencia.

-Ten cuidado- dijo.

Luego perdí el conocimiento y la creciente oscuridad fue tan bienvenido para mí como un sueño.

Seis días más tarde, desperté.

Aprendí, mucho tiempo después, lo peligroso que ese tiempo había sido para mí. Mis ojos internos se habían abierto en el Ulaav, pero no había demostrado cómo usarlos. Podría haber muerto. Podría haber sufrido peor que la muerte, como lo pudo todos los que me rodean.

Él había evitado eso. Incluso entonces, mucho antes del Señor de la Humanidad nos mostrase el camino a las estrellas, había sabido cómo controlar los incendios que asolaron en la mente de los elegidos.

Él no tenía el mismo don, por lo que yo sé. Nunca lo vi convocar fuego, ni enviar una tormenta sobre sus enemigos. Usó su cuerpo de guerrero, ese magnífico y enorme cuerpo para la guerra y nada más. No puedo creer, sin embargo, que él tuviera un conocimiento innato de los caminos del cielo. Fue hecho para ser un jugador en el otro universo, para luchar contra los que estaban al otro lado del velo y debía, al igual que sus hermanos, haber tenido una cierta comprensión de la profundidad oculta de las cosas.

En aquel entonces, sin embargo, lo único que sabía era que me había capturado, y que, según las leyes de la Altak, yo era su esclavo. Habiéndome sido negada una muerte honorable, me resigné a una vida de servidumbre. El Khan, mi Khan, al que había servido hasta entonces no sería capaz de rescatarme. Había visto la naturaleza de mi nuevo carcelero y sabía que él superaba con creces a cualquier otro guerrero de los llanos, incluyendo mi Khan.

Él estaba a mi lado cuando me desperté. Estaba acostado en una cama de pieles dentro de una gran tienda. Un fuego ardía en el hoyo central, y el aire era rojo y lleno de humo. Podía escuchar voces susurrantes en las sombras. Oí el sonido de espadas siendo afiladas, flechas siendo emplumadas.

Él me miró y yo le miré.

Era enorme. Nunca había visto a un hombre tan dominante, con tal potencia desnuda, tan lleno de energía enroscada. Su rostro grande y delgado brillaba en la sombra y las llamas.

-¿Cuál es tu nombre?- me preguntó.

Su voz era baja. Vibraba profundamente en el espacio, murmurando.

-Shinaz- dije. Tenía la boca seca.

-Ya no. Seréis Targutai Yesugei, el niño que corría y el hombre que luchó. Tú serás un Zadyin Arga de mi familia.

Sus palabras no eran presuntuosas. Por la costumbre de la Altak era dueño de mi vida, al menos hasta que otro señor de la guerra me arrebatase de él por la fuerza o de alguna manera escapase. Dudaba que ambas cosas fueran posibles.

-Viniste a mí desde el principio, Yesugei. Soy el Khan de muchos kanes. Te estás uniendo al ordu de Jaghatai, la marea que barrerá todo el mundo y lo moldeará. Agradece que te tomé antes de que regresases a tu antiguo Khan. Si te hubiera enfrentado en batalla, habrías muerto.

No dije nada. Todavía estaba aturdido por el sueño y la enfermedad. No podía ver su rostro con claridad, y su voz tenía una extraña cualidad inquietante. Me recosté sobre las pieles, sintiendo subir mi pecho y caer con cautela.

-Estás capacitado, como los demás. Debes aprender a utilizar lo que se te ha dado. Debes saber cuándo usarlo y cuándo no usarlo. En todas estas cosas

seguirás mis órdenes. Ningún otro hombre te dirá jamás cómo usar tus dones.

Vi sus labios moverse en la oscuridad ondulante. Mientras hablaba, vi restos efímeros de las visiones que había visto desde la montaña. Vi esos arados rotos, ardiendo en medio de las estrellas. Mientras hablaba de conquistas, me acordé de la insignia de las piezas de metal carbonizado.

Un lobo. Una serpiente de muchas cabezas. Un rayo.

-He traído una nueva forma de guerra a este mundo. Para actuar con rapidez, para seguir siendo fuerte, sin descanso. Cuando el Altak sea nuestro, llevaremos esta guerra a los Khitan. Después de eso, vamos a llevarlo a todos los imperios entre la tierra y el cielo. Todos ellos se caerán porque están enfermos y nosotros sanos.

Mi corazón latía superficialmente en mi pecho. Podía sentir el calor de la fiebre en mis mejillas. Sus palabras eran como las palabras de un sueño.

-Todos los imperios caen. Todos los imperios enferman. Esta es la lección que hemos aprendido. Esta es la lección que deberán aprender.

Vi la cicatriz moviéndose en su cara mientras hablaba. A la luz de un color rojo sangre, parecía vivo, como una serpiente pálida sujeta a su piel.

-**No serviremos a imperios. Permaneceremos en movimiento. No tendremos un núcleo. Doquiera que estemos, ese será nuestro núcleo.**

Sabía que me estaba diciendo algo importante, pero era demasiado joven y estaba demasiado enfermo como para entenderlo. Sólo más tarde, mucho más tarde, fui capaz volver la vista atrás, a esas palabras y reconocer la verdad de lo que me decía.

-¿Me servirás, Targutai Yesugei?- preguntó.

En aquel entonces, asumí que la pregunta era retórica. Era un niño. No tenía ni idea de cuánto tiempo era posible que un ser humano viviera, en lo que se podía convertir un ser humano. Pensé sólo las cosas triviales que estaban en juego: la vida, las disputas entre clanes, el viejo ciclo de la guerra en el Altak.

Ahora, sabiendo lo que sé, no estoy tan seguro. Tal vez, aun así, tuve que tomar una decisión.

-Sí, mi Khan.

Me miró por un largo tiempo, con los ojos brillando en la sangre-luz.

-Entonces tú serás Talskar ahora. Serás marcado, como nosotros. Vas a tener la cicatriz en tu cara, y todos aprenderán a temerte.

La luz del fuego ondulaba sobre su armadura de placas de hueso.

-Por ahora, somos desconocidos. No siempre será así. Llegará un día en que nos rebelaremos, luchando con la forma en que te voy a enseñar.

Sus ojos eran como joyas en la noche, ardiendo con una ambición sin límites.

-Y cuando llegue ese día, cuando nos revelemos por fin en verdad te digo, Zadyin Arga, los dioses mismos se humillarán ante nosotros.



SEIS

ILYA RAVALLION

El vino a mí cinco días más tarde, tal como había dicho que haría. Yo había estado pateando los páramos de Ullanor todo ese tiempo, tratando de encontrar algo útil que hacer. No había tenido mucho éxito, las flotas en órbita estaban empezando a separarse. La guerra había terminado, y ya habían sido localizadas nuevas batallas.

Catalogué cosas. Presenté informes a mis superiores. Leí las notas que había tomado después de conocer al Vidente de la Tormenta.

La citación llegó sin previo aviso. Estaba en el complejo de Miert observando algunos de sus archivadores chapuceros, cuando mi enlace de comunicaciones vibró.

-Tiene su audiencia, general Ravallion- dijo el mensaje. **-Esté lista en una hora. Le mandaré un lander a su posición.**

No tenía ni idea de cómo Yesugei había obtenido acceso a la red del Departmento. Mi reacción inmediata fue la de sentir una oleada de nervios floreciendo en la boca del estómago. Había servido en muchas zonas de guerra y sostenido mi posición contra muchos y poderosos comandantes militares, por lo que no me consideraba fácil de intimidar, pero esto…

Este era un Primarca, uno de los hijos del Emperador.

Traté de imaginar lo que sería. He oído cosas diferentes acerca de ellos: que estaban constantemente envueltos en luz, que su armadura brillaba como el sol, que podían matar con una palabra o un gesto, y su mirada podía desollar la piel y el romper huesos.

Tuve mucho tiempo para especular. Típico, para los Cicatrices Blancas, el Lander llegó tarde. Con el tiempo llegó en una ráfaga de polvo al norte del perímetro del complejo. Desde mi ventana vi sus flancos blancos y su distintivo rayo cayendo entre rojo y oro, y sentí una nueva punzada de nerviosismo.

-Contrólate- dije en voz alta, ajustando el cinturón de arma recién adquirida

a última hora vez antes de salir para el Lander. **-No es más que un hombre. No, más que un hombre. ¿Qué es entonces? Carne y la sangre. Humano. Uno de los nuestros.**

Pero no sabía si incluso eso era cierto. Me encontré con un problema de categorización, algo que siempre había encontrado difícil.

-De nuestra parte- establecí, sintiéndome mal antes de tiempo.

El Lander era una variante Horta RV de las Legiones Astartes de transporte espacial local, lo último patentado. Sabía todo sobre él. Fijarme en sus detalles ayudó a mi estado de ánimo.

Yesugei me estaba esperando en la cabina de tripulación. Llevaba su armadura de marfil, y se veía enorme en ese espacio confinado. Me hizo una reverencia mientras subía por la rampa para unirme a él.

-¿Estás bien, general Ravallion?- me preguntó.

Me incliné a su vez, tratando de ocultar mi ansiedad con, sospecho, poco éxito.

-Muy bien, Yesugei- dije. Había aprendido para entonces, después de mucha investigación, que los Videntes de la Tormenta no tomaban el título de «Khan». Ellos no tomaban ningún tipo de título en absoluto; su nombre, y su vocación parecían ser suficiente. **-Quiero darte las gracias una vez más, por organizar esto.**

La rampa de acceso a la nave se cerró detrás de mí con un gemido de servos. Oí las esclusas cerrarse con un clunk, y los motores de la nave arrancaron.

-Un placer- dijo, recostándose contra las paredes metálicas.

Las dimensiones del Lander se adaptaban a la fisiología de los Marines Espaciales; todo, incluso los bancos y los arneses de sujeción, era demasiado grandes para mí. Me senté frente a Yesugei y jugué con las correas, con mis pies apenas tocando el suelo. No se molestó con lo del arnés, y se sentó tranquilamente, sus guantes sobre las rodillas.

-¿Puedo preguntarle, general, si usted ha visto al Primarca antes?

Los motores continuaron ganando potencia, y vi el polvo ondulante en el lado opuesto de los diminutos visores.

-No.

-Ah- dijo Yesugei.

Con un ruido sordo, el Lander se elevó, cerniéndose sobre la plataforma durante unos momentos antes de que el impulso nos elevase. Por el rabillo de mi ojo, vi a los valles secos de Ullanor comenzar a caer.

-En ese caso, ¿puedo darle consejos?- me preguntó.

Me sonrió con gravedad. Ya podía sentir olas de vibraciones incómodas corriendo por mi cuerpo, y las paredes de la cabina de tripulación sacudiéndose como una piel de tambor. Estábamos subiendo muy rápido. Me pregunté si los pilotos hicieron las deducciones de la naturaleza de sus pasajeros.

-Por favor. Nadie más ha sido capaz de hacerlo.

-Diríjase a él como Khan. No es lo que le llamamos, pero es el título correcto para usted. Mírale a los ojos cuando hable, aunque le resulte difícil. El choque de la primera reunión puede ser… malo. Ya pasará. Él no va a tratar de intimidarle. Acordaos de para qué fue creado.

Asentí con la cabeza. El ascenso violento del Lander me hizo sentir náuseas. Apreté mis manos firmemente contra el borde de mi asiento y sentí la humedad en el interior de los guantes.

-Me han dicho, por los que saben, que no es igual que sus hermanos- dijo Yesugei. **-Él puede ser difícil de leer, incluso para nosotros. En Chogoris usamos rapaces caza. Los llamamos Berkut. Su alma es una de los suyas: de largo alcance, inquieta. Él puede decir cosas que parecen extrañas. Usted puede pensar que se burla de ti.**

Vi el cielo en las ventanas desvanecerse en negro, y los pequeños puntos de las estrellas surgir. Habíamos entrado en la atmósfera superior con una rapidez increíble. Traté de concentrarme en lo Yesugei me estaba diciendo.

-Recuerda sólo esto. Un berkut nunca olvida la forma de la caza. Al final siempre vuelve a la mano que lo soltó.

Asentí con la cabeza, sintiendo algo de mareo.

-Lo recordaré- le dije.

Cogí mi primera visión de nuestro destino en la distancia: un buque de guerra, vasto y lleno de cicatrices, su proa curvada pintada de blanco y sus

luces de posición parpadeando en el vacío.

Sabía su nombre de los registros: Tormenta de Espadas. Clase capital. Enorme. Retroequipado para la velocidad, sus motores eran enormes. ¿Estaba eso sancionado por Marte?

Sabía que él estaba allí. Ahí fue donde él estaba esperando.

-Trata de entenderlo- dijo un Yesugei calmado. **-Él puede incluso gustarte. He visto cosas más raras.**

Aterrizamos en una de los hangares del Tormenta de Espadas y entonces las cosas cambiaron rápidamente. Yesugei me acompañó por largos pasillos, un ascensor-eje, a través de enormes salas atestadas de criados y servidores. Oí cantar en un idioma que no entendía, y la risa haciendo eco a lo largo de corredores de servicio. La nave entera tenía un aire de furiosa, de buen carácter, un poco caótica energía. Olía más a limpio que los cruceros del Ejército a los que estaba acostumbrado, con un aroma subyacente de algo como el incienso pasando de los pisos pulidos. Todo estaba muy iluminado y copiosamente decorado con los colores de la Legión: blanco, oro y rojo.

En el momento en que llegamos a las cámaras del Khan no tenía ni idea de lo lejos que habíamos llegado, tal enormes acorazados eran más ciudades que buques de guerra. Finalmente nos detuvimos ante un par de puertas de marfil con incrustaciones, flanqueada por dos enormes guardias con armadura ceremonial. Reconocí el esquema complicado de las antiguas armaduras Trueno, muy alteradas y con bordes de oro. A diferencia de Yesugei, los guardias llevaban los yelmos, que eran de hendidura con visera y dorada, rematado con plumas de crin.

A medida que el Vidente de la Tormenta se acercaba a ellos, se inclinaron, para luego coger dos manijas de bronce pesado establecidas en las puertas.

-¿Preparada?- preguntó Yesugei.

Podía sentir mi corazón martilleando mi pecho. Luz estaba sangrando de las grietas en las puertas.

-No- le dije.

Las puertas se abrieron.

Por una fracción de segundo, vi absolutamente nada. Tuve la impresión borrosa de una corona de luz, bailando delante de mí, como si se reflejase en el agua. Podía sentir una energía enorme, enorme poder derramándose,

tronando en su cautiverio como el corazón enjaulado de un reactor.

En ese momento no sabía si lo estaba percibiendo como realmente era, mi inexperta mirada penetrando algún velo cuidadosamente construido de artificios hacia su verdadera naturaleza, o si la enfermedad de la subida desde Ullanor simplemente había podrido mis sentidos.

Sólo sabía una cosa: que tenía que mantener de pie, mantener los ojos abiertos. Yesugei había dicho que pasaría.

-General Ilya Ravallion del Departamento Munitorum.

Tan pronto como él hablaba, los detalles de la habitación se hundieron en el enfoque, como un viejo pictograma físico que se desarrolla en un baño químico. La cámara era grande, con grandes ventanales que inundan de luz filtrada del sol de Ullanor.

Bajé la cabeza torpemente.

-Khan- le contesté, sin gustarme el sonido de mi voz fina en contraste con la riqueza de la suya.

-Siéntese, general. Hay una silla a su disposición.

Caminé hacia ella. Mientras lo hacía, empecé a disfrutar del entorno. Las paredes estaban revestidas con elegantes maderas oscuras, como la caoba terrana. Una gruesa alfombra yacía bajo mis pies, de tejido grueso con imágenes de llanuras áridas y jinetes con lanzas apoyándose en la silla. Vi una biblioteca antigua llena de viejos libros encuadernados en cuero. Había armas colgadas en las paredes: espadas, arcos, fusiles de chispa, armaduras de otras épocas y otros mundos. Los olores de la tierra y el metal se levantaron para recibirme, acres con la espiga de la piel de ciervo, carbón quemado y aceites de bruñido.

Me senté en el asiento que había sido preparado para mí. Oí el suave tictac de un reloj antiguo en una repisa de la chimenea de piedra y el débil zumbido, muy lejano, de los motores de naves espaciales.

Sólo entonces tuve el coraje para mirarlo.

Su rostro era del mismo cuero marrón como Yesugei. Era un rostro delgado, noble y ferozmente inteligente y orgulloso. Su calva terminaba por un largo moño de pelo tintado de negro atado con anillos de oro. Una nariz aguileña recorría un rostro bigotudo cincelado por el viento. Tenía los ojos hundidos bajo unas cejas huesudas, y brillaban como perlas establecidas en bronce.

Se sentó con facilidad, su inmenso cuerpo tendido de nuevo en su silla, que era dos veces el tamaño de la mía. Una mano enguantada se apoyaba en un brazo de marfil, el otro colgaba casualmente sobre el borde. Tenía la vaga imagen de un felino descansando en una sombra moteada, reponiendo su tremenda fuerza entre cazas.

Apenas podía moverme. El corazón me latía con fuerza.

-Bien- dijo el Khan. Habló en un culto acento patricio. **-¿Qué es lo que desea hablar conmigo?**

Le miré a los ojos brillantes, incapaz de responder. Fue entonces cuando me di cuenta, con una sacudida de horror, que no podía recordarlo.

Yesugei se unió a nosotros, de pie al hombro de su Primarca y con calma explicó las circunstancias de nuestra reunión en Ullanor. Más tarde me enteré de que había estado a mi lado todo el tiempo, en caso de que me hubiese abrumado. Fue un acto de bondad que nunca he olvidado.

Mientras él hablaba y el Khan respondía, me recuperé. Me senté con la espalda recta en la silla, recordando mi misión en todos sus detalles. Incluso entonces me llamó la atención la ironía de la situación: la única cosa en la que siempre había sido capaz de confiar era mi memoria, deshecha en un instante por la figura ante mí.

-Entonces, ¿qué más quieren de nosotros?- preguntó secamente el Khan, todavía hablando con Yesugei. **-¿Más conquistas? ¿Más rápidas?**

Su tono era el de un patriarca cansado, complaciendo los intereses mezquinos de los sujetos muy por debajo de él en estatura y nobleza. A diferencia de Yesugei, su gótico hablado era perfecto, aunque con el mismo acento espeso que su Vidente de la Tormenta.

-Señor- le dije, esperando que mi voz no temblara mientras hablaba. **-El Departamento no tiene ninguna queja sobre la velocidad del progreso de la Quinta Legión.**

Tanto el Khan y Yesugei se volvieron hacia mí.

Tragué saliva y sentí la sequedad en la parte posterior de mi garganta.

-El asunto es muy diferente- continué, sosteniendo la mirada del Primarca con dificultad. **-Los Estrategos de alto rango han encontrado todo un desafío mantener una imagen adecuada de sus movimientos. Esto tiene**

consecuencias. No podemos mantenerlos reabastecidos como nos gustaría. No podemos organizar la coordinación con los regimientos del Ejército que le acompañan. Tiene previsto reunirse con la 915.ª Flota Expedicionaria, pero aún no tenemos la confirmación de su posterior destino.

El rostro del Khan era como una máscara. Su expresión no cambió, aunque podía sentir su decepción.

Me sentí ridícula. Era un guerrero, incluyendo una máquina alimentada por el Emperador para destruir mundos. Él no quiere hablar de las cadenas de suministro.

-¿Cree usted, general, que son los primeros en quejarse de esto a mí?- preguntó.

Su tono —desinteresado, cortés, casual— era aplastante. Dudo que él lo quisiera, pero era de todas formas.

Ellos pueden matar con una palabra.

-No, señor- dije, tratando de mantener mis nervios, decidida a mantener a mi misión. **-Soy consciente de que diecisiete comunicaciones a nivel de Legión se han hecho desde Terra a su personal de mando.**

-¿Diecisiete, de verdad?- dijo con sus párpados pesados. **-Perdí la cuenta. ¿Y qué es lo que espera añadir a ellos?**

-Esas comunicaciones no tienen el honor de dirigirse a usted en persona, señor. Tenía la esperanza de que, si pudiera explicar la situación claramente, podríamos ser capaces de determinar un marco de trabajo para el enlace logístico. Es algo que al Departamento le encantaría negociar.

Tan pronto como las palabras «marco de trabajo para el enlace logístico» surgieron de mis labios, supe que lo había perdido. Me miró directamente, medio aturdido, medio irritado. Se removió en la silla, e incluso en ese movimiento minúsculo sentí algo de la inutilidad de lo que estaba tratando de hacer.

Odiaba estar sentado. Odiaba hablar. Odiaba estar encerrado dentro de las paredes de su buque de guerra. Quería estar en campaña, perdido en la persecución, el despliegue de su fuerza fenomenal en la eterna persecución.

Nunca olvidaba la forma de la caza.

-¿Eres terrana?- me preguntó.

La pregunta surgió de la nada, pero me acordé de las palabras de Yesugei y no parpadeé.

-Lo soy, señor.

-Me lo imaginaba- dijo el Khan. **-Piensas como un terrano. Tengo guerreros en mi legión que son terrestres y piensan igual que tú también.**

Se sentó un poco hacia delante en la silla, cruzando las manos enguantadas en su frente.

-Esto es lo que quieres. Quieres ver las legiones marchando desde Terra en líneas ordenadas, perseverantes como el aduun, cada una dejando un rastro detrás de ella que llevase de vuelta al mundo de origen a lo largo del cual se pueden trazar sus convoyes de armas y raciones. Piensas así porque tu mundo es complejo, de ciudades y asentamientos, y ese mundo necesita ataduras.

Estaba en lo cierto. Eso era lo que yo quería.

-Eso no es lo que queremos. En Chogoris aprendimos a luchar sin un centro. Llevábamos nuestras armas y nuestras monturas con nosotros. Nos movíamos según el dictado de la guerra. No nos atábamos a nosotros mismos. Nunca hemos hecho eso.

Sus ojos hundidos me sujetaron mientras hablaba. Su voz nunca se alzó. No estaba enfadado conmigo, hablaba con calma, como un padre austero explicando pacientemente una simple cuestión a su niño.

-Los ejércitos contra los que luchamos eran más grandes que el nuestro. Nuestro movimiento fue nuestra ventaja. No podían atacar a nuestro centro, porque no teníamos ningún centro. Nunca hemos olvidado esa lección.

Comprendí entonces por qué todas nuestras delegaciones no habían logrado hacer mella en él. Los Cicatrices Blancas no eran difíciles de organizar por un descuido: era una cuestión de principios para ellos, una doctrina de guerra.

Tal vez no debería haber dicho nada entonces y aceptado el fracaso de mi misión, pero no estaba dispuesta a dejar el asunto morir. La lucha en Chogoris a caballo era una cosa, una cruzada de billones de hombres a través de la galaxia otra.

-Pero señor, después Ullanor, no hay ejércitos más grandes. Estamos

avanzando, no defendiéndonos, y tal trabajo requiere coordinación. Y, perdónenme, pero seguramente usted está de acuerdo que no hay amenazas a la Terra. Nada queda que suponga una amenaza seria.

El Khan me miró en de una manera fría, cansada. Mis palabras no le habían impresionado. Sentí el peso de su decepción, y solo eso ya era difícil de soportar.

-Nada queda que suponga una amenaza seria- repitió en voz baja. **-Me pregunto, Yesugei, cuántas veces y en cuántos imperios olvidados esas palabras han sido pronunciadas.**

Ya no se estaba dirigiendo a mí. La discusión había cambiado a los caminos de la historia con su propia especie. Me habían dejado a un lado, al igual que todos los demás que habían intentado arrastrarlo de nuevo a las estructuras rígidas del Imperio. No era nada para él, el trabajo del Departamento no significaba nada. Los meses de viaje, de investigación, de preparación, todos en vano.

Estaba furioso conmigo misma, y la frustración me quemaba. En ese momento supuse que estaba sentada cara a cara con el guerrero más grande y más poderoso que pudiera conocer nunca, y que había desperdiciado la oportunidad de influir en él.

Estaba equivocada acerca de ellos, como se vio después en ambos casos.

Irrumpió en sin previo aviso. Las puertas casi se salieron de sus goznes, sorprendiéndome.

Él entró en la habitación, vestido con un grueso manto de piel de lobo que se balanceaba con sus pasos resonantes. Su armadura era oro blanco, arremolinado y rico como la madre perla, con bordes de bronce martillado y con ojo brillante de granate estampado en el pectoral. Irradiaba enormidad: de cuerpo, de mente, de espíritu. Se movía con un vigor generoso, con confianza, con la arrogancia de un soldado.

Había visto pictografías de él, por supuesto. Todos las teníamos. Nunca había esperado verle de cerca, estar en la presencia de esa figura de leyenda y rumores susurrados.

Me encogí en mi silla, agarrando los brazos con fuerza, temiendo desmayarme o hacer algo estúpido.

El Khan se puso de pie, corriendo a saludarlo con una sonrisa de oreja a oreja en su cara. Estaba instantáneamente olvidada, una mancha mundana contra

el esplendor de los dioses reunidos.

-Mi hermano- dijo el Khan, abrazándolo.

-Jaghatai- dijo Horus Lupercal.

Mi corazón parecía salirse de mi pecho. Me sentí aterrorizada de que uno de ellos se volviese hacia mí y me preguntase que estaba haciendo allí todavía. Quería irme, pero no me atrevía a moverme, no sin recibir permiso, así que me quedé donde estaba, deseando que la silla se pliega sobre mí.

Debería haber estado llena de asombro y alegría al ver el Señor de la Guerra. Debería haber sentido mi corazón hincharse con orgullo y la gratitud de que una mortal, entre miles de millones, se había colocado en presencia del elegido por el emperador. Por alguna razón, lo único que sentí fue miedo. Vi mis nudillos se volverse blancos. No dije nada. Me sentía como si un viento frío hubiese corrido a través de la cámara, enfriándola y haciendo temblar mi alma.

Yesugei se introdujo entre ellos y el Vidente de la Tormenta lo tomó con calma, tan calmado y flemático como siempre. Entonces la mirada de Horus —terrible, escrutadora— fue más allá de su hermano y se instaló en mí.

Mi corazón pareció detenerse. Era incapaz de reaccionar, ni siquiera a mirar hacia otro lado. Era puro terror primigenio, el de una presa que sabe que no puede escapar.

-¿Y quién es ella?- preguntó Horus.

El Khan puso su mano sobre el brazo de su hermano.

-Uno de los burócratas del Sigilita- miró brevemente en mi dirección. **-Ella tiene mi apoyo.**

Cuando se dio la vuelta, volviendo a la conversación con los otros, una vez más me sentí como si un tornillo de banco, que oprimía mi corazón, se aflojase.

Mientras el Khan había sido difícil de tratar, Horus era abrumador. Los dos Primarcas eran de similares constituciones, el Khan incluso podría haber sido un poco más alto, pero era obvio para mí por qué Horus había sido elegido para ser el instrumento del Emperador. El dinamismo de sus gestos, la apertura en la cara, el sentimiento de poder que caía en cascada de su armadura ornamentada y se derramaba por toda la habitación. Incluso en medio de un temor inexplicable que llegaba hasta ahogarme, entendí por

qué los hombres le adoraban.

Luché para conciliar lo que vi con lo que sentía. El Khan y Horus eran, obviamente, hermanos. Hablaban y se picaban mutuamente como hermanos, hablando de cuestiones a escala galáctica que yo no podía entender, como si fueran piezas de una trivia para jugar con ellas y argumentar sobre. Pero con todo, no eran iguales. El Khan era dominante, melancólico, austero y magnífico.

Horus era… otra cosa.

El encuentro entre ambos fue breve. En el momento en que me atreví a escuchar, casi habían terminado.

-Por todo eso, créeme, estoy avergonzado hermano- dijo Horus, pareciendo compungido.

-No deberías estarlo- dijo Khan.

-Si hubiera habido otra opción…

-No tienes que explicar nada. En cualquier caso, ya te he dado mi palabra.

Horus miró al Khan con gratitud.

-Lo sé- dijo el Señor de la Guerra. **-Tu palabra significa mucho. Para nuestro Padre también, estoy seguro.**

El Khan levantó una ceja, y Horus se echó a reír. Riendo relajaban sus rasgos. El comportamiento habitual del Señor de la Guerra era materia prima, exuberancia apasionada, como si un reflejo de la gloria o la perfección de la voluntad del Emperador permaneciera en sus rasgos marciales.

-No todo es malo. Chondax es estéril, adecuada a las fuerzas de tu Legión. Podrás disfrutar de la caza.

El Khan asintió con bastante facilidad, pensé. Para mí, parecía que el gesto de quien sabe que era lo mejor que podía hacer en una mala situación. -**No estamos hambrientos de gloria-** dijo. **-Tenemos que acabar con los restos de Urrlak, y estamos preparados para hacerlo. Pero ¿qué pasará después? Eso es lo que me preocupa.**

Horus posó su guante en el hombro del Khan. Incluso ese simple movimiento —el leve cambio de postura, el barrido hacia arriba del brazo— mostraba el equilibrio guerrero del Primarca. Cada gesto era tan dolorosamente elegante,

tan maravillosamente eficiente, tan lleno de seguridad de sí mismo, de poder sobreabundante. Los dos eran criaturas de un plano más elevado, encadenados ligéramente a las cosas de la existencia mortal.

-Entonces debemos luchar juntos, tú y yo. Ha pasado mucho tiempo, y siento tu ausencia. Las cosas son fáciles contigo. Me gustaría que no te escondieses en la distancia.

-Por lo general se me puede encontrar, al final.

Horus le lanzó una mirada irónica.

-Al final- dijo. Luego su expresión se volvió seria. **-La galaxia está cambiando. Hay muchos que no entienden eso, y a muchos no le gusta. Los guerreros deben permanecer cerca. Espero que pueda llamarte, si llega el momento.**

Los dos Primarcas se miraron a los ojos. Podía imaginarlos luchando juntos, y me estremecí un poco ante la perspectiva. Tal alianza haría que los cimientos de la galaxia temblasen.

-Sabes que puedes, hermano. Siempre ha sido así entre nosotros. Tú me llamas, yo respondo.

Podía escuchar la sinceridad en su voz; hablaba en serio. Podía escuchar la admiración también, y el calor. Estaban tallados en la misma piedra.

Contuve la respiración. Por alguna razón, sentía que algo significativo, algo irrevocable, había tenido lugar.

Tú me llamas, yo respondo.

Después de eso salieron de la sala de juntas, marcando el paso, encerrado en su conversación. Yesugei fue con ellos.

La cámara se redujo todavía. Podía oír los pasos del reloj, tan fuerte en mis oídos como mi propio corazón. Durante mucho tiempo no pude moverme. Mi sensación empalagosa de temor se desvaneció lentamente. Cuando finalmente aflojó los dedos en el brazo de la silla, todavía estaba temblando. Los pensamientos y las imágenes se agolpaban en mi mente, empujándose en una loca carrera de impresiones deslumbrantes.

Sólo poco a poco me di cuenta de que había sido abandonada en el corazón de un acorazado de la legión sin posibilidad obvia de encontrar mi camino. Supuse que mi rango contaría poco en un lugar así.

Eso no fue lo peor. Había visto, brevemente, la forma en que la Gran Cruzada era realmente dirigida, lo que hacía que mi pequeño papel pareciese aún más insignificante de lo que había pensado. Éramos nada para ellos, para esos dioses con armadura.

Mientras reflexionaba sobre esto, la idea de tratar de debatir la política de guerra con un Primarca me parecía menos como vanagloria y más a locura.

Aun así, los había visto. Había sido testigo por lo que un sinnúmero de militares de carrera habría muerto felices por presenciar. A pesar de mi fracaso, esto valía algo.

Me levanté de la silla con voz temblorosa, preparándome para ir de nuevo en el pasillo. No me entusiasma la perspectiva de conocer a los guardias de nuevo.

Al final resultó que, yo no tenía que hacerlo. Yesugei regresó, deslizándose en silencio a través de las puertas y dándome una sonrisa de complicidad.

-Bueno. Eso fue inesperado.

-Lo era- le contesté. Mi voz era todavía débil.

-Primarca y Señor de la Guerra- dijo Yesugei. **-Lo hiciste bien.**

Me eché a reír, más por la liberación de la tensión que cualquier otra cosa.

-¿Lo hice? Casi perdí el conocimiento.

-Suele suceder ¿Cómo te sientes?

Puse los ojos.

-Hice el ridículo. Esto fue una pérdida de tiempo, de vuestro tiempo. Lo siento.

Yesugei se encogió de hombros.

-No te disculpes. El Khan no hace nada inútilmente.

Me miró con atención.

-Nos vamos a Chondax pronto. Tenemos orcos que cazar. El Khan conoce la tarea por delante. Te escuchó. Él me pidió que le dijera que, si lo desea, pudiera unirse a nosotros. Nuestro kurultai necesita un consejero, uno con experiencia, que no tema decir verdades que no queremos escuchar.

Yesugei sonrió de nuevo.

-Sabemos nuestras debilidades. Todas las cosas cambian. Tenemos que cambiar. ¿Qué piensa usted?

Por un momento, casi no podía creerlo. Pensé que podría ser una broma, pero supuse que no bromeaba mucho.

-¿Vas a ir a Chondax?- le pregunté.

-No lo sé. Tal vez no todavía. Unirse a nosotros no va a ser fácil. Tenemos formas extrañas para los forasteros. Tal vez serías más feliz en tu Departamento. Si es así, lo entenderemos.

Mientras Yesugei hablaba, me hice a la idea.

Era una sensación emocionante, un salto hacia lo desconocido, algo que era tan fuera de lugar como mi olvido temporal había sido antes. Teniendo en cuenta los acontecimientos de las últimas horas, no fue difícil para mí creer que el destino me había ofrecido la oportunidad de hacer algo de mí mismo, para convertirme en algo más que un engranaje sin nombre en una máquina infinita. Estaba cerca del final de mi servicio activo; esa oportunidad nunca volvería.

-Tienes razón en que no te entiendo. Apenas sé nada de ti.

Traté de mantener la voz firme, para que sonase más segura de lo que realmente era. Sentí ganas de reír, mitad de emoción, mitad de miedo.

-Pero puedo aprender- añadí.



SIETE

SHIBAN

Se necesitaron dos días más antes de llegar al centro. Torghun y yo luchamos juntos todo ese tiempo, mezclando nuestras diferentes habilidades. Hicimos un esfuerzo para no contradecir nuestras órdenes. En ocasiones, me gustaba poder saciar mi hambre de seguir adelante y él no protestaría. Las demás, accedía a su deseo de asegurar un área antes de que marcharnos.

No siempre fue fácil. Mis guerreros no operaban fácilmente con los suyos. No nos mezclamos mucho, encontrándome con sólo uno de sus lugartenientes, un guerrero severo llamado Hakeem, e incluso entonces apenas intercambiamos dos palabras. Con todo, hemos aprendido el uno del otro. Vi que forma de guerra de Torghun tenía cosas a su favor. Tenía la esperanza de que él viera lo mismo en nosotros.

Para cuando nuestra brecha llegó al núcleo de La Amoladora, había costado más bajas que las sufridas durante años de campañas previas. Mi propia hermandad recibió un duro castigo, quedando a poco más de dos tercios de su fuerza original. No me arrepiento de eso. Ninguno de nosotros lo hizo. Siempre hemos sabido que los pieles verdes pelearían duro por su última posición, y los que habían muerto habían muerto como guerreros.

Si hubiera habido más tiempo, sin embargo, habría llorado a Batu, que siempre había estado cerca de mí. También hubiese llorado a Hasi, que había sido un alma alegre y que hubiera logrado grandes cosas si hubiera sobrevivido.

Sangjai había recuperado sus elementos inmortales, por lo que una parte de ellos estaba destinado a vivir en las acciones de los demás. Como siempre, hemos conservado su armadura y sus armas, y dejaron sus cuerpos mortales para volver a la tierra y el cielo de Chondax. Incluso en los barrancos, protegidos de lo peor del viento, pudimos ver su viaje a nada. Sabía que la meseta, el lugar por el que habíamos luchado tanto y con tanto derramamiento de sangre, ahora estaría malditamente limpio de nuevo, con blancos huesos, vacíos, haciendo eco.

Había visto los monumentos levantados para el Imperio en Ullanor y los

había admirado. Ellos durarían milenios. Nada de eso se haría para marcar nuestra presencia en Chondax. Éramos como fantasmas aquí, revoloteando en los desechos, causando la muerte poco antes de que nuestra presencia fuese borrada de la existencia.

Pero el combate era lo suficientemente real. El despiadado e incesante combate brutal era real. En el momento en que llegamos al centro estábamos cansados, clavados en la fatiga por la resistencia inquebrantable de los orcos. Mi armadura estaba sucia, con manchas de sangre. Mi coraza estaba agrietada y abollada, mi peto estaba jalonado por marcas de hojas. Mis músculos, endurecidos por una vida de lucha constante por la costumbre y demostrando genética, nunca perdieron su dolor sordo. No había dormido en días.

Pero cuando superamos el último risco, deteniéndonos a lo largo del borde de un acantilado de punta larga y mirando hacia el objetivo de nuestros esfuerzos, nuestros espíritus se levantaron.

Vimos la montaña final, la fortaleza oxidada del enemigo, y sonreímos.

Era de un amplio plato circular, tallada en el paisaje roto, como la primicia gigantesca de una cuchara. Nos quedamos en el extremo sur de la misma, mirando al norte en el centro. Podríamos distinguir acantilados en el lado lejano, medio perdido en el polvo y la distancia. El suelo de la depresión era liso y vacío, una árida extensión de roca desnuda que brillaba a la luz de los soles. La tierra escapaba de nosotros en una curva poco profunda, barriendo casi doscientos metros antes de nivelarse.

En el centro de la taza estaba la ciudadela: un pico de roca, irregular y agrietada por el tiempo, lanzada hacia arriba de la piedra desnuda como una lanza de caza en su carcaj. Se levantaba más de doscientos metros, rota por una serie de pináculos esbeltos que brillaban como hueso astillado a la luz del sol.

Los orcos habían tenido mucho tiempo para trabajar en él. Habían colocado paredes a su alrededor y las torres a través de ella, escaleras serpenteantes colgaban entre las torres de roca delgadas. Los flancos de la ciudadela estaban erizadas de cañones, y columnas de humo de hollín negro eructó desde su base. Máquinas enormes gruñían lejos, dentro: motores, generadores, forjas. Supuse que esas cosas habían sido tomadas de uno de sus cavernosos pecios espaciales, tal vez uno que se había estrellado en el mundo hace mucho tiempo y se han convertido poco a poco en el corazón de su último reducto.

La ciudadela tenía muchas puertas, cada una con pesados dinteles de hierro

oxidado con costras. Miles de pieles verdes se arremolinaban en las murallas anteriores, gritando sus desafíos en el aire claro. Muchos miles más, supuse, permanecían protegidos dentro, esperando el ataque que sabían que se avecinaba.

En la parte superior de la pila desordenada de estructuras entrelazadas, presentado en un conglomerado de paredes torcidas y plataformas de armas precarias, había una masa de hojas de metal atornilladas con la imagen aproximada de una cabeza gigante de piel verde. Vi colmillos largos diez metros y cuencas de los ojos llameantes, cada uno del tamaño de un hombre. Manos de pintura roja y amarilla se habían lanzado a través de su cráneo angular. Astillas de luz de color verde lima bailaban toda la superficie, lo que indica la presencia de rudimentarios escudos.

La estructura podría haber sido algún artefacto casi religioso, o tal vez una guarida para el líder-chamán o una guarnición elaborada por sus guerreros de élite. Tal vez su líder residía allí, en cuclillas como un insecto hinchado en la oscuridad, mientras sus secuaces morían a su alrededor.

Ese nivel de artificio me sorprendió. Nunca habíamos visto a orcos construir este tipo de estructuras, incluso durante la masacre de Ullanor.

Mientras miraba, yo adiviné la verdad. Los pieles verdes aprendían rápido. Siempre lo habíamos sabido sobre ellos. Si no eran totalmente exterminados por las fuerzas a las que se enfrentaban, eventualmente convertían cualquier arma contra su portador. Incluso aquí, clavados en la sumisión y sin esperanza, todavía estaban trabajando en nuevas herramientas de destrucción.

Habían visto las armas que habíamos usado para limpiarlos, y la inspiración se había presentado el fondo de sus mentes brutales. De alguna manera, impulsados por una cierta capacidad asombrosa para la replicación, seguían trabajando.

Estaban construyendo un Titán.

Anoté las rutas hasta su grotesca cabeza: los pórticos tambaleantes, las escaleras de corte basto, el ascensor estrepitoso por su eje. Las aprendí de memoria rápidamente, sabiendo que una vez estuviese dentro de la ciudadela no tendría tiempo para orientarme.

Para entonces podía escuchar el eco distante de los disparos desde el otro lado de la gran depresión. Mi pantalla del casco mostraba las señales de otras hermandades cerniéndose desde el norte, este y oeste. Incluso algunos escuadrones habían salido de la cobertura y se lanzaron sobre las largas

faldas de la taza hacia la ciudadela. Las armas de fuego en las paredes se abrieron, lanzando sus rondas en arcos largos a los escuadrones de motojets entrantes.

Me volví hacia Torghun, que como siempre estaba a mi lado.

-¿Listo, hermano?- le pregunté.

-Listo, hermano- dijo.

Sostuve mi guante hacia arriba, con la mano abierta, en la forma chogoriana. Él la estrechó. Si hubiéramos sido guerreros de la Altak, nos habríamos cortado las palmas, permitiendo que nuestra sangre se mezclase.

-Que el Emperador esté contigo, Shiban Khan- dijo.

-Y contigo, Torghun Khan- respondí.

Luego activamos nuestras espadas, arrancamos nuestros motores y cargamos.

Como Khan, podría haber tomado una de las motos que quedaban de mi hermandad de su dueño, pero opté por no hacerlo. No vi ninguna razón para privar a ninguno de mis guerreros de su montaje sólo porque yo había perdido la mía.

Así que me corrí, al igual que los demás a mi alrededor cuyas motojets habían sido destruidas. Bajamos por la pendiente, dando voces y dejando que nuestras lanzas silbasen por la energía. Más de un centenar de nosotros esprintó uno junto al otro, gritando y rugiendo, balanceando nuestras guan dao y herramientas de guerra alrededor de nuestras cabezas. Las motojets restantes tronaban por encima, se estableciendo una cortina de fuego bólter pesado y gritando delante de las paredes.

Les vi elevarse con envidia y alegría. Vi el excelente control de sus pilotos, la forma en que peraltaban y empujaban a la luz del sol brillante. Eran tan natural, tan sin esfuerzo mortales. Me hubiera gustado estar entre ellos.

Privado de ese bruto poder, corrí con fuerza, usando mi propia velocidad nativa e incomparable impulso de mi armadura. Sentí el mi trabajo los músculos, saturados de hiper-adrenalina y estimulantes de combate. Mis hermanos cargaron conmigo, levantando el polvo de sus miembros.

En el borde de la visión pude ver otro derrame de guerreros en la depresión. Decenas coronaron la subida, a continuación, cientos de personas.

Hermandades enteras salieron de la cobertura a la luz. No esperé a contarlos, pero antes de llegar a las paredes debía haber habido miles de nosotros en el ataque. No había visto tal cantidad Cicatrices Blancas desde que se hizo descenso planetario. Estábamos juntos, reunidos en el esplendor de nuestro pleno potencial. El ruido de la misma, los gritos de batalla por el vox, el masivo tamborileo de las pisadas, el clamor de percusión de las motojets me emocionó hasta lo más profundo.

La taza entera se llenó del zumbido y el crack del fuego enemigo. Primitivas balas antiaéreas estallaban tachonando el aire, derribando varias motojets incluso antes de que las paredes estuviesen a rango de sus bólter. La artillería cayó contra nosotros, agujereando la roca desgastada por el viento y desintegrando escuadrones enteros de guerreros a la carga. Masivas cantidades de armas abrieron fuego, lanzando proyectiles en nuestro camino y arrancando el terreno.

Sentí que mi corazón secundario golpear el pecho, y saboreé el bombeo de la sangre por mis venas. Mi pelo largo era azotado por el viento de la carrera. Mi guan dao temblaba por su campo disruptor hambriento de muerte, con ganas de morder en la carne de nuevo.

Salté sobre cráteres humeantes y desvió montones de chatarra en llamas, ganando velocidad a cada paso. Éramos como una marea explosión de color marfil, derramando en la depresión de todas las direcciones y las carreras hacia la cima en llamas en el centro. Todo se movía, todo se precipitaba, todo rayado y ardiendo en una mancha de color blanco, oro y rojo sangre. Sombras de motojets corrían sobre nosotros, ya que maniobraban en sus abrasadoras pasadas. Las paredes por delante ya ardían, columnas acres de humos se abrían por las grietas.

Habíamos tomado una de las muchas puertas, recientemente devastada por andanadas de proyectiles bólter pesados y misiles. Los orcos se apresuran a reunirse con nosotros, babeando de rabia. Eran más grandes que cualquiera que hubiese visto en Chondax, casi tan grandes como algunos de los monstruos que habíamos visto en Ullanor. Ellos avanzaron pesadamente hacia nosotros, tropezando con sus propios pies con garras sólo para entrar a distancia de nuestras hojas. Nos abrimos paso por ellos de nuevo, irrumpiendo a través de lo que quedaba de las puertas girando, cortando, demoliendo, perforando, arrancando. Dos hordas, una blanca cegadora y otra de un enfermizo verde chocaron en un caos de cuchillas, balas y extremidades agitadas.

Subí por una pendiente, una maraña de escombros con mi alabarda volando a mi alrededor. Los orcos se tambaleaban hacia abajo, apartando escombros y levantando polvo. Les grité, arrastrando mi guan dao en un torbellino de

arcos. Su borde cortado atravesaba limpiamente a través del hierro, la piel y el hueso, arrojando desechos a su alrededor, ya que oscilaba hacia atrás y adelante. Les cortaba antes de que supieran que estaba aún dentro de la distancia. Cada golpe silbó limpiamente, ofreciendo grandes niveles de fuerza de trituración antes de saltar de nuevo y pasar al siguiente objetivo. Por todas partes los disparos de mis hermanos rugían de distancia, convirtiendo pedazos de blindaje en metralla y triturado la carne a trozos sanguinolentos.

En esos momentos, llevados a la batalla bajo la luz incandescente de tres soles, nos habíamos convertido en la tormenta. Éramos irresistibles: demasiado salvajes, demasiado hábiles, demasiado rápidos.

Arranqué a correr hacia arriba, luchando más allá de las puertas en ruinas y hacia el laberinto tambaleante de la destartalada ciudadela allí, flanqueado por Jochi y otros de mi Minghan-keshig. Más orcos se lanzaron contra nosotros, balanceándose por debajo de los techos corrugados y redes de andamios quemados. Golpeé de lleno a uno en la cara con mi guante de ceramita, astillando el cráneo en pedazos sangrientos, antes de hacer girar mi bota para reventar el estómago de otro. Mi alabarda arrojó sangre a franjas en mi armadura y rociando los visores de mi casco.

-¡Adelante!- rugí, bombeado con agresión y energía**. -¡Adelante!**

Mis hermanos me siguieron, corriendo por las escaleras para llegar a los pieles verdes en las plataformas de carga y hasta las escaleras para purgarlos de las murallas. Cuando uno de nosotros era derribado, otro tomaba su lugar. No les dimos espacio para respirar, pensar, reaccionar. Utilizamos nuestra velocidad y nuestra energía, a su vez, maniobrando fuera de peligro sólo para surgir de nuevo con nuestras armas energéticas. La ciudadela estaba obstruida con cuerpos, miles de ellos, todos enzarzados en combates cuerpo a cuerpo en medio de torres en llamas, matando y siendo asesinados en grandes y sangrientas masas. El ruido ensordecedor de la misma se amplificaba y distorsionaba en la estrecha claustrofobia, haciendo que las torres temblasen y soltasen nubes de polvo.

Mientras me abría camino perdí de vista Torghun. Sólo mis propios hermanos, los que había llevado a través de la Cruzada por un centenar de años de guerra, se mantenían conmigo. Corrimos juntos, lanzando a un lado a cualquiera que se encarase a nosotros, gritando y riendo por la exuberancia de la misma. Mi armadura resonó por los repetidos impactos de proyectiles sólidos, pero nunca desaceleré. Las espadas del enemigo vinieron a mí en torpes golpes, pero yo las empujaba a un lado y mataba a sus propietarios. Oí los gritos y bramidos de pieles verdes zumbando en mis oídos y sólo conseguían alimentar mi impulso de matar. Aspiré el olor de los cuerpos, suciedad y sangre orcas, un almizcle caliente de excrecencias xenos. Por

todas partes, en cada rincón apestoso de ese lugar de mala calidad, resonaba con el choque de las armas, todas las paredes oxidadas lanzaban flashes de los disparos.

Eso me hizo sentir vivo. Me sentía imparable. Me sentía inmortal.

-¡Por el Khagan!- exclamé, mi pecho ardiendo y mis ojos destellando mientras seguía hacia arriba, siempre hacia arriba.

Sabía que él estaría allí, en alguna parte. Mataría y mataría, sonriendo con abandono, purgando hasta el último de ellos, conduciendo mi cuerpo más allá de los límites de la resistencia, sólo por la oportunidad de verlo.

Pese a los pensamientos de Torghun, tenía fe. Me gustaría verlo pelear de nuevo.

Y después de eso, todo lo que había sucedido en Chondax, todos los largos, largos años de caza, todo iba a ser vindicado.

Yo sabía que estaría allí.

Mientras esprintaba, vi destellos la lucha furiosa en los costados inferiores de la ciudadela. Batallas campales arrasaron todas las superficies. Plataformas de armas y torres de defensa gruñían con desbordantes melés de combate cuerpo a cuerpo, oponiendo pandillas enteras de pieles verdes contra nudos apretados de aguerridos Cicatrices Blancas. Furiosos incendios estallaron por todas partes, alimentados por depósitos de combustible en las entrañas de la estructura. Miles de guerreros seguían fluyendo a través de la depresión para unirse a la lucha, corriendo a través de las llanuras al combate. Miles de defensores subieron a su encuentro, tambaleándose fuera de sus refugios humeantes y bunkers con feroz desesperación iluminando sus retorcidos rostros.

En cuanto a nosotros, habíamos arrasado más rápido y más alto que cualquier otro. Nos separamos de un elevador de eje roto ardiendo, aferrándonos a los puntales metálicos antes de arrojarnos por el hueco despejado. Nos echamos a sobre una amplia plataforma plana de metal colgada en medio de los pináculos de piedra parecidos a dedos. Jochi estaba conmigo, al igual que decenas de mis hermanos, sus armaduras carbonizadas, agrietadas y relucientes de sangre.

En el otro extremo de la plataforma colgaba la mandíbula inferior de la enorme cabeza orca que había visto desde los acantilados. Era aún más grande de lo que había imaginado: veinte metros de alto y ancho, una masa bulbosa de la chatarra remachada y costras de óxido, suspendida en medio

de una maraña de pasillos escleróticos y contrafuertes como un dirigible gigante de hierro.

Empecé a dar la orden de asalto, pero las palabras murieron en mis labios. La estructura emitió un bramido bajo que hizo que los pórticos desvencijados que nos rodeaban se sacudiesen. Luché para mantener los pies en la plataforma endeble debajo de mí mientras se balanceaba salvajemente.

Un trozo de metal pesado se desprendió, separado de la base de la cabeza artificial grotesca, pelando y golpeando el extremo último de la plataforma. A continuación, otro cayó, revelando un vacío brillante, lleno de humo en el interior. Oí el sonido de pistones retirándose, y el silbido de mecanismos de elevación pesada entrando en acción. Un humo marrón eructó fuera del espacio y se acercaba a nosotros.

-Mátadlo- pedí, preparándome contra el trepidante metal tomando mi guan dao con una sola mano y empuñando mi pistola bólter.

Disparé, uniéndome al torrente de rondas bólter de mis hermanos. El aluvión alcanzó la abertura irregular en la base de la estructura de la cabeza. Oí explosiones resonando mientras el fuego continuaba y lamentos ahogados de rabia. Algo había sido golpeado. Algo estaba sufriendo.

Sólo entonces, rugiendo y arrastrándose, emergió.

Salió de la base de la cabeza, estrellándose contra las restantes paredes como un borracho, tambaleándose sobre la marcha y tirando los restos a un lado en una lluvia de metal humeante. Un enorme y musculoso brazo salió disparado, y luego otro, arrastrando un cuerpo enorme e hinchado tras ellos. Surgió una cabeza excesivamente distendida, adornada con mandíbulas de baja altura y labios babosos, salpicado de úlceras abiertas y marcado con enconada escarificación.

Vi dos amarillos ojos llorosos hundidos debajo, una frente baja. Vi colmillos molerse unos contra otros mientras la criatura volvía a rugir, y trocitos de saliva espesa volando de su boca abierta. Cuando se movía, su cuerpo obeso se estremecía, sacudiendo los huesos y fragmentos de blindaje que se aferraban a él como lapas alrededor del casco de la nave.

Nunca había visto uno tan grande. Cuando se trasladó a la plataforma, los refuerzos bajo ella se retorcieron por el peso. Sus brazos estaban encerrados en jaulas de metal, de los que corrían tubos directamente a su carne y tendones. Guanteletes de hierro encapsuladas sus puños, cada uno de ellos más grande que mi torso. Ondas de energía verde corrían a raudales a través de ellos, escupiendo y crepitando donde se reunían con la piel de la criatura.

Apestaba: una mezcla picante de almizcle bestial, aceite del motor y la descarga sulfurosa de los generadores de escudo.

Había visto a jefes de su clase antes, por supuesto, toros gigantes que habían rugido sus desafíos a los cielos y cargado a la batalla con un abandono imprudente. Esos monstruos estaban impulsados por las pasiones salvajes de batalla, el ardiente deseo de aplastar, matar, destruir y alimentarse.

Este era diferente. Se fusiona con ruidosa tecnología, atornillada en su armadura como uno de nuestros servidores de armas lobotomizados. ¿Habrían aprendido eso de nosotros también?

Y su ira era diferente. El ruido que hacía, la forma en que se movía, la falta de fluidez, de enfoque en sus ojos de animal, todo eso era diferente. Supe entonces que estaba viendo lo que pasaba con los pieles verdes cuando no quedaba más que la derrota. No permanecían ciegamente furiosos, ni rogando por misericordia, ni comprendieron por fin la forma temer a su enemigo.

Se volvían locos.

-¡Derribadlo!- rugí, apuntando a su cabeza.

Le golpeamos con todo lo que nos quedaba. Le disparamos rondas directamente a él y vimos que explotaban a través de su protección. Vi a Jochi lanzarse en una carga, escondiendo la cabeza y rodando entre las líneas de fuego para acercar su hoja. Recibió un manotazo claro con un revés lleno de crueldad que le envió dando volteretas al borde de la plataforma, con su peto aplastado. Vi que otros tratan de hacer lo mismo, todos ellos moviéndose con su velocidad habitual y destreza. Ninguno de ellos se acercó siquiera: eran quebrados y llevados a un lado por esos guanteletes de hierro, tirados al suelo como si fueran niños. El monstruo avanzó, agitando sus brazos cibernéticos, grandes y monstruosos y babeando con la locura febril.

Enfundé la pistola y agarré mi guan dao a dos manos, ya cargando para ponerme a rango. Me vio y giró a mi encuentro, balanceando sus enormes brazos en torpes barridos devastadores. Me zambullí debajo de uno de los guanteletes y di la vuelta, apuntando mi alabarda en la muñeca de la criatura.

Los bordes cortantes interactuaron contra el escudo en una lluvia de chispas. Una fuerte explosión fue seguida por un olor a pólvora y la barrera brillante sobre los antebrazos de la criatura se apagó.

Antes de que pudiera tomar ventaja, la bestia se giró hacia mí, manteniendo

su otro puño bajo. Traté de ganar distancia, pero su guante golpeó fuertemente a mi lado.

Me hizo dar volteretas, estrellándome al otro lado de la plataforma con mi lanza todavía empuñada en la mano. El mundo giró a mí alrededor y tuve un breve vistazo de pináculo de la fortaleza por encima de mí balanceándose en el cielo.

Me detuve de golpe, sabiendo que el monstruo estaría justo detrás de mí. Salté sobre mis pies y golpeé de nuevo con la lanza. La conecté de nuevo, cortando uno de los cables que rodeaban sus hombros. Un fluido en cascada cayó sobre mí, caliente y apestoso. Mientras el disruptor de mi espada cortaba a través se encendió, rociándonos a ambos de llamas verdes.

Apreté el ataque, zigzagueando la guan dao a tal velocidad que la veía borrosa, apuntado a los escudos aún activos.

No tenía ninguna posibilidad. A pesar de su enorme masa, era rápido. Un puño férreo salió disparado, capturándome por debajo de la garganta y chocando contra mí con la fuerza de un rinoceronte embistiendo. Me envió dando vueltas por segunda vez, casi inconsciente por el impacto y me lanzó con fuerza hacia el lado opuesto de la plataforma. Vi venir el borde hecho jirones y borrosamente intenté agarrarse a algo. Mi guantelete se cerró a tiempo en una pila de chatarra, pero el metal corroído se derrumbó bajo mi agarre.

Traqueteé sobre el borde, mi armadura soltaba senderos de chispas de acero. Miré hacia abajo y vi las caras escarpadas de la ciudadela cayendo lejos debajo de mí, a doscientos metros de aire vacío antes de la masa de las estructuras en combustión cerca del nivel del suelo.

En esa fracción de segundo, suspendido sobre el colapso de fragmentos de óxido ya punto de desplomarse, vi venir a la muerte hacia mí.

Entonces una mano me agarró la muñeca. Me arrastró hacia atrás, lejos del borde que se desmoronaba, mi ser acorazado lanzado de nuevo a la plataforma como si no pesase nada.

Mientras me arrastraban de nuevo, miré desorientado y sin enfocar un par de brillantes ojos hundidos, en un rostro lleno de cicatrices de color marrón. Por un segundo miré sus ojos, rígido por la sorpresa.

A continuación, un enorme cuerpo pasó sobre mí, seguido por un manto forrado de piel y el sonido de botas zancando resueltas al combate.

Incluso entonces, mi mente no procesaba lo que había sucedido. Por un momento no sabía lo que estaba viendo.

Entonces la niebla despejó. Mis sentidos volvieron. Miré hacia arriba, atreviéndome a creer y al fin vi quien me había salvado.

No sé cómo había llegado hasta la plataforma sin ser detectado. No sé cuánto tiempo había estado luchando para llegar allí. Tal vez su aproximación ha sido enmascarada por el ruido y la violencia del combate cuerpo a cuerpo, o tal vez había sido capaz de ocultar su presencia de alguna manera.

Nadie fue nunca capaz de decirme dónde había estado mientras el asalto estaba en marcha, ni cómo había conseguido entrar en combate en ese preciso momento, sin previo aviso.

No sé si lo hizo tales cosas deliberadamente, para añadir incertidumbre a la forma de la batalla, o si era un asunto predestinado.

Nada de eso importaba. El Khan, el Gran Khan, el guerrero completo, el Primarca de la V Legión, se había revelado a sí mismo al fin.

Él estaba allí, delante de mis ojos, en Chondax.

Él estaba allí.

Mi primer instinto fue correr a la batalla a su lado al levantarme y agregar mi espada a la suya.

Inmediatamente vi lo inútil que sería. Había venido con su keshig, toda una falange de gigantes con armadura Exterminador de hueso blanco, e incluso estos no se interponían entre el Khan y su presa. Se quedaron atrás, en los bordes de la plataforma, silenciosos y masivos, lo que garantizaba que nadie —pieles verdes o Cicatrices Blancas— interviniese. Debajo de nosotros la batalla continuaba sin cesar, pero en la plataforma, a la sombra de ese enorme cabeza xenos en ruinas, sólo dos guerreros lucharon.

Era alto y delgado, incluso en su armadura de marfil. Una pesada capa carmesí colgaba de sus hombros, su piel llena de manchas irmyet cubriendo las curvas doradas finas de las placas ceramita debajo. Llevaba un sable dao de hoja de vidrio pulido que destellaba con el sol. Sus hombreras eran de oro, grabadas con fluidos caracteres Khorchin y el signo de un rayo. Dos fusiles de chispa chogorianos estaban enclavados en su cinto, antiguos y opulentos, adornados con perlas y signos de fabricantes muertos tiempo ha.

En Ullanor le había visto pelear en la distancia, maravillado por la enorme

destrucción que obró en medio de los campos de la guerra total. En Chondax le vi pelear de cerca y perdí el aliento.

Nunca he visto, ni antes ni después, esgrima así. Nunca he visto tal equilibrio, tal ferocidad contenida, implacable como el arte sin remordimientos. Cuando le dio una vuelta a la hoja, la luz del sol brillaba en su armadura dorada como un halo. Había una crueldad en ella, una nota al filo de la navaja de desdén aristocrático, pero también había esplendor. Él manejaba su espada como si fuera un ser vivo, un espíritu que había domado y ahora obligaba a bailar.

Yesugei había dicho que sólo los poetas pueden ser verdaderos guerreros. Entonces comprendí lo que quería decir: el Gran Khan destilaba el extenso idioma del combate a su núcleo de terrible, implacable pureza. Nada era extravagante, nada se desperdiciaba. Cada golpe llevaba la plenitud de la muerte en su interior, lo justo y nada más.

Golpeó a la bestia enloquecida de nuevo, paso a paso, forzándola hacia el otro extremo de la plataforma. La enfureció, gritando en un frenesí burbujeante de furia y miseria. Abrió sus guanteletes violentamente en grandes arcos rompehuesos, con la esperanza de echarlo de la plataforma como lo había hecho con nosotros.

El Khan se quedó cerca de ella, con la capa arremolinándose mientras trabajaba de ida y vuelta, destrabándola hacia fuera y cortando de nuevo, utilizando el borde largo curvo para tallar la caótica armadura de la criatura y morder profundamente en la carne podrida debajo. Secciones enteras de blindaje se hicieron añicos, los generadores de escudo en la espalada del orco se sobrecargaron y el cableado enredado ardió.

El orco trató de aplastarle contra el suelo con un puñetazo salvaje y él aceptó el desafío, bajando el borde de la espada con fuerza mientras se movía. Cortó la mano revestida con el guantelete metálico del orco con un sonido de metal, tomada limpiamente en la muñeca, ahora bañada en una lluvia de sangre humeante.

El monstruo continuaba, sus ojos desorbitados y burbujeante espuma en sus fauces abiertas. Su otro puño dio la vuelta, más rápido que el golpe que me había derribado. Para entonces el Khan ya se había movido, girando sobre un pie y maniobrando su espada de nuevo para encontrarse con el barrido entrante.

El guante se estrelló contra la dao, y sentí la plataforma se estremeció por el impacto. El Khan se mantuvo firme, apoyando su espada a dos manos contra el puño de hierro de la criatura entreabierto, dejando al descubierto una sangrienta garra pulposa dentro, con pistones corroídos y cableado.

El piel verde fue desarmado entonces. Se tambaleó lejos del choque, y sus rugidos se hicieron más débiles y desesperados.

El Khan fue tras él manteniendo la fría, austera ferocidad de su ataque. Su espada destelló, cortando un trozo ulceroso de grasa del torso de la criatura y luego cambió de nuevo, cortando una larga herida en su pecho. Piezas de armadura rotas cayeron como lluvia de sus enormes hombros, mezclándose con el charco de sangre en el que nadaba y burbujeaba a sus pies.

Cuando llegó al final, fue rápido. La bestia se balanceó sobre sus patas traseras, su estómago chorreando sangre y sus mandíbulas colgando inertes. Se quedó mirando a su asesino, sus diminutos ojos anegados de líquido y el pecho temblando.

El Khan elevó la dao, sosteniéndola con ambas manos, con los pies plantados con firmeza.

El piel verde no hizo nada para protegerse. Su rostro dañado era un lastimero desastre, marcado por la miseria más absoluta y el desconcierto. Sabía que estaba siendo destruido. Sabía lo que había perdido.

No me gustó ver esa cara. Fue un fin innoble para alguien que había luchado tan duro y por tanto tiempo.

Entonces la espada silbó hacia abajo, trazando líneas de sangre cuando se desplomó. La cabeza de la bestia cayó a la plataforma con un ruido sordo en auge.

El Khan retiró su espada con una fría floritura. Por un momento se detuvo sobre el Señor de la Guerra vencido, contemplándole imperiosamente, su larga capa moviéndose en el aire por el humo desviado.

Luego se agachó para recoger la cabeza de la bestia. La hizo girar suavemente, sosteniendo el cráneo agonizante por encima de él en la mano. La sangre brotaba de la cavidad del cuello de la bestia, golpeando contra el suelo metálico en gruesas gotas.

-¡Por el Emperador!- rugió el Khan, y su voz resonó en todo el recipiente y alto en el cielo.

Bajo nosotros, de los niveles en los que la lucha aún ardía, un grito masivo de aclamación se levantó, superando los aullidos animales de los orcos superviviente y el crujido de las llamas.

Les oí responderle, arrojando la misma palabra en el aire una y otra vez.

-¡Khagan! ¡Khagan! ¡Khagan!

Ese fue el momento en que supe que habíamos ganado al fin. Años de campaña incesante finalmente habían terminado.

La guerra en Chondax solo podría terminar de la única forma que había terminado: con nuestro Primarca sosteniendo la cabeza del enemigo derrotado en su puño, y con las voces de su Legión, la ordu de Chogoris, alzándose salvajes de alegría hacia las bóvedas del cielo.

Me uní a ellos. Grité su nombre, con mis puños cerrados con euforia.

Me alegré de que hubiéramos ganado. Me alegré de que el mundo blanco estuviese limpio por fin y que la cruzada siguiese adelante, dando otro paso en el camino hacia la hegemonía galáctica.

Pero esa no era la principal fuente de mi fervor. Había visto el terrible poder del Gran Khan desatado, el espectáculo que había codiciado durante tanto tiempo.

No me decepcionó.

Había visto la perfección. Había visto la poesía de la destrucción. Había visto el pináculo de nuestra casta guerrera derramándose lleno de su gloria incomparable.

Mi alegría era completa.

Vi a Torghun una vez más en Chondax.

Tomó muchas horas someter a la ciudadela por completo. Los pieles verdes, fieles a su naturaleza, nunca dejaron de luchar. Cuando el último de ellos fue perseguidos y asesinado, la fortaleza había comenzado a desintegrarse a nuestro alrededor, consumida entre las explosiones de los niveles inferiores y el furioso fuego de lo alto, y tuvimos que retirarnos.

Me llevé lo que quedaba de mi hermandad fuera, a la llanura en la base de la depresión. Muchas tareas nos aguardaban: hacer un recuento de los muertos, llevar a Sangjai a los heridos que pudieran vivir, recuperar lo que pudiéramos de nuestra flota de motos dañadas para su posterior transporte.

Recuerdo sólo impresiones fugaces de ese tiempo. Mi cabeza estaba llena de visiones del Khan y eso me distrajo.

Incluso mientras trabajaba, no podía quitarme la imagen de él en la acción. Ensayé las maniobras que había hecho, una y otra vez, moviéndome a través de ellas en mi mente y resuelto a adoptar que pudiera una vez de vuelta en las jaulas de prácticas.

En medio de toda la devastación, con la fortaleza en llamas y sus ruinas humeantes, lo único que veía era la curva de su dao parpadear a la luz del sol, su armadura dorada moviéndose suavemente bajo el manto, con los ojos como joyas que habían mirado, brevemente, los míos.

Nunca lo olvidaría. No olvidaría la furia de los dioses vivientes.

Otras hermandades, casi una docena de ellas, habían hecho lo mismo, ya que teníamos que reorganizarnos tras la batalla. Una vez que la mayor parte de mi hermandad había sido evacuada y se había reagrupado, fui a buscar Torghun. Supuse que el Minghan se dispersaría rápidamente, y no quería dejarle sin hacer las cortesías adecuadas.

Cuando le encontré, vi que a su hermandad le había ido mejor que el mío. Más tarde me enteré de que habían luchado con honor, asediando muchos de los montajes de armas en las paredes y destruyéndolos.

Lo había hecho bien, y había hecho gala de su reputación de sólido y competente. Por todo eso, sin embargo, no podía dejar de compadecerme de él un poco. No había visto las cosas que yo había visto. Dejaría Chondax con sólo un atisbo de la gloria.

-¿Habló contigo?- me preguntó, mostrando más interés del que esperaba.

Se había quitado el yelmo, con las lentes rotas, inútiles pero por lo demás parecía casi indemne.

-Lo hizo- le dije.

Yo estaba en un estado mucho peor. Mi servoarmadura estaba llena de abolladuras, roturas y agujeros. Mi gorguera se hizo añicos desde donde el guante de la bestia me había golpeado y gran parte de los sensores de mi traje estaban inoperativos. Las armerías de la flota estarían ocupadas con nosotros durante meses antes de estar dispuestos de nuevo para el despliegue.

-¿Qué dijo?- preguntó Torghun, presionándome en busca de respuestas.

Me acordé de cada palabra.

-Nos elogió por nuestra velocidad. Dijo que no esperaba ser alcanzado hasta la cumbre. Dijo que dábamos crédito a la Legión.

Me acordé de la forma en que se había acercado a mí después de que la bestia estuviese muerta, viendo tolerante como yo había tenido problemas para inclinarme ante él. Su armadura estaba virgen, la criatura no la había siquiera arañado.

-Él me dijo que la velocidad no lo era todo, sin embargo. Él dijo que no éramos berserkers como los lobos de Fenris, que no podíamos olvidar que teníamos otras responsabilidades más allá de romper cosas.

Torghun rio. El sonido era contagioso y sonreí al recordarlo.

-Así que su consejo era similar al tuyo al final- le dije.

-Me alegro de oír eso- dijo Torghun.

Miré a través de la gran depresión, hacia donde landers orbitales ya habían bajado de la flota, listos para comenzar el largo proceso de reabastecimiento y reacondicionamiento. Auxiliares mortales estaban empezando a hacer descenso planetario, arrastrándose en sus trajes ambientales difíciles como enlace con los guerreros de la Legión.

Vi a una mujer que caminaba entre ellos, una funcionaria de cabello gris que llevaba un casco de cúpula transparente sobre su traje. Me parecía que estaba a cargo de los otros, aunque no parecía chogoriana sino terrana. Me pregunté qué estaba haciendo allí.

-¿Y ahora qué?- preguntó Torghun.

Me encogí de hombros, volviéndome hacia él.

-No lo sé. Estamos a la espera órdenes. ¿Y tú?

Torghun me miró extrañamente a continuación, como si tratara de decidir si contarme algo importante. Recordé lo que había visto durante nuestra primera conversación, cuando él había luchado para explicar el nombre y las costumbres de su hermandad. Era la misma ahora.

-No puedo decírtelo- fue todo lo que me dijo.

Fue una respuesta inusual, pero no insistí. Pensé poco en ello, pues las órdenes de misión eran secretas a menudo y él tenía derecho a mantener los

asuntos de su hermandad para sí.

En cualquier caso, yo tenía mis propios secretos. No le dije a Torghun qué más había visto al Khan hacer. No le dije que se había apartado de mí rápidamente después de nuestro breve encuentro, distraído por la aproximación de uno de sus keshig.

Podía recordar cada palabra de ese intercambio también, cada gesto.

-Un mensaje, Khagan- dijo su guardaespaldas exterminador.

-¿Del Señor de la Guerra?

El keshig había sacudido la cabeza.

-No es de él. Sobre él.

-¿Qué dice?

Hubo una pausa incómoda.

-Creo, señor, que usted preferiría ver esto en la nave insignia.

Después de eso, había visto una expresión en el rostro del Khan que nunca había esperado ver allí. En medio de todo el orgullo, toda la seguridad, toda la majestad de guerra, que había visto una terrible sombra de duda ondulando a través de esos rasgos altivos. Por un momento, sólo un momento, que había visto incertidumbre, como si una pesadilla olvidada ha se había precipitado de nuevo, inconcebiblemente, al despertarse.

Nunca olvidaré esa mirada, impresa por breves segundos en el rostro del guerrero. Uno no olvida las dudas de los dioses.

Luego se había ido, yendo al encuentro de cuestiones que exigían su atención. Me habían dejado en la plataforma, rodeado por los de mi hermandad que había sobrevivido al asalto final, preguntándose qué noticias podía haber llevado a una salida tan rápida.

En ese momento, el episodio me había preocupado. Frente a Torghun, sin embargo, con la fortaleza de nuestros enemigos en ruinas y la fuerza de la Legión reunida de nuevo, me pareció difícil de reconstruir esa emoción.

Habíamos triunfado, como siempre. No tenía ninguna razón para suponer que no siempre sería así.

-Tenías razón. Antes, tenías razón.

Torghun parecía divertido.

-¿Qué quieres decir?

-Debemos aprender de los demás. Podría aprender de ti. Esta guerra está cambiando, y tenemos que responder. No me defendí bien, en las gargantas. Un día en que tendremos que dominar estas cosas, no sólo la caza.

No estoy seguro por qué dije eso. Tal vez el recuerdo persistente de la ansiedad inesperada del Khan había hecho mella en mi confianza.

Torghun rio. Él no se estaba riendo de mí ese momento, creo que ambos habíamos llegado a entendernos muy bien para eso.

-No, no creo debas cambiar, Shiban Khan. Creo que deberías seguir siendo como eres. Creo que deberías permanecer imprudente y desorganizado.

Sonrío.

-Creo que se debe reír cuando se está matando.

Seguí su consejo: cuando maté, reí. Dejé que el viento helado de tirase de mi cabello suelto, y sentí la sangre caliente contra mi piel. Corrí mucho y fuerte, desafiando a mis hermanos para mantener el ritmo. Yo era como el berkut, el águila cazadora, libre de las cadenas, sobre el aire ascendente, en lo alto del horizonte.

Eso era lo que éramos en aquel entonces, eso era lo que todos éramos. Minghan kasurga: la Hermandad de la Tormenta.

Ese era nuestra designación, la que utilizamos para diferenciarnos.

En privado, éramos los asesinos sonrientes.

Para el resto de la galaxia, seguíamos siendo desconocidos.

Eso cambiaría. Poco después de Chondax seríamos arrastrados de cabeza a los asuntos del Imperio, arrastrados a una guerra cuyos orígenes nos habíamos perdido y de cuyas causas no sabíamos nada. Poderes que apenas habían reparado en nuestra existencia, de repente nos recuerdan, y nuestra lealtad se convertiría en una cuestión de importante para los dioses y los mortales.

La historia de esa guerra aún no ha sido escrita. Al estar ahora, mirando a las

estrellas y preparando los fuegos que desataremos sobre ellas, no sé dónde nos llevará el destino. Tal vez este sea el más poderoso de nuestras muchas empresas, el examen final de nuestra especie antes de su ascenso a la maestría.

Si soy sincero conmigo mismo, me resulta difícil creer eso. Me resulta más fácil pensar que algo terrible ha ido mal, que las políticas y las estratagemas de mentes antiguas han flaqueado y que nuestros sueños se ciernen sobre el abismo con un hilo de seda.

Si eso es así, entonces lucharemos hasta el final, poniendo nuestro temple a prueba, para lo que habíamos sido diseñados. No albergo alegría por ello. No voy a reír cuando yo mate a los que siempre he querido como hermanos. Esta guerra va a ser diferente. Nos va a cambiar, tal vez en formas que ni siquiera empezamos a adivinar.

Frente a eso, me tomo un poco de consuelo en el pasado. Recuerdo la forma en que solíamos pelear: sin cuidados, con vigor, con abandono. De todos los mundos en los que luché, recordaré Chondax con más cariño. Nunca podría odiar ese mundo, sin importar el costo en sangre para su conquista. Fue la última vez que cacé de la forma en que nací: sin trabas, libre como un halcón en caída libre.

Por encima de todo, nada va a competir con el recuerdo de aquel duelo final. Si vivo para ver la ruina de todo, si vivo para ver los muros del Palacio Imperial rotos y las llanuras de Chogoris consumidas por las llamas, todavía recordaré la forma en que luchó entonces. Esa perfección fijada en el tiempo, y ninguna fuerza maligna podrá extinguir lo que se hizo allí, ante mis ojos, encima de la última torre del mundo blanco.

Si Yesugei estuviera aquí conmigo, encontraría las palabras adecuadas. No estoy seguro de que tenga el don para ello. Pero si lo forzase, diría esto.

Hubo un tiempo, un breve tiempo, cuando los hombres se atrevieron a desafiar a los cielos y asumir el manto de los dioses. Tal vez fuimos demasiado lejos, demasiado rápido, y nuestra arrogancia todavía puede condenarnos. Pero nos atrevimos. Vimos el premio, y llegamos a comprenderlo. En momentos fugaces, fragmentos de tiempo en medio de la inmensidad de la eternidad, pudimos vislumbrar lo que podríamos llegar a ser. Vi uno de esos momentos.

Así que teníamos razones para intentarlo. Teníamos razón para alcanzarlo. Él nos lo mostró, no tanto por lo que dijo que por lo que hizo, lo que era.

Es por eso que nunca me arrepentiré de nuestras elecciones. Cuando llegue

el momento, voy a estar en contra de los cielos oscurecidos, manteniendo su ejemplo fijo delante de mis ojos, sacando fuerzas de ello, utilizándolo para hacerme tan letal e imperioso como él. Y cuando la muerte finalmente llegase a mí, como hará, me encontraría en el camino correcto: con mi lanza caída, los ojos estrechos, y palabras de guerrero en mis labios.

Por el Emperador, diría, señalando a mi destino. Por el Khan.

FIN

SERPIENTE

(Serpent)

JHON FRENCH

TRADUCCION NACEX350
CORRECCIÓN VALNCAR



Y la serpiente llegó incluso allí, al Paraíso.

Extraído de *La caída del Cielo*, compilación de varias fuentes antiguas; trabajo proscrito en 413.M30

La magus miraba fijamente a Thoros. Sus brazos estaban manchados de rojo hasta los codos, y la seda blanca de su túnica colgaba pesadamente con la sangre seca y el sudor fresco. El hombre a sus pies aún estaba vivo, encogiéndose presa de espasmos en lo poco que le quedaba de piel. La sangre se escurría por el filo de la daga de plata que la magus sostenía en la mano. Una gruesa gota se formó en su punta, brillando en rojo y negro a la luz del carbón ardiente. Alrededor de ellos la multitud de seguidores de la magus esperaba, todos con los ojos abiertos de par en par, sin saber muy bien qué estaban viendo o cómo debían reaccionar. Habían hecho aquello muchas veces antes, siempre confiados en su secreto, pero Thoros y sus sacerdotes habían penetrado hasta el centro de la sala del ritual como si los hubieran estado esperando.

Mirando en el interior de los ojos de la magus, Thoros se preguntó qué sería lo que ella vería al devolverle la mirada. ¿Un mensajero de los dioses? ¿Un monstruo? ¿Una revelación? Había dejado a un lado la oscura capa que había ocultado su forma durante el viaje hasta allí, y ahora se mostraba como en Davin: una figura de largos miembros cubierta por una áspera túnica. Anillos dorados rodeaban su cuello y sus muñecas, cada uno labrado a imagen de una serpiente, con joyas carmesíes por ojos. Cinco de sus sacerdotes permanecían tras él, vestidos con pálidas túnicas, y aferraban sus largas varas con dedos cubiertos de escamas. Sus ojos rojos eran rendijas que miraban el mundo sin parpadear.

La caverna a su alrededor era de hierro, un espacio hueco bajo unos inmensos hornos. El calor entraba por las rendijas de unos respiraderos que rielaban en el techo. Los cultistas lo habían estado empleando durante años, y la sangre derramada y las oraciones murmuradas todavía vibraban al filo de

los sentidos de Thoros. No le gustaba aquel lugar. No le gustaba su olor a hierro, ni la peste de las mentes que infestaban aquellas forjas. Había viajado allí sólo porque era voluntad de los dioses que aquel mundo fuera suyo, que cayera antes de que la guerra lo alcanzase. Debía renacer: una gran bendición para un planeta indigno. La multitud de seguidores de la magus que llenaban la caverna serían los primeros. Pero aún debían ver el auténtico rostro de aquellos a los que servían.

Thoros inclinó la cabeza, dejando que la magus temblara bajo su mirada. Estaba asustada, podía saborearlo, notaba un aroma de miedo en medio de la peste a humanidad que saturaba el aire de la caverna. ¿Y cómo no iba a estarlo? Estaba acostumbrada al poder, a tener a otros dispuestos a obedecer sus órdenes. Y ahora un emisario de sus dioses había venido a ella, pero entonces ya no le gustaba el rostro de los poderes frente a los que se había arrodillado. Sabía que esa era la verdad: podía verlo en el espejo de sus ojos.

+Se acerca, oh eminente+

La voz espectral del sacerdote susurró en la mente de Thoros. Sonrió.

+Sí, hermano. El momento está próximo. Los dioses nos mostrarán el camino+

En el suelo el hombre despellejado se convulsionó, vomitó sangre y después se quedó quieto. La magus no lo miró, había olvidado ya su sacrificio. El resto de los cultistas arrodillados no se movieron. El miedo que exudaban era un perfume para los sentidos de Thoros. Ganado. Ganado movido por el rencor y la envidia. Ganado que acunaba sus mezquinos odios, que soñaba con obtener el poder de aquellos que los gobernaban. Era de esperar: tales deseos son los que vinculan a los mortales a los dioses; pero aun así seguían siendo poco más que bestias esperando el golpe de la vara de su pastor. Se llamaban a sí mismos la Puerta Óctuple. Eran débiles, y estaban desesperados. Y en sus corazones nunca habían creído realmente que sus oraciones fueran a tener respuesta.

-Por la sangre- entonó la magus, su voz temblando a la vez que alzaba la daga y apuntaba con ella a Thoros. **-Por las siete vías de plata y los cinco cálices**

de noche, te ato y te someto…

Thoros negó despacio con la cabeza, sin apartar los ojos de los de ella ni un instante.

-Pequeños seres- siseó, a la vez que dio un paso adelante**. -Insignificantes seres.**

A su alrededor comenzaron a reunirse sombras y susurros que comenzaron a amoratarle la piel y a llenar la caverna. Los dioses lo habían bendecido… no, *lo habían creado* para aquello. Desde el día en que su madre lo había entregado a la Logia de la Serpiente, un niño retorcido con los ojos rojos de los elegidos, hasta el momento en que había visto más allá de las puertas del sueño y atisbado los dioses al otro lado, todo había sido un preparativo de su destino. Fuera de las paredes de aquella caverna había un mundo, y del cielo de ese mundo colgaban estrellas alrededor de las cuales otros mundos giraban en su danza eterna. Todos dormidos, todos esperando una nueva era que no sabían que se avecinaba. Por ello los dioses le habían permitido atravesar indemne el mar de almas, para poder estar allí en aquel momento: para hacer que el Imperio despertase.

La magus en ese momento temblaba sin poder controlarse. Thoros escuchó el germen de las palabras que iba a pronunciar en su mente y habló antes que ella, su voz un susurro con el eco de un crótalo.

-Silencio.

La magus no so se movió ni respondió. A su espalda Thoros notó el movimiento de sus sacerdotes. Lentamente sacó de entre los pliegues de su túnica un cuchillo.

-Has sido llamada por los altos sirvientes de los dioses- dio otro paso adelante, notando las miradas de miles de ojos sobre su piel. **-Este mundo ahora les pertenece-** hizo una pausa, acariciándose con los labios sus afilados dientes. **-Pero tú… tú me perteneces a mí.**

La quietud estalló en pedazos.

La magus se abalanzó sobre él aferrando su daga. Los cultistas se pusieron en pie rugiendo. Thoros sintió sus gritos atravesando su propia alma en un instante sin fin, aquella furia como un horno al rojo vivo. A lo largo y ancho de la caverna los cuchillos comenzaron a salir de sus vainas. Podía sentir todo aquello: el filo de todas y cada una de las hojas rituales, cada músculo en movimiento, los corazones palpitando cada vez con más fuerza alimentados de miedo y odio. Aquella ansia de muerte lo ahogó, llenándolo, creándolo.

Se apartó del camino de la daga de la magus, y con su propio cuchillo le abrió el estómago. La mujer cayó al suelo, con la sangre empapando la seda blanca, su boca moviéndose sin poder articular palabra, su mente implorando clemencia, su alma escapando al encuentro de sus dioses. Thoros sintió cómo las sombras se regocijaron cuando la magus chilló.

La voz espectral de Thoros se alzó en la oscuridad que se reunía a su alrededor.

+¡Los dioses hablan!+

+¡Hablan!+ corearon las mentes de los sacerdotes como una sola.

Un pilar de luz dentada surgió entre ellos, desgarrando la penumbra con un fuego verde. Los cinco sacerdotes se alzaron en el aire con rayos a su alrededor como bucles infinitos. La escarcha se extendió por el techo de la caverna, estrangulando el calor que surgía de las rejillas de ventilación. Donde el fuego tocaba el círculo de cultistas lo reducía a cenizas.

Thoros le dio la espalda al cadáver de la magus que se desplomaba, alzando una mano que estaba transformándose en una serpiente de humo negro. La serpiente se desenroscó por su brazo, rodeando su cuerpo y quemando su piel con la gelidez del vacío. Algunos de los cultistas se abalanzaron sobre él con los cuchillos alzados, los ojos dilatados por el terror. Notó cómo la serpiente se enroscaba alrededor de su cuello, y abrió la boca para tragársela.

Un cultista surgió de entre la multitud. Era grande, con el pecho al descubierto y brillaba de sudor; unos aros de plata que atravesaban pliegues de piel tintinearon mientras cargaba. Thoros sintió cómo el metal de la daga le penetraba entre las costillas, cómo la punta le reventaba el corazón, cómo

la sangre le anegaba la caja torácica.

El fuego y el hielo pulsaron a través de él. Bajó la vista hasta el gordo cultista, quien extrajo la daga de su cuerpo para apuñalarlo de nuevo; unas gotas negras saltaron de la hoja cuando la arrancó de su carne. Thoros abrió la boca, notando cómo su mandíbula se dislocaba y se ensanchaba más y más. Más sombras se derramaron de su garganta, abrasando el aire, engullendo al cultista antes de que pudiera asestarle otro golpe. La nube negra flotó, retorciéndose entre la multitud. Los hombres cayeron, sus ojos cegados de pesadillas, el sudor congelándose sobre su piel.

Todas las almas en el interior de la caverna gritaron.

Ahora podían verla, a través de Thoros, mientras los chillidos escapaban de miles de bocas: podían ver la Verdad Primordial.

FIN

LA LUNA DEL CAZADOR

(Hunter´s Moon)

GUY HALEY

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES



-¿Ya has terminado con la siguiente, chico? Los pecios… Y no rompas nada más: ese cristal cuesta más de lo que puedas imaginar. ¿Entendido? Bien, bien… Sentémonos entonces, descansemos un rato, tenemos tiempo… No tienes por qué estar tan asustado, chico, has sobrevivido. Del viejo Ben aprendí lo que sé del mar, de la misma manera que tú lo aprenderás de mí. Da gracias, Ben era el mejor. Su saber es el que te entrego.

-¿Todavía estás asustado? No deberías. Te contaré una cosa sobre el día en que murió el viejo Ben. Hay cosas peores en esta vida que los felfins y los nurtarons… mucho, mucho peores. Deja que te hable de ellas.

-Lo sé, porque estaba allí el día que la hidra vino a Pelago.

-Era mi decimoséptimo viaje, y por entonces no era mucho mayor que tú. Hace mucho tiempo ya, pero lo recuerdo como si lo estuviera viendo… ¿Cómo podría olvidarlo?



El viento sacaba crestas blanquecinas de las negras aguas, y nuestro barco nos mecía suavemente como si fuera los brazos de una madre. Era una noche apacible, una noche de calma tras un día duro. El mar es un contrincante arisco, pero sobre él habíamos triunfado nosotros tres: el viejo Ben, Saario y yo. Nuestras redes estaban llenas, no era una pesca exigua como la que puedes ver ahora, no… Los brazos nos dolían por el trabajo bien hecho, y eso hacía que nuestro corazón se sintiera satisfecho. Un buen día, chico, un buen día…

Ben estaba sentado con las piernas cruzadas apoyado contra el casco, y Saario estaba más o menos donde tú estás ahora. Sus caras aparecían arrugadas a la luz anaranjada del bidón en el que habíamos encendido un fuego. Ellos disfrutaban de su calor y del vaivén de la embarcación, pero a mí me pasaba como a ti: yo no disfrutaba de la noche ni del mar por aquel entonces. Me asomaba por la borda, mirando las profundidades, aterrorizado, casi en trance… el mar tiene ese efecto, ya lo verás.

El viejo Ben me miraba.

-Tu primo todavía teme al agua, Saario, a estas alturas.

-Hay mucho que temer- le respondió mi primo. -**No es nada seguro. Si no me vas a reconocer nada más, al menos en eso estarás de acuerdo.**

-¿Y entonces, por qué hacerse pescador?

-¿Y qué más voy a hacer, Ben? Tenemos que pescar si no queremos morirnos de hambre.

-Eh, eh, jovencito- dijo dirigiéndose a mí **-aléjate de la borda. Mañana partiremos de vuelta a casa, ahora vente con nosotros. Hazle un poco de compañía a este viejo, ya me sé todas las historias de Saario…**

-¿No has oído a nuestro capitán, Teedon? Ven aquí.

Aunque lo había oído llamarme, no podía dejar de mirar el mar. Mi primo se acercó a mí.

-Ahí abajo, en el agua, hay luces… ¿son espíritus?

-Son sólo bacterias fluorescentes. Lo que ves es la acción de pequeñas criaturas, eso es todo. Son inofensivas.

-¿Otra cosa más que has aprendido en el collegium?

-Sí, otra cosa que he aprendido. Vamos, ven. Deja de preocuparte y descansa. Vamos a pasar un rato en agradable compañía. Porque mañana tendremos que trabajar duro: toda esa pesca no se va a salar sola.

Me acerqué reluctante al fuego. Ben me daba miedo, la verdad sea dicha: tan viejo y tan severo, y nunca sonreía. Pero yo era joven e ignorante, y no pude apreciar su sabiduría hasta que no dejó este mundo.

-No tienes motivo para estar tan asustado, jovencito. Yo he navegado estos mares durante cincuenta años, y no he sufrido ningún daño.

-Entonces eres más afortunado que la mayoría.

-Muestra algo de respeto, primo…

-Está bien, Saario. Yo también he pasado muchos momentos de miedo. Pero siempre he confiado en mí nave, nada puede dañar a un hombre protegido en su interior de acero, no si sabe navegar de verdad y si escucha

lo que el mar tenga que decirle. Tú, levanta la vista hacia el cielo. Miras las luces en el agua con temor, ¿pero crees que los hombres que navegan en la noche del cielo en sus naves de acero y fuego temen las luces de las estrellas allá arriba? Su mar es más mortífero, e incluso así van y vienen por él. Ellos navegan por su océano al igual que nosotros lo hacemos por el nuestro.

-Viajan en sus naves, pero sólo son hombres- respondí. **-Seguro que están tan asustados como yo en este mar.**

-¿Estás seguro? Los gigantes de las estrellas son sus aliados. Yo los vi una vez, cubiertos todo de metal, y más altos que el más alto de los hombres. Vinieron a Pelago cuando yo era un niño. No he visto nada igual ni antes ni después de aquello, a pesar de lo viejo que soy ya. Y no es un recuerdo que desaparezca. ¿Cómo puedes decir que los imperiales son sólo hombres cuando tales gigantes los sirven?

-¿Eso es verdad? ¿Viste a los gigantes?

-Sí, sí que los vio- dijo mi primo. **-En el collegium hay una foto, una fotografía auténtica de los gigantes. Y en esa foto hay un niño que apenas les llega a las rodillas a los visitantes. Y es nuestro Ben, ¡Ben, en pie entre gigantes!**

-¡Nadie me había contado esto!

-Si no preguntas, permanecerás en la ignorancia- sentenció el viejo Ben. **-Cuando asistas al collegium aprenderás mucho. Por qué hay luces que brillan en el mar, por qué sale el sol, por qué los gigantes vinieron a nosotros.**

-Sí, primo. El motor de nuestro barco, las ropas que vistes, esa linterna de la que no te separas… todas esas maravillas nos las han traído de las estrellas. Y no funcionan por magia, sino por el ingenio humano. Aprenderás todo eso y más.

-Sí… las viejas creencias han muerto- dijo Ben, con un tono casi nostálgico. **-Ya no hay dioses en el cielo ni en el mar… Sólo gigantes.**

Miré entonces por encima de las chispas que de vez en cuando saltaban del fuego hacia la noche donde ardían las estrellas, imaginando a los gigantes en sus naves del cielo. Y entonces vi algo, una vasta luz moviéndose desde el horizonte.

-¡Primo, capitán! ¡Mirad!

-¿Qué?

-Una estrella… ¡una estrella fugaz!

-Calma, chico. Mis ojos son viejos… no veo nada.

-¡Allí, en el horizonte!

-Ya la veo- dijo mi primo Saario. **-¡Y se está acercando!**

No podía prestar atención a lo que decían, y mi miedo se había esfumado.

-Ahora lo veo…- susurró Ben.

Nos quedamos mirando cómo aquella luz crecía hasta convertirse en una bola de fuego. El propio aire tembló, y los felfins huyeron de aquel resplandor cada vez más intenso. Aquella luz rugió sobre nuestras cabezas, seguida de una estela de fuego. La noche se convirtió en día, y el océano paso del negro al color del bronce bruñido.

Cuando golpeó el mar fue como un relámpago caído del cielo, sumido en un trueno ensordecedor.

Todo volvió a la oscuridad. Ben permaneció firme, aferrado a la borda. El barco se sacudió con las olas provocadas por el lejano impacto.

-Eso no era una estrella… Era una nave del cielo. Vamos, tenemos que llegar a él. Quizá podamos prestar ayuda.



El amanecer asomaba ya por el horizonte, dibujando franjas de luz en el cielo. El océano reflejaba un fulgor anaranjado alrededor de las manchas de combustible ardientes. Entre ellas había una forma de duros ángulos, líneas rectas en contraste con las curvas de las olas. Aquella forma me inundó de miedo, pero Ben siguió navegando con el pulso firme. Déjame decirte algo, chico: una cosa son los mitos y las leyendas cuando se cuentan, pero en frente de ti… no puedes ni imaginarlo.

Nos acercamos. La nave del cielo era de un azul apagado. Su superficie aparecía marcada de múltiples impactos y quemaduras. Permanecía medio sumergido, en ángulo inclinado, un pedazo de metal siniestro. La proa de la

nave asomaba fuera del agua, un puente con múltiples ventanales en su parte superior que brillaban reflejando la luz del amanecer a pesar de haber quedado cegados por la abrasión. Era más de diez veces más grande que nuestro barco, quizá incluso hasta veinte veces. Su verdadero tamaño quedaba oculto por el mar, pero seguro que era más grande que la mayor de las casas de nuestro pueblo.

-Más cerca, capitán- dijo Saario. **-Hacia el puente… ¿habrá alguna forma de entrar?**

-¿No eres un experto en naves de las estrellas, primo?- pregunté en mi inocencia.

-No… pero Ben sí lo es.

-No lo soy, sólo las he visto un par de veces… Voy a acercarnos un poco más.

-Veo algo…- dijo mi primo. **-¿Qué es ese signo, Ben?**

-Descríbemelo, sólo veo una mancha azulada…

-Azul es, sí. Y tiene dibujaba una serpiente con muchas cabezas.

-¿Estás seguro?

-Está algo ennegrecido, pero sí, estoy seguro.

-Debe de ser uno de los emblemas de las legiones.

Aquella palabra no me era familiar.

-¿Legiones?

-Los gigantes, Teedon… Necio, ¿es que no sabes nada?

-¿Pe-pero qué hacen aquí?- respondí asustado.

-¿Cómo voy a saberlo? Para eso tendremos que entrar dentro.

-Ahí entonces. Hay una puerta- dije la vez que señalé una compuerta cuadrada tras el puente; era del mismo metal que el resto del casco, perfectamente sellada alrededor para mantener fuera la fría noche del cielo.

Ben nos acercó lo que pudo a ella. La masa de la nave se balanceaba en las oscuras aguas.

-Saario, Teedon, id.

-¿No vienes con nosotros, capitán?- preguntó mi primo.

Ben me miró, dubitativo, pensando si no era demasiado joven. Y sí, lo era.

-Si pudiera… Pero soy viejo. Aun así soy el mejor marinero de todos, así que me quedaré en el barco; cada miembro de la tripulación debe hacer lo que mejor sabe hacer.

La superficie del mar se crispó, agitada por una columna de gases expulsados de la parte sumergida de la nave de las estrellas, que al llegar a la superficie liberaron una nube de olores químicos. La nave de la legión se escoró, provocando una ola que zarandeó nuestro pequeño barco.

-Daos prisa- dijo Ben. **-No tenemos mucho tiempo.**

Ben nos acercó de nuevo al casco de la nave del cielo, hasta que nuestra embarcación besó la superficie de su lejano pariente.

A pesar de todo mi miedo, salté el primero. Saario me siguió. El casco estaba inclinado, pero pudimos trepar fácilmente hasta la puerta. Estaba rodeada por un grueso borde rayado en amarillo y negro y por una serie de extraños símbolos; algunos eran pictogramas, claros en su significado, pero otros eran frases escritas en la lengua de los gigantes.

-¿Qué pone ahí, primo?

Saario los miró, traduciéndolos con cierta dificultad.

-Acceso… Compuerta de acceso cuatro… Son instrucciones para operar el mecanismo de la puerta.

-Una máquina… ¿es como el motor de nuestro barco?

-No, no lo es… Es diferente. Peligrosa.

-¿Puedes abrirla?

Saario agarró la manilla de la compuerta que había en un hueco circular, e intentó hacerla girar. No se movió.

-No parece que el mecanismo esté funcionando… A ver qué dicen las instrucciones… Tenemos que apartarnos. Aléjate un poco, ten cuidado de no caer al agua. Ahí. Por si acaso tápate la cara. Y no te asustes del ruido.

Ahora… tengo que girar esto- dijo en medio de un gruñido por el esfuerzo, y apretar esto…

Un ruido escalofriante salió de la compuerta cuando comenzó a moverse, y Saario corrió a mi lado. Una voz metálica y distorsionada comenzó a hablar.

-Alerta, alerta, alerta…- repetía entre el ensordecedor ruido del mecanismo de apertura.

Me pareció ver el resplandor de unas llamaradas y ver salir una nube de humo entre los brazos con los que me cubría la cabeza.

-¿Ya… ya está?

-¡Sí!- exclamó Saario satisfecho, y se acercó de nuevo a la compuerta.

El interior de la nave que se vislumbraba a través de la ranura que acababa de abrirse parecía estar marcado de manchas ennegrecidas. Cuando Saario intentó de nuevo girar la manilla de la puerta, está se deslizó sin oponer resistencia.

-Ayúdame- me dijo, mientras empezaba a empujar la puerta a un lado.

-Está muy oscuro ahí dentro, Saario- dije cuando logramos abrir del todo la puerta. **-¿Cómo sabemos que no nos vamos a hundir cuando entremos? ¡No!-** grité alarmado cuando mi primo se adentró en la nave. **-¡No entres!**

-¡No seas tan miedoso! No voy a dejar que te ahogues. Es perfectamente seguro. Sígueme, primo. Sígueme.

Seguí a Saario por un corto pasillo, iluminado por las lámparas del Imperio, algunas de las cuales lucían erráticamente. La parte inferior de la nave estaba inundada, y el agua casi llegaba hasta el pasillo por el que habíamos entrado. Más de las lámparas parpadeaban bajo las oscuras aguas.

-Tranquilo, primo, no tenemos que temer a los gigantes. Somos los rescatadores, piensa en ello.

-Pe-pero las luces… el agua…

-Mantén la calma. La nave estará sellada, y flotará como cualquier barco de Pelago. Vamos, sigamos hasta el puente. Quizá el piloto todavía esté vivo.

Avanzar no era fácil: la nave se ladeaba cada vez más, y avanzábamos con un pie en la cubierta y otro en la pared. Aun así, llegamos a otra puerta al final

del corredor.

-¿Puedes abrirla?

-No… ésta vamos a tener que forzarla. Mira, ahí, parece una caja de herramientas.

-¿Aquí?- pregunté, mirando un panel que había a mi lado en la pared, pintado con extrañas palabras.

-Sí.

Saario me apartó a un lado y presionó el panel. Se abrió, y miramos dentro.

-Justo lo que necesitamos, Teedon.

-Sí, primo.

El interior de la nave me parecía cada vez más opresivo. Estábamos empapados de sudor, abriendo aquella puerta centímetro a centímetro. Unos ruidos ominosos recorrían la nave, aunque con Saario a mi lado pude controlar mi miedo.

Nos escurrimos por el hueco que habíamos abierto. Al otro lado de la puerta el espacio era más amplio, un pasillo con dos filas de grandes asientos una frente a la otra. Y entre ellas, dos cuerpos tirados en la cubierta, uno vestido de azul, el otro de gris.

-Son tan… tan enormes- acerté a decir.

-Y están muertos.

-¿Qué ha pasado?

-Se han matado mutuamente- susurró Saario.

Seguían aferrados el uno al otro, incuso en la muerte. La empuñadura de un cuchillo sobresalía de la juntura del cuello de la armadura del gigante azul. Lo que había matado al gigante gris, no sabría decirlo.

-¿Pero por qué luchaban? Creía que eran todos como hermanos…

-No lo sé. Al fondo hay otra puerta; debe de dar al puente. Vamos, quizá allí encontremos la respuesta.

Trepamos por encima de los cadáveres. Y la segunda puerta se resistió tanto

como la anterior. La nave se escoró más a medida que trabajábamos, haciendo que nos esforzáramos todavía más.

Por fin logramos abrir la puerta, y tras ella encontramos una amplia cabina, repleta de dispositivos inertes. Dos figuras inmensas estaban sujetas con correas a unos asientos, a espaldas la una de la otra. Las ventanas estaban ennegrecidas, pero se distinguían además otras dos formas: eran medio hombres, criaturas de carne fundidas con sus máquinas. Ninguna de las figuras mostró signo alguno de vida.

-¿Esto es el puente? No veo el timón por ninguna parte...- señalé. **-¿Cómo puede navegar un barco tan enorme sin timón?**

-No es una nave como las que conoces, primo. Esto es ciencia, la sabiduría de las estrellas.

Saario avanzó por la cubierta inclinada. Los dos gigantes sentados lucían armaduras grises, adornadas con pieles y amuletos.

-Salvajes...- dije mientras me acercaba, antes de que me alcanzara su olor. **-Agh, y apestan...**

-Sus ropas son diferentes de las nuestras, eso es todo. No mires esos abalorios, mira la maquinaria que te rodea y dime, de entre ellos y nosotros, quiénes son los salvajes. Vamos, ayúdame.

Sentados como estaban, aquellos ojos de cristal carentes de vida no parecían apartar su mirada de nosotros. Me aparté cuando Saario se acercó para mirar la parte posterior del casco del primero de los gigantes. Manipuló un cierre, y el casco quedó libre tras expulsar el aire del cierre hermético. Me entregó el casco entonces; tenía que sujetarlo con ambos brazos, y era muy pesado, casi demasiado para mí. Bajo el casco, el gigante lucía una densa barba rojiza, el pelo trenzado y tatuajes por toda la cara. Las puntas de unos largos colmillos sobresalían de entre sus labios.

Saario presionó con los dedos en el grueso cuello del gigante.

-¡Éste está vivo!

Se acercó al segundo gigante y le quitó el casco con mucha más facilidad que al primero. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que la sangre de los gigantes salpicada la cubierta bajo nuestros pies.

-Éste no...

Saario estaba distraído, buscando la señal de alguna herida, y no pudo ver que el primer gigante… se movió.

-¡Saario!

El gigante aferró el hombro de mi primo con su mano enguantada, obligándolo a ponerse de rodillas.

-¿Qué estás haciendo?- dijo con su voz profunda arrastrando las palabras como un hombre que despierta de un denso sueño.

Saario sólo podía gemir de dolor.

-¡Hemos venido a ayudar!- grité. **-Por favor, ¡le estás haciendo daño!**

El gigante miró al suelo hacia Saario, confuso. Luego lo soltó. Mi primo se tambaleó, gimiendo. El guerrero salvaje se arrancó los cintos que le cruzaban el pecho y se puso en pie, luchando por mantener el equilibrio, y nos miró con sus pálidos ojos amarillos.

-Ha sido la reentrada…- dijo para sí. **-Demasiado… violenta…**

Sacudió la cabeza, sus largas trenzas se agitaron como cabos azotados por el viento.

-Tenemos que salir de la nave- dijo mi primo entre dientes apretados. **-¡Nos estamos hundiendo!**

-¿Hundiendo?

-Estáis en el agua, en los océanos de Pelago. Seguidnos. ¡Rápido!

El guerrero gis comenzó a moverse, afortunadamente. Yo estaba paralizado.

-¡Vamos, Teedon!

Salimos del puente del barco de las estrellas. El hueco que habíamos abierto en la puerta no era suficiente para que lo atravesara el gigante, pero él empujó la hoja, forzándola a abrirse. Corrimos tropezando por el corredor con los asientos y los cadáveres, hasta dejar atrás la segunda puerta. La nave se estaba hundiendo cada vez más, amenazando con hundirnos bajo las aguas. El guerrero se tambaleó. Saario y yo intentamos sostenerlo, cada uno, por un lado, lo mejor que pudimos. Dejé caer su casco.

-¡Teedon!

-Lo… lo siento.

El gigante estaba muy débil, pero aún así empujamos, y empujamos hasta que pudimos abrir la compuerta y salir al exterior. La luz del sol nos acarició la cara.

El gigante apenas podía mantenerse en pie sobre la inestable cubierta que era el casco exterior de la nave. Ben acercó nuestro barco todo lo que pudo.

-¡Deprisa, deprisa!

-¡Subid al bote, señor gigante!

El guerrero se desplomó en él, haciéndolo ladearse, y se quedó inmóvil. Ben intentó ponerlo en pie, pero estaba inconsciente. Intentó sin éxito arrasarlo al centro de nuestra embarcación. El barco del cielo se estaba deslizando al interior del océano.

-¡Vamos, subid a bordo!- nos gritó Ben. **-¡Id a la proa! ¡Vuestro peso compensará el suyo!**

-¡Quizá haya más supervivientes!- gritó Saario.

-¡No hay tiempo! ¡Tenemos que irnos o esta nave nos arrastrará consigo al fondo!

Cuando la luz que salía de la compuerta alcanzó las aguas, el mar comenzó a introducirse en ella y la nave empezó a hundirse más deprisa. Saario me ayudó a impulsarme, y salté hasta nuestro barco.

-¡Ahora, Saario, vamos!- gritó el capitán.

Saario saltó, y al caer sobre cubierta dejó escapar un grito de dolor.

-¡Saario!

-¡Es su hombro! El gigante… ¡Lo ha herido!

-Es sólo un moratón- aseguró mi primo. **-¡Vamos, Teedon! ¡A la proa!**

Nuestro peso estabilizó el barco lo suficiente, y Ben aceleró el motor. Nos hizo girar en redondo y comenzamos a alejarnos de la nave de las estrellas.

-¡Teedon, iza la vela! ¡Necesitamos toda la velocidad que podamos!

Alcé la tela que inmediatamente se hinchó con el viento. Cuando volví la vista

atrás, el mar se tragaba ya lo que quedaba visible del puente del barco del cielo. El océano parecía hervir, y arrojaba sus olas en todas direcciones. El mundo subía y bajaba a medida que las ondas nos alcanzaban, y entonces… nada. Las aguas se calmaron, como si el barco celeste nunca hubiera estado allí.

-El océano lo reclama todo- dijo Ben pensativo. **-Ni los barcos del cielo están a salvo de él.**

Pusimos rumbo a casa. Saario y yo pudimos arrastrar al gigante un poco más hacia el interior del barco, y la travesía se volvió más suave. Los gritos de las gaviotas nos llegaban de lejos, como gritos de los muertos sobre las olas. Yo no podía apartar la vista del gigante.

Cuando despertó, gruñó mientras se sentaba y miraba en derredor. Su aspecto era fiero, su mirada inmisericorde; ninguno de nosotros podíamos sostenerla.

-¿Dónde estoy?- dijo con su duro acento.

-Pelago- contestó Ben. **-Quinto mundo del sol de Collum.**

El gigante se puso en pie, y el barco se sacudió bajo el movimiento de aquel peso; temblaba a cada paso que daba. Examinó la nave, después el mar, y finalmente a cada uno de nosotros, con una mirada de disgusto.

-Un mundo atrasado…- dijo entre dientes. **-¿Habéis decidido siquiera someteros al Imperio?**

-Sí que lo hemos hecho. Te hemos salvado, y te damos la bienvenida.

Una sombra atravesó los ojos del gigante.

-No me deis la bienvenida, porque no sabéis lo que viene tras de mí… Tú, anciano, ¿eres el capitán de esta nave?

-Soy Ben. Éste es el hijo de mi hermana, y ese su primo.

Saario y yo inclinamos la cabeza, aunque el guerrero ignoró aquellos gestos de respeto.

-Entonces te ordeno que me lleves al punto más cercano de la autoridad imperial. Tengo noticias importantes de las que informar.

-Vimos señales de violencia en vuestra nave. El gigante de azul…

El guerrero gris se giró y atravesó la cubierta de dos zancadas hasta cernirse sobre mí, haciendo que el barco se zarandeara peligrosamente. Apretaba los dientes, los labios retraídos, y enseñaba aquellos colmillos en toda su inhumana extensión. Saario y yo nos encogimos de terror.

-No vuelvas a decir una palabra sobre ello- susurró ferozmente entre dientes.

Un segundo después nos dio la espalda, dejándonos con el aliento contenido, temblando de miedo.

-¡Vamos, pequeño capitán! ¡Pon rumbo pronto, o todo estará perdido!



El primer día después de su rescate el guerrero gris no habló. Apenas probó bocado y sólo bebió algo de agua de tanto en tanto. Era obvio que tenía conocimientos de navegación y de pesca, pero se mantuvo apartado de nosotros mientras trabajábamos. Veíamos aquel señor de las estrellas mirar al horizonte preocupado, con la mirada concentrada de quien piensa en un juramento que debe cumplir a toda costa.

Cerca del mediodía de la segunda jornada rompió su silencio, mientras trabajábamos en el resto de nuestra pesca.

-No confiáis en las aguas…

-Esas aguas se llevaron a la hermana de mi mujer, señor gigante- contestó Ben. **-Pelago es en su mayor parte océano, un océano hostil al hombre.**

El gigante clavó los ojos en él, en pie.

-No parecéis herido, señor- se aventuró a decir Saario.

-Sí… gracias a vosotros. Me habéis salvado la vida. Normalmente eso sería suficiente para contraer inmediatamente una deuda de honor… pero últimamente he visto cosas que me han robado toda confianza. Aun así, os he juzgado mal y he abusado de vuestra hospitalidad.

Miró a los ojos de Saario directamente, pero esta vez mi primo no apartó la mirada.

-Soy el poderoso Thornbjörn, campeón de la 4.ª Compañía, renombrado

por mi pericia con las armas. Mi honor es mi vida. Dejadme enmendar la forma en la que os he tratado.

Dicho eso, se puso a trabajar con nosotros.



El gigante era un marinero de los mejores que he visto nunca. Nos contó que en su juventud había surcado los mares de su distante mundo, mares más mortíferos incluso que los nuestros. Con su ayuda el trabajo avanzó rápidamente, y pronto salamos y metimos en los barriles toda nuestra pesca de los días anteriores y tuvimos el barco limpio.

Cuando nuestro curso quedó fijo, nos contó una historia, una historia que pocos han tenido el privilegio de oír.

-La guerra ruje en los cielos, pequeños marineros. Hermano lucha contra hermano. La sucia traición campa por doquier. El Imperio ha sido desgarrado.

-No sabemos nada de eso- dijo Ben. **-Sólo sabemos de la esperanza, de la Unidad…**

-La esperanza atraviesa su hora más oscura, y la Unidad ya no existe. Pero quizá haya algo de consuelo. Mis hermanos han muerto, pero no en vano.

-Nuestro padre, Leman Russ, el Rey Lobo, tras la perfidia de Magnus, envió a varias manadas a vigilar a los primarcas de las legiones, los señores de aquellos a los que llamáis «gigantes», hermanos todos de mi señor. Nominalmente, un cuerpo de guardia; en realidad, una guardia de lealtad.

-Mi manada debía presentarse ante Alfarius de la Legión Alfa, los gigantes de azul como el que visteis. Nos adentramos en la disformidad para saltar los golfos entre las estrellas. No podíamos saber entonces que Alfarius había ya dado la espalda a nuestro amado Emperador…

-Fuimos recibidos como hermanos por las fuerzas de la 88.ª Flota Expedicionaria, saludados y honrados. Nos llevaron a presencia del primarca al tercer día después de nuestra llegada. Era un ser inferior a mi señor Russ, no mucho más grande que sus hijos, y mostraba una cara perturbada bajo un ceño fruncido. Quizá si hubiera comprendido en ese momento a qué se debía esa perturbación, mis hermanos seguirían aún con

vida…

-Yo soy Alfarius, dijo, ¿a qué debo el honor de la guardia de los hijos de Russ? El tono de sus palabras fue duro, y sólo entonces comprendí que había visto cuál era nuestro verdadero propósito. Nuestro deber era uno ingrato, pero no innoble: debíamos protegerlo si demostraba ser leal y si no… actuar para salvaguardar el Imperio. No íbamos a dar un paso atrás, fuera cual fuera el fin que nos esperase.

-Exigió que nos arrodilláramos. No lo hicimos, porque el vlka fenryka es orgulloso, y nuestro señor era más que un igual a Alfarius. Es hizo que estallara su cólera; comenzó a vociferar, gritando imprecaciones contra nuestra justa campaña en Próspero. Y entonces fue cuando sus hijos atacaron.

-El hermano Ithiel murió el primero, su servoarmadura despedazada por los proyectiles. Después Grimmfir acabó con dos de ellos antes de caer. Quedábamos seis de nosotros, rodeados por la Legión Alfa.

-Nos subestimaron: su vía es la del sigilo y la manipulación, la nuestra la de la lucha furiosa a campo abierto. Embestimos duramente contra ellos, con las hojas afiladas trazando arcos mortales, aullando nuestra furia y nuestra pena.

-Hecks murió y después Salagrim. Pero los traidores pagaron un coste sangriento por sus muertes. Con mis hermanos Engald, Gunniar y Höldar a mi lado, los combatimos cuerpo a cuerpo, sin darles la oportunidad de usar sus bólteres, pues cuando se trata de luchar con hojas de acero somos superiores.

-Höldar y Engald se situaron en las escaleras de la galería, escudándose de la lluvia de fuego con los cadáveres en los que iban convirtiendo a sus oponentes. Gunniar y yo atacamos a su señor. Éramos legionarios astartes, marines espaciales del Emperador, Guardias del Lobo, hijos de Russ, pero él… él seguía siendo un primarca.

-Gunniar embistió primero, haciendo descender sobre él su hacha. Con un veloz movimiento de su brazo, Alfarius lo derribó. Yo lancé mi propio ataque, con mi espada en la mano. Cruzamos nuestras hojas en duelo una y otra vez, en una lucha que no terminaba. Las armas eran borrones entre nosotros, fue un combate como nunca había sostenido. Si aquella iba a ser mi última batalla, que así fuera, pues estaba siendo una digna de las sagas.

-Hasta aquel momento, nunca nadie me había igualado en la guerra, pero era claro que no podía ganar aquella batalla yo solo. Paro Gunniar vio su

oportunidad. Volvió a unirse a la refriega, hundiendo profundamente su hacha en la pierna del traidor. Con aquella acción perdió la vida, pero distrajo a mi enemigo lo suficiente: acabe con Alfarius de un disparo. Primarca o no, murió por mi mano con un proyectil de mi pistola en su cabeza.

Se hizo un silencio cuando terminó su narración, hasta que la curiosidad me hizo romperlo.

-¿Qu-qué pasó después?

-Los tres que quedábamos nos abrimos paso entre nuestros enemigos hasta las cubiertas de los muelles. Allí nos hicimos con una Stormbird. Fue una huída milagrosa. Nos adentramos en un cinturón de asteroides intentando esquivar a nuestros perseguidores hasta que llegamos aquí. La sorpresa final fue que un par de nuestros enemigos habían subido a bordo con nosotros. Mientras Höldar luchaba con uno de ellos el otro saboteó los motores de la nave, y nos vimos atrapados en el pozo de gravedad de vuestro mundo.

-Yo sé poco de naves espaciales- dijo Ben **-pero… ¿navegasteis por las olas de la disformidad?**

El guerrero guardó silencio unos segundos antes de contestar.

-No, no nos adentraos en el empíreo. Una Stormbird no tiene capacidad para ello, pequeño capitán.

-Pero eso significa…- dijo Saario.

-Sí- terminó Thornbjörn. **-Lo siento: los traidores vienen hacia aquí. Aun así, todavía queda esperanza, pues pude enviar un mensaje a mis propios hermanos, y también ellos están de camino.**

Tras aquello, hablamos poco lo que quedaba de nuestro viaje: una tormenta nos engulló, y todos nuestros esfuerzos se centraron en sobrevivirla. Thornbjörn permaneció en la proa, encarando todo lo que el mar nos arrojaba.

Pero nuestros miedos no desaparecieron con el fin de la tormenta. En los cielos despejados de las noches que siguieron, buscábamos entre las estrellas otra luz que nos indicara la llegada de más gigantes.

El barco del cielo llegó por fin cuando alcanzábamos tierra la última mañana. La nave nos sobrevoló, trazando un arco, hasta posarse en la arena de la

playa a la que nos dirigíamos.

-¡La cabeza del lobo, señor gigante!- grité de júbilo mientras nos acercábamos hacia la orilla. **-¡Lleva el emblema de la cabeza del lobo!**

-Sí, es una de nuestras naves, la Luna del cazador. ¡Mis hermanos están aquí!

Cerca de la orilla el guerrero se arrojó al agua y arrastro nuestro barco a la playa. Saltamos por la borda, caminando entre las olas. De repente, Thornbjörn se detuvo, mirando aprensivamente hacia la nave.

-Algo no va bien…

La rampa de la nave se abrió con un profundo y lento sonido mecánico. Del interior de la nave salieron seis gigantes, ataviados de un profundo índigo. En el centro su líder se presentaba con la cabeza al descubierto.

-No puede ser… ¡Te maté!- gritó Thornbjörn.

El guerrero gris echó mano a una pistola que ya no estaba junto a su muslo. Los otros gigantes levantaron sus armas. Reza porque nunca oigas aquel sonido, chico, el terrible, terrible sonido del armamento de las legiones.

Ben estaba a mi lado un momento, y al siguiente se había ido: pedazos de su carne saltaban en todas direcciones mientras se desplomaba en el agua. Saario intentó correr, y un disparo le arrancó el brazo, antes de que el resto de su cuerpo fuera despedazado.

-¡Muerte a los traidores!- gritó Thornbjörn.

Cargó contra los otros gigantes de azul, que concentraron su fuego en él. No logró dar diez pasos antes de ser abatido. Thornbjörn de la 4.ª cayó.

Las armas callaron entonces. Yo bajé la vista: las olas mecían suavemente los restos de mi primo y mi capitán a mis pies.

-No… ¡no!

Su líder se acercó, apuntándome con su arma, su cañón un ojo negro que me miraba con la promesa de la muerte. Temblé de terror, creí esperar a morir por una era… Entonces el gigante me sonrió cruelmente, como si no fuera para él más que una broma. Bajó su arma y volvió al interior del barco de los cielos. Los otros lo siguieron. Los ojos enjoyados de la serpiente de muchas cabezas de sus corazas lanzaban destellos bajo el sol.

Permanecí petrificado hasta que se fueron, no me atreví a moverme hasta que su nave se elevó del suelo y se alejó lo suficiente como para que la perdiera de vista.

Para mi desconsuelo, sobreviví, chico. Los gigantes nunca regresaron, pero nunca podré olvidar aquel día; aquella tarde dorada con aquella orilla ensangrentada aún asalta mis noches. Por eso te digo: por profundo que sea el miedo que le tengas al océano, hay monstruos mucho peores nadando por los cielos de la noche. Lo sé, porque los he visto.

Lo sé, porque estaba allí el día que la hidra vino a Pelago.

FIN

VERITAS FERRUM

(Veritas Ferrum)

DAVID ANNANDALE

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES



Las explosiones se propagaron a lo largo de ambos flancos del "Veritas Ferrum". El crucero de asalto de los Manos de Hierro recibió la andanada mientras maniobraba entre sus enemigos. Con los Amos de la Noche a babor y la Legión Alfa a estribor, no había posibilidad de huida, sólo una elección de enemigo. Los escudos de vacío del "Veritas", bajo el asedio de los dos cruceros más ligeros, refulgían con la intensidad de un nuevo sol.

El resplandor era tan intenso que por un instante el oculus no mostró nada más que un blanco enceguecedor. En pie junto a la consola de mando el capitán Darrin Atticus elevó su áspera voz biónica por encima del ruido de las alarmas y el rumor de las detonaciones secundarias.

-Informe de daños, sargento Galva.

-Los escudos de vacío se han colapsado pero la sección de babor aún resiste. El fuego se extiende por las plataformas de aterrizaje y en los barracones de popa.

-Sellen las secciones y redirijan su energía a los escudos.

Galva alzó la vista desde su puesto, por debajo de la consola de mando.

-Capitán, los supervivientes…

Atticus silenció al sargento con un gesto brusco.

-Ya están muertos de todos modos. Todos aquellos que estuvieran en esas secciones son bajas: añádanlos al recuento. Ejecutad las órdenes, maldita sea.

Maldita fuera la aritmética de la guerra. Maldito fuera Horus. Malditos fueran los cobardes renegados que habían sembrado la órbita cercana a Isstvan V con restos de naves, llamas de traición y la ruina de los sueños del Emperador.

-Y maldito sea yo también…

Galva volvió a mirar por encima de su cuadro de mandos.

-¿Capitán?

-Nada.

Pero no era así, ¿verdad? ¿Qué era lo que les había dicho a sus hombres riendo a través de su laringe biónica, riendo cuando el "Veritas" había iniciado su viaje a través de la disformidad hacia el sistema Isstvan? Había dicho que no era cierto que los legionarios no conocieran el miedo, porque él sentía uno muy profundo, y que su miedo era que para cuando llegasen a su destino el Primarca Ferrus Manus ya hubiera aplastado la rebelión de Horus sin necesidad de ellos. Después de Callinedes, después de la cobarde emboscada de Fulgrim, y después de que las tormentas de la disformidad se hubieran calmado, Lord Manus se había preparado para asaltar Isstvan reuniendo las naves más veloces y menos dañadas y llenándolas con sus más experimentados veteranos. Atticus había entregado la mitad de sus efectivos a la insensatez del Primarca, y ahora el "Veritas Ferrum" había saltado de la disformidad a las fauces del sistema para caer en medio de una visión del infierno.

Atticus descendió del puesto de mando y se aproximó al oculus. Diseminados por la lejana órbita de la estrella central de Isstvan flotaban los restos de un cementerio de naves leales. Algunas habían sido alcanzadas mientras intentaban huir, pero muchas más habían sido arrasadas por el fuego enemigo tan pronto como habían dejado atrás el inmaterium. La segunda oleada de los Manos de Hierro había sido aniquilada.

-Todo a estribor.

Atticus recorrió con la mirada su tripulación.

-¿Ninguno vais a preguntarme si me siento aliviado porque mis temores no se hayan cumplido?- susurró.

La batalla aún no había acabado, pero la cruda realidad era que al parecer pronto lo haría. Señaló con el dedo la nave enemiga más cercana que entró en el ángulo de visión del oculum en el momento en que el "Veritas" comenzó su maniobra.

-Quiero que todo lo que tengamos golpee a esos bastardos de la Legión Alfa.

Si todavía hubiera tenido labios, los habría curvado en una sonrisa asesina.

-Así que los individuos no son importantes, ¿no, Alfarius? Entonces abatamos ese rebaño tuyo al completo.

Con la pausada majestuosidad de un glaciar el "Veritas" rodeó a su presa. La nave de la Legión Alfa burlada intentó retirarse ascendiendo por encima de la eclíptica, pero era demasiado tarde. La salva concentrada de lanzas de plasma y torpedos sobrecargó sus escudos de vacío, que se desvanecieron como cascada fulgurante antes de que los Manos de Hierro descargaran la andanada principal en medio de ambas naves. El impacto fue devastador: la nave traidora se partió por la mitad.

Galva informó desde su puesto.

-La nave de los Amos de la Noche vuelve a abrir fuego.

-Anotado, sargento. Activad contramedidas.

Atticus miró fijamente el crucero diseccionado frente a ellos.

-Servidor, atraviesa por el medio.

La proa del "Veritas ferrum" se adentró en la bola de fuego que se disipaba donde antes estaba el núcleo del fuselaje de la nave traidora. Las dos secciones de la nave de la Legión Alfa la flanquearon como si trataran de apresarla con su abrazo en el medio del vacío. Los cascos de las naves impactaron ligeramente, pero el "Veritas" se libró de la presa.

Detrás de ellos el flanco del crucero de los Amos de la Noche había quedado expuesto. La nave estaba realizando una maniobra evasiva, pero se quedaba sin tiempo. La colisión entre las masas de ambas naves traidoras iluminó el vacío cuando sus reactores llegaron a un punto crítico.

El sonido que partió de la unidad de voz de Atticus fue un gruñido de satisfacción.

-¿Sargento Galva?

-Los escudos resisten… por ahora.

Frente a ellos el camino parecía despejado. Atticus se dirigió al oficial de comunicaciones:

-¿Algún mensaje del sitio de desembarco?

-Nada que pueda confirmar, capitán.

Hasta ese momento no habían recibido nada más que fragmentos de comunicaciones, retazos de llamadas de auxilio que aseguraban provenir de

Manos de Hierro y que lamentaban la muerte del Primarca, pero en ningún momento una respuesta directa a sus comunicados.

Atticus volvió a la consola de mando.

-Más mentiras entonces…

No creería que Ferrus Manus hubiera sido asesinado, no a menos que viese frente a sí el cadáver del Primarca. Y tal vez ni aun así. No lo creería. Y sin embargo, en su interior sabía que no quedaba nada que pudiera salvarse del desembarco, y notó cómo su alma se inundaba de un odio que lo acompañaría ya hasta la tumba.

La alarma de proximidad comenzó a sonar en el auspex de Galva.

-Acorazados en ruta directa hacia nosotros.

Atticus ya no era capaz de resoplar. Tanto había desaparecido de su débil carne, reemplazada por la dureza del metal, que se veía imposibilitado para muchos de los gestos humanos. Así, no resopló, sino que apretó los puños, doblando los bordes de la consola de mando.

-Debemos retirarnos- sonó como si sus palabras hubieran atravesado unos dientes apretados. **-Si no lo hacemos y no ha quedado nada tras la masacre de las fuerzas leales desplegadas en la superficie, entonces… entonces, ¿qué quedará de nuestra legión?**

El oficial de comunicaciones se dirigió hacia la consola de mando.

-Recibiendo señal. Thunderhaws. Dos. Alejándose de la órbita del planeta. Solicitan auxilio.

La aritmética de la guerra se cernió una vez más sobre Atticus.

-Retransmisión por el altavoz principal.

-Aquí el sargento Keedan- sonó en medio de la estática. -**Salamandras, 139.ª compañía. Nuestra portanaves ha sido destruida. Necesitamos recuperación.**

Atticus miró la imagen hololítica del mapa estratégico frente a sí. Quedaban tan pocas naves aliadas… La “Veritas” era la única lo bastante cercana, y apenas contaba con una libertad ilusoria para actuar. Y la aritmética era despiadada.

-Lo lamento, sargento, no podemos ayudarlos. Éste es el crucero de asalto de la X Legión Veritas ferr…

-Tenemos algunos de sus hermanos a bordo, así como algunos de la Guardia del Cuervo. Hemos perdido a muchos en su rescate, ¿ese esfuerzo no ha valido de nada?

-¿Tienen a bordo a nuestro Primarca?

Se hizo el silencio durante un largo segundo.

-No.

Otro segundo.

-Entonces me temo que…

-¡Tres legiones han caído por el Emperador y se enfrentan a la aniquilación total! ¿Van a abandonarnos? ¿Van a olvidar nuestro sacrificio? ¿Van a conceder a los traidores una victoria absoluta? ¿No va a quedar testigo de lo que ha ocurrido hoy en Isstvan V?

Atticus maldijo para sí. Maldijo a Keedan. Maldijo a la toda la galaxia.

-Servidor… establece una trayectoria de intersección. Recobremos esas naves.

Inmediatamente odió la parte de su alma que se regocijó con aquella decisión: deseo poder sustituirla también por una pieza biónica.

En el momento en que el “Veritas Ferrum” se acercó a las Thunderhawks, a ambos flancos las vastas naves de los Hijos de Horus y los Hijos del Emperador comenzaron las maniobras de aproximación, cerrando su presa sobre la nave de los Manos de Hierro. El “Veritas” recuperó las cañoneras en el momento en que los traidores abrieron fuego. Las compuertas de la plataforma de aterrizaje se estaban cerrando cuando los torpedos impactaron en el acceso al muelle, y el daño que era ya terrible se convirtió en catastrófico.

Las explosiones se sucedían, un trueno tras otro. Atticus notó las heridas de su nave a través de la interfaz del puente de mando como una hoja acuchillándolo en las costillas. Las alarmas de brechas en el fuselaje del “Veritas” gritaban el dolor.

A pesar de ello, los Manos de Hierro aún contaban con un vector de huida.

Atticus golpeó la estructura forjada de la consola de mando.

-¡Adelante!

El “Veritas” corrió. La fisura en su flanco era enorme y sangraba oxígeno y llamas y pequeñas figuras revestidas de servoarmaduras en el vacío. La nave se convulsionó con la detonación de otro torpedo. Galva se inclinaba con furia sobre su puesto, como si las propias pantallas fueran sus enemigos.

-¡El fuego se extiende, capitán! ¡Más de cien legionarios perdidos en el vacío!

-Varias veces más de los que podrían transportar dos Thunderhawks. Estoy seguro de que ha valido la pena…

Entonces lo sintió: el desprendimiento definitivo de su misericordia, su última debilidad eliminada sólo una batalla demasiado tarde. Y en ese momento, sin que le quedara nada más que una senda desesperada, una calma tan fría como una tumba descendió sobre él.

-Ejecuten el salto.

Galva se quedó mirándolo fijamente.

-¡Capitán, la integridad del casco está comprometida!

-Ejecuten el salto. Ahora.

La ignición de los motores de disformidad del “Veritas Ferrum” propulsó a la nave sangrante a través del desgarro aullante de la realidad, y la mirada de Atticus se perdió en un futuro tan carente de compasión y tan incierto como él mismo.

FIN

HENDIDO

(Riven)

JOHN FRENCH

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES

No son los muertos de los que me compadezco, sino de los vivos. Aquellos abandonados en el umbral del fin son los que cargan con el peso de la muerte. Ellos son los que tienen que aprender a vivir sabiendo que nada podrá ser como fue.

Del Lamento por el Fénix,
atribuido al Primarca Fulgrim, 831.M30



-¿Cuándo lo liberamos?

Aquella voz fue la primera que Crius escuchó desde que había despertado en la prisión de su servoarmadura. Era baja y profunda, como el oleaje del mar contra un acantilado. El sistema de voz de su casco se reactivó con un estallido de estática. La oscuridad continuaba presionando contra sus ojos.

-Cundo sobrepasemos los límites de la luz del sol, Boreas- dijo una segunda voz, un poco más lejana.

-¿Está despierto ahí dentro?- preguntó la primera voz, la del llamado Boreas.

-Quizá.

Pequeñas descargas de electricidad recorrieron la médula espinal de Crius. Estaban proporcionando energía a los sistemas de su servoarmadura: suficiente para devolverle la conciencia y los sentidos, pero no para permitirle moverse. Esa era la intención, por supuesto. En aquel estado su servoarmadura era una prisión tanto como podía serlo cualquier celda, con las fibras de los músculos artificiales paralizadas, sus servos bloqueados.

No es Khangba Marwu, pensó, y en un instante los meses de silencio en el gran presidio de Terra quedaron en un segundo plano. Ya no estoy encadenado bajo la montaña. Notaba cómo su armadura comenzaba a vibrar contra su piel, despacio y acompasadamente, como atravesada por un pulso eléctrico. Estoy en una nave, concluyó.

Había pasado la mayor parte de su vida en naves, viajando entre guerras a lo largo de las estrellas dispersas, y la sensación de los motores de una nave bajo sus pies le era tan familiar como el latido de sus corazones. Al menos lo había sido hasta que había regresado a Terra, antes de que Crius, lord de los Kadoran y veterano de casi dos siglos de guerra, se hubiera convertido en un legionario de los Manos de Hierro en la Hueste Cruzada.

Antes de que se hubieran olvidado de él.

La luz alcanzó sus ojos. Cifras de un azul hielo se desplazaron bajo su mirada. Intentó concentrarse en la cascada de datos que se desplazaba, pero descubrió que no era capaz de hacerlo. Las conexiones entre su carne y las prótesis cibernéticas escocían: el emisor de interferencias que habían

empleado los custodios para reducirlo había hecho cortocircuito en algunas de las conexiones.

Comenzó a inventariar los datos de la situación en la que se encontraba. No tenía armas más allá de su propio cuerpo. Normalmente aquello no sería el peor de los escenarios, pero no tenía control sobre su servoarmadura, y parecía que el suministro de energía era mínimo. Sus partes artificiales funcionaban muy por debajo de los parámetros óptimos. Incluso si pudiese controlar su servoarmadura, su efectividad en combate estaría en un cincuenta y nueve por cierto de su capacidad; eso, claro, basándose en la suposición de que no hubiera ningún otro medio que lo estuviera reteniendo.

Y sin olvidar que ya eras demasiado viejo para el frente antes de que te enviaran a Terra, dijo una voz entre sus pensamientos. *No olvides ese factor.*

Y, por último, estaba la cuestión de a qué enemigos tendría que enfrentarse. Rememoró las voces que había oído, analizando mentalmente el tono y el timbre. No localizó marcas sonoras de custodios, pero el rango vocal estaba fuera de la media humana normal: el sonido era más profundo, con una textura nacida de músculos y estructuras biológicas de las que los mortales carecían. La conclusión que se formó en su mente tenía una probabilidad muy baja de error: marines espaciales.

Tenía nuevos carceleros, ¿pero por qué?

Irrelevante. El hecho de que fueran marines espaciales era suficiente para sesgar las probabilidades del resultado de un enfrentamiento. *Incluso si pudiera moverme muy probablemente sería derrotado,* pensó.

El odio lo invadió: odio contra aquellos que habían traicionado al Emperador, odio contra aquellos que lo habían encarcelado, pero sobre todo odio contra sí mismo por su propia debilidad. No debería haber sido tan débil como para que su única utilidad fuera ser una figura decorativa; no debería haber permitido que lo aprisionaran; debería haber estado con el resto de su clan y de su legión cuando cayeron sobre el traidor Horus. Debería…

Cortó aquella cadena de pensamientos, conteniéndolos, dejando que su calor lo inundase pero que no entorpeciera su lógica.

-La verdad del hierro me guía- murmuró para sí mismo.

Algo arañó el exterior de su casco. Se quedó paralizado, con los músculos tensos y preparados. Gases a presión silbaron alrededor de su cuello. Los cierres se abrieron con un ruido sordo y su casco se alzó. Sus ojos filtraron la luz que le llegó y su vista se enturbió por unos instantes antes de aclararse.

Una amplia cara lo miraba. Una piel morena y marcada de cicatrices cubría unas facciones planas y de gruesos músculos; era la cara de uno de los mejores del Emperador, la cara de un marine espacial. Una estrecha tira de pelo corto recorría el centro del cráneo del guerrero, y un par de ojos oscuros se concentraban en los de Crius sin pestañear. Crius devolvió la mirada, sus lentes índigo incrustadas en una cara dividida entre la carne escarificada y la ceramita cromada.

Se encontró sentado en un trono en el centro de una plataforma escalonada de piedra. Unas cadenas le recorrían en cuerpo, enganchadas a los grilletes de sus muñecas y fijadas a unas argollas en el suelo. Las paredes de la sala eran negras, suaves y moteadas de cristales que brillaban a la luz de unas esferas luminosas. Los estandartes colgados mostraban en sus telas oro, negro y escarlata agujeros de bala y quemaduras. El techo abovedado era un mosaico de teselas blancas y negras que formaban el emblema de un puño cerrado.

El marine espacial que había retirado el casco de Crius lucía una servoarmadura amarilla con una insignia cruciforme negra sobre blanco en la hombrera. Su inmovilidad le recordaba a Crius la de una estatua funeraria que guardase la tumba de un muerto al que honrara.

Puños Imperiales, pensó. Los pretorianos de Terra. Por supuesto.

El legionario de los Puños Imperiales dio un paso atrás, y Crius vio una segunda figura en pie tras él, mirándolo en silencio, su servoarmadura cubierta por un tabardo blanco cruzado de negro. Su mano reposaba en el pomo de una espada envainada. La figura clavó su mirada en los fríos ojos de color zafiro de Crius, quien se mantuvo impertérrito.

-¿Su armadura, mi señor? ¿Debo activarla?

Boreas, pensó Crius. Así era como la otra voz lo había llamado.

-Yo no haría eso- dijo alzando la vista hasta Boreas, en quién pareció percibir la sombra de un ceño fruncido. **-Y si fuera tú, tampoco quitaría las cadenas.**

-¿Qué?

-Si lo haces- continuó Crius con calma. **-Os mataré a ambos.**

Boreas miró un momento a su silencioso camarada entes de volver a dirigirse a Crius.

-¿Sabes…?

-Sí, sé quién es- gruñó Crius.

-No quería creer que fueras un traidor, mano de hierro- dijo el segundo legionario de los Puños Imperiales.

-Traición…- Crius pronunció la palabra lentamente. **-Dime, ¿si te hubieran enterrado bajo una montaña, encadenado junto a aquellos con la sangre de auténticos traidores, entonces qué pensamientos te habrían asaltado en la oscuridad? ¿Qué desearías para los que te aprisionaron allí?-** los anillos de enfoque de sus ojos zumbaron. **-Si Sigismund, primer capitán de los Puños Imperiales, fuera quien estuviese sentado aquí en mi lugar, ¿qué estaría pensando él?**

Sigismund entrecerró los ojos.

-Estaría pensando cómo podría mejor servir al Imperio.

-¿De verdad?- preguntó Crius con una mueca desdeñosa.

Sigismund continuó como si no hubiera oído aquello.

-Ahora que hemos abandonado los límites del Sistema Solar, te transmitiré las órdenes de lord Dorn.

Crius negó despacio con la cabeza, sin apartar su mirada de la de Sigismund.

-Mi espada está al servicio de mi Primarca y a las órdenes del Emperador. Tú no eres ninguno de ellos, y tampoco lo es Rogal Dorn.

Boreas se avanzó sobre él, la ira quebrando sus pétreas facciones. Su mano ya estaba convertida en un puño.

-¿Cómo te atreves…?

Rápido, registró Crius. *Muy rápido.*

Pero Sigismund se movió aún más deprisa y puso su mano sobre el hombro de Boreas.

-Paz, Boreas- dijo el señor de los Templarios.

Boreas miró a su comandante y su mirada le recordó algo que ambos sabían.

Crius abrió la boca para decir algo, pero Sigismund habló primero.

-Ferrus Manus está muerto.

Crius oyó las palabras. Notó cómo su cerebro las procesaba. Sintió cómo su significado se extendía por todo su ser. Sintió… nada.

Aquel instante se prolongó y aún no había nada. No podía sentir su servoarmadura pegada a la piel, ni el escozor de los ojos artificiales cortocircuitados, ni el pulso de la sangre en sus músculos. Sólo había una avalancha de silencio y una sensación de caída, como si un agujero se hubiera abierto en el universo y se lo hubiera tragado. Estaba cayendo, y sólo había vacío arriba y abajo.

Ferrus Manus está muerto.

Las palabras se repetían en su mente. En algún lugar en su memoria, una cara adusta lo miró seriamente.

-¿Y quién eres tú?

-Soy Crius, primer vexilla de la X Legión- había dicho tras aclararse la garganta seca. **-Soy vuestro hijo.**

-Sí, lo eres- había contestado Ferrus Manus.

-¿Cómo?- se oyó decir a sí mismo.

Sigismund seguía mirándolo como lo había estado haciendo hasta ese momento, sin rastro alguno de emoción en sus ojos.

-Cayó en el contraataque en Isstvan.

-¿Cuándo?

-No está claro- dijo Boreas.

-¿Cuándo?- preguntó de nuevo Crius, notando que mostraba los dientes.

-Han pasado doscientos catorce días desde que recibimos la noticia- dijo Sigismund.

Crius procesó el número. La mitad de su mente lidiaba con el frío dato, mientras la otra mitad aullaba. Los músculos se tensaron en su cuerpo. Su armadura crujió y las cadenas repiquetearon.

Todo ese tiempo lo sabían. Lo sabían, y aun así no han dicho nada hasta

ahora.

Exhaló lentamente, luchando por apagar el fuego que parecía consumirlo, recuperando su autocontrol. Los puños imperiales se limitaban a mirarlo.

Ferrus Manus está muerto. No. No, aquello era imposible.

Lo sabían, y aun así no han dicho nada.

Los pensamientos de Crius se tambaleaban sobre el abismo de vacío cada vez más amplio en su mente mientras su boca formaba las palabras

-¿Qué fue del resto del contraataque?

-No lo sabemos, al menos no con certeza- Sigismund parpadeó y por primera vez rompió la línea visual con la mirada de Crius. **-La Legión Alfa, los Amos de la Noche, los Guerreros de Hierro y los Portadores de la Palabra están con Horus. Vulkan permanece desaparecido. Corax ha logrado contactar con nosotros e informar de que la Guardia del Cuervo ha sido aniquilada salvo unos pocos miles de guerreros que aún tiene con él.**

Crius afirmó con la cabeza. Unos minutos antes aquella nueva información lo había dejado aturdido, pero en aquel momento su mente entumecida simplemente la absorbió y la procesó. Notaba un zumbido en los oídos. Tragó y descubrió que su boca era como papel reseco.

Ferrus Manus está muerto.

Debe haber alguna forma de que vuelva. Es la Gorgona, es hierro, no puede morir.

-¿Y mi legión?

-No lo sabemos. Puede que algunos hayan sobrevivido a la masacre. Puede que algunos no alcanzaran el sistema Isstvan. Puede que haya todavía muchos ahí fuera- Sigismund hizo una pausa y se acercó a él. **-Eso es lo que lord Dorn espera de ti: que encuentres a tantos de tus hermanos como puedas.**

Ferrus Manus está muerto.

Nos ha fallado. Ha roto el vínculo de hierro. Ha caído y nos ha dejado para que vivamos sin él.

-¿Y después?

-Los traerás de vuelta a Terra.

-¿Para una última defensa?- Crius escuchó el vaciedad en su propia risa. **-¿Unos pocos contra la tormenta que se avecina?**

-Sí- dijo Sigismund, y Crius vio algo en los azules ojos del legionario, un reflejo de algo oscuro y vacío, como una sombra en un pozo. **-¿Aceptas tu papel en esto?**

Crius apartó la mirada. Sus ojos emitieron una serie de clics mientras estudiaba las cadenas que lo apresaban, cada marca dejada en su forja. El aire sabía a piedra fría, lubricante de armas y blindaje.

Ferrus Manus está muerto.

Volvió a mirar a Sigismund y asintió.

Sigismund desenvainó su espada. Crius reparó en las negras cadenas que rodeaban la muñeca del templario y que vinculaban el arma a su brazo. La energía crepitó sobre la hoja, y por un segundo vio los rayos danzar en las pupilas del puño imperial. Entonces la espada trazó un arco y las cadenas que retenían a Crius cayeron cercenadas.

Boreas tecleó un código en un panel en su muñeca y Crius notó la conexión completa de su espina dorsal a la servoarmadura a medida que el suministro de energía aumentaba. Se puso en pie despacio, tanto los movimientos de su cuerpo como los de la servoarmadura eran rígidos. Miró los grilletes que aún tenía en las muñecas. Boreas se acercó con una llave, pero Crius consideró lo que le parecía haber visto en los ojos de Sigismund. Hizo un gesto a Boreas para que se apartara, dejando que los eslabones de la cadena que todavía colgaban repiquetearan contra su servoarmadura.

-No- dijo antes de devolver la mirada a Sigismund. **-Déjalos.**

-Como desées- respondió Sigismund con un ligero asentimiento. **-Esta nave es la "Juramento". Te llevará donde necesites. Boreas irá contigo-** cerró un puño y se lo llevó al pecho. **-Espero que volvamos a vernos, Crius de los Kadoran.**

Crius le devolvió el saludo y vio cómo Sigismund le daba la espalda y abandonaba la cámara.



Los datos se desplazaron sobre los ojos de Crius mientras miraba las estrellas, las runas binarias confundiéndose con su pálida luz. A su alrededor la tripulación del puente se movía y susurraba, entregándose rollos de pergamino y pantallas de datos, con los cables de las interfaces neuronales colgando tras sus cabezas. No se había sentado en el trono de mando; después de todo, aquella no era su nave, el mando no era realmente suyo. En lugar de eso permanecía frente a los ventanales del puente, escuchando, mirando, esperando, igual que la docena de veces anteriores.

Aquí estoy, pensó, esperando a que los muertos me hablen desde la noche.

Sus ojos cliquearon sin que él lo quisiera, como si parpadeara.

Ferrus Manus está muerto.

Habían pasado meses desde que había escuchado aquellas palabras, y aun así seguían irrumpiendo en sus pensamientos y sus ensueños. Crius se había mantenido despierto desde que dejaran el Sistema Solar, había permanecido en el puente de la "*Juramento*" cuando habían emergido de la disformidad, escuchando la canción de la nave cuando había atravesado el velo de vuelta del reino de más allá. Había intentado encontrar solaz en el Canto de Hierro y en los Cálculos del Propósito, pero cada vez que buscaba algo de paz ésta parecía eludirlo. Había esperado a que la tormenta en su interior amainara, que el frío proceso de la lógica lo redibujara hasta devolverlo a como era antes, con aquella furia a mano, pero con hierro en el corazón. En su lugar, con cada día que pasaba y con cada mes que pasaba había sentido cómo el vacío había seguido creciendo en sus corazones.

No estábamos hechos para esto, pensó*. Lo que necesitábamos para sobrevivir a este pesar fue desechado en nuestra forja.*

La máquina es fuerte, y la lógica puede abrir las puertas de cualquier reino del entendimiento. Las palabras de Ferrus Manus resonaban en las sombras de los distantes recuerdos. Pero sin las manos y las mentes de los vivos no sirven de nada. Nosotros vivimos para doblegar el hierro a nuestra voluntad, pero el hierro se puede romper, las máquinas fallar y la lógica corromperse. La vida es la única verdadera máquina. Córtala demasiado y nos perderemos a nosotros mismos. Recuerda esto, Crius.

Los anillos de los ojos de Crius reenfocaron su mirada, y el recuerdo se difuminó. Oyó cómo a su espalda Boreas se acercó.

-Doce saltos- dijo Crius sin darse la vuelta. **-Doce veces en punto muerto en el vacío mientras los astrópatas olisquean el éter en busca del rastro de mis hermanos. Doce ciclos de silencio.**

-Debemos tener éxito, sin importar cuánto tardemos. Ese fue nuestro juramento.

Crius asintió pero no respondió. Boreas se acercó, y pudo sentir los ojos del puño imperial sobre él, pero no apartó su mirada de las estrellas.

-Terra debe tener a su disposición todas las espadas posibles para defenderla cuando Horus la alcance- dijo Boreas.

-¿Tan seguro estás de que llegará hasta allí?

-Lord Dorn lo cree así.

-¿Por qué?

-¿Cómo si no podría Horus ganar la guerra?

Crius se encogió de hombros y se giró para encarar a Boreas. Los oscuros ojos de éste le devolvieron la mirada: afilados, inclemente y carentes de emoción.

-¿Estás seguro de que se trata de ganar?- preguntó Crius.

-¿De qué más podría tratarse?

Crius volvió a mirar a las estrellas.

-De olvido- dijo.

Se hizo un silencio prolongado.

Una voz amplificada sonó en el puente.

-Lord Crius.

Crius se giró para ver al capitán de la "*Juramento*". Casterra era un hombre viejo, con unos ojos verdes en una cara cicatrizada por el tiempo y los vientos helados de *Inwit*. Aunque seguía siendo humano, Casterra había servido a los Puños Imperiales en la guerra durante casi diecisiete décadas, y al imperio del Cúmulo de *Inwit* durante otra década más antes de eso. Fuerte y firme, el

viejo capitán era un pilar moldeado para soportar un gran peso.

-Señor- dijo Casterra tras una breve pausa. **-Los astrópatas tienen algo.**

-¿Cuál es la esencia del mensaje?- preguntó Boreas.

Casterra miró de Crius a Boreas y de nuevo al primero.

-La imagen de una montaña- dijo Casterra. **-Un gran cráter desciende de su cima hasta sus entrañas. El corazón de la montaña es oscuro, su fuego largo tiempo extinguido. Los astrópatas dicen que el sueño del corazón de la montaña los presiona, que sabe a pedernal y plomo-** el hombre hizo una pausa. **-La imaginería secundaria es un código metafórico estándar para un sistema en el Cúmulo Arinath.**

Crius asintió dándole las gracias y volvió a darle la espalda. Boreas esperó, mirándolo.

-Ignarak- dijo Crius al final. -**Es como los nacidos en Medusa lo llaman: el silencio de las montañas que una vez ardieron, y que arderán de nuevo.**

-¿Qué significa?

-Es una llamada. Una llamada a reunirse para la guerra.



Bañada por la luz de un sol moribundo, la Tetis permanecía en el silencio del vacío. La “*Juramento*” permanecía a cierta distancia, con sus reactores preparados a la espera de una respuesta de lucha o huida. Crius observaba la negra y vasta masa desde la *Storm Eagle* con la que cruzaban la distancia entre ambas naves.

La Tetis había nacido en los cielos de Marte. Se podía ver la piedra negra y el hierro sin desbastar sobre su blindaje desde los propulsores hasta la proa que asemejaba un mazo. Era como una ciudad-forja dejada a la deriva entre las estrellas, su denso cuerpo habitado por factorías, forjas y almacenes. La última vez que Crius la había visto era la reina en el centro de una flota de naves más pequeñas, las luces de los transportes alrededor de sus muelles como luciérnagas. Ahora unas heridas enormes marcaban su férrea piel, las quemaduras oscurecían su casco. Sus muelles eran cavernas oscuras. Las fortalezas a lo largo de su eje eran unas crestas ruinosas de arquitecturas

rotas. Los cañones, las matrices de sensores y los observatorios miraban a las estrellas junto a cráteres desgarrados. Proyectada sobre los ojos artificiales de Crius, parecía un cadáver flotando en aguas negras.

Está sola, pensó Crius, mientras la acumulación de datos y estadísticas en su mente lo llevaban a conclusiones inciertas. Canceló la imagen y se mantuvo en la oscuridad de sus ojos apagados en lugar de en la penumbra del interior de la *Storm Eagle*. Pétalos de metal bruñido se habían cerrado sobre las lentes de sus ojos artificiales, y sólo la rutilante cascada de datos irrumpía en la negrura de su mundo. En algún lugar a su izquierda escuchó el roce de la servoarmadura de Boreas contra el arnés magnético. El rumor de los motores resonaba a través de los miembros y la servoarmadura de Crius.

Lo prefería así, prefería el interior de su propia mente. Le recordaba a un tiempo anterior a su conocimiento de la muerte de su padre, cuando el mundo estaba constituido por líneas rectas de lógica y fuerza.

¿Qué le pasa a una legión cuando su Primarca muere? Sus pensamientos se perseguían en círculos mientras la *Storm Eagle* se deslizaba por el vacío en dirección a la Tetis. ¿Qué les ocurre a sus hijos sin una mano que los guíe? ¿Qué será de nosotros?

-Crius.

La voz de Boreas rompió la espiral de sus pensamientos. Abrió los ojos. Descubrió que ya habían llegado a la Tetis.

El casco de la *Storm Eagle* rechinó al posarse, y los motores y otros sistemas parecieron suspirar al entrar en posición de reposo. Boreas estaba en pie, mirando desde arriba a Crius con esa expresión suya de piedra que sólo se resquebrajaba para mostrar ira. La luz brillaba sobre la servoarmadura del templario, reluciendo sobre las alas del águila grabada sobre la coraza amarilla dorada. Una capa negra y roja colgaba de su espalda, y la calavera en la que estaba esculpido el pomo de su espada envainada parecía clavar sus oscuros ojos en Crius.

-¿Estás preparado para esto, Crius?

Por un momento el mano de hierro creyó percibir una sombra de emoción en los oscuros ojos del guerrero tras su pregunta. *¿Lástima?*, se preguntó. *¿Eso es todo lo que queda para nosotros?*

Asintió, desbloqueó su arnés magnético y se puso en pie. Los servos de su pierna traquetearon. Datos de error y dolor recorrieron su cuerpo. Maldijo silenciosamente pero no dejó que aquello se reflejara en su rostro. El mal

funcionamiento de sus partes mecanizadas había empeorado desde que dejaran el Sistema Solar, como si el metal añadido a su carne se hiciera eco de las fracturas de su alma. *O rechazara la debilidad que crece en mi interior,* pensó, mientras comprobaba el martillo de energía a su espalda y la pistola bólter fijada a su muslo.

-Estoy listo- dijo al final.

Se giró para encarar la rampa de la *Storm Eagle* que se abría. Sus ojos se oscurecieron para atenuar el brillo de la luz que entró por la apertura. Su nave de desembarco estaba en mitad de un círculo de luz en lo que por lo demás era una oscura caverna. Giró la cabeza, comprobando aquel espacio resonante que se extendía en la oscuridad en todas direcciones. Naves de asalto cubrían la cubierta, silenciosas y frías, con los cascos dañados. *Stormbirds* y *Thunderhawks* entremezcladas con otra docena de tipos. Reconoció los colores de los Salamandras, los Amos de la Noche, la Guardia del Cuervo, regimientos del Ejército Imperial y del Mechanicum, todas apiladas como en la gruta de unos saqueadores. El aire era como el aliento de un horno abierto.

Doce figuras los esperaban. Los ojos de Crius las recorrieron rápidamente, y sobre las arañadas y abrasadas placas negras percibió las marcas de cinco clanes diferentes de los Manos de Hierro. Cada servoarmadura parecía haber sido reparada una y otra vez, aumentando su masa en cada iteración. Crius no reconoció a ninguno de aquellos legionarios, pero había pasado casi una década desde que había viajado a Terra, y las cien mil caras de la legión podrían haber cambiado en tanto tiempo.

-Soy Crius- dijo, y escuchó el eco de su propia voz. **-Una vez jefe de los Kadoran, y emisario solar de Ferrus Manus-** hizo una pausa y luego un gesto indicando a Boreas. -**A mi lado está Boreas, templario de la VII Legión. Vengo con noticias y órdenes de Rogal Dorn, pretoriano de Terra.**

Los manos de hierro no contestaron ni se movieron. Crius frunció el ceño.

-¿A quién hablo, hermanos?

-Yo soy Athanatos- contestó una voz mezclada con estática.

La cara del que habló era una calavera de hierro negro con una rejilla perforada en lugar de boca. Una brillante luz azul ardía fríamente en las cuencas de la calavera. Unos cables que partían de la gorguera de su servoarmadura penetraban en su pericráneo. La misma estaba compuesta por una mezcla de patrones y diseños fundidos alrededor de su portador pero sin cohesión entre sí. Crius registró los detalles de los hombros

cargados, las armas acopladas y los pistones visibles a través de las placas fracturadas de los brazos y las piernas. Gotas de humedad se condensaban sobre el blindaje mellado, como si lo hubieran rociado de lluvia.

-Conozco tu nombre, Crius de los Kadoran- añadió Athanatos. **-Estuve bajo tu mando en Yerronex. Pocos te creían ya entre los vivos.**

Crius navegó por los registros de legionarios y las imágenes en su memoria hasta que encontró la cara de un sargento de ojos gris acero. Si no hubiera sido por el nombre, nunca habría pensado que se trataba del mismo guerrero.

-¿De qué clanes-compañías sois?- preguntó.

-De lo que fuimos, nada queda- Athanatos hizo una pausa con la estática resonando en el filo de sus palabras. **-Hermano.**

Crius repasó de nuevo el círculo de manos de hierro.

-¿Y estos que están contigo?

De nuevo le llamó la atención su inmovilidad. Como la de Athanatos, sus servoarmaduras relucían por la humedad. *¿Por qué hace tanto calor?*, se preguntó.

-Los pocos que regresaron de los campos de la masacre- dijo Athanatos. **-Ahora todos somos de la Tetis.**

-¿Estuvisteis en Isstvan V?

El silencio duró unos largos latidos.

-Sí, Crius de los Kadoran. Estuvimos allí- la voz de Athanatos crepitaba a través de la rejilla. **-Y en Gagia, y en Sacrissan, y en Agromis.**

-Esos lugares me son desconocidos.

-Son lugares de batalla, lugares de venganza y de muerte para los traidores- dijo otro de los manos de hierro que permanecía cerca de Athanatos.

Crius lo miró. Su cara estaba al descubierto y no mostraba marca de implantes, pero el hierro estaba en sus ojos. Entradas de interfaz tachonaban su servoarmadura, y unos cables colgaban de la base de su cráneo como una capucha de serpientes. Tenía los finos labios apretados y las líneas de su frente estaban partidas por los remaches que indicaban su tiempo de

servicio.

-Soy Phidias- dijo como respondiendo a una pregunta que Crius iba a hacer. **-Soy el comandante y el guardián de la Tetis-** algo parpadeó en su mirada, quizá una breve llamarada de emoción. **-Es bueno ver a otro de nuestros hermanos entre los vivos.**

-¿Cuántos de vuestra legión están con vosotros?- preguntó Boreas.

Athanatos giró su cabeza lentamente hasta centrar su mirada en el puño imperial.

-Nuestras fuerzas están frente a ti, hijo de Dorn.

Tan pocos… Crius sintió como si se formase un bloque de plomo en su estómago. La última vez que había visto la Tetis transportaba tres mil guerreros. La imagen de cadáveres esparcidos bajo un cielo empapado de fuego llenó su mente antes de que pudiera controlarla. *¿Cuántos se han perdido junto a nuestro padre?*

-Rogal Dorn pide que regreséis a Terra- dijo Crius. **-Para luchar junto a nuestras legiones hermanas.**

-¿Pide?- preguntó Athanatos.

-¿U ordena?- completó Phidias.

-Las fuerzas de las legiones deben reunirse para defender Terra- respondió Boreas dando un paso al frente; Crius pudo ver cómo las líneas de la cara del templario se endurecían. **-Debéis regresar con nosotros, como ha dicho lord Crius.**

-Lord Crius…- murmuró Athanatos mientras miraba las cadenas cortadas que colgaban de las muñecas de aquel. **-¿Y de qué es lord?**

Boreas iba a replicar, pero Athanatos habló de nuevo.

-Tu fuerza falló hace mucho tiempo, Crius de los Kadoran. No regresaremos contigo. No nos apartaremos de lo que nos espera.

-¿Y qué hay de la señal que enviasteis al vacío?- exigió Boreas. **-¿La convocatoria a la guerra?**

-Aquí estamos- dijo Phidias.

-¿Y los demás supervivientes? ¿El resto de la legión?

-No hemos visto a otros de la legión desde la masacre- contestó Athanatos.

-No hasta ahora- murmuró Phidias.

Los detalles cobraron sentido en la mente de Crius, completando el patrón que reducía las posibilidades; dejó escapar un largo suspiro cuando comprendió lo que estaba ocurriendo. Sintió algo como un escalofrío a pesar del calor del ambiente.

-La señal no era una llamada- dijo, y sus palabras hicieron que Boreas dirigiera su mirada hacia él. **-Era un cebo.**

-Atraemos al enemigo hasta nosotros- asintió Phidias.

-Somos cazadores entre las estrellas- dijo Athanatos. **-Nos persiguen como llevan haciéndolo desde que escapamos de Isstvan. Habrán oído nuestra convocatoria. Saben lo suficiente de nosotros como para comprender su significado. Vendrán, y nos enfrentaremos a ellos.**

-¿Con un puñado de vosotros?- preguntó Boreas.

-Con todas y cada una de las armas que tengamos- respondió Athanatos.

-Si tuvierais cien veces vuestro número…- Crius negó con la cabeza. **-Pereceréis aquí, hermanos.**

-Perecer…- repitió Athanatos, dejando que la palabra quedara flotando en el aire recalentado.

-¿Tenéis la esperanza de hacer otra cosa que no sea morir?

Entonces Athanatos rió, un ruido crepitante que retumbó entrecortadamente en el silencio como engranajes en movimiento.

-Hace mucho que ésta no es una guerra de esperanza, hermano. Es una guerra de venganza y exterminio. El primarca se ha ido, la Gran Cruzada ha terminado y pronto el Imperio seguirá sus pasos. Lo único que importa ya es ver a quiénes nos llevamos con nosotros a nuestras tumbas.

Crius escuchó la hoja de Boreas rozar contra la vaina a medida que el templario la desenvainaba. Se giró y sujetó con su mano el pomo de la espada antes de que la liberase completamente y vio los ojos ardientes del legionario de los Puños Imperiales. A su alrededor pudo escuchar el zumbido de alta frecuencia de los anillos de condensación de energía y el sonido de

los alimentadores de munición cuando armas volkitas y de proyectiles sólidos se armaron.

-No- le dijo Crius. **-Ni tu muerte ni la de ellos tendría sentido.**

Boreas le devolvió la mirada, su cara pálida con la furia que ardía en sus ojos. Crius notó el zumbido de los servos de su mano y de la del legionario que competían por mantener la espada en su posición. Lentamente, Crius fue liberando su presa y se dirigió de nuevo a Athanatos.

-Disculpa a nuestro hermano de la VII. Tus palabras…- hizo una pausa, sus ojos zumbaron. **-Tus palabras lo han sorprendido.**

-Te equivocas al decir que la muerte no tiene sentido- dijo Athanatos. **-La muerte es lo único que hay ahora.**

¿En qué se han convertido mis hermanos?, se preguntó Crius cuando Athanatos comenzó a alejarse, su servoarmadura crujiendo y siseando. Phidias y el resto de manos de hierro lo siguieron.

-Nos quedaremos con vosotros- dijo Crius; Boreas lo miró, pero no dijo nada. **-Por ahora.**

-Hablas como si tuvierais elección- se oyó la voz de Athanatos desde la oscuridad en la que se había adentrado.



-Es una locura- espetó Boreas.

Crius no respondió. Boreas y él se encontraban en el puente de la Tetis, sobre la plataforma de granito por debajo del trono de mando y por encima de los pasillos de sistemas de control atestados de servidores. La cámara completa tenía quinientos metros de largo y la mitad de anchura. Los pilares se alzaban hasta una bóveda de cañón a cien metros por encima de la cubierta. Negros braseros de hierro colgaban de largas cadenas, añadiendo la luminosidad rojiza del carbón a la fría luminiscencia azul y verde de los proyectores hololíticos. La silenciosa tripulación permanecía sentada en sus puestos, con las cabezas inclinadas, los cables brotando de los pliegues de sus túnicas de color ceniza hasta conectar con los módulos de maquinaria. Tecnosacerdotes en túnicas de rojo y blanco se movían entre los mecanismos como fantasmas.

El calor impregnaba el aire incluso allí, entre el olor a metal desgastado y

carga eléctrica. Para Crius resultaba a la vez familiar e inquietante, como la cara de un amigo sutilmente desfigurada.

Phidias permanecía en el trono por encima de ellos, a sus espaldas. Una maraña de cables colgaba sobre él, conectándolo a los sistemas de la nave. Athanatos y los otros manos de hierro se habían desvanecido después de abandonar el hangar; no los habían vuelto a ver.

Crius miró la pantalla que mostraba el vacío alrededor de la Tetis. Era un poliedro de luz azul que giraba suavemente sobre una peana de cristal negro. Los datos y las runas llenaban la proyección holográfica, siguiendo la posición de escombros que flotaban en el vacío con la nave en el centro. La "*Juramento*" estaba fuera de su alcance y de la vista, oculto en la sombra de un planetoide que flotaba lentamente en las cercanías espaciales. Phidias había pedido a Boreas que ordenara a su nave que se alejase y que permaneciera en silencio, sin importar lo que ocurriese. No hizo falta una amenaza expresa: todos entendieron que si la "*Juramento*" no obedecía sería destruida. Boreas accedió al fin y dio la orden.

Crius miró al templario. Un aura de contención y furia rodeaban a Boreas, como dos capas de acero, una dura y otra más dúctil, empleadas para forjar una única hoja.

-Todas las fuerzas que tengan desaparecerán aquí, desperdiciadas por resentimiento.

-No tienen intención de morir aquí- contestó Crius después de un largo momento de silencio**. -Ese no es el camino de mi legión.**

-No son como tú. No son como ningún mano de hierro que yo haya conocido.

Cierto, pensó Crius*. Son como otra legión, o una sombra proyectada por el pasado…*

No les habían permitido abandonar el puente, y en su trayecto desde las cubiertas del hangar no habían visto a ningún otro mano de hierro, sólo servidores y personal de apoyo bajo grises capuchas. Inspiró profundamente, y se preguntó de nuevo por qué haría tanto calor.

-Una nave con un hangar convertido en cementerio de decenas de naves de asalto pero sólo un puñado de guerreros…- dijo Boreas, dejando intencionadamente que las palabras quedaran en suspenso. **-Y ahora Athanatos ha desaparecido-** miró a Crius con gesto serio. **-Secretos-** añadió en un susurro, continuando la línea de sus sospechas.

-No, motivos- respondió Crius, sosteniendo la mirada de Boreas. **-Aún son mis hermanos. Incluso si han cambiado. Todavía somos…**

…los hijos de un padre muerto. El pensamiento lo asaltó, y noto la ola de vacuidad que se removía en su interior.

-Mirad.

La palabra resonó en los altavoces repartidos por el puente. Crius despejó sus pensamientos a la vez que alzó la cabeza hacia el trono de mando. La voz de Phidias volvió a llenar el aire.

-Ahí vienen.

Crius miró la pantalla hololítica. En el borde de la proyección brotaron unas runas rojas que indicaban naves enemigas. Los nombres empezaron a formarse sobre ellas.

-Hijos de Horus- dijo Boreas. **-Ni siquiera se esfuerzan por ocultar su bando.**

-**Quieren que sepamos quiénes son-** dijo Phidias. **-Quieren que sepamos quiénes son antes de destruirnos. En eso no han cambiado.**

Crius leyó los datos recopilados de las naves enemigas. Las reconoció a todas. Tres de ellas tenían un perfil de lanza, recubiertas de adamantio verde marino y bronce. Habían nacido en las forjas de Armatura y habían sido un regalo de Guilliman a Horus; el señor de los Ultramarines había bautizado sus regalos como “*Golpe de lanza*”, “*Lobo de Chtonia*” y “*Estrella del amanecer*”, y había pocas naves que las igualaran en velocidad y ferocidad.

La cuarta nave, más grande y más roma, tenía una historia que se remontaba a las primeras guerras más allá de la luz del sol de Terra. El Emperador la había llamado “*Hija de la muerte*”, y aún conservaba su nombre a pesar de su traición.

-Dos mil legionarios- murmuró Crius haciendo un somero cálculo. **-Eso si somos afortunados y sus fuerzas no son las óptimas.**

-¡Nos disparan!- gritó Boreas.

Crius vio una serie de marcadores que partían de las representaciones de las cuatro naves. Los cúmulos de torpedos se precipitaban sobre ellos.

-Doce segundos para impacto- indicó un tripulante de túnica gris.

-¿Por qué no devuelves el fuego?- gritó Crius.

Phidias no respondió. El ruido de la maquinaria llenaba el puente, la tripulación permanecía absorta en sus tareas, pero las armas de la Tetis permanecían en silencio.

-Debes…

Las palabras de Crius fueron devoradas por las primeras detonaciones. Empezaron a sonar alarma tras alarma. El fuego apareció de repente. El hedor de carne abrasada llenó el aire: muchos tripulantes estaban ardiendo en sus puestos, sus gritos perdidos entre el estrépito. Un gas blanco comenzó a llenar el puente.

Phidias no se movió de su trono. Crius se preguntó incluso si sería consciente de lo que estaba ocurriendo frente a él o si su mente conectada a la interfaz de mando sólo veía la oscuridad más allá el casco.

Otra descarga alcanzó la nave. La cubierta se inclinó y por un segundo la gravedad desapareció. Los cuerpos de los mortales volaron por el aire. Los cables se arrancaron de la carne. La sangre se esparció convertida en glóbulos flotantes.

Crius se alzó de la cubierta como los demás, flotando de un lugar a otro. Entonces la gravedad se restableció y se desplomó; reaccionó lo suficiente como para rodar hasta quedar agachado. Boreas estaba a su lado, ya en pie. A su alrededor todo era un caos de humo y llamas.

-Tenemos que encontrar a Athanatos- gritó Crius. -**Si Phidias no escucha, él tendrá que hacerlo. Tenemos que retirarnos mientras tengamos la posibilidad.**

Boreas miró el desastre a su alrededor y asintió. Sin esperar un segundo más, ambos corrieron hacia la puerta del puente. Tras ellos, las alarmas continuaron gritando.



En el trono de mando Phidias notó la furia con la que se sacudía su nave.

La Tetis sangraba por las fisuras a lo largo de su casco. Gas, plasma y fluido de maquinaria se derramaban por los nuevos agujeros de su blindaje escarificado. Sintió cada ola de daños como una dolorosa puñalada en lo que

le quedaba de carne. Era un pequeño precio que pagar. Una irrelevancia.

En la proyección hololítica frente a él las marcas rojas de las naves enemigas se acercaban deprisa.

-Viramos para encararlas. Toda la energía a los propulsores.

Un segundo después notó cómo la nave comenzaba a obedecer. La tripulación y los adeptos del puente cancelaban las nuevas alarmas según se disparaban. Sabían muy bien que no debían cuestionar la orden.

Va a ser una tremenda tormenta de fuego, pensó. Quizá la última para nosotros. Un escalofrío recorrió su servoarmadura. No, no hemos terminado con esta guerra todavía. Mientras aún tengamos fuerza jamás lo haremos.

-Objetivos enemigos a treinta segundos de la línea de fuego de nuestras baterías- informó un maltrecho oficial de comunicaciones.

Phidias ni siquiera asintió, podía ver claramente que la distancia que los separaba de las tres naves de los Hijos de Horus se acortaba por momentos.

-Comenzad con los ritos- dijo por encima del ruido del puente. **-Despertadlos.**



Crius se detuvo a la vista de las puertas, notando una quemazón en la piel, el aliento ahogado en su garganta. Tras él Boreas se detuvo, y sus ojos recorrieron la altura de las puertas hasta que desaparecieron en la oscuridad de arriba. La condensación cubría en adamantio agujereado. El aire era aún más caliente, como si estuvieran junto a una hoguera. Un charco de líquido vaporoso se había formado frente al umbral, y su superficie como un espejo negro la perturbaban sólo los temblores de la batalla en el vacío que rodeaba la nave. Crius tuvo la sensación sobrecogedora de que aquel lugar había estado esperando que lo encontrara.

Lo habían encontrado por accidente. Corriendo por los corredores vacíos de la Tetis, habían sentido los temblores de la batalla, pero no habían dado con Athanatos. Y de repente las puertas estaban allí, cerniéndose sobre ellos.

-Un almacén de armas- dijo Boreas.

Crius negó con la cabeza aunque no dijo nada al acercarse a las puertas. Unas ondas recorrieron la superficie del charco en la entrada cuando lo pisó. La cámara al otro lado fue una vez un almacén de armas.

-Un almacén de armas no exuda esta condensación. Ni tampoco inunda una nave con este calor.

Despacio, alzó su mano de metal y la acercó, pero se detuvo antes de tocar la superficie de la puerta.

-Deberíamos seguir buscando- dijo Boreas.

Crius negó de nuevo. La lógica se desplegaba en su mente, más rápida y clara que en ningún momento desde que había dejado Terra. Las conclusiones danzaban a su alcance, esperando los datos que acotaran las posibilidades.

Y en el núcleo de sus pensamientos estaba la certeza de que todas las respuestas estaban al otro lado de aquellas puertas.

Finalmente posó la mano sobre el metal perlado de humedad. Sintió la conexión como un hormigueo caliente que recorriera sus nervios. Marcas como del diseño de un circuito se extendieron por la superficie de las puertas en líneas luminosas. Algo fuera de su vista sonó como si se desenganchara.

Crius se apartó. Una apertura apareció entre ambas hojas y se fue abriendo paulatinamente. Más allá sólo las sombras les devolvieron la mirada.



-El enemigo ha abierto fuego- informó el oficial de comunicaciones.

Las alarmas gemían. Phidias esperaba, contando los fragmentos de tiempo, mirando las naves enemigas en la proyección. No navegaban directas hacia la Tetis, por supuesto: los Hijos de Horus sabían demasiado bien hacer la guerra como para eso. Dos de las cuatro naves —"*la Golpe de lanza*" y la "*Lobo de Cthonia*"— aceleraban a su encuentro, pero la "*Estrella del amanecer*" y la "*Hija de la muerte*" trazaban un amplio arco para encerrarla en una pinza de fuego cruzado. Buscaban someter a la Tetis con torpedos y acercarse lo suficiente como para abordarla. Phidias estaba seguro de ello. Los Hijos de Horus seguían siendo lobos en su interior, por mucho que el tiempo y la traición los hubiera cambiado. En aquel mismo momento se comportaban como lobos, acosando a su presa como una manada antes de lanzar el golpe

mortal.

Los proyectiles de los macrocañones alcanzaron los escudos de vacío de la Tetis: primero uno, después otro y después un aluvión. Phidias vio cómo despellejaban sus barreras, vastos arcoíris líquidos que reverberaban en su visión periférica. Un globo de plasma de cien metros de diámetro golpeó la proa de la nave, que se estremeció a la vez que perdió una sección de su blindaje. Phidias continuó con la mirada fija en el corazón del proyector hololítico, en las marcas enemigas. La nave entera se estremecía al estrellarse con el muro de fuego enemigo.

Notó como los protocolos de despertar comenzaban a absorber energía de los sistemas auxiliares. Los reactores enviaron aullantes advertencias del descenso de suministro de sus fuentes de alimentación. Incluso si quedara suficiente tripulación como para atender la artillería, no habrían tenido energía suficiente para disparar sus armas.

-Preparados para el lanzamiento- dijo.



Las puertas se cerraron tras ellos con un siseo. Crius permaneció quieto en la oscuridad mientras los mecanismos de sus ojos cliqueaban y zumbaban en busca de cualquier ápice de luz. El frío comenzó a morder la piel expuesta de su cara.

Temperatura por debajo del umbral de soporte vital, registró. *No es una amenaza inmediata.*

El sonido del acero cortó el silencio cuando Boreas desenvainó su espada.

Los ojos de Crius cambaron a visión termal. Frío. Azul y negro. Completo y totalmente frío.

Los datos se escurrieron sobre sus ojos artificiales. Los ignoró para concentrarse en reconocer alguna forma entre los borrones de azul en la oscuridad.

-Proyección de luz- susurró, y sus ojos se iluminaron como focos.

Las máquinas llenaban el espacio frente a él hasta perderse en la oscuridad, cubriendo el espacio que en su momento ocuparon *Stormbirds* y batallones

de tanques. Pilas de cilindros y cajas como losas surgían entre un laberinto de tuberías, y un pequeño estrado de hierro bruñido presidía el poco espacio libre que quedaba frente a las puertas.

Un cetro de metal batido y pulido flotaba medio dedo por encima del estrado. El cetro y el estrado eran lo único que parecía libre de la escarcha que cubría las superficies del resto de la cámara.

-Control artificial de temperatura- murmuró, trazando arcos a un lado y otro con las luces que proyectaban sus ojos. **-Esta cámara ha sido adaptada, toda esta maquinaria no estaba aquí cuando se creó. Ésta es la causa de la temperatura en el resto de la nave: el calor extraído de aquí tiene que disiparse en alguna parte.**

-Secretos- gruñó Boreas, y una niebla blanca escapó entre sus dientes apretados.

Crius inspiró prestando atención por vez primera al sabor del aire estancado: trazas de lubricante industrial y antiséptico llenaron sus receptores olfativos. Los engranajes de enfoque de sus ojos zumbaron sin que fuera consciente mientras sus procesos lógicos lo acercaban a ciertas conclusiones. Se adentró más en la cámara, escuchando como las articulaciones de sus miembros artificiales y de su servoarmadura chirriaban en aquel frío. Con cuidado, pasó al lado del estrado.

La máquina más cercana pareció cernirse sobre él, brillante en su piel de hielo. Estaba ligeramente apartada de las demás, como un general a la cabeza de su ejército. Gruesos coágulos de fluidos congelados cubrían los puntos en los que los tubos y tuberías se conectaban con la parte superior y los lados de la máquina. Crius alzó la mano, extendió sus dedos metálicos y tocó su superficie. El metal repiqueteó sobre el metal. Los sensores táctiles enviaron información a su mente: una estructura de adamantio con trazas de plata y otros elementos desconocidos. Un profundo latido pareció transmitirse a sus dedos. Movió la mano, desplazando los dedos sobre el metal hasta apartar la escarcha que cubría un panel de vidrio.

Se detuvo, y después dio un paso atrás.

Podía ver algo a través de la pequeña ventana que había abierto en el hielo.

-¿Qué es eso?- la voz de Boreas surgió y se desvaneció en la oscuridad.

Los cálculos se desarrollaban en la mente de Crius, siguiendo caminos de inferencias y posibilidades, formando conclusiones.

-Es una tumba- dijo, su voz un seco susurro.

Lentamente alzó de nuevo la mano y limpió el resto de la escarcha del vidrio. Sus ojos derramaron luz al espacio más allá de él.

Una calavera de hierro le devolvía la mirada.

La mente de Crius quedó paralizada. Los datos aún caían en cascada sobre sus ojos pero ya no era capaz de prestarles ninguna atención. Un zumbido resonaba en sus oídos.

La forma congelada de Athanatos lo miraba desde aquella crisálida de hielo.

¿Tenéis la esperanza de hacer otra cosa que no sea morir? Le pareció oír su propia pregunta resonando en su mente, y a Athanatos respondiendo desde los pozos de la memoria.

Ésta no es una guerra de esperanza, hermano. Es una guerra de venganza y exterminio.

Y con ese recuerdo vino la inevitable inferencia de los datos acumulados.

Resurrección cibernética, susurró la lógica en su mente. Athanatos está muerto. Todos están muertos. Regresaron de su sueño para recibirnos cuando llegamos y volvieron a su abrazo. Han girado las Llaves de Hel.

-No- la palabra sonó demasiado débil en sus labios. **-No, está prohibido. Nuestro padre nos prohibió abrir esas puertas.**

Ferrus Manus está muerto.

Crius no podía moverse. Sus pensamientos eran un naufragio, sus ojos miraron los féretros que se prolongaban en la distancia bajo sus mortajas de escarcha. Había cientos de ellos.

La cubierta tembló bajo sus pies. Un pedazo de hielo quebrado cayó desde el alto techo. La Tetis estaba en medio de la esfera de batalla.

La muerte es lo único que hay ahora.

La cubierta volvió a sacudirse. Unas luces azules se encendieron a lo largo de la cámara, y un crujido seco resonó cuando el hielo del féretro se partió. De las rejillas y las tuberías se proyectaron gases. Crius siguió mirando, sus ojos aún encendidos. Boreas activó su espada.

Con el siguiente crujido que sonó Athanatos salió de su ataúd. El metal de la

cubierta resonó bajo sus pisadas, con pistones en lugar de músculos. Sus armas se desprendieron de las capas de hielo cuando se armaron. Se detuvo, sus articulaciones respirando vapor, sus servos cliqueando.

Entonces miró a Crius, con aquellos ojos de llamas azules.

-Ahora ya ves, Crius- dijo la voz de Athanatos que crujía como cuando se parte el hierro congelado.

Extendió su desactivado puño de energía para alcanzar el cetro del estrado. Crius pudo ver las runas medusinas grabadas en cada uno de sus cilindros, cada una proyectando ahora su propio fulgor fantasmal. Casi podía saborear las energías exóticas vinculadas a su núcleo.

-Ahora ya comprendes.



Phidias podía sentir cómo su carne se estremecía en simpatía con la nave cada vez que los cables de la interfaz le transmitían el dolor de la Tetis. Tenía sangre en la boca y más sangre coagulándose en el interior de su armadura.

-Debilidad- se dijo entre dientes y se forzó a concentrarse.

La "*Golpe de lanza*" y la "*Lobo de Cthonia*" habían pasado disparando junto a la Tetis y ahora estaban virando bruscamente, sin cesar el fuego. Los turboláseres alcanzaron su popa, abriendo profundos cortes en sus entrañas. La "*Estrella del amanecer*" y la "*Hija de la muerte*" se acercaban, sus baterías frontales y dorsales golpeando los flancos de la Tetis. Phidias tuvo la impresión de que la carne de su cuerpo alrededor de los enchufes de los implantes se estaba cociendo.

Todo pasaba como debía pasar, y a la vez pasaba de forma totalmente errónea.

Las naves de asalto estaban preparadas, los torpedos de abordaje dispuestos en los tubos de lanzamiento, pero los muertos despertados aún no los habían llenado. En esos momentos debería estar ya asaltando las cubiertas de las naves de la XVI Legión. Pero se habían retrasado, o el proceso de reanimación había fallado. Athanatos debería haber invocado a los demás de su profundo sueño.

Phidias intentó contactar con él, pero por respuesta sólo obtuvo estática. Necesitaba lanzarlos, necesitaba que golpearan a las naves atacantes ya. No tenía armas: toda la energía la había redirigido a los sistemas que mantenían el sueño de los muertos y a los motores para enviar la Tetis al combate.

Notó cómo se le nublaba la visión. Luchó contra una pegajosa oleada de bruma mental. Necesitaban tiempo. Con que lograran sobrevivir un poco más…

-Ascendamos por encima de ellos- ordenó.

Junto al esfuerzo de los motores comenzaron a llegarle cúmulos de informes. Si lograban trazar un arco por encima del plano de ataque, después podrían dejarse caer en medio de la tormenta de fuego cuando el despertar se hubiera completado. Al menos tendrían ese momento de venganza. Su mente comenzó a recalcular. Todavía podían hacerlo. Podían…

Una descarga sincronizada de la “*Estrella del amanecer*” y de la “*Hija de la muerte*” golpeó la espina central de la Tetis. La onda de choque recorrió toda su superestructura. Las cúpulas del casco exterior saltaron en pedazos. Torretas de cientos de metros de altura se desprendieron y flotaron por el vacío como astillas de una lanza rota.

Phidias clavó los dedos en los brazos del trono, negándose a caer. Podía saborear algo quemado, algo en el interior de su cuerpo había reventado y se cocinaba en el calor de los conectores mecánicos. Sus ojos se centraron en la esfera de combate que se desplegaba en el proyector hololítico, concretamente en la pulsátil marca verde de la Juramento, oculta todavía en la sombra del planetoide, aparentemente olvidada por todos.

Necesitaban tiempo, sin importar el precio, o sus muertes no servirían de nada.

Con un gruñido de esfuerzo, abrió un canal de comunicación de larga distancia.

-Ayudadnos- dijo con una voz seca a través de unos labios ensangrentados.

Por un segundo nada cambió. Después la “*Juramento*” comenzó a moverse. Las lecturas de sus reactores indicaban que avanzaba, acercándose al perímetro de la esfera de batalla. Aceleró, sus motores ardiendo como soles capturados.

Phidias vio todo aquello, y aun así supo que no sería suficiente. Sus enemigos seguían fuera del alcance de las armas de la “*Juramento*”. En el mismo

momento en que pensó aquello la Golpe de lanza viró, su inercia haciendo que se desplazara lateralmente en el espacio mientras fijaba sus cañones en la Tetis. Sus lanzas hicieron arder el metal del casco trasero. El metal derretido brotó como lágrimas de los impactos, y las placas de blindaje comenzaron a brillar mientras el fuego las devoraba cada vez más profundamente.



-¿Qué habéis hecho?- la voz de Crius resonó claramente en el aire helado, por encima incluso del fragor de la batalla.

Athanatos no contestó; en lugar de eso se giró y se quedó mirando las filas de féretros cubiertos de hielo. Entonces Crius lo sintió: un temblor en el aire, como un aliento cargado de estática. Abrió la boca para decir algo, pero Athanatos se adelantó y habló primero, con la masa de su cuerpo envuelta en los ruidos de pistones y engranajes.

-La lógica falla al final. ¿Te has dado cuenta de ello? El flujo puro de datos y razonamientos: después de un tiempo simplemente se seca. Sigues intentando comprender, reconciliarte con la realidad de lo que ha ocurrido; pero no hay nada que entender, no hay reconciliación que alcanzar.

-Habéis…

-La vía del hierro, la lógica de la máquina: se suponía que debían hacernos fuertes, elevarnos por encima de la carne- Athanatos hizo una pausa, y cuando volvió a hablar había rabia en su voz eléctrica y muerta. **-Pero era mentira. El hierro se puede quebrar, la lógica puede ser errónea y los ideales pueden caer.**

-¿Qué eres?- preguntó Boreas.

Crius dirigió su mirada al templario: no se había movido, pero en su quietud delataba una inmensa furia contenida. Lentamente Athanatos también le dirigió su mirada.

-Soy un muerto de Isstvan. Un portador de la palabra me arrancó la mitad del cráneo con una garra de energía. Caí, como tantos de los nuestros. Phidias me recogió del campo de batalla, a mí y a todos los que pudo. Nuestra carne había fallado, nuestra semilla genética se había podrido en

nuestros cadáveres, pero quedaba suficiente de nosotros- Athanatos alzó el cetro y contempló las runas que cruzaban su superficie. **-Él conoce los secretos de los protocolos aegisinos y de la fórmula scarcosana, y de los dispositivos y procesos de la Vieja Noche que nuestro padre dejó fuera de nuestro alcance. Phidias me rehízo y me dio una segunda vida, una vida de hielo y hierro. Por un tiempo no pude recordar quién era, pero al final algo del pasado volvió a mí. Eso es raro. La mayor parte de los despertados recuerdan poco-** Athanatos volvió a mirar los ataúdes que se alineaban en la cámara. **-Pero todos recuerdan lo que es odiar.**

-El Primarca prohibió lo que sois- gruñó Crius. **-Ferrus Manus…**

-…cayó- respondió Athanatos suavemente. **-Yo lo vi, hermano. Vi a nuestro padre morir.**

Crius notó el frío que lo inundaba. Su mente había dejado de funcionar correctamente. No podía razonar: sólo podía sentir el hielo que formaba astillas sobre su carne y sus prótesis.

Ferrus Manus cayó.

Falló.

Una profunda negrura se extendió por sus pensamientos, cubriéndolos y creciendo como una nube tormentosa, hirviendo de ira.

Nos abandonó. ¿Qué queda de su autoridad ahora?

Athanatos lo miraba, asintiendo. Sus ojos eran soles azules en su calavera de hierro.

-Sí. Ahora ya ves. Eso es lo que nuestro padre nos dejó. No la lógica, no la razón, sino el odio. Esa es la lección de su muerte. Esta guerra será la última, luchada por venganza en lugar de por la razón. No queda nada más. Ni las órdenes ni los juramentos significan nada ya. Sabes que es verdad, Crius. No puedes negarlo.

-¡Yo digo que es traición!- rugió Boreas.

Crius vio un borrón de rayos y metal forjado cuando la espada del templario trazó un arco. La hoja golpeó la mano de Athanatos clavándose profundamente, arrancando sangre y aceite. El cetro cayó sobre la cubierta. Boreas trazó otro corte, girando la espada para cortar la pierna del legionario de los Manos de Hierro.

Athanatos cayó, y Boreas alzó la espada sobre su cabeza para descargar el golpe final. Crius se abalanzó sobre él sin pensar, cerrando sus manos sobre los antebrazos del puño imperial. El templario no se detuvo ni por un momento, sino que giró sobre sí mismo con la velocidad de un latigazo. La fuerza del tirón arrancó a Crius del suelo y lo lanzó por los aires. Golpeó contra el suelo; rápidamente rodó sobre sí mismo y empezó a incorporarse, pero se encontró con un pie blindado descendiendo sobre su pecho.

-¡Hereje!- escupió Boreas.

Crius escuchó aquella palabra, notó como lo cortaba por dentro a la vez que la bota de Boreas aplastaba su coraza. La onda del golpe resonó por todo su cuerpo, pero mientras vio cómo Athanatos intentaba hacerse con el cetro.

Boreas se dio la vuelta, su espada dejando tras de sí una estela de relámpagos.

-¡No!- gritó Crius.

Logró levantarse y arrojarse sobre Boreas. Lo embistió con el hombro y cayeron juntos. Crius notó cómo el campo de energía de la hoja del templario abrasaba el barniz lacado de su servoarmadura. Golpearon la cubierta con el sonido de algo que se parte. Boreas inmediatamente comenzó a girar bajo su cuerpo, todavía aferrando su espada.

La cubierta temblaba. Toda la cámara temblaba.

Boreas lanzó un puñetazo con su mano libre que alcanzó la cara de Crius como un mazazo, destrozando la cuenca de metal de su ojo izquierdo, cegándolo momentáneamente. El templario se libró de él, rodó por la cubierta y se puso en pie sin que su espada se hubiese desactivado ni un segundo.

Caeré aquí, pensó Crius. Como nuestro padre, caeré bajo la hoja de un amigo perdido. Miró a los fríos e inclementes ojos de Boreas, e inesperadamente sintió un alivio recorrer su cuerpo. En su mente, los engranajes rotos de la lógica permanecían en silencio.

La espada de Boreas crepitó con el hambre de ejecución. Se alzó por encima de Crius, brillando como la fracción de una tormenta, y cayó sobre él.

Athanatos surgió de la neblina con un rugido de pistones, golpeando contra el costado izquierdo de Boreas. El impacto hizo dar una vuelta al templario.

Crius sintió cómo el frío se extendía por su interior, como si el hielo que se

derretía en la cámara estuviese refugiándose dentro de su cuerpo. El tiempo pareció convertirse en un lento goteo, en un latido que prolongara su desvanecimiento. Vio cómo Athanatos afianzaba los pies para ejecutar un segundo ataque, y se dio cuenta de que, muerto o no, su hermano no sobreviviría.

Athanatos era tan rápido como sólo puede serlo un marine espacial, pero Boreas lo era más.

El puño imperial convirtió su desequilibrio anterior en un giro con el que imprimir velocidad a un golpe: el filo de su espada cortó a través de los cables y pistones bajo el brazo de su oponente. Crius vio un líquido negro crepitar en la luz azul. Athanatos comenzó a moverse para aferrar el arma, pero Boreas ya había sacado su espada y volvía a recobrar su guardia.

Crius se puso en pie. El dolor se arrastraba en sus músculos. La sangre caía de él. El frío devoraba su pecho. Avanzó un paso, aferrando el martillo que llevaba a la espalda.

Boreas lanzó una veloz estocada. La punta de su espada alcanzó la servoarmadura debilitada bajo el brazo de Athanatos.

Crius notó cómo el mazo de activaba en sus manos. La oscuridad nublaba su visión.

Boreas liberó la hoja de su espada a atravesando completamente el pecho de Athanatos.

Crius rugió.

Boreas se giró, y sus ojos se cruzaron.

El golpe del martillo de Crius despedazó la placa pectoral de Boreas y lo levantó del suelo. El templario golpeó la cubierta, y no se levantó.

Tambaleándose en medio del zumbido de servos maltratados, Crius miró a Athanatos. El otro legionario estaba tirado en el suelo, su torso abierto, mostrando los componentes de metal que repiqueteaban entre la carne quemada por el frío de su pecho. La sangre y el combustible formaban un oscuro espejo a su alrededor. Crius escuchó los mecanismos de sus propios ojos que intentaban enfocar la imagen. La cubierta tembló, y súbitamente aquel frío entumecedor de su interior se extendió a todo cuanto lo rodeaba. Bajó la vista y vio el oscuro fluido que le cubría el torso y las piernas, salpicando a cada latido desde una amplia herida entre sus costillas.

La cubierta pareció alzarse, pero en realidad fue él quien cayó de rodillas. Se encontró con la miraba moribunda de Athanatos. No había pesar ni pena en aquellos ojos.

-Los muertos deben caminar- dijo Athanatos con aquella voz ahogada cargada de estática. **-Por venganza. Nosotros recordamos. Los muertos recordamos…**

Su voz y su aliento se difuminaron en un zumbido eléctrico. Sus ojos se fueron apagando lentamente hasta arrojar un último destello de desafío desde sus profundidades. Luego se quedaron vacíos.

Crius giró la cabeza despacio. Su visión no era más que una bruma de bloques pixelados. Podía notar el vacío en su interior, el vacío que había estado allí desde que escuchó que su padre había muerto. Se hacía más grande a cada instante, abriéndose para recibirlo.

El dolor y el entumecimiento competían en cada lento movimiento. El cetro permanecía sobre la cubierta donde había caído de las manos de Athanatos, su sangre manchando las runas luminosas. Crius alcanzó el dispositivo, lo agarró y lo levantó. Sentía como si estuviese aferrando un relámpago.

Ferrus Manus está muerto.

Sus ojos ya no podían enfocar, pero sus dedos recorrieron las runas grabadas a lo largo del cetro.

Y nosotros también lo estamos.

Giró cada cilindro, cada anillo.

Somos espectros que vagan por una tierra muerta.

Sus dedos encontraron el botón de activación.

Y lo único que nos queda es la venganza.

Tras él otro de los féretros se abrió con un crujido de hielo partido; después otro, y otro. Figura desastrada tras figura desastrada, aquellas sombras fueron poniendo los pies sobre la cubierta. Crius notó la pulsación del cetro antes de que se escurriera de entre sus dedos. La oscuridad corrió a arroparlo. Era cálida y sabía a hierro, como el metal sacado de un fuego, como carne y sangre.

La última cosa que vio, antes de que la noche se cerrara sobre él, fue a sus

hermanos muertos marchar a la guerra, con el hielo cayendo a su paso.



La Tetis dio una vuelta, sus motores forzándose por clavarse en el vacío y recuperar cierto control. Muy cerca, tras ella, las naves enemigas se cernían sobre su presa. Las oscuras bocas de los hangares se abrían a lo largo de sus cascos, pero mientras sus hermanas alcanzaban la distancia de abordaje, la "*Estrella del amanecer*" y la "*Hija de la muerte*" seguían disparando. Los proyectiles de los macrocañones martilleaban sobre el casco externo, y el plasma abría las heridas que dejaban, preparando el acceso para los guerreros que esperaban en las cápsulas de desembarco Dreadclaw y en las naves de asalto. Estaban muy cerca ahora, todo aquel enfrentamiento comprimido en una esfera de batalla de no más de mil kilómetros de diámetro. Para los Hijos de Horus, la muerte de la Tetis era inevitable, pero en el momento en que iban a dar la orden de abordar la nave herida, la situación cambió.

La "*Juramento*" apareció como un puñal arrojadizo. Una hoja de luz partió de la nave de los Puños Imperiales y alcanzó de pleno a la "*Estrella del amanecer*". Sus escudos de vacío se colapsaron, explotando como burbujas de agua oleaginosa. La "*Juramento*" disparó de nuevo, acelerando simultáneamente. Los distribuidores de plasma en el interior del casco de la nave enemiga estallaron, inundando compartimentos con la energía de un sol. En sus salas de máquinas, miles de gargantas gritaron mientras su carne ardía.

La "*Estrella del amanecer*" se estremeció. Sangrando fuego en la oscuridad, viro para responder con sus armas.

Medio drenada de energía, a la "*Juramento*" le quedaba un arma por disparar. En la alta torre de su puente, el capitán Casterra asintió hacia el servidor rodeado de cables que aguardaba su orden.

-Lancen los torpedos.

Los misiles se deslizaron por el vacío, sus propulsores activándose en el momento en que entraron en el frío espacio, alejándolos de la "*Juramento*". Cada uno del tamaño de una espiral de habitáculos, aquellas cabezas explosivas eran un regalo del sacerdocio del Mechanicum de Marte al propio Rogal Dorn.

La “*Estrella del amanecer*” arrojó a su alrededor una muralla de cargas con las que interceptarlos. Torpedo tras torpedo explotaron antes de alcanzar su objetivo. Hasta que uno logró atravesar aquella contramedida y se incrustó en el flanco de la nave, hundiéndose profundamente en sus entrañas.

La nave continuó virando, rodeaba de la neblina de metal flotante y el parpadeo residual de los escudos caídos. Entonces el vórtice de la cabeza explosiva detonó en una espiral de luz de neón y rugiente oscuridad. La “*Estrella del amanecer*” prácticamente se desintegró, su casco fragmentándose bajo las fuerzas antinaturales liberadas en su interior. En el espacio que había ocupado momento antes quedaba una herida refulgente, aullando con un sonido imposible antes de colapsarse en la nada.

Las restantes naves de la XVI Legión vacilaron. La “*Golpe de lanza*” se apartó del curso de ataque sobre la Tetis y viró para encarar la nueva amenaza. Las otras dos redujeron su velocidad, derivando energía a sus escudos y armamento.

Aquel respiro fue suficiente. La Tetis avanzó dejando atrás a sus atacantes, virando sobre ellas en un bucle ardiente, y se sumergió de nuevo en el vacío teñido de infierno entre sus enemigos.

Desde su trono de mando, Phidias vio las naves enemigas ascender a su encuentro. La “*Lobo de Cthonia*” y la “*Hija de la muerte*” giraron en un intento por apuntarla con sus baterías. La Tetis se hundió entre ellas mientras esquirlas de blindaje del tamaño de titanes se desgarraban de sus flancos y dejaba tras de sí una estela de gas ardiente y fuego líquido. El enemigo abrió fuego, salpicando la Tetis de explosiones.

Al filo del enfrentamiento, la “*Juramento*” viró mientras la Golpe de lanza se aproximaba. La nave de los Puños Imperiales se alineó con su enemiga. Ambas abrieron fuego, sus proas reflejando el brillo de la explosión de sus escudos de vacío. Entonces fue cuando pasaron una junto a la otra, descargándose andanada tras andanada. El vientre de la “*Golpe de lanza*” se abrió bajo los impactos de los proyectiles de macrocañones, arrojando al vacío grúas de puente y antenas de sensores. La “*Juramento*” recibió el fuego de respuesta sobre su casco desprotegido. Una llamarada de plasma penetró en uno de sus cañones haciendo detonar el proyectil en su interior, e inmediatamente una serie de explosiones se propagó por todo el flanco de la nave.

Comenzó a vagar a la deriva en una espiral, sus motores aún impulsándola incluso mientras los fuegos de las cubiertas la devoraban desde dentro.



En el puente de la Tetis, Phidias oyó las últimas señales emitidas por la "*Juramento*" en silencio. A su alrededor los servidores y la tripulación seguían concentrados en sus tareas, murmurando en medusino y en impasible canto binario. En el interior de su mente veía claramente los datos que le enviaba la nave. Las marcas de daños eran una borrasca de un rojo profundo. Los indicadores de los motores parpadeaban insistentemente.

Sabía lo que todo aquello significaba. Casi podía sentirlo en su propio cuerpo. Estaban al borde de la muerte, por dentro y por fuera. Pero ya no importaba.

Podía oírlas, las voces de los muertos que se alzaban: algunos monótonos sonidos emitidos por la carne, otras murmuradas en código máquina. Los muertos marchaban a la guerra, y eso era todo lo que importaba. Cientos de ellos derramándose desde el helado corazón de la Tetis para llenar las desvencijadas naves de asalto y los torpedos de abordaje.

Phidias esperó, notando cómo lo bañaba el oleaje de los gritos de su nave y los susurros de sus hermanos.

La Tetis cortó el espacio entre la "*Lobo de Cthonia*" y la "*Hija de la muerte*". Ambas naves liberaron nuevas descargas de energía. La Tetis se estremeció, y los gritos binarios llenaron el aire en medio del hedor del metal abrasado.

En el amasijo de cables de su trono, Phidias notó los sistemas de la nave pulsar con rabia. Dejó que aquel sentimiento lo inundase también, desconectando el resto de sensaciones. Las naves enemigas estaban tan cerca que si hubiesen disparado de nuevo se habrían alcanzado la una a la otra.

-Lanzamiento- dijo.

La nave respondió. Sus motores se apagaron. Sus retropropulsores se encendieron, luchando contra su inercia. Las compuertas que daban al vacío se abrieron a lo largo de sus flancos y su vientre, liberando un enjambre de naves al espacio que se precipitaron sobre los cascos de sus enemigos. Las explosiones de plasma hicieron hervir mamparos, las cargas de vórtices de gravedad trituraron placas de blindaje, y las naves de asalto se congregaron sobre las brechas como moscas sobre una herida sangrante.



Los primeros manos de hierro muertos se encontraron con los hijos de Horus en las cubiertas de artillería de la “*Lobo de Cthonia*”. Los cadáveres de la tripulación cubrían el suelo junto a las líneas de munición, ahogados y machacados por la descompresión provocada por las explosiones. Unas llamaradas oleosas temblaban en las bolsas restantes de atmósfera. Los manos de hierro avanzaron, con sus armas escupiendo muerte. La cubierta temblaba bajo sus pesados pasos.

Las compuertas de seguridad al otro lado de la cubierta se abrieron y trajeron consigo el olor del humo. Los hijos de Horus entraron en apretadas cuñas, con pesados escudos de infantería formando una sólida pared. Disparaban según cargaban, los proyectiles de bólter cortaban el aire, impactaban en servoarmaduras y detonaban. El primer legionario de los Manos de Hierro cayó, su cuerpo reforjado despedazado por múltiples explosiones. Entonces sus hermanos respondieron al unísono: rayos volkitas y de plasma iluminaron la oscuridad con un brillo de neón. Las figuras blindadas desaparecieron bajo las llamas de falsos soles. Los escudos golpearon contra servoarmaduras, saltaron chispas donde se encontraron dientes de sierra y ceramita. Los manos de hierro recurrieron a hojas, martillos y disparos de energía a quemarropa. Los muertos murieron de nuevo en silencio, los sonidos de sus finales robados en aquel vacío sin atmósfera.

Pero los muertos no dejaban de manar de la Tetis.

Para cuando los manos de hierro se hicieron con el control de la cubierta de artillería ya habían establecido una docena más de cabezas de puente a lo largo de la “*Lobo de Cthonia*”. Los hijos de Horus empezaron a mermar, retrocediendo en círculos cada vez más pequeños.

En el vacío, tanto la “*Hija de la muerte*” como la “*Lobo de Cthonia*” se deslizaban por el vacío siguiendo sus últimas trayectorias. Dentro de la primera los manos de hierro alcanzaron la ciudadela de mando, docenas de ellos irrumpiendo en las torres y bastiones que rodeaban la cúpula del puente. Los hijos de Horus contuvieron el avance de los manos de hierro con murallas de fuego de supresión antes de lanzar un contraataque. Los Exterminadores vadearon un pantano de casquillos vacíos y cuerpos apilados, con las llamaradas de las bocas de las armas y de los campos de energía reflejándose en sus servoarmaduras de verde mar. Por un momento pareció que los guerreros de la “*Hija de la muerte*” devolverían a los muertos al

vacío.

El azar acabó con aquella posibilidad.

Moribunda y con los manos de hierro recorriendo su interior, virando para acometer de nuevo contra la Tetis, la *"Lobo de Cthonia"* disparó sus torpedos. Quizá fue un error, quizá pánico o quizá el mal funcionamiento de los sistemas de una nave que estaba siendo desgarrada desde dentro. Disparó a ciegas, y los torpedos se repartieron por entre las naves que bailaban en círculos en el vacío. Uno impactó sobre el casco superior de la Tetis y derramó un manto de llamas sobre sus torres arruinadas. El resto alcanzó a la "*Hija de la muerte*" en sus motores e hicieron estallar el depósito principal de plasma.

La explosión prácticamente la partió en dos. Empezó a trazar círculos en el vacío, fuera de control. Los manos de hierro siguieron luchando incluso mientras la nave a su alrededor se desintegraba.

En la "*Lobo de Cthonia*" los manos de hierro alcanzaron al final las cubiertas de los reactores y extinguieron el ardiente corazón de la nave de guerra, convirtiéndola en un lugar oscuro y silencioso. Enfrentada a la muerte de sus hermanas, la Golpe de lanza huyó hasta los límites del sistema y se sumergió en la disformidad. Privada de la aniquilación total de sus enemigos, la Tetis permaneció quieta junto a las naves destruidas como un depredador que se dispusiera a alimentarse de sus víctimas.

Con su misión cumplida, los muertos que aún caminaban regresaron a la Tetis y al abrazo del frío olvido.



La voz llegó a Crius a través de sueños de hielo.

-Despierta.

Primero vino el dolor, como siempre. Empezó en su pecho y se extendió por los restos de su carne, quemando como ácido. Después el hierro despertó.

Y luego, más dolor, apuñalándolo por dentro, estridente y afilado. Por un momento interminable pudo sentir cada pistón, servo y fibra de su cuerpo, pero no fue capaz de moverlos. Estaba atrapado una vez más, apresado por el peso muerto del metal al que estaba vinculado. La sangre comenzó a

palpitar a través de su carne y la energía fluyó por sus miembros, latiendo como un tambor lejano. Los sonidos inundaron sus oídos: el repiqueteo de la maquinaria, el roce de herramientas, el murmullo de los servidores dedicados a sus tareas.

Y luego, más dolor, y esta vez no se disipó. Los impulsos de golpear, de gritar, de librarse del hierro surgieron en él y necesitó de toda la fuerza de voluntad que le quedaba para no enloquecer. Entonces el momento pasó.

Su cuerpo volvió a ser suyo de nuevo. La visión volvió, primero una nube de ruido blanco cayendo en la oscuridad como nieve. Después formas, después colores, y después una cara que reconoció.

-Es la hora- dijo Phidias.

Crius asintió. Un relámpago de dolor le recorrió la espina dorsal.

Ferrus Manus está muerto.

Como siempre, la verdad se alzó en su mente tan clara y tan cruda como la primera vez que oyó aquellas palabras. Primero vacío, después la aniquiladora negrura del pesar, después la ira más roja que la sangre, y al final el odio. Frío, ilimitado y tan oscuro como el hierro colado, el odio adquirió forma hasta convertirse en una necesidad, en un motor. El odio acabó con todas las demás emociones y pensamientos, desconectándolos de su mente al juzgarlos como sistemas redundantes. Sólo el odio quedó, bañado en la luz del dolor.

Dio la espalda a Phidias y miró al círculo de manos de hierro que permanecían en pie frente a él empuñando sus armas, sus ojos fríos cuando encontró su mirada. Volvió a mirar a Phidias.

-Estamos lo suficientemente cerca del Sistema Solar- dijo el comandante de la Tetis.

Crius no contestó. Comenzó a caminar, y sus hermanos lo siguieron en silencio.



Boreas alzó la vista hacia Crius. La piel sobe los duros huesos de su cara estaba más pálida y la carne era más delgada que cuando habían dejado

Terra. El templario llevaba una túnica negra en lugar de su destrozada servoarmadura, y unas cadenas enlazaban unos gruesos grilletes en sus muñecas y tobillos con el collar de adamantio que rodeaba su cuello. Los eslabones de las cadenas repiquetearon cuando se enderezó. Sus heridas claramente le dolían, pero sanaría y viviría. Su cara no mostró emoción alguna, pero Crius percibió un reflejo de algo en lo profundo de sus ojos. Su mente procesó las posibilidades de lo que podía significar: ¿ira, pena, resolución, reconocimiento? Las desestimó todas por irrelevantes.

El hangar estaba tan silencioso como cuando habían llegado meses atrás. Los cadáveres de las naves de desembarco y cañoneras saqueadas todavía llenaban aquella oscura caverna, y el aire caliente aún presionaba sobre ellos. La *Storm Eagle* dorada y negra de Boreas estaba lista para despegar, y sus luces creaban un claro de luz frente a la rampa de desembarco.

-Estamos en el borde de la luz- dijo Crius. **-Enviaremos una señal cuando te hayamos dejado. Tus hermanos te encontrarán.**

-Eres… como ellos- respondió Boreas, mirando al resto de los manos de hierro.

-Son mis hermanos.

-Esto no tiene sentido. Toda esperanza muere en el camino por el que ahora camináis.

-La esperanza se perdió hace mucho, Boreas- la voz de Crius era un ronquido profundo; en su pecho notó el latido de las máquinas que habían reemplazado a sus corazones. **-Se perdió en el momento en que nuestro Primarca cayó, en el momento en que nuestro padre se volvió mortal ante nuestros ojos. Esta guerra no acabará como piensas, Boreas, ni como desea tu señor-** hizo una pausa y alzó las manos, haciendo sonar los eslabones que aún colgaban de sus muñecas. **-Pero cumpliré mi promesa incluso aunque no regrese contigo. Si aceptas este vínculo, es tuyo. Cuando llegue el momento, podrás invocarnos.**

Boreas sostuvo por un largo momento la mirada de Crius.

-¿Cómo?

-Ignarak. El silencio de las montañas que una vez ardieron, y que arderán de nuevo. Envía ese mensaje junto con una palabra. Si todavía sobrevivimos te oiremos, y responderemos.

Boreas no dijo nada. Sus rasgos estaban de nuevo cerrados y endurecidos, su

expresión era ilegible. Crius dio un paso atrás, dispuesto a abandonar la cámara. Los dos manos de hierro que custodiaban a Boreas lo dejaron en la rampa de la *Storm Eagle*, y Crius escuchó al servidor piloto murmurar algo a la nave en la lengua de las máquinas.

Desde lo alto de la rampa, Boreas giró la cabeza hacia Crius.

-¿Qué palabra?- Crius se detuvo y miró al templario. **-En la llamada, ¿qué palabra te invocará?**

El pesado aire caliente del hangar se removió cuando los motores de la *Storm Eagle* comenzaron a aumentar su potencia.

-Despierta- dijo Crius.

En la rampa, Boreas permaneció un momento rodeado por el viento artificial antes de darle la espalda.

FIN

GOLPEAR Y DESAPARECER

(Strike and Fade)

GUY HALEY

TRADUCCION ADEPTUS TRANSLATES
CORRECCIÓN VALNCAR



Donde antes había muchos hijos de Nocturne, ahora sólo quedaban cuatro. El hermano Jaforr, el taciturno Hyfax, el neófito Cassal y el siempre silencioso Donak. Se apostaban en las rocas sobre el desfiladero. Ninguno conocía bien al resto y que sus caminos se hubieran cruzado en medio del caos de la masacre había sido un milagro. Hablaban entre sí en susurros: hacía días que no se atrevían a emplear los canales de voz, con sus palabras apenas susurradas en el viento.

Donak repasaba una y otra vez el filo de su hoja de combate. Cassal desentumeció los hombros, estirando los miembros adormecidos.

-¿Cuándo llegarán?

Jaforr lo silenció levantando una mano.

-Paciencia, neófito- susurró.

-Y estate quieto. Tus movimientos alertarán al enemigo.

El rostro de Cassal se enrojeció al escuchar las palabras de Hyfax.

-Lo siento, maestros.

-No lo sientas. No es así como debía haber sido tu entrenamiento… pero esto te hará más fuerte- dijo Jaforr.

El explorador asintió. Hyfax gruño amargamente.

-Si vivimos…

El viejo guerrero no tenía paciencia con el joven. Jaforr no podría asegurar si eso era parte de su naturaleza, o secuela de la rabia provocada por las atrocidades que había presenciado.

-Hermano, vela por el espíritu del neófito- dijo a Hyfax.

-¿Y quién vela por los nuestros? Mis sueños han sido pisoteados por esta traición y nuestros hermanos, ejecutados por aquellos que una vez llamamos amigos.

-Sólo te pido que cuides un poco del chico…

Jaforr apuntó con su arma hacia abajo, donde habían enterrado las trampas con explosivos improvisados.

-Me preocupa más Donak. No ha dicho nada en absoluto desde que lo encontramos. Las llamas de sus ojos son muy débiles, las forjas de sus corazones parecen haberse extinguido.

-Parece que hay cosas demasiado tremendas incluso para que un marine espacial pueda sobrellevarlas. Dime si tú mismo has salido indemne…

Jaforr habló muy despacio, con su voz apenas audible.

-No he salido indemne, hermano. Mis corazones sufren, mi mente no puede abarcar la enormidad de la matanza. Mis ojos están sembrados de lágrimas- giró la cabeza hacia Hyfax. **-Pero mi ira sobrepasa todo eso. Todos luchábamos en diferentes compañías de la legión, pero todos nacimos del fuego y la furia. Nuestra hermandad es inquebrantable, y eso me da esperanza y fuerza. Dejemos que todas las demás legiones se vuelvan contra los soles de Nocturne: nada podrá romper el vínculo que existe entre nosotros. El día de la retribución llegará. Eso es lo que diré a todo aquel que dude de nosotros.**

Hyfax asintió solemnemente. Cuando habló había recuperado la calma.

-Es por eso por lo que te seguimos, hermano.

-No todo está perdido. Que los traidores hayan dedicado tanto tiempo a peinar esta área en concreto me da esperanza. No creo que seamos los últimos sirvientes del Emperador en Isstvan V.

Hyfax rio quedamente.

-¿Y si lo somos?

Jaforr se incorporó.

-Entonces lucharemos hasta el final… Ahora silencio, los Amos de la Noche se acercan.

Permanecieron tan quietos como las rocas que los rodeaban. Esperaron hasta que el débil sonido de los motores alcanzó sus oídos genéticamente mejorados. Cassal alzó la vista.

-¿Oís eso?

-Motos- confirmó Hyfax. **-¿Nos retiramos?**

Jaforr negó con la cabeza.

-Demasiado tarde para eso. Mirad.

Una figura apareció en una curva del camino. Era claro que se trataba de un legionario, pero sin servoarmadura y con marcas de latigazos entrecruzándose sobre su pálida piel. Tambaleándose comenzó a atravesar la zona en la que descansaba la trampa preparada por los Salamandras.

-Ahora- Cassal intentó alcanzar el detonador, pero Jaforr detuvo su mano.

-Espera… ese no es un traidor…

El sonido de los motores se convirtió en un rugido cuando otra figura de azul medianoche comenzó a descender por la ladera de la montaña, recorriendo sobre su máquina el estrecho y desigual sendero con una habilidad admirable. Se abalanzó sobre la figura vacilante, golpeándola con su látigo, mientras su áspera risa surgía de la rejilla de su casco en forma de cráneo estilizado.

Otros cuatro motoristas la siguieron, con los relámpagos pintados sobre sus servoarmaduras salpicados de sangre seca.

El odio comenzó a bullir en los corazones de Jaforr. Miró a Cassal, la cara del explorador exudaba ansiedad.

-Espera a que su prisionero se ponga a salvo…

Pero el legionario solitario aún se encontraba dentro de la zona de la onda expansiva y los motoristas lo seguían sin detenerse. Un poco más y también ellos escaparían de lo peor de la explosión. Jaforr sintió un nudo en las entrañas.

-¡Ahora, Cassal, ahora!

La detonación fue terrible, la erupción de múltiples cargas iluminó las sombras. El líder de los Amos de la Noche salió despedido como una muñeca de trapo y la máquina sobre la que montaba se precipitó dando vuelta tras vuelta de campana por la ladera de la montaña. Sus seguidores derraparon hasta lograr detenerse, intentando frenéticamente localizar en medio de la oscura nube de polvo quién los había atacado.

Jaforr cargó, apuntando a un traidor que se había quitado el casco. Aquello le costaría caro: un chorro ardiente de promethium de su lanzallamas envolvió al guerrero que cayó gritando de su montura, con su carne derretida desprendiéndose del hueso.

Los demás hicieron girar sus motos y abrieron fuego: la traición no había hecho mella en su capacidad de reacción y la munición de bólter acribilló el terreno rocoso. Pero Hyfax y Donak disparaban con impunidad desde sus coberturas: un Amo de la Noche alzó su pistola de plasma antes de que un proyectil le impactara en el pecho e hiciera que se desplomase sobre el manillar.

Sólo quedaban dos de los traidores. Uno de ellos, mientras su camarada aumentaba la intensidad de sus disparos, comenzó a ascender por la pendiente. Con la mirada enloquecida aceleró en dirección a Jaforr. Activó su espada-sierra para asestar un golpe sobre la cabeza del Salamandra, pero su vehículo perdió agarre sobre el terreno desigual y se encontró volcando ladera abajo. Extendió la mano para detener la caída, pero nunca tocó el suelo: un disparo alcanzó el propulsor y lo hizo estallar, sembrando restos arruinados de carne y metal. Jaforr vio desplomarse al guerrero. Miró hacia su izquierda y encontró al hermano Donak avanzando con el arma firmemente sujeta con ambas manos. Éste se acercó con calma hacia el Amo de la Noche caído, descerrajándole un único tiro entre los ojos.

El último de los traidores trazó otro círculo, presto a abrir fuego de nuevo con los cañones gemelos de su máquina, pero Hyfax lo alcanzó, haciendo estallar su coraza junto con la caja torácica que protegía.

El silencio cayó, súbito y horrible.

El aire apestaba a combustible y muerte. Jaforr arrugó la nariz.

-Buen combate, hermanos. Los sangraremos a través de mil pinchazos como éste.

-Se mueren más rápidamente de lo que merecen. Date prisa, joven explorador. Golpear y desaparecer. Registremos los cuerpos.

Tras decir eso Hyfax se inclinó sobre uno de los cuerpos malheridos. Donak y Cassal lo imitaron.

-¿Qué te hemos dicho, chico? Deja el arma: coge las raciones de nutrición, la munición- Hyfax se detuvo un momento para disparar al traidor que aún lo miraba fijamente. **-Los proyectiles de los Amos de la Noche encajan en los**

bólteres de los Salamandras; el agua de las cantimploras de los Amos de la Noche calma la sed de los Salamandras.

-Esto… no está bien…- susurró Cassal.

-Estos guerreros eran nuestros primos, criados por el Emperador a nuestro lado. Su senda fue nuestra senda. Su Señor, hermano de nuestro Señor. Pero ahora estamos enfrentados. Son el enemigo, nosotros somos los rectos y justos.

Jaforr no escuchaba las palabras de sus hermanos. Se arrodilló junto al prisionero de los Amos de la Noche. Sintió cómo su ánimo se desplomó cuando vio una herida de metralla del tamaño de un puño en la espalda del legionario. Lo ayudó a darse la vuelta y se fijó en el emblema de la Guardia del Cuervo tatuado en su hombro. Los ojos del guerrero estaban desenfocados. Jaforr lo incorporó rodeándolo con los brazos.

-Te he matado, hermano.

La mirada del Guardia del Cuervo se fijó por fin en él.

-No, hermano, me has salvado.

Jaforr tardó un momento en contestar.

-¿Hay salvación para alguno de nosotros, amigo mío? Leales o traidores, matar a tus propios hermanos no es algo que se pueda aceptar sin más, no importa la enormidad de sus crímenes.

-Han dejado de ser nuestros hermanos. La oscuridad los ha consumido. Escúchame: debes seguir luchando. Lucha… y sobrevive.

-¿Y tú? ¡Sobrevive con nosotros!

El Guardia del Cuervo sonrió y negó débilmente con la cabeza. Sus ojos se cerraron. Jaforr se quedó junto a él hasta que el tenue latido de sus corazones cesó.

Cuando sus hermanos se acercaron a él simplemente apuntó hacia la cima de la montaña. No habló, pues en ese momento no confiaba en la firmeza de su voz.

Abandonaban la zona de la emboscada caminando entre los cadáveres de los Amos de la Noche cuando Jaforr se detuvo junto a uno de ellos. Con el cuchillo grabó el emblema de su legión en la greba del guerrero. Su trabajo

fue apresurado pero elegante: una cabeza de dragón de líneas plateadas, rugiendo con furia contra la traición.

-Dejad que vean, que vean que las sombras de Isstvan las provocan las llamas de la venganza y que esas llamas los consumirán a todos.

Después de eso se reunió con sus hermanos y juntos comenzaron a alejarse de la inevitable persecución de los traidores que vendría a continuación.

FIN

LOS CLAVOS DEL CARNICERO

(Butcher`s Nails)

AARON DEMBSKY BOWDEN

TRADUCCION DIENEKES488
CORRECCIÓN VALNCAR



Antes de la ascensión del Primarca, antes de su captura, la nave había llevado un nombre diferente. En aquellos días más inocentes, navegaba como la “*Resolución de Adamantina*”, la nave insignia de la Legión de los Perros de la Guerra.

Pero los tiempos cambian. Ahora la XII Legión eran los Devoradores de Mundos y su nave insignia llevaba el nombre de “*Conquistador*”.

Apenas se parecía a la nave que había sido antaño. Surcada por brutales placas de blindaje y erizada por incontables baterías de armas, el “*Conquistador*” se había convertido en un hosco bastión más allá de cualquier otra nave de guerra en el espacio imperial.

A la vanguardia de una inmensa flota de batalla, colgaba en el espacio con sus motores apagados y fila tras fila de baterías de armas apuntando a una nave de guerra dorada que dirigía a la flota oponente.

La nave enemiga nunca había cambiado su nombre. Más allá de la profanación de las águilas imperiales que antaño alineaban sus almenas espinales, permanecía inalterada excepto por las cicatrices de la batalla ganadas en nombre de la rebelión. Era la nave insignia de la XVII Legión y a lo largo de su proa, grabado en alto gótico, estaba su nombre: “*Fidelitas Lex*”.

Los Portadores de la Palabra y los Devoradores de Mundos estaban al borde de la guerra. Cientos de naves, suspendidas en el frío del vacío, cada bando esperando la orden de disparar primero.

En el puente del “*Conquistador*”, trescientas almas estaban fijas en sus tareas. Sólo se oía el monótono murmullo de los servidores trabajando y el ruido omnipresente del motor de la nave.

La mayoría de las almas, humanas y post-humanas por igual, sintió una mezcla de emociones. En algunos, el miedo mezclado con un entusiasmo culpable, mientras que, en otros, la anticipación se convirtió en una descarga de sensación que no estaba lejos de la ira. Cada par de ojos permanecía fijo en la pantalla de observación del óculo, dando fe de la flota que se encontraba más allá.

Una figura destacaba por encima de todas las demás. Acorazado en capas de

ceramita de oro y bronce, observaba el óculo con los ojos entrecerrados. Donde otros mostraban una sonrisa, él tenía un corte de tejido cicatrizal y dientes quebrados. Como todos sus hermanos, se parecía a su padre como una estatua se parece al hombre al que pretende honrar. Sin embargo, esta estatua estaba viciada por grietas y manchas, una contracción de los músculos que rodean su ojo, un barranco lleno de cicatrices que recorre a lo largo de su cráneo rapado.

Extendió una mano enguantada para rascarse la parte posterior de la cabeza, donde una vieja herida nunca se desvanecería del todo. Al fin, tomó aliento para hablar con la voz de un hombre distraído por el dolor.

-Podríamos abrir fuego. Podríamos dejar la mitad de sus naves convertidas en fríos cascarones y Horus seguiría sin enterarse.

A su espalda, sentada sobre un trono elevado, la capitana Lotara Sarrin se aclaró la garganta.

El escultural guerrero no se giró para mirarla.

-Uhnnh. ¿Tiene algo que decir capitana?

Lotara tragó antes de hablar.

-Mi señor…

-No soy el señor de nadie. ¿Cuántas veces tender que decirlo?- se limpió los inicios de una hemorragia nasal con el dorso de su mano. **-Di lo que tengas que decir.**

-Angron- dijo ella escogiendo cuidadosamente sus palabras. **-No podemos seguir con esto, tenemos que retirarnos.**

Ahora el Primarca se giró. Un temblor estremeció los dedos de su mano izquierda. Tal vez una necesidad reprimida de alcanzar un arma, tal vez nada más que los fallos de sinapsis en el núcleo de un cerebro maltratado.

-Dime por qué capitana.

Los ojos de la capitana oscilaron hacia la izquierda. Varios de los guerreros de Angron permanecían de pie junto a su trono, sus cascos se volvieron a la pantalla, los mismos avatares de la fría indiferencia. Miró a uno de ellos en particular, implorándole que hablara.

-¿Khârn?

-No mires a Khârn para que argumente en tu nombre, chica. Te pido a ti que hables- las manos del Primarca temblaban y sus manos se sacudían como serpientes con un espasmo.

-No podemos seguir con esto. Si atacamos a su flota, incluso si ganamos, estaremos inutilizados tras las líneas enemigas con una sombra de la fuerza que necesitamos para llevar a cabo las órdenes del Señor de la Guerra.

-Yo no forcé este enfrentamiento, capitana.

-Con el mayor de los respetos, señor. Sí lo hicisteis. Habéis forzado la paciencia de Lord Aureliano una y otra vez. Cuatro mundos han caído ante nosotros y cada uno fue un asalto declarado en contra de nuestras órdenes principales. Sabíais que finalmente reaccionaría.

Lotara hizo un gesto al óculo, hacia la flota enemiga, docenas de naves de guerra que habían sido aliadas sólo horas antes, navegaban cada vez más cerca. **-Usted forzó este enfrentamiento y tanto la tripulación como la Legión os han obedecido. Ahora estamos al borde del precipicio y no debemos ir más allá. No podemos cruzar esa línea.**

Angron se volvió hacia el óculo, sus cicatrizados labios se fruncieron en algo parecido a una sonrisa. No estaba ciego a la verdad de sus palabras, pero ahí residía el problema. No había esperado que su hermano reaccionase. Nunca hubiera imaginado que Lorgar repentinamente se envalentonase.

-Khârn- murmuró Lotara, volviéndose de nuevo hacia los capitanes reunidos. **-Haced algo.**

El Primarca escuchó el acercamiento de su palafrenero desde atrás. La voz de Khârn era más suave que la de muchos de sus hijos, de ningún modo era amable, pero sí suave, baja y comedida.

-Tiene razón, lo sabéis.

Tal informalidad sería un anatema dentro de las demás Legiones. Sin embargo, los Devoradores de Mundos no obedecían más tradiciones que las suyas.

-Puede que tenga razón- concedió el Primarca. **-Pero percibo una oportunidad en el aire. Lorgar siempre ha sido el más débil de nosotros y sus Portadores de la Palabra no son mejores. Podemos erradicar a esta miserable Legión y a su iluso amo de la faz de la galaxia ahora mismo. Si me dices que esto no te atrae Khârn, te llamaré mentiroso.**

Khârn se quitó el casco con un leve siseo de presión de aire. Teniendo en cuenta su vida hasta el momento, el hecho de que su rostro no tuviese cicatrices parecía algo milagroso.

-Lorgar ha cambiado y su Legión también. Han cambiado la ingenuidad por el fanatismo e incluso en inferioridad numérica nos harían sangrar.

-Nacimos para sangrar, Khârn.

-Tal vez, pero podemos elegir nuestras batallas. Hemos forzado nuestra suerte con los Portadores de la Palabra y estoy de acuerdo con Lotara. Debemos unirnos a la flota, dejar de atacar mundos por capricho y continuar navegando al Segmentum Ultima.

Angron exhaló lentamente.

-Pero podríamos matarle.

-Por supuesto que sí. Pero ¿ganarías una batalla y le harías perder la guerra a Horus? Eso no suena propio de vos.

El Primarca sonrió. Fue algo lento y siniestro, una curvatura del corte donde sus labios habían estado una vez.

-Mis detractores dirían que suena exactamente a mí- mientras hablaba, apoyó las puntas de los dedos en sus sienes palpitantes. Sus dolores de cabeza nunca cesaban, pero siempre eran más feroces cuando su sangre corría caliente. Hoy, la sangre del Primarca ardía.

Lotara ignoró a los guerreros mientras conversaban. Tenía otros asuntos de los que ocuparse, como los trescientos tripulantes del puente atrapados entre observar a Angron, esperando sus órdenes, u observar a la flota enemiga creciendo en la pantalla.

-El "*Fidelitas Lex*" nos está emparejando. Ha acelerado a velocidad de ataque y ha cruzado el alcance máximo de armas. Sus escudos de vacío están aún levantados y sus matrices de armas están preparadas. Su escuadrón de apoyo llegará al alcance máximo de armas en veintitrés segundos.

Angron resopló sangre en la cubierta.

-No retrocederemos.

-¡Seguimos adelante!- exclamó Lotara. Luego, más calmada. -**Señor, tenéis que reconsiderar esto.**

-Vigila tu lengua, humana. Preparad las garras ursus.

-Como deseéis- transmitió la orden y el grito fue recogido por el puente, de oficial a oficial, de servidor a servidor. **-Las garras ursus estarán preparadas en cuatro minutos.**

-Bien. Las necesitaremos.

-Transmisión hololítica procedente del Lex- exclamó Lotara. **-Es Lord Aureliano.**

El Primarca se rio de nuevo con un bajo rugido.

-Ahora veamos que tiene que decir la serpiente.

La imagen hololítica apareció en el aire ante Angron, reflejando al señor de los Devoradores de Mundos con una parpadeante imagen de espejo. Donde Angron estaba roto, Lorgar era perfecto, donde un hermano gruñía una mueca, el otro ofrecía una sonrisa fría y feroz. Cuando Lorgar habló tras unos largos momentos, sólo tenía una pregunta que hacer.

-¿Por qué?

Angron contempló a la distorsionada y crepitante imagen de su hermano.

-Soy un guerrero, Lorgar. Los guerreros hacen la guerra.

La imagen tartamudeó cuando se afianzó la interferencia.

-La edad de los guerreros se ha acabado, hermano. Ahora necesitamos cruzados. Fe, devoción, disciplina…

Angron soltó una carcajada.

-Nunca he dejado de ganar una guerra a mi manera. Yo compro mis victorias con el filo de mi hacha y estoy contento con cómo me juzgará la historia.

La imagen de Lorgar sacudió su cabeza tatuada.

-El señor de la guerra nos ha enviado aquí por una razón.

-Te tomaría más en serio sin no te escondieses detrás de Horus.

-Muy bien- el roce de la interferencia robó la voz de Lorgar por un momento. **-Yo nos traje aquí y mi plan se encuentra al borde del fracaso porque no puedes controlar tu ira. Perderemos esta guerra, hermano. ¿Cómo no puedes verlo? Unidos, tomaremos el mundo del Trono. Horus gobernará como el nuevo Emperador. Pero divididos, fallaremos. Puede que ahora estés satisfecho, pero ¿lo estarás si perdemos? ¿Si la historia nos muestra como herejes y traidores? Ese es el destino que no espera si trituramos a nuestras legiones aquí en el vacío.**

Lorgar vaciló, estudiando al otro Primarca como si pudiera recoger alguna respuesta oculta.

-Angron. Por favor, no fuerces esta batalla como has forzado tantas otras.

Las manos de Angron empezaron a temblar de nuevo. Hizo crujir los nudillos, para mantener sus dedos ocupados. El dolor en la parte posterior de su cabeza se había convertido en una continua palpitación; un picor intratable dentro de su cerebro.

-Las garras ursus están preparadas- dijo suavemente la capitana Sarrin. **-Preparados para…**

Sus palabras se desvanecieron cuando sonaron las sirenas de cubierta.

Irrumpieron en el vacío en una tormenta silenciosa. No era la violencia de una llegada imperial, no había vórtices de luz aullando, ni buques de guerra almenados de hierro oscuro derramándose por las heridas desgarradas en la realidad. Estas embarcaciones resplandecían en la existencia, fusionadas con el fondo de estrellas distantes. Se antepusieron, atravesando por delante a velocidades imposibles, cada una era un elegante modelo de afilada majestuosidad.

El “*Lex*” y el “*Conquistador*” actuaron primero, cada uno reaccionando a la nueva amenaza a su manera. El “*Fidelitas Lex*” disminuyó su impulso lo suficiente para que su escuadrón de apoyo mantuviese el ritmo. Cuando los destructores y escoltas se colocaron en formación de ataque, el “*Lex*” les condujo directamente al enemigo.

El “*Conquistador*” se impulsó hacia delante, sin hacer caso del peligro de ir en solitario. Los puertos de cañones se sacudieron al abrirse y el casco del barco vibró con el concentrado aumento de la alimentación de sus baterías de armas.

Las naves alienígenas se abalanzaban y pasaban por delante de la nave de

guerra imperial, sin siquiera molestarse en disparar. Los navíos más rápidos, negros contra la infinita oscuridad, agitaron el vacío alrededor del "*Conquistador*" sin efectuar una sola andanada. La nave insignia de los Devoradores de Mundos ya estaba desatando su furia, escupiendo cargas inútilmente y consignando municiones al vacío. Las cubiertas de armas se estremecían mientras disparaban sin impactar a nada.

Las naves alienígenas se desvanecieron a un lado mientras el fuego láser golpeaba el espacio entre las estrellas. Más y más de las afiladas naves de guerra se unieron a la formación de baile, cortando en torno al rodeado "*Conquistador*".

Y entonces, con una precisión que nunca podría nacer de la tecnología imperial, abrieron fuego exactamente en el mismo momento, en el tiempo que necesita un corazón humano para dar un único latido.

Al estar cazando en solitario, la nave insignia de los Devoradores de Mundos iluminó la oscuridad cuando sus escudos de vacío se incendiaron. Los rayos azotaron las barreras de energía, formando colores violentos a través de su superficie abovedada y reflejando las llamas de nuevo contra los sombríos cascos de los incursores alienígenas.

Las sirenas aún sonaban en el estrategium. La cubierta se estremeció como si estuviera a merced de fuertes vientos.

Sarrin revisó las pantallas tácticas de la nave.

-Escudos aguantando- gritó.

Angron se limpió los labios, gruñendo a los dolorosos tics que contraían los músculos en el lado izquierdo de su cara. Cuando habló, su voz era un gruñido bajo y peligroso.

-Que alguien me diga por qué estamos vomitando todas nuestras municiones en el vacío sin alcanzar ni a una sola nave enemiga.

-Estamos disparando a ciegas- la capitana parecía distraída, golpeando órdenes para los servidores en los teclados de su trono. **-Los escudos del enemigo les permiten salirse fuera del blanco.**

-¿A este alcance? ¡Esos bastardos eldar están encima de nosotros!

-El resto de la flota está casi lista para trabarse en combate en alcance máximo. El Lex está más cerca… estará con nosotros en menos de un minuto.

La capitana Sarrin perjuró cuando su cabeza golpeó contra la parte posterior de su trono. **-Escudos aguantando-** dijo de nuevo. **-Aunque no por mucho tiempo- añadió en un susurro.**

El Primarca rugió mientras señalaba con su hacha a la pantalla del óculo. Uno de los incursores se estremeció más allá de la pantalla, mientras que el más lento "*Conquistador*" luchaba por girarse y mantenerlo a la vista.

-¡Suficiente! ¡Estoy cansado de disparar a fantasmas! ¡Disparad las garras ursus!

El Conquistador tembló de nuevo, aunque no por un asalto lloviendo sobre sus escudos. Desde las erizadas almenas y puertos blindados a lo largo del casco de la nave de guerra, una marea de lo que parecían lanzas estalló en el vacío. Cada lanza era del tamaño de una pequeña nave escolta por derecho propio y de la docena disparada, siete se clavaron en los cascos de las naves alienígenas. Una vez clavadas, las enormes lanzas se activaron, aferrándose al devastado interior de sus presas con fusión magnética.

Pero, aunque eran eficaces contra los enemigos convencionales, las naves alienígenas estaban forjadas a partir de materiales sintéticos más allá del mero metal. Dos de las naves lograron escaparse, arrastrando sus carcasas arruinadas lejos de la nave de guerra imperial, con sus núcleos agujereados y abiertos al espacio.

Estos fueron los afortunados. Los cinco cruceros eldar aún empalados temblaron cuando fueron arrastrados fuera de rumbo, estancados en el vacío. Sus motores ardían en un calor silencioso, pero cada uno de ellos permanecía anclado en su lugar. Las lanzas que atravesaban sus cuerpos eran más que proyectiles, eran armas lanzadas para inutilizar. Eran arpones, disparados para reclamar su presa.

Con una maliciosa lentitud, el Conquistador reclamó sus lanzas.

Las lanzas comenzaron a regresar al navío que las había disparado, arrastradas de vuelta mediante enormes cadenas. Sólo los Devoradores de Mundos desplegarían algo tan bárbaro y primitivo a tal escala y sólo los Devoradores de Mundos convertirían un armamento tan tosco en algo tan eficaz.

Un eslabón tras otro, el Conquistador arrastró a las cinco naves más cerca, con sus enormes motores luchando contra su impulso estancado. Los otros incursores eldar se separaron, encontrando cada vez más difícil disparar a la nave de guerra imperial ahora que usaba a cinco de sus propios navíos como

barreras para protegerse.

Una nave intento liberar a sus agitados hermanos, concentrando sus armas sobre las grandes cadenas que unían al Conquistador y a su presa. Pero sumergirse lo bastante cerca para disparar lo colocó dentro del alcance de las baterías láser de la nave de guerra y los brillantes escudos del incursor eldar colapsaron en un suspiro anémico. Un momento después, el propio buque se partió bajo la furia del "*Conquistador*".

Angron observaba como sucedía todo esto con una sonrisa en la hendidura de sus labios.

-Soltad a los perros.

El casco del "*Conquistador*" escupió las cápsulas de desembarco, que cruzaron la corta distancia en un abrir y cerrar de ojos y arrojaron a los Devoradores de Mundos en las entrañas de las naves eldar empaladas.

-Retirad las garras ursus que no impactaron. ¿Khârn?

-Señor.

-Ven conmigo. Vamos a saludar a estos eldar.



Según estrangulaba al guerrero eldar, Angron reflexionó sobre una desagradable verdad: tal vez Lorgar tenía razón.

El guerrero dio una patada en el agarre del Primarca, luchando contra la mano con la que Angron le envolvía la garganta. Un apretón del puño terminó toda la lucha, con el crujido húmedo y silencioso de vertebras rotas. Arrojó el cadáver a un lado, golpeando su cráneo abierto contra la pared inclinada.

La nave eldar le enfermaba. Su vista y olor eran un asalto a los sentidos. Tan pronto como se abrió camino desde la cápsula de abordaje, con el hacha sierra acelerando en la mano, la pura podredumbre alienígena del lugar causó dolor en su mente. El olor extrañamente estéril y picante se burlaba de la nariz. Los extraños ángulos de las paredes, el retorcido auge y caída de la cubierta, o los extraños colores que parecían formados a partir de un

centenar de tonalidades de negro. Bajo todo esto se encontraba el empalagoso olor del miedo y el fuerte sabor a cobre del fluido sanguíneo que se escapa de la piel abierta. Incluso las naves alienígenas podían oler a sangre, cuando se rajaban sus estómagos para revelar lo que había dentro. Había pureza en el olor: pureza y propósito. Había nacido para esas cosas.

Las astillas de metal alienígena resonaban contra su armadura, desgarrando cicatrices frescas a lo largo de lo poco que quedaba de su piel expuesta. Pero ¿qué era una cicatriz, en realidad? Ni una evidencia de la derrota, ni una medalla de triunfo. Una cicatriz no era más que una marca para indicar que un guerrero se enfrentaba a sus enemigos en todo momento y que ni una sola vez mostraba su espalda.

Angron empujó a sus hombres a un lado mientras perseguía a los eldar en retirada. Su maleable armadura y sus enjutas extremidades tenían una gracia perversa cuando se movían, pero eran algo alienígena y repugnante. Se puede admirar la letalidad de una serpiente, pero uno no puede nunca engañarse encontrándola hermosa y mucho menos digna de emulación.

Su hacha cayó sin prestar atención, sin cuidado, y cada uno de sus golpes más leves mataba allí donde caía. Ahh, los clavos del carnicero amartillados en la parte posterior de la cabeza estaban ahora zumbando. Sus músculos ardían y su cerebro hervía con ellos. Lo único que importaba era mantener esa sensación, enrojecida por la exquisita justificación de la honesta rabia. Esto era lo que significaba estar vivo. La humanidad era una especie colérica y la ira justificaba todos sus pecados.

Nada era tan honesto como la rabia: a lo largo de la historia de la humanidad, ¿qué liberación de las emociones había sido jamás más digna y verdadera que la ira sin reservas? Un padre al enfrentarse al asesino de su hijo. Un agricultor al defender a su familia contra los invasores. El guerrero que venga la muerte de sus hermanos. En la ira, todo estaba justificado. Era el más alto estado de sensibilidad. Con la rabia llegó la justificación y con ella llegó la paz.

Angron cargo a través de otra andanada de disparos cristalinos. La sangre bañaba su cuello mientras sentía los punzantes impactos contra su cabeza. Un repentino y agudo frío nervioso le hizo preguntarse, sólo por la sombra de un momento, si su rostro estaba destrozado y abierto hasta el hueso. No importaba. Había ocurrido antes. Ocurriría de nuevo.

Cargó hacia adelante, gritando sin darse cuenta, sin escuchar ni sentir nada más allá del zumbido asquerosamente agradable de los clavos del carnicero en su cerebro.

La rabio trajo la claridad. Por fin, con las puntas enterradas en la carne de su

mente, finalmente escupió sus efluvios más irascibles y Angron se dejó llevar, para soñar, para recordar.

Serenidad. Nunca paz, no, eso jamás.

Pero serenidad en la rabia, como la calma en el corazón de una tormenta.



Tres meses antes, cuando empezaron esta Cruzada de la Sombra, Lorgar le había preguntado por qué mutilaba a su propia Legión. Los clavos del carnicero, por supuesto. Se refería a los clavos del carnicero.

-¿Sabes lo que esas cosas te hacen? ¿Sabes lo que realmente les hacen a tus hombres?- le había preguntado Lorgar.

Angron había asentido. Lo sabía mejor que nadie.

-Me dejan soñar- admitió. Fue uno de los escasos momentos en su vida en los que se arriesgó a admitir tal cosa. Todavía no estaba seguro de por qué lo había dicho. **-Hacen difícil sentir cualquier cosa excepto la más feroz rectitud-** un dolor de cabeza latía detrás de sus ojos, golpeándole todo hasta la columna vertebral. No estaba en el estado de ánimo adecuado para tener una charla así, pero Horus les había enviado al Segmentum Ultima para trabajar juntos. En esta etapa, tan al principio de su viaje, las grietas de la tensión aún tenían que mostrarse.

Lorgar sonrió tristemente y negó con la cabeza.

-Tus clavos del carnicero no se hicieron para la mente de un Primarca, hermano. Te roban las curativas horas de sueño y no dejan que tu cerebro procese los sucesos del día. También cauterizan tus emociones, alimentando todo de nuevo en tus viles impulsos. Para matar. Para luchar. Para masacrar. Eso es todo lo que te da placer, ¿no es así? Estos implantes, toscos como son, han reconfigurado la cartografía de tu mente.

-No lo entiendes- quizás hacían todas esas cosas, pero también traían una paz enloquecedora que debe ser perseguida y la pureza de la furia absoluta. **-No son simplemente una maldición, aunque así pueda parecértelo.**

-Entonces ilumíname. Ayúdame a entender.

-Quieres quitármelos. Sé que quieres- moriría antes de permitir eso. A cambio del dolor, a cambio de los tirones, tics, espasmos y dolores en sus sangrientos huesos, los clavos del carnicero traían claridad y propósito. Nunca sacrificaría eso. No era tan débil ni siquiera para sentir la tentación.

-Hermano- Lorgar pareció desanimado entonces, con sus ojos fríos por la preocupación. **-No se pueden quitar, no sin matarte. No tengo intención de intentarlo. Si nos es posible morir, lo harás con esas malditas cosas aún dentro de tu cráneo.**

-Sabes que podemos morir. Ferrus está muerto.

Lorgar apartó la mirada, como si mirase fijamente a través de la pared de la cámara de metal.

-Siempre me olvido de eso. Los acontecimientos están avanzando tan rápidamente, ¿no?

-Uhnnh. Si tú lo dices.

-Por tanto, ¿por qué infliges esto a tu Legión? Contéstame a eso al menos. ¿Por qué ordenas a tus tecnomarines que amartillen estos clavos del carnicero en la cabeza de cada guerrero a tu servicio?

Angron no dio su respuesta de inmediato. No le debía respuestas a Lorgar. Pero un pensamiento afloró lentamente en su mente: la idea de que si alguno de sus hermanos podía entenderlo, podría ser Lorgar. Después de todo, el señor de la XVII Legión había infligido castigos a sus propios hijos predilectos. Incluso ahora, los Portadores de la Palabra de los Gal Vorbak eran seres quebrados, existiendo con demonios atrapados en sus corazones.

-Es todo lo que conozco- admitió al fin. **-Y es algo que nunca me ha fallado. Así es como gano mis guerras, Lorgar. Tú has hecho cosas parecidas para ganar las tuyas.**

-Eso es cierto.

A partir de ahí, la memoria crecía nebulosa e indistinta. La degeneración siguió en el transcurso de semanas, cuando las dos legiones sufrieron el aumento de la tensión de sus amos. Cuarenta mil guerreros en el carmesí de los Portadores de la Palabra y setenta mil en el blanco de los Devoradores de Mundos, llenaban las cubiertas y bodegas de una gran flotilla.

En un principio, los enfrentamientos entre la ideología de las legiones se

habían manifestado de formas manejables. Los guerreros Portadores de la Palabra habían sido honrados al ser invitados a las peleas en los fosos de gladiadores de la XII Legión y a los Devoradores de Mundos se les había ofrecido la entrada a las cámaras de entrenamiento de la XVII Legión. Fue sólo cuando el descontento de los Primarcas se filtró a sus guerreros, cuando surgieron las divisiones.

La primera ruptura en la alianza se produjo en el mundo de Turem, un planeta leal a la distante Terra. La flota unificada sólo había salido de la disformidad para reabastecerse, repostar y penetrar más profundamente en territorio enemigo. Las legiones habían desechado la patética excusa de las defensas planetarias sin ningún esfuerzo en absoluto y saquearon las refinerías del mundo para tomar todo lo que necesitaban.

En el plazo de una semana, los Portadores de la Palabra estaban preparados para continuar. Las ciudades principales fueron sometidas al fuego purificador y todos los iconos que veneraban al Imperio fueron aplastados bajo botas de ceramita.

Pero los Devoradores de Mundos no habían acabado. Lo que siguió fueron largos días y noches de derramamiento de sangre y carnicería, cuando la XII Legión, dirigida por su Primarca, persiguió a los miserables restos de la población a través del globo.

El desacuerdo inicial de Lorgar desembocó en disgusto y luego se convirtió en una fría rabia por lo que estaba descubriendo ahora. Angron no podía ser convocado, ni siquiera contactado, mientras asolaba la escasa vida que quedaba en el planeta.

Cuando los últimos Devoradores de Mundos regresaron a sus naves, la flotilla llevaba diez días de retraso y quedaba por detrás de sus estimaciones específicas.

Luego vino Garalon Prime. El primer mundo del sistema Garalon, que rotaba alrededor de su sol a la distancia ideal no sólo para permitir la vida humana, sino para permitirla florecer. Una extraña joya, un edén mitológico, Garalon Prime se alzaba como un hito del acatamiento imperial, proporcionando enormes cantidades de hombres y mujeres para los muy gloriosos regimientos del ejército imperial.

Después de aniquilar a las modestas defensas orbitales, Lorgar ordenó que una parte de la población fuese esclavizada y el mundo quemado. Juró dejar Garalon Prime como nada más que un cascarón ennegrecido, con la tripulación esclava y los contingentes de servidores de su nave aumentados con carne fresca.

Pero una vez más, los deseos de los Primarcas divergieron. Angron llevó los Devoradores de Mundos a la superficie, saqueando las ciudades y destruyendo toda esperanza de un asalto cohesionado. Como siempre, su preferencia corría a lo largo de las líneas más sangrientas. No tenía ningún deseo de dejar un planeta de cenizas carbonizadas como un ejemplo para el Imperio. Dejaría un mundo tumba, un planeta de ciudades silenciosas y un billón de huesos blanqueándose al sol.

Y así continuó. Mundo tras mundo, separando a los hermanos por el deseo y la ideología, llevando a dos de las legiones traidoras cerca de una guerra civil. Cuando Angron ordenó a su flota salir de la disformidad para atacar a un quinto mundo, los Primarcas llegaron finalmente al borde de la violencia.

-Si buscas detenerme, Lorgar, tú y tu miserable Legión moriréis primero.

-Así será, hermano. No dispararemos la primera andanada, pero no te permitiremos superarnos y desperdiciar vidas y recursos en una indigna carnicería.

-No es indigna. Son el enemigo.

-Pero no el verdadero enemigo.

-Todos los enemigos son verdaderos, Lorgar.

Era extraño cómo Angron recordaba esas palabras con tanta claridad mordaz, pero no así la mirada en el rostro de su hermano. Sólo habían pasado unas horas y sin embargo, se sentía tan intangible ahora como un sueño de infancia.

-Señor.

La voz le llegó desde muy lejos, débil por la euforia cobriza de la ira absoluta. Una rabia que dejó un profundo sabor en la lengua, algo no muy lejos del miedo o el éxtasis, pero más dulce que ambos.

-Señor- dijo la voz de nuevo.

Se volvió, pero por un momento no pudo ver, hasta que se quitó la sangre de sus ojos.

Uno de sus guerreros estaba de pie ante él, portando un hacha sierra de hierro negro con sus dientes obstruidos con carne.

-Señor- dijo el guerrero. **-Esta hecho.**

El suspiro de Angron liberó los últimos restos de su furia. En su lugar, el dolor se extendió de nuevo en su cráneo, llenando el vacío una vez más. Los músculos de su mano derecha sufrieron un espasmo y casi pierde el agarre de su propia hacha.

-Sabes que desprecio ese título, ni siquiera en broma. Uhnnh. Volvemos al Conquistador.

Vaciló por un instante, mirando a su alrededor, a las paredes oscuras veteadas con motas de sangre. **-La nave está quieta. No hay movimiento. No se estremece. No retumba.**

Khârn permanecía de pie con su bota sobre la coraza de un alienígena caído. La armadura del guerrero muerto estaba esculpida a imagen de la marcada y delgada musculatura por debajo.

-La batalla ha terminado- sabía que no debía preguntar si Angron había podido escuchar la retransmisión de voz de la resolución de la batalla en el vacío. El Primarca nunca tomaba amablemente los recordatorios de su mente errante. **-La flotilla enemiga se ha retirado. Nuestras flotas combinadas fueron más que suficiente para quebrarla.**

Angron observó la sangre que goteaba de sus hachas sierra.

-La batalla no tuvo sentido desde el principio. ¿Qué es lo que esperaban lograr?

-La capitana Sarrin cree que la brujería xenos les permitió predecir el momento en que el Conquistador sería vulnerable, como cuando cargó por delante de la flota. Tal vez buscaban golpearnos, matar a la estructura de mando de la Legión y huir de vuelta en la noche.

-¿Cuántos han escapado?

-**La mayoría de ellos. Una vez que falló la emboscada, se desvanecieron de vuelta al vacío antes de que nuestra flota pudiera comprometerles.**

Angron reflexionó sobre esto, mientras observaba las gotas rojas caer desde el borde de sus hachas. Cada una de ellas formaba pequeñas ondas en el charco de sangre bajo sus botas.

-Les perseguiremos.

Khârn vaciló.

-Lord Aureliano ya ha ordenado a lo flota alinearse y avanzar más profundamente en el segmentum, según lo planeado.

-¿Te parece que me preocupa lo que él desea, Khârn? Nadie huye del Conquistador.



Se enfrentó a la imagen hololítica, haciendo todo lo posible para reprimir el dolor y mantener su temperamento bajo control. Las uñas del carnicero picaban y golpeaban con su propio pulso, por lo que concentrarse a través de su ritmo enloquecedor era una prueba en sí misma. Nunca paraban, porque nunca estaban apaciguados. Incluso con el reciente derramamiento de sangre, querían más.

En verdad, así era. La maldición de los clavos era hacerle anhelar esa serenidad en el corazón de la rabia.

La imagen de Lorgar vaciló con la distorsión, crepitando en la interferencia de su nave insignia preparando sus motores de disformidad.

-¿Tengo que recordarte que nuestras legiones estaban al borde de la batalla antes de esa patética desviación alienígena? Angron, mi hermano, esta es nuestra oportunidad de reunirnos y dejar que pensamientos más apaciguados nos lleven hacia adelante.

-Voy a perseguir a los eldar. Tu consentimiento es irrelevante para mí. Una vez que los hayamos cazado, nos reuniremos con tu flota.

-Divididos caeremos- suspiró Lorgar. **-Se supone que tú eres el guerrero entre nosotros, pero ignoras los principios más básicos para mantenerse con vida en la batalla. Si me dejas con un tercio de mi Legión en el borde de Ultramar, ¿crees que quedará algo con lo que puedas reunirte después de concluir la idiotez de tu baile en el vacío? ¿Crees que lo que queda de tus Devoradores de Mundos será capaz de resistir un asalto si os coge la XIII Legión? ¿O Russ? ¿O el Khan?**

-Si tienes miedo de ser superado en número, tal vez no deberías haber enviado a miles y miles a la picadora de carne en Calth- Angron sorbió otra

hemorragia nasal que goteaba. **-Entonces ellos estarían ahora aquí contigo, en lugar de navegar hacia la muerte en la fortaleza de los Ultramarines. ¿Por qué no les reclamas antes de que ataquen? Tal vez te oirán gritar desde la superioridad moral.**

Ambos hermanos se miraron el uno al otro en las imágenes hololíticas durante un largo rato. Fue Angron quien rompió el embarazoso silencio, pero no con otro insulto.

Esta vez se echó a reír. Se echó a reír por un largo tiempo, hasta que las lágrimas corrían por su arruinado rostro escultural.

-No veo qué tiene de divertido- Lorgar habló a través del crujido de comunicación, más irritado que confuso.

-¿Alguna vez has considerado que la forma más fácil de resolver esto, mi hermano sacerdote, podría ser la de venir con nosotros?

Lorgar no dijo nada.

-No estoy haciendo una broma estúpida- Angron se rio de nuevo. **-Ven con nosotros. Vamos a aplastar a esos cabrones alienígenas bajo nuestras botas y quemar sus naves frágiles desde adentro hacia afuera. Dime, ¿tus cruzados no tienen ningún deseo de castigar a los sucios alienígenas que se atrevieron a atacarnos?**

-Tenemos un deber que cumplir aquí, Angron. Un deber sagrado.

-Y lo cumpliremos. Nuestro deber es desangrar el segmentum, apuñalar directamente en el corazón de los confines del Imperio. Lo haremos juntos. Tú, yo y las legiones que nos siguen, pero en nombre de los dioses que proclamas reales, no perdonaremos a nadie. Y vamos a empezar con estos impíos eldar. Venganza, Lorgar. Saborea esa palabra. Venganza.

Y al fin, Lorgar sonrío.

-Muy bien. Jugaremos a este juego con tus reglas, por ahora.

La capitana Sarrin nunca había intentado antes rastrear a una flota eldar. Se daba cuenta de que no se podía comparar a ninguna otra cosa en su experiencia.

-¿Rastro de disformidad?- preguntó.

-Negativo- respondió la voz muerta de un servidor.

-¿Ni siquiera de un barrido auspex centrado con las coordenadas que te di?

-Negativo.

-Bien… Prueba otra vez.

-Afirmativo.

Intento no hacer ruido al respirar. Lord Angron su señor y comandante, independientemente de que le gustase ser nombrado como señor o no, había exigido que condujese a la flota combinada de la Legión en persecución del enemigo. El problema con eso era simple: no tenía idea de cómo hacerlo. Los eldar no habían huido. Se habían desvanecido.

El ruido agudo de una armadura activa atrajo su atención hacia un lado de su trono. Khârn se acercaba con sus rasgos ocultos por su yelmo crestado, como de costumbre.

-La paciencia de Angron se está agotando- Parecía tranquilo, distraído, casi resignado.

-También la mía- Lotara entrecerró los ojos. **-Y no veo con buenos ojos las amenazas, Khârn.**

-Esa es una de las muchas razones por la que te dieron el mando del Conquistador. Y no era una amenaza. Simplemente una oferta de información.

-Me está pidiendo que persiga fantasmas. Las naves eldar no dejan rastro en la disformidad, por lo que ¿cómo voy a seguirlos? Mi maestra de astrópatas no ha sentido nada. Mi navegador no puede encontrar la estela de disformidad a seguir. El auspex no ve nada- miró a Khârn, calmando su propio temperamento. **-Con el mayor respeto, ¿qué es lo que quiere que haga? ¿Volar con la nave en círculos amplios y esperar a que el enemigo regrese?**

Khârn no dijo nada. Simplemente la miraba impasible.

-Tengo una idea- confesó. Lotara echó la mano hacia atrás para atarse el pelo en una cola de caballo, apartándolo de sus ojos. **-Todavía podemos castigar a los eldar. Angron desea ver al enemigo muerto ante él. Creo que puedo arreglar eso.**

-¿Y cómo planeas hacerlo?- preguntó Khârn al fin. **-Si no puedes**

perseguirles…

-Nos atacaron cuando el "Conquistador" avanzó en solitario, superando al resto de la flota. Su objetivo éramos nosotros. Más específicamente, su objetivo era nuestro Primarca. Cuando atacaron, habían estado esperando la oportunidad de alcanzarnos mientras éramos vulnerables y estaban dispuestos a arriesgar un gran número de vidas para ver a Angron muerto. Apuesto a que correrían el riesgo de nuevo.

-Creo ver a donde lleva esto.

-A veces parece que a Angron no le importa de dónde fluye la sangre. Pero quiere venganza y voy a dársela. Envía a tus guerreros a sus puestos de combate y ten dispuestas a tus compañías de élite para cuando carguemos las garras ursus.

-Los Devoradores estarán sin duda preparados, capitana- parecía divertido, contento con su plan. Se conocían bien, porque Lotara había servido en la nave insignia como oficial de mando durante años antes de su ascenso. La capitana Sarrin disfrutaba los riesgos tanto como cualquier guerrero de la Legión en la que servía. **-¿Qué es lo que te hace sonreír, Lotara?**

-Estamos a punto de probar la gran verdad de la Duodécima Legión, Khârn. Nadie huye del Conquistador.



Navegaron en solitario internándose más en el vacío, lejos de la distante Terra y alejados de su propia flota. Lotara no sabía cuándo atacarían de nuevo los alienígenas, sólo que lo harían. Tras once horas de sosegada deriva hacia la soledad, todavía estaba en el estrategium, recostada en su trono y mirando a los confines del espacio. Se negó fervientemente a dar descanso a sus doloridos ojos legañosos. No mientras hubiese un trabajo que hacer.

-Vamos- susurró, sin darse cuenta de que las palabras se habían convertido en un mantra murmurado. **-Vamos.**

-¿Capitana Sarrin?

Lotara se volvió hacia su primer oficial. Ivar Tobin vestía el mismo uniforme blanco reluciente que su capitana y parecía mucho menos cansado. La única

diferencia en su atuendo era la palma roja impresa en el centro de su pecho: una rara marca de honor otorgada a los siervos más dignos de la Legión. Ella había ganado esta distinción del propio octavo capitán en su ascensión al trono de mando del "*Conquistador*".

-¿Algo que informar, Tobin?

-Todo el seguimiento de auspex no muestra nada más que el espacio muerto- habló de nuevo tras una breve pausa, incapaz de ocultar la preocupación en su voz. **-Debería dormir, señora.**

Ella sonrió.

-Y tu deberías vigilar tu lengua. Este es mi nave tanto como del Primarca y no voy a navegar en las garras del enemigo con los ojos cerrados. Me conoces mejor que eso.

-¿Cuándo fue la última vez que durmió, capitana?

En vez de admitir la verdad, optó por esconderse detrás de una mentira. Quizás haría que Tobin la dejara sola.

-No estoy segura.

-Entonces se lo diré. Su último sueño fue hace cuarenta y una horas, señora. ¿No preferiría estar descansada cuando nos enfrentemos a los xenos?

-Se anota su preocupación, oficial Tobin. Vuelva a sus deberes, por favor.

-¡Como ordenéis!- respondió con fuerza.

Lotara exhaló, bajo y lento. Se quedó mirando las estrellas encuadradas más allá del óculo y dejó que la caza continuase.

Dieciséis horas después, una vez que el "*Conquistador"* estuvo bien y verdaderamente fuera del alcance de su flota de apoyo, las sirenas del puente empezaron a sonar de nuevo.

Lotara se inclinó hacia delante en su trono, sonriendo a pesar de sus cansados y doloridos huesos.

-Vamos a intentar esto de nuevo, ¿de acuerdo? ¿Maestro de comunicaciones Kejic?

-Si, capitana.

-Abra una transmisión de pulso enfocada a la nave eldar más grande, si es tan amable.

-Abriendo, señora. Preparando ahora. Transmisión lista.

Lotara se levantó de su trono, moviéndose para agarrar la barandilla en el borde del estrado.

-Aquí la capitana Lotara Sarrin de la nave de guerra "*Conquistador*" de la XII Legión a la miserable flota alienígena que se desvanece a la existencia a través de nuestra proa- sonrió y sintió su corazón acelerarse. Esto era para lo que vivía y por lo que, en primer lugar, le habían puesto al mando de una nave tan poderosa. Que los legionarios luchasen con el hacha y la espada. Su arena era el vacío y las naves que bailaban en su interior. **-Deseo ofrecer mis felicitaciones por el último error que van a cometer.**

Para su sorpresa, una voz crepitó en respuesta por el comunicador. Viciado por sistemas de comunicación incompatibles, las palabras apenas salieron de una marea de ruido agitado.

-Escoria mon-keigh. Sangraréis por los miles de pecados que tu estirpe mongrel ha cometido en su patético ciclo vital.

-Si deseas matarnos, alienígena, eres más que bienvenido a intentarlo.

-Perros ensangrentados mon-keigh. Es un milagro que aún dominéis incluso este tosco discurso. Vuestro mutilado príncipe con el motor de dolor dentro de su cráneo debe morir esta noche. Nunca se le dará la oportunidad de convertirse en el hijo del Dios de la Sangre.

-Ya basta de locura religiosa- sonreía, sin molestarse en ocultar su maliciosa diversión ante su arrogancia.

-La historia estará mucho más limpia cuando seáis borrados de sus páginas.

-Valiente discurso de una raza al borde de la extinción ¿Por qué no os acercáis más? Trae a esas bonitas naves al alcance de mis garras.

Con un grito de ruido herido, que podía o no haber tenido orígenes orgánicos, los eldar cortaron el enlace.

-Una especie encantadora- Lotara agarró el pasamanos.

-Flota enemiga entrante- indicó Tobin desde el estrategium.

-Oficial de cubierta Tobin, prepare todo lo que tenemos: todos los puertos de armas abiertos, todas las armas listas, todos los motores a toda máquina. Actualizar los hololitos tácticos en pulsos de dos segundos para compensar la velocidad del enemigo. Artilleros, fijar los objetivos principales por el nivel de amenaza y asignar objetivos secundarios por alcance. Escudos de vacío a extensión máxima. Helm, acelere hasta la velocidad de ataque y esté preparado para matar el empuje con las resistencias inerciales cuando encendamos las garras ursus. A todos los puestos, informe de estatus. Oficial de cubierta.

-Si, señora.

-Táctica.

-Hololitos encendidos, capitana.

-Puestos de artillería primario, secundario y terciario.

-Si.

-Preparados, señora.

-Escudos de vacío.

-Afirmativo.

-Helm.

-¿Si, capitana?

Lotara se recostó en su decorado trono, sintiendo todos los rastros de su cansancio desaparecer con su ritmo cardiaco acelerado. Tecleó el código de ocho runas para activar la comunicación de toda la nave.

-Aquí la capitana Sarrin. A todos los puestos de batalla. Nos trabamos con el enemigo.

El *"Conquistador"* rompió a través de la flotilla alienígena, entre andanadas crecientes y los aguijones de los latigazos de fuego enemigo bailando en colores imposibles a lo largo de los maltratados escudos de vacío. Esta vez, la nave de guerra centró su caza en un único objetivo, persiguiéndolo con la pesada inevitabilidad de la carga de un mamut.

La nave insignia enemiga era algo contorneado, de alas arqueadas y hojas curvas, a lo largo de un casco acanalado, un instrumento de tortura, con el

tamaño y el poder suficiente para navegar las estrellas. Se movía con gracia insidiosa, bailando para apartarse del avance del "*Conquistador*". A su paso, sus buques de apoyo de alas de cuchillo desataron su crepitante fuego contra los escudos de la nave de guerra de los Devoradores de Mundos. Brillaban con fuego artificial, resplandeciendo tan brillantes como el propio sol de Terra e irrumpían con una brutal falta de ceremonia.

El "*Conquistador*" se lanzó hacia adelante, haciendo caso omiso, indiferente. Embistió a una nave alienígena a un lado, chocando con el centro del navío y enviando el casco destrozado girando lejos al vacío. El incursor descargó el aire en un largo aliento final y derramó a su tripulación en el espacio como si fuesen gotas de sangre saliendo de una herida.

Aun así, el "*Conquistador*" siguió avanzando. Su blindaje ganó nuevas cicatrices, nuevas quemaduras, nuevas heridas talladas a lo largo de las densas placas por el beso cortante de los láseres alienígenas.

La nave insignia enemiga estaba huyendo ahora, reconociendo el intento de la nave de guerra: no buscaba combatir contra toda la flota, sino que ignoraba a las embarcaciones menores en favor de inutilizar a la única que realmente importaba. Con una agilidad imposible, el crucero eldar viró y se alejó de nuevo, aumentando la distancia con su voluminoso perseguidor.

Los motores del "*Conquistador*" rugían al rojo vivo con bocas de bestia abiertas de par en par y gritando en el silencio del espacio. Cuando la enorme sombra de la nave de guerra eclipsó al incursor que huía, la capitana Lotara Sarrin se agarró a los brazos de su tembloroso trono y a través del humo que corría a lo largo del estrategium, gritó una única orden.

-¡Disparad las garras ursus!

Esta vez no hay gran dispersión de fuego. No hay intentos de perforar a varias naves enemigas y de separar a las fuerzas de abordaje. El "*Conquistador*"disparó ocho arpones. Cada uno de ellos impactó, golpeando directamente en el cuerpo de la ágil nave insignia enemiga. Por un segundo, sacudió al "*Conquistador*" hacia delante, antes de que los propulsores de la nave imperial hiciesen valer su mayor y más obstinada fuerza.

Al igual que un oso agarrando a un lobo, el "*Conquistador*" comenzó a tirar, a aplastar, a levantar. Las inmensas cadenas se recogieron de vuelta, un tintineante enlace tras otro, arrastrando a la nave insignia eldar más cerca.

Las cápsulas de abordaje ya se estaban derramando entre las naves, clavándose como agujas en el casco enemigo.

Lotara escuchó dos voces crepitar por el comunicador. Dos hermanos, luchando juntos por primera vez.

-Estamos dentro- comunicó Lorgar. **-El olor de estos miserables inhumanos es tóxico para mis sentidos-** Angron respondió con un gruñido**. -Sígueme, hermano.**

Pocos eran los registros que podían proclamar un archivo legítimo de dos Primarcas batallando codo con codo. Incluso en una época de guerra y prodigio, era el más raro de los sucesos.

Angron percibía todas sus acciones a través de la bruma de ira del zumbido de los clavos del carnicero. En esos largos momentos de claridad berserker, vio a su hermano luchando por primera vez.

No podrían haber sido menos parecidos en la forma en la que se movían y en cómo mataban. Lorgar avanzaba en cámara lenta, conduciendo sus pasos, agarrando su claveteada maza crozius a dos manos y dejándola caer en amplios arcos de barrido. Cada golpe tañía larga y fuertemente, como si la gran campana de un templo anunciase cada golpe de muerte. Cuando la maza se estrellaba en los grupos de delgados y chillones eldar, enviaba sus formas quebradas volando a un lado. Estos miserables desgraciados impactaban contra las paredes curvas de la nave y se deslizaban en consecuencia, como una horda de marionetas desechas con las cuerdas cortadas.

En contraste a la furia lucida y meticulosa de Lorgar, Angron estaba perdido a sus emociones y los tentáculos mecánicos vibraban dentro de su cerebro. Sus hachas gemelas, Destripadora y Desmembradora, caían frenéticas, cortando a tajos, destripando a sus enemigos, matando por decapitación tan a menudo como partiendo a los enemigos en dos. Las salpicaduras de sangre le envolvían, manchando su armadura de bronce hasta que se convirtió en un carmesí similar al de Lorgar.

Cuando los hermanos avanzaron a través de una enorme cámara con cúpula, Lorgar se puso al lado del Devorador de Mundos.

-Deberías pintarla en rojo, hermano.

La atención de Angron estaba en el flujo de sangre, el desgarro de carne y la rotura de hueso. Le llevó varios segundos sintonizar de nuevo y ser capaz de comprender las palabras de otros.

-¿Qué?

-Tu armadura- Lorgar hizo una pausa, girándose para golpear con su crozius a un eldar que empuñaba una lanza. Golpeó al guerrero de pleno y aplastó los restos bajo su bota. **-Tu armadura. Sólo píntala en rojo.**

Angron sintió una sonrisa pelando sus labios por detrás de sus dientes de hierro de repuesto. Su hermano no era, ni de lejos, la primera persona en decir esas palabras, pero el hecho de que Lorgar hubiera sido realmente serio le hizo merecedor de un coro de risa fraternal.

El Devorador de Mundos alejó de una patada a otro eldar y diseccionó a un tercero con un revés oscilante de su hacha sierra. Vio a Lorgar a su lado, matando a tres alienígenas de un único revés.

-Ahora matas bien- dijo Angron. La saliva se acumulaba entre sus dientes. La sangre manaba caliente en lentos chorros de ambas fosas nasales y su ojo derecho estaba llorando en rojo, ensuciando su mejilla. **-Has cambiado, Lorgar.**

El Portador de la Palabra se tomó el cumplido con una elegancia silenciosa, matando al lado de su hermano, pero no pudo contener su lengua por mucho tiempo.

-Esos implantes te están matando.

Angron rugió en el mismo momento, marchando en vanguardia, masacrando a su paso por el pasillo angular y pintando los muros de rojo con el hedor químico de la sangre alienígena.

-Sé que me escuchas, hermano- dijo Lorgar tranquilamente por el comunicador. **-Esos implantes te están matando.**

Angron ni siquiera miró atrás. Era una imagen borrosa de una armadura de bronce empapada de sangre, con ambas hachas dentadas subiendo y bajando en un asesinato eficaz y arrítmico.

En lugar de defender la nave en un abatimiento sin esperanza, el capitán eldar espero a sus indeseados invitados en la comodidad del puente. Angron atravesó la puerta primero, después de serrar la mampara metálica xenos con los rugientes filos de Destripadora y Desmembradora.

Una fulminante lluvia de proyectiles cristalinos chocó y golpeó contra su armadura de ceramita, arrancando virutas y trozos de blindaje. Púas venenosas se hundieron en su escasa carne expuesta, pero Angron ignoró el veneno que bombeaba por sus venas, confiando en que su fisiología genética aumentada purificase su sangre.

Oh, cómo cantaban los clavos del carnicero. Golpeaban en la base de su cráneo, como si perforasen más profundo en la carne del cerebro para evitar la caricia del veneno eldar.

Resistió esta salvaje andanada de fuego y en medio de la segunda descarga dirigió su hacha sobre la figura sentada sobre el trono de hueso esculpido alienígena.

Lorgar entró tras él, con un tibio desprecio escrito a lo largo de sus rasgos dorados. La mínima elevación de su mano enguantada formó una barrera cinética en torno a ellos, protegiéndoles psíquicamente de la lluvia de proyectiles cristalinos.

-¿Has puesto el pie alguna vez en el Ocaso?- preguntó Lorgar, mientras sus ojos tranquilos bebían en la impía escena. Fosos de cadáveres rodeaban el trono central, con los restos de hombres y alienígenas empalados en inmundas estacas. Cadenas con ganchos colgaban del techo, muchos de ellos con fruta maloliente, en la forma de cuerpos inhumanos colgados sin miembros o piel.

Angron apenas podía responder. Fuertes contracciones nerviosas tensaron sus rasgos y obligó a sus dedos a encender sus hachas sierra entre espasmos musculares.

-No. Nunca he estado en la nave insignia de la Octava Legión.

El labio de Lorgar se torció.

-Esto… Esto se parece al dormitorio de Curze.

El Devorador de Mundos golpeo juntas sus hachas.

-Hagamos esto, hermano.

-Como desees.

Los primarcas alzaron sus armas y cargaron como uno solo. En primer lugar, los guerreros con máscaras blancas que portaban espadas implacables. Angron cortó su camino a través de ellos, mientras que Lorgar les arrojaba a los lados con la maza o les derribaba con ráfagas de fuego psíquico. Por primera vez en sus vidas, los dos hermanos lucharon en unión con otro ser. Angron se volvió, destripando a un espadachín de armadura oscura que intentaba atacar a Lorgar desde atrás. A su vez, el Portador de la Palabra protegió a su hermano salpicado de sangre, desviando el golpe de un eldar

con la cabeza de su maza y matando al guerrero en el revés de vuelta.

La unión fue un esfuerzo de control y sostén, puesto que no surgió de forma natural de ninguno de ellos. Pero lo conservaron hasta que no quedó otra alma viva en el puente.

-¿Unas últimas palabras?- preguntó Lorgar. La nave tembló a su alrededor con mayor fuerza ahora. Las garras ursus habían mordido con demasiada profundidad. El "*Conquistador*" estaba destrozando a su presa únicamente por la fuerza de su agarre.

Angron se tambaleó al lado de su hermano, salivando y mareado. Una estatua defectuosa del guerrero perfecto, arruinado por el maltrato. Tan teñidos de sangre como estaban ambos, casi podrían haber sido gemelos.

El príncipe alienígena era algo vestido en una armadura barroca y ceremonial, una criatura de rasgos angelicalmente consuntivos y el hedor de la sangre impura por debajo de la piel aceitada. Las últimas palabras del señor eldar silbaron en el aire, escupidas de sus pálidos labios.

-Dos dioses-príncipes mon-keigh. Se suponía que sólo había uno. El que va a convertirse en el hijo del Dios de la Sangre. Los motores del dolor vinculan el alma a la senda del óctuplo. Esa senda conduce al Trono de Cráneos.

-El hijo del Dios de la Sangre…- la atención de Lorgar cambio a Angron, cuando las posibilidades jugaron detrás de sus suaves ojos. **-No puede ser.**

Angron alzó sus hachas. El incursor no movió ni un músculo.

-Espera- Lorgar cogió el hombro de Angron. **-Ha dicho…**

Pero las hachas cayeron y la cabeza del capitán alienígena salió rodando.



Tres días después, el "*Conquistador*" renqueó de vuelta a su flota. Aunque su casco había sufrido extensos daños, la mayoría era superficial. Las pérdidas reales habían sido en términos de tripulación, la mitad de los siervos de la legión y de los adeptos mortales entrenados estaban muertos. En una nave de ese enorme tamaño, los varios miles que quedaron vivos fueron contados casi como una tripulación mínima.

De los tres mil guerreros que Angron llevó con él a bordo de la nave insignia, apenas un tercio había regresado. Los eldar cosecharon un saldo sangriento en su derrota y los ritos funerarios de la XII Legión duraron un día y una noche, mientras la nave regresaba de vuelta con su estirpe. Los conductos de aire se abrieron y cerraron, fauces silenciosas bostezando en el vacío, exhalando los cuerpos envueltos de los tripulantes y Devoradores de Mundos caídos.

Lorgar se dispuso a partir del "*Conquistador*" y se despidió de su hermano en la cubierta de embarque.

-Fue bueno purgar algo de la mala sangre entre nosotros- dijo Angron. A su favor, evitó que sus músculos rebeldes temblaran, sin importar que los clavos del carnicero apuñalasen a su sistema nervioso.

-Por ahora- accedió Lorgar. **-No pretendamos que durará para siempre.**

Angron se limpió la nariz sangrante con el dorso de la mano.

-Dijiste algo en la nave enemiga. Algo sobre los clavos.

Lorgar meditó por un momento.

-No lo recuerdo.

-Yo sí. Dijiste que los implantes me estaban matando.

Lorgar sacudió la cabeza, ofreciendo su sonrisa más amable y sincera. En su mente, escuchó las palabras del incursor eldar una vez más. El que va a convertirse en el hijo del Dios de la Sangre. Los motores del dolor vinculan el alma a la senda del óctuplo. Esa senda conduce al Trono de Cráneos.

-Estaba equivocado y mi preocupación era estúpida. Has sobrevivido todo este tiempo. Resistirás en el futuro.

-Me estás mintiendo, Lorgar.

-Por una vez, Angron, no lo hago. Tus clavos del carnicero nunca te matarán, estoy seguro de ello. Si pudiera aliviar un poco el dolor que debes estar sufriendo, entonces lo haría, pero no se pueden quitar y manipularlos es probable que te mate tan rápido como quitártelos. Son tan parte de ti ahora como las armas que empuñas y las cicatrices que llevas.

-Si no estás mintiendo, al menos estás ocultando algo.

-Estoy escondiendo muchas cosas- Lorgar habló con una sonrisa, embustero a su pesar. **-Hablaremos de ellas en su momento. No son secretos, simplemente verdades que no pueden florecer hasta el momento preciso y cuando las piezas de este gran puzle comiencen a caer en su lugar. Hay mucho que todavía no entiendo ni yo mismo.**

El primarca de los Devoradores de Mundos mostró sus dientes en una sonrisa metálica. No contenía nada de calidez.

-Regresa a tu nave entonces, cruzado. Fue un placer derramar sangre contigo, mientras duró.

Lorgar asintió con la cabeza y no miró hacia atrás sobre su hombre cuando ascendía por la rampa a su cañonera.

-Adiós, hermano.

Angron observó a la cañonera abandonar el muelle de atraque y alejarse hacia el "*Fidelitas Lex*".

-Khârn- dijo tranquilamente. El palafrenero avanzó desde la guardia de honor de su señor, que permanecía de pie y en silencio con su voluminosa armadura de exterminador.

-¿Sí?

-Lorgar ha cambiado pero aún conserva secretos bajo una lengua bífida. ¿Cuál es el nombre del Portador de la Palabra con el que tuviste un duelo?

-Argel Tal. El séptimo capitán.

-Le conoces desde hace mucho, ¿verdad?

-Décadas. Combatimos juntos en tres acatamientos. ¿Por qué preguntáis?

El primarca no respondió de inmediato. Extendió la mano para rascarse la parte posterior de la cabeza. Sentía la carne en pulpa, hinchada. El dolor de cabeza era peor de lo normal, llegando al máximo. Podía sentir un hilo de sangre arrastrando un rastro caliente en la nuca, corriendo desde el oído.

-Tenemos por delante muchos meses de difícil unidad con los Portadores de la Palabra. Permanece vigilante, Khârn. Es todo lo que pido.



Los dos guerreros tuvieron un duelo la noche siguiente: los hijos del cruzado y el gladiador enfrentándose en el foso, hacha sierra contra espada de energía. La armadura carmesí de Argel Tal no estaba decorada, carente de los pergaminos de fe y devoción que llevaba en la batalla. La blanca ceramita de Khârn tampoco tenía adornos, excepto por las cadenas que unían sus armas a sus brazos.

Ambos guerreros ignoraron los vítores y gritos de sus camaradas en el borde del foso. Sin cascos, se enfrentaron en la arena, un filo rompiendo contra otro.

Cuando sus armas se bloquearon de nuevo, los dos guerreros quedaron uno frente al otro, con sus botas aplastando la arena puesto que buscaban nivelarla. Sus rostros estaban a centímetros de distancia, respirando el maloliente aliento ácido mientras luchaban por salir del punto muerto. La voz de Argel Tal traicionó una curiosa dualidad, sus almas gemelas hablaban a través de una boca.

-Eres lento esta noche, Khârn. ¿Qué roba tu atención?

El Devorador de Mundos redobló sus esfuerzos, los músculos se tensaron para hacer retroceder a su enemigo. Argel Tal respondió del mismo modo, el icor formaba estalactitas a lo largo de sus incisivos superiores.

-No estoy lento- Khârn forzó las palabras con una sonrisa burlona. **-Es difícil… combatir… a dos de vosotros.**

Argel Tal mostró una amplia sonrisa. Cuando tomó aire para hablar, le dio a Khârn toda la ventaja que necesitaba. El Devorador de Mundos se apoyó en un giro, dejando que su adversario perdiera el equilibrio. Las revoluciones del hacha de sierra aullaban a través del aire, sólo para chocar de nuevo contra el borde de la espada de oro del Portador de la Palabra.

-No estoy lento- se rio sin aliento, mostrando su agotamiento tan claramente como Khârn mostraba el suyo. **-Pero no eres lo bastante rápido.**

Los malditos implantes enviaron un rayo de dolor irregular, serrando la columna vertebral del Devorador de Mundos. Khârn sintió un ojo parpadear y que su brazo izquierdo temblaba en una respuesta torpe. Los clavos del

carnicero amenazaban con apoderarse de él. Se soltó, retrocediendo con el hacha levantada y tomándose un momento para escupir la saliva ácida que reposaba debajo de su lengua. Las cadenas se sacudieron contra su armadura cuando se puso en guardia.

Las cadenas eran una tradición personal, extendida incluso entre las otras legiones después de que su popularidad se hubiese escapado más allá de las arenas de lucha de los Devoradores de Mundos. Sigismund, primer capitán de los Puños Imperiales, había adoptado la costumbre con su celo habitual, atando sus armas caballerescas a sus muñecas en gruesas cadenas negras. Se había ganado un nombre impresionante aquí, en las entrañas del Conquistador, enfrentándose con los mejores guerreros de la XII Legión a finales de la Gran Cruzada. Le llamaron el Caballero Negro, en honor a su destreza, su nobleza y su heráldica personal.

El Desgarrador de Carne fue otro que obtuvo una gran gloria en los fosos de los Devoradores de Mundos: Amit, un capitán de los Ángeles Sangrientos, que había luchado con el mismo salvajismo y brutalidad que sus anfitriones. Antes de Isstvan, Khârn había contado a ambos entre sus hermanos de juramento. Cuando llegase el momento de poner sitio a Terra y derribar los muros del palacio, lamentaría matar a esos dos guerreros por encima de todos los demás.

-Centrate- gruñó Argel Tal. **-Estás a la deriva y tu habilidad se desvanece con tu atención.**

Khârn se separó con un giro de su hacha y atacó en una serie de tajos viciosos y aulladores. Argel Tal se echó atrás, esquivando en lugar de arriesgarse a errar un bloqueo.

El portador de la Palabra cogió el último golpe con el filo de su espada y fijó a Khârn en su sitio de nuevo. Ambos guerreros quedaron inmóviles mientras empujaban entre sí con la misma fuerza.

-La guerra por venir- dijo Khârn. **-¿No la sientes innoble? ¿Deshonorable?**

-¿Honor?- La voz gemela de Argel Tal sonaba gutural y con regocijo. **-No me preocupo por el honor, primo. Me preocupo por la verdad y por la victoria.**

Khârn sacó aliento para responder, justo cuando el comunicador de la cámara crepitó con vida.

-¿Capitán Khârn? ¿Capitán Argel Tal?

Ambos guerreros se quedaron helados. La serenidad de Argel Tal nacía del

control inhumano sobre su cuerpo. Khârn no se movía, pero no estaba del todo quieto, se estremecía con los tics de los clavos del carnicero enfriándose en la parte trasera de su cráneo.

-¿Qué sucede Lotara?- preguntó.

-Estamos recibiendo noticias de la flota. Lord Aureliano está enviando una transmisión de pulso sincronizada desde todos los navíos de los Portadores de la Palabra, centrada por el Lex. La armada de Kor Phaeron acaba de lanzar su asalto sobre Calth- se detuvo, para tomar aliento. La guerra en Ultramar ha comenzado.

Khârn desactivó su hacha y permaneció en silencio.

Argel Tal se rio por lo bajo, el ronroneo de un león que amenazaba en el coro de su gemelo demoníaco.

-Es el momento, primo- Khârn sonrío, aunque la expresión no tenía nada de regocijo. Los clavos del carnicero aún zumbaban en la carne de su mente, chasqueando sus impulsos de dolor e ira irracional.

-Ahora empieza la Cruzada de la Sombra, mientras Calth arde.

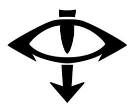
FIN

SEÑOR DE LA GUERRA

(Warmaster)

JOHN FRENCH

TRADUCCION ADEPTVS TRASLATES
CORRECCIÓN VALNCAR



-Señor de la Guerra.

Las palabras quedaron suspendidas en el silencio tras abandonar los labios de Horus. Más allá de las altas ventanas de flexividrio, la luz de las distantes estrellas danzaba en enfermizas conflagraciones de gas y polvo. Vestido con su servoarmadura y entronizado, el Primarca de la XVI Legión fijaba su mirada en la oscuridad como esperando oír una respuesta.

-El título pesa alrededor de mi cuello. Horus Lupercal, padre, hijo, amigo, enemigo… todo eso perdido bajo la carga de esas cuatro palabras.

Bajó la cabeza hacia los negros brazos de hierro de su trono, sus ojos se movieron sobre la maza de bronce del tamaño de un hombre mortal que descansaba sobre ellos. Su nombre era Rompemundos y la había aceptado de manos de su padre junto con el título de Señor de la Guerra y el mando de la Gran Cruzada. Su mirada descansó sobre la cabeza del águila del pomo del mástil. El fantasma de una sonrisa rozó sus labios.

-Nuestro padre nunca nos habló sobre lo que significaba, sólo acerca de los límites de su autoridad. Son cuatro palabras demasiado peligrosas para dejarlas indefinidas. Quizá su intención era que yo descubriese su significado. Quizá no le importaba lo que significaban mientras huía de nosotros, sus hijos. Quizá no sabía lo que significarían para su imperio.

Horus levantó una mano y una columna de luz hololítica surgió frente al trono. Las formas de hombres y mujeres se formaron en la lúgubre proyección, retorciéndose, gritando, muriendo. Las súplicas y los chillidos reproduciéndose una y otra vez en un bucle terrible sobre el brutal rugido del fuego de bólter.

-Ahora lo sabe…- asintió para sí mismo, el reflejo de las luces holográficas parpadeaba sobre el negro líquido de sus ojos. **-El fuego arde y todo lo que una vez fue lo arrastra ahora el viento. Lo que he perpetrado con nuestros hermanos y nuestras legiones: el futuro de toda la humanidad sujeto en un círculo de sangre. Ahora somos la tormenta. El Imperio se hundirá y se alzará de nuevo bajo mi mano o caerá y caerá y caerá.**

Lentamente se puso en pie, con su servoarmadura susurrando y tintineando. Hizo otro gesto y más conos de luz fría lo rodearon, iluminándose con caras cegadas, muchas gritando palabras convertidas en sangre derramada de sus bocas, mientras otras se ahogaban en sus propias voces enmudecidas.

-Necesitamos refuerzos…

Horus inclinó la cabeza, escuchando los gritos heraldos del cambio.

-La anarquía es la reina de esta era… Ha caído sobre esos mundos desde mis dedos para hacerlos desaparecer en el olvido.

Horus se giró, viendo las florecientes grabaciones holográficas surgir a su alrededor y en torno a su trono como un baile de fantasmas de mil mensajes…

-Quinientas naves perdidas en las tormentas del vacío…

-El enemigo nos estaba esperando…

-Isstvan. Se suponía que iba a arder en silencio, para que nuestra guerra pudiera avanzar hasta el punto en el que de verdad debía comenzar… Las alas del Ángel iban a estar rotas bajo mis pies… Y aún ahora, los errores se siguen acumulando, uno tras otro, una y otra vez, una y otra vez.

-Mensaje a Ultramar…

Se detuvo, sus ojos fijos en la figura de un astrópata encogido.

-Calth arde… pero nuestro hermano aún vive. Roboute. El sabio Roboute. Roboute con sus plumas de escribano y sus planes y sus esperanzas. Tan visionario, tan fuerte. Tan condenadamente perfecto…- Horus dejó escapar un profundo suspiro. **-Desearía que estuviera con nosotros.**

Con un ligero movimiento de sus dedos enfundados en las hojas de sus garras el enjambre de imágenes se evaporó y el silenció volvió junto a las sombras. Sacudió la cabeza, con sus ojos aún fijos en el trono.

-Dirás que escucho demasiado a Alfarius y a Lorgar, y que una guerra luchada con engaños está condenada a fracasar. Y quizá tengas razón. El Ojo no lo vio todo y en su ceguera ha colocado cuchillos tras su propia espalda- dejó escapar una amarga risa. **-Corax sabría qué hacer en tal situación. ¿No es extraño que tantos de los que quería a mi lado se enfrenten a mí, mientras que a mi espalda sólo tengo a los tarados, a los dañados? Soy el señor de los monstruos rotos.**

Lentamente rodeó la mesa del holoproyector, el eco de sus pisadas se perdió en medio del silencio.

-No puedo controlarlos ni a ellos ni a sus hijos. Y lo saben. Mortarion y Perturabo y el resto, todos pueden sentirlo, todos saben que esta guerra ya no es algo que pueda dirigirse, sólo apenas encauzarse. Pero nunca me han comprendido, no de verdad. Y entienden cada vez menos con cada segundo que pasa. Dudan. Piensan que he perdido de vista mi objetivo. Puedo verlo en sus corazones. La mezquindad, el orgullo que campa en las ruinas que son todos ellos, alimentándolos como a una tempestad. ¡Con tales criaturas es con las que tengo que rehacer el futuro!

Se detuvo de nuevo a los pies del trono, inquieto. Su mano se cerró alrededor del asta de Rompemundos, la alzó con facilidad y la tenue luz de la sala brillo sobre cada muesca dentada de su superficie pulida.

-Mil batallas. Diez mil. Diez veces diez veces diez mil para dar a luz una nueva era. Todas las certezas del pasado derribadas, todas las creencias que las erigieron convertidas en cenizas. Guerra en cada frente, prolongándose en el tiempo de manera que nadie pueda saber cuándo llegará el golpe definitivo. No hay desastre alguno, puesto que todos los desastres me sirven por igual. La tormenta se alza, por lo que el rayo caerá.

Volvió a mirar al trono, moviendo la cabeza con tristeza. Relajó el brazo y dejó descansar Rompemundos a su lado. Su mirada pareció saltar, perseguir un punto más allá de cuanto se encontraba frente a él.

-Ningún otro podría haber hecho esto. Ni siquiera tú. Quizá es por eso por lo que nuestro padre me eligió a mí. Quizá ese fue su único momento de honestidad.

Su mirada se enfocó y se endureció, sus ojos negros como pozos reflejaron la cara de un rey despiadado. Sobre el brazo de su trono, la calavera de Ferrus Manus devolvía la mirada a Horus con las cuencas vacías que una vez fueron ojos. Una fina fractura se extendía sobre la superficie del cráneo perfecto del Primarca ejecutado, como una corona que trazara una espiral hasta la oscura fisura de su sien. Incluso reducida a hueso pulido la calavera parecía irradiar fuerza y desafío.

-No importa cómo arda la galaxia, sólo que lo haga. Señor de la Guerra… Eso es lo que significa, hermano mío: la fuerza para hacer lo que debe hacerse.

FIN

KRYPTOS
LA VOZ DEL CAOS

(Kryptos)

GRAHAM MACNEILL

TRADUCCION ADEPTVS TRASLATES
CORRECCIÓN VALNCAR



Los cielos atómicos ardían con violentas llamaradas electromagnéticas que trazaban arcos sobre las arrasadas bobinas Tesla de los acumuladores mientras las máquinas moribundas de Cavor Sarta gritaban de terror. El aire lo copaba el ruido de la estática de mecanismos inimaginablemente complejos siendo torturados, un chillido planetario de disolución noosférica.

Explanadas de campos de mineral se fundían y refinerías montañosas de desplomaban ahora que los corazones volcánicos que habían alimentado su industria las destruían. Plantas de ensamblaje del tamaño de continentes y el manufactorium quedaban reducidas a escombros de metal en un parpadeo por detonaciones nucleares, y los hangares de construcción que una vez resonaron con el martilleo incesante de un esfuerzo digno ahora sólo emitían ecos al ritmo de un tambor mucho más oscuro.

Las forjas leales que una vez habían ayudado a construir el Imperio de la Humanidad ahora eran esclavas de amos monstruosos, inhumanos, que sólo buscaban retorcerlas. Las vías que se extendían entre el conocimiento duramente ganado arrancado a la Vieja Noche retumbaban con los gritos de soldados vociferantes, el traqueteo de disparos aleatorios y los pesados pasos de criaturas híbridas forjadas de hierro y carne agusanada.

El capítulo de las Espinas Venenosas de los Portadores de la Palabra había traído la guerra a Cavor Sarta, una guerra que el mundo feudo del Mechanicum había perdido antes de que se efectuaran los primeros disparos. Un enemigo innombrable, invisible, que había golpeado sin previo aviso y que sólo había dejado una matanza a su paso había aislado Cavor Sarta de los baluartes imperiales de Heroldar y Thramas. Golpeando desde las sombras del gran cinturón de asteroides de Tsagualsa, ese enemigo innombrable había lisiado Cavor Sarta antes incluso de que los Portadores de la Palabra y sus ejércitos medidos en miles de millones de efectivos descendieran del cielo atravesando las tormentas de fuego atómico.

Ningún miedo es mayor que el miedo a lo desconocido, y el pánico que había apretado en un puño Carvor Sarta había hecho más daño que cualquier bombardeo orbital para debilitar la determinación de luchar de sus defensores. El mundo forja había caído en seis días, sus casi ilimitados recursos pervertidos y destinados a servir a una extraña alquimia y a un propósito de pesadilla. Se habían reabierto las cámaras prohibidas, y las ciencias enterradas de la Edad de Hierro y Oro fueron arrancadas de sus

polvorientas tumbas para poner en marcha las cadenas de producción de horrendas máquinas de guerra hijas de la hechicería disforme.

Cavor Sarta gritaba mientras renacía en una nueva y horrible forma.

Seguiría gritando hasta que sus depósitos se consumiesen y el ardiente núcleo en su corazón quedara frío y sin vida.

El mundo imperial se estaba muriendo, pero su muerte no había pasado desapercibida.



La criatura tenía una forma de andar rotativa y mecanizada, a la vez grácil y antinatural. El número impar de sus piernas ofendía la sensibilidad de Nykona Sharrowkyn. Oculto en las sombras de la torre derrumbada de una fundición, su cuerpo permanecía totalmente inmóvil, las emisiones y la ventilación de su retrorreactor compacto mantenidas por debajo del umbral de detección por sistemas de encubrimiento de diseño personalizado.

Era tan invisible como era posible que lo fuera uno de los hijos de Corax.

Sharrowkyn escaneó las ruinas de la forja demolida en busca de más criaturas, incluso cuando ya sabía que estaba sola. La forja era poco más que restos de metal ardiente, enladrillado que había saltado por los aires y vigas retorcidas como alambre de espino. Partículas magnéticas se arremolinaban como diminutos demonios de polvo, las interferencias eran pésimas debido a los ecos de los chillidos de las máquinas y las detonaciones aleatorias de silos de munición descartados. Una luz violeta se filtraba entre el esquelético armazón de vigas del techo y corrientes de virutas radiactivas empañaban su visor.

La criatura se detuvo junto a los restos de una prensa, su cara compuesta por cicatrices de quemaduras giraban sobre un cuello de tendones metálicos y cartílago húmedo. Los orbes oculares implantados siguiendo un patrón triangular brillaron, pulsando brevemente mientras emitía un rugido procedente de los cavernosos pulmones artificiales enterrados en su pecho. Vagamente simiesco, la parte superior de su cuerpo masivamente musculada parecía cultivada por igual con carne y pistones, bobinas potenciadoras magnéticas y drenajes químicos. Su cabeza era un horror piramidal de tumores de acero y carne abotargada. Su espalda estaba erizada de múltiples

lanzaderas, aunque Sharrowkyn nunca había visto cabezas de misiles como las que se asomaban a los tubos de lanzamiento. En cada antebrazo portaba un arma de cañón ancho, una de ellas un lanzallamas siseante y la otra una especie de cañón de arpones.

Se movía sobre sus tres miembros sobrearticulados que se retorcían como tentáculos. Wayland los había bautizado como ferrovoros debido al hábito que mostraban por devorar a dentelladas pedazos de metal que luego excretaban convertidos en placas de exoarmadura. Y eran rápidos, más rápidos que cualquier otra cosa que se hubieran encontrado en los tres días desde su sigilosa infiltración en el planeta.

Penetrar en las ruinas de Cavor Sarta había sido un juego de niños. Incluso un novicio de la Guardia del Cuervo podría haber evadido la detección. Los ejércitos que habían tomado el planeta eran burdos y poco profesionales, y se deleitaban bailando alrededor del fuego de vastos lagos de promethium. Nubes como hongos de los polvorines que explotaban sacudían el suelo regularmente cada hora, y el mayor temor de Sharrowkyn no era ser capturado, sino verse atrapado en la onda expansiva de una detonación accidental.

Tanto Sharrowkyn como Wayland tenían motivos para odiar al enemigo que había conquistado Cavor Sarta, pero demasiadas vidas estaban en juego como para arriesgar la misión en favor de ese odio. Desde su juventud como un luchador por la libertad en los túneles de Deliverance, Sharrowkyn había aprendido a usar el odio, a mantener cada aliento del mismo cautivo y listo para ser liberado, pero la legión de Wayland no era como la Guardia del Cuervo. Sabik Wayland era un guerrero en cuerpo y alma, y ese pensamiento casi hizo sonreír a Sharrowkyn por lo que tenía de ironía.

Ardía en deseos de sacar su fusil, pero Wayland había decidido efectuar el disparo.

Una cascada de metal chamuscado y nubes de polvo irradiado se izaron alrededor de las extremidades tentaculares del ferrovoro, y éste chilló con una satisfacción abominable al inhalar bocanadas de escombros metálicos. Se movió hacia adelante, pisoteando el camino hacia el templo-forja con un grotesco movimiento peristáltico. La criatura estaba casi en el límite del manufactorium y Wayland aún no había disparado.

-¿Algo va mal?- preguntó a través del comunicador encriptado. **-¿Disparo yo?**

-¿Puedes compensar el viento cruzado radiactivo o el flujo de variables inherente a las capas de variación magnética?- preguntó Wayland. **-¿Tu**

arma está conectada a tu sistema nervioso para compensar mejor la varianza biológica?

-Pega ya ese maldito tiro…

-Lo haré cuando sea el momento apropiado- dijo Wayland, y Sharrowkyn escuchó el siseo de una exhalación de su maquinaria potenciadora.

Una flor de intenso fuego violeta se disparó hacia el cielo tras la pared más alejada del manufactorium y una ráfaga de viendo caliente recorrió las ruinas. Sharrowkyn saboreó el estroncio y el clorhidrato de potasio en la lluvia radiactiva: la destrucción de un silo químico o un reactor enterrado que había alcanzado su masa crítica.

La servoarmadura de Sharrowkyn registró niveles letales de radiactividad, pero nada de lo que debiera preocuparse. A pesar de que la misma era un conjunto de retazos que tanto podrían haber horrorizado a los maestros de la sombra de Espiral del Cuervo como haberle hecho merecedor de sus elogios, era a prueba de tal toxicidad.

El eco del proyectil del rifle de pulsos de Wayland se perdió en el estruendo del aire succionado por el vórtice de la combustión de gases y residuos radiactivos, pero Sharrowkyn lo oyó tan nítidamente como un taladro sobre una superficie de promethium congelado. El ferrovoro se desplomó en el suelo cuando sus sinuosas piernas se doblaron bajo su peso. El destello de sus ojos se fundió y dejó escapar un largo resuello de aliento químico.

Sharrowkyn se había puesto en movimiento en cuanto había oído el repiqueteo de la recámara.

Se apareció dejando atrás su cobertura, cayendo acrobáticamente sobre una masa tambaleante de metal retorcido. Su ojo experto le indicaba perfectamente donde apoyar los pies, y fue saltando de apoyo firme en apoyo firme hasta que finalmente se propulsó desde una viga angular del techo. Aterrizó suavemente y corrió sobre la superficie allanada de unos travesaños caídos.

-Cuatro segundos- dijo Wayland.

Sharrowkyn no contestó, sino que activó los propulsores de su retrorreactor proyectándose en un fiero arco por encima de la amplia rampa de una fresadora pulverizada.

-Dos segundos.

Sharrowkyn desenganchó de su cinturón un dispositivo del tamaño de un puño y la forma de una meltacarga antes de caer pesadamente sobre los anchos hombros del ferrovoro. El brillo rojizo de sus ojos aumentó, pero poco más pudo hacer que contraer sus miembros con un espasmo antes de que le colocara el aparato como un cepo en la nuca. Las agujas del inyector se clavaron en el cuello, y el dispositivo emitió un penetrante gemido binario.

-Uno.

EL ferrovoro se alzó sacudiéndose de la espalda a Sharrowkyn, quien convirtió su caída en un descenso controlado, girando el cuerpo y su fusil a la vez. Aterrizó suavemente, con la culata hecha a mano del arma apoyada en su hombro. Su dedo ejerció una ligera presión sobre el gatillo, pero sus reflejos entrenados le permitieron no apretarlo más de lo necesario.

Los ojos rojos del ferrovoro ardían cuando concentró su mirada en él, pero las lanzaderas de misiles no se desplegaron y sus brazos siguieron caídos junto a sus costados.

Sharrowkyn dejó escapar el aliento.

Waylan surgió de su posición, su escondite en el amplio conducto de ventilación recortado en la única pared del edificio que quedaba en pie. Su bólter pesado modificado descansaba relajadamente en su hombro, como si acabara de abatir a un grácil herbívoro en lugar de a un servidor de batalla enemigo.

-Por los pelos- dijo Wayland.

-Si no hubieras esperado tanto para disparar no tendría que haber corrido tan lejos.

Wayland se encogió de hombros. Su servoarmadura era negra como la de Sharrowkyn, pero donde la suya se había reducido a lo esencial para hacerla compacta, la de Wayland era más voluminosa para albergar las mejoras de múltiples potenciadores. Donde el hombro de Sharrowkyn mostraba el emblema del cuervo de su legión —aunque oscurecido por las partículas de polvo ionizado—, el otro lucía el guantelete plateado de los Manos de Hierro. Además, uno de los brazos de Wayland era un implante biónico: igual que gran parte de su biología interna, había tenido que ser reemplazado por causa de las heridas que había sufrido a manos del propio Fénix.

-Preví esa detonación de compuestos químicos y radiactivos, y pensé que podría usar la ola termo-electromagnética para cubrir mi disparo- dijo Wayland. **-Calculé que aún te daría tiempo de alcanzar al ferrovoro.**

-Me gustaría que dejaras de llamarlos así. Otorgarles nombre a estas cosas les da permanencia.

-Qué poco sabes- Wayland se colgó el arma al hombro y empezó a trepar sobre la forma inmóvil del ferrovoro. **-Conferirle un nombre a una máquina me permite conocerla. Si la conozco, puedo entenderla. Si puedo entenderla, puedo imponerme a ella. Ahora date prisa y sube antes de que la arquitectura cognitiva de esta criatura queme el bloque de inhibición espinal.**

Sharrowkyn se tragó su desagrado y trepó por la espalda del ferrovoro junto a su compañero, empleando las excrecencias de blindaje para llegar a la cavidad viscosa entre las lanzaderas de misiles y la carne podrida de su espalda. Del guantelete de Wayland se extendió una larga y afilada púa de metal plateado, cuyos reflejos hicieron que el Guardia del Cuervo se estremeciera.

Wayland incrustó la púa en la base de la espina del ferrovoro, y aunque Sharrowkyn no pudo percibir nada aparentemente distinto, notó los temblores que recorrían el cuerpo de la criatura cibernética en su lucha por mantener el dominio sobre sus propias funciones.

Wayland asintió. **-Es nuestro.**



Había sido la desesperación la que había emparejado a Sharrowkyn con Wayland, pero hasta ese momento el Mano de Hierro parecía adaptarse bien. Carecía de la más mínima habilidad para el sigilo, pero lo compensaba más que de sobra con sus otras especialidades. Ambos eran tan distintos en pericia y apariencia como era posible imaginar, pero compartían una experiencia que los vinculaba de una manera que sólo podía apreciar un puñado de legionarios astartes.

Eran supervivientes de Isstvan V.

Aislado de su Primarca y sus hermanos de batalla, Sharrowkyn había escapado de la Masacre del Desembarco en un *Stormbird* de los Manos de Hierro, uno de los pocos que había conseguido sortear la tormenta de fuego de cohetes. Se encontraba a las puertas de la muerte, desgarrado por los

proyectiles de bólter traidores que habían penetrado su coraza con una facilidad enfermiza. Sabik Wayland había arrastrado su cuerpo herido dentro del *Stormbird* mientras gritaba al piloto que despegase. Antes de quedar inconsciente Sharrowkyn había notado los impactos sobre el blindaje de la nave mientras ésta luchaba por escapar del desastre.

A aquello habían seguido meses de recuperación, aunque Sharrowkyn conservaba poco salvo recuerdos borrosos de la voz como de grava de una figura que se cernía sobre él en el apotecarium.

-No morirás, Guardia del Cuervo- decía la voz. **-No permitas que la debilidad de la carne te traicione, no ahora que has sobrevivido a tanto. Yo recibí un golpe del Fénix y sigo vivo. Tú también vivirás.**

Recordaba la autoridad de aquella voz que no se había atrevido a desobedecer. Había oído su amargura, pero no la había comprendido hasta que supo que Ferrus Manus estaba muerto, asesinado por la misma mano que había herido a Sabik Wayland.

A la estela del desastroso contrataque dirigido al Señor de la Guerra, los Manos de Hierro buscaron una manera de tomar represalias. A pesar de la devastadora pérdida de su Primarca, los hijos de Medusa se habían repuesto para la lucha un día después de reagruparse con las fuerzas de retaguardia que habían conseguido evadir la trampa de Horus.

Durante los seis meses siguientes, el comando fracturado que eran los Manos de Hierro había acosado a las flotas enemigas de una manera que habría hecho sentirse orgulloso a Corax. Atacando, retirándose y atacando de nuevo, golpeaban en cuanto la oportunidad se presentaba. Como un pugilista sonado que simplemente no puede quedarse tirado en la lona, los Manos de Hierro habían seguido volviendo a la lucha.

Y ahora tenían un objetivo merecedor de su rabia.



Para cuando las fuerzas imperiales se reagruparan para enfrentarse a la amenaza del sector Thramas era ya demasiado tarde para Cavor Sarta. Sus vastos recursos estaban ya en manos enemigas, y los traidores estaban coordinando sus considerables activos con el fin arrancar los restantes mundos-forja del control del sacerdocio de Marte. Los comandantes

imperiales estaban horrorizados ante la maestría para la organización que sus oponentes demostraban, y buscaban la manera de desentrañar las transmisiones astrotelepáticas interceptadas entre los mundos capturados y las flotas traidoras.

Tal método era un medio probado de frustrar los planes enemigos, pero algo había ido mal. Las transmisiones estaban encriptadas, por supuesto, pero el Mechanicum de Thramas había destinado a sus mejores rompecódigos y los mensajes fueron rápidamente descifrados. Pero en lugar de transmisiones que revelasen los movimientos de las flotas o la disposición de las fuerzas, los textos revelados no habían sido más que secuencias confusas de tejido binario corrupto en medio de cadenas lingüísticas que no tenían similitud alguna con ningún idioma conocido que permitiera su traducción.

Sólo después de la captura de una nave traidora salió a la luz algo más de información. Los contenedores de los motores de disformidad habían fallado en su huida de una emboscada abortada, y los guerreros de la Primera Legión habían abordado la nave y matado a todos en su interior. Uno de los cuerpos que se descubrieron después fue el de un híbrido intensamente modificado que presentaba marcas de manipulación genética y cirugía de potenciación nunca vistas antes. A pesar de que su cerebro había sido licuado y sus órganos comunicativos arrancados, el examen post mortem había llevado a los adeptos de Marte a una conclusión innegable.

La criatura era un ser artificialmente diseñado, una forma de vida híbrida con su propio lenguaje y con un medio de articulación que sólo podía ser interpretado por otro de su especie. Era el perfecto codificador, uno cuyo cifrado el Mechanicum no tenía esperanzas de romper a menos que de alguna manera fuera capaz de tomar posesión de un espécimen vivo.

Los adeptos del Mechanicum registraron a las criaturas en sus códices como Anfitriones de Cifrado Unilingües.

Wayland los llamaba kryptos.



Permanecían a cubierto en medio de las ruinas de una refinería de mineral, un cenagal de residuos petroquímicos burbujeantes y fumatas tóxicas. Localizada entre una elevada colección de torres repetidoras que vibraban con estallidos de chispas eléctricas, la refinería estaba tan cerca

cómo les había podido llevar el ferrovoro. Los había transportado a través de sucesivos círculos defensivos que rodeaban el templo-forja, dejando atrás torres de viviendas decoradas con cadáveres colgantes y manufactoría envueltas en llamas en las que una salmodia mecánica sin fuente definida degeneraba en estática a medida que se corrompía. Vieron talleres que los que resonaban los motores de construcción dedicados a tareas reasignadas, un panorama paulatinamente cambiante en el que brillantes templos de oro y plata se convertían en altares de hierro abrasado y bronce teñido de sangre.

Docenas de ferrovoros se habían acercado, pero ninguno había hecho nada más allá de dirigirles una somera mirada gracias a la manipulación de Wayland de la señal de energía de la criatura. Las patrullas de mortales y sus vehículos los rehuían, puesto que los ferrovoros eran criaturas caprichosas que fácilmente podían dirigir su hambre tanto sobre un amigo como hacia un enemigo. La criatura conocía las rutas seguras a través de los campos de minas antipersonal, los puntos ciegos de los detectores de movimiento, y tenía la suficiente destreza motriz para sortear las trampas láser.

Más allá de las torres de repetición se encontraba el corazón amurallado del templo-forja, una acumulación de cubos, pirámides y esferas. Extraños símbolos y ecuaciones arcanas pintadas con ungüentos de sangre y lubricante embadurnaban las cúpulas, la arquitectura sagrada del Omnissiah corrompida por geometrías no euclídeas y álgebra escherina distorsionada.

El ferrovoro se agachó, el gruñido de su mecánica brutal tragado por el penetrante y grave zumbido de las torres entre las que se ocultaban. Al menos otras cincuenta criaturas similares acechaban entre los yermos castigados de la zona industrial saboteada que rodeaba el templo, moviéndose en patrullas circulares superpuestas y reforzadas por varios cientos de soldados del ejército equipados con sistemas de auspex skitarii modificados.

-Torres de defensa, pictoescáneres, sensores de movimiento, diferenciales de presión, campos de fuego cruzado. Y una única entrada- dijo Sharrowkyn, indicando una medida defensiva tras otra.

Permanecía tumbado en las sombras, observando a través de los magnoculares blindados.

-Por la seguridad de este sitio, diría que nuestras fuentes tenían razón. El kryptos está aquí.

-¿Y sabes la manera en que podamos superar ese nivel de seguridad?- preguntó Wayland, arrodillándose tras una enorme sección del aislamiento

de ceramita que había caído de una torre hundida.

Llevaba su bólter ajustado al hombro, aunque el cañón y la mira telescópica estaban recogidos.

-¿Crees que puedes acabar con cincuenta ferrovoros?- preguntó Sharrowkyn a su vez.

-No, pero con una compañía de Manos de Hierro podría abrirme paso hasta el interior.

-Conseguir lo que queremos es algo que no lograremos con un asalto frontal. Carga contra esas puertas y encontrarás al kryptos en el suelo con el cerebro goteando de su calavera.

-¿Entonces cómo propones que entremos?

-No lo haremos- dijo Sharrowkyn. **-No hay forma de entrar sin ser detectados.**

-¿Entonces esta misión ha sido una pérdida de tiempo?- siseó Wayland. **-Pensaba que la Guardia del Cuervo erais expertos en este tipo de cosas: intrusiones encubiertas y operaciones tras las defensas enemigas.**

-Lo somos, pero hay inserciones que simplemente no se pueden hacer. Algunas defensas son tan compactas que no hay aproximación táctica que te permita sobrepasarlas.

-¿Lo que significa?

-Lo que significa que, si no podemos entrar, haremos que el enemigo saque fuera al kryptos.



Dada la devastación que había caído sobre el templo-forja, fue fácil localizar una caja de datos expuesta que vinculara el templo con la red planetaria. Gran parte del cableado estaba dañado o derretido más allá de toda posible reparación, pero algunos haces de cable oleosos aún funcionaban, y sobre uno de ellos era sobre el que Wayland dirigía sus esfuerzos. Múltiples pinzas para puentes y dispositivos tintineantes asomaban desde el interior de su guantelete recamado, e incluso las más

pequeñas chispas como fuegos fatuos que saltaban por entre aquellas herramientas hacían que Sharrowkyn se pusiera nervioso.

-No nos detectarán, ¿verdad?

-Solamente si sigues distrayéndome- contestó Wayland, tirando un cable desde la maraña de la instalación hasta un dispositivo cuadrado ajustado a su cinturón.

El motor de cifrado del Mechanicum zumbó a medida que masticaba sucesivos niveles de encriptación con la suavidad suficiente para evitar la detección.

-Estoy dentro- dijo Wayland, en el momento en que el motor de cifrado lanzó un exabrupto de código binario. **-Intercomunicación noosférica de alto nivel. Sólo lo mejor para el kryptos…**

-Suave…- dijo Sharrowkyn**. -Sólo con que los traidores piensen que estamos aquí fuera, la misión se acabó.**

-Sólo porque sea un Mano de Hierro no significa que no pueda ser sutil cuando la ocasión lo demanda, Nykona- dijo Wayland empleando de manera deliberada su nombre. **-He recibido entrenamiento en Marte y las innovaciones en redes noosféricas de la Adepta Zeth no me son desconocidas.**

-¿Así que ya te has conectado a este tipo de sistema antes?

-Lo he estudiado intensivamente.

-¿Estudiado?- incidió Sharrowkyn percatándose de que el otro había soslayado su anterior pregunta. **-¿Quieres decir que de hecho nunca has empleado nada como esto?**

-No como tal, pero confío en que seré capaz de interactuar con éxito- dijo Wayland extrayendo un conector e introduciéndolo en la base de su gorguera modificada.

-Te recordaré eso si tenemos que correr por nuestras vidas.

Wayland no contestó, tensándose cuando la marea de información ascendió por los cables dorados para desembocar en sus implantes de potenciación cortical.

El Mano de Hierro movía sus guanteletes en el aire, manipulando sistemas

operativos, flujos de datos y energía que sólo él podía ver. Las puntas de sus dedos, habilitadas para interactuar en un entorno virtual, pasaban sobre resmas de datos noosféricos con cada parpadeo de las lentes de su visor a medida que las descargas de información lo llenaban.

Sharrowkyn dejó a Wayland con su infiltración en los sistemas de datos del templo-forja y dirigió su atención hacia las defensas, buscando cualquier indicio de que su intrusión hubiera sido detectada.

-Me está ayudando…- susurró Wayland, y Sharrowkyn inclinó la cabeza para escucharlo.

-¿Qué?

-La forja- su voz sonaba distante y tensa. **-Odia en lo que se ha convertido y quiere que acabe con su sufrimiento. Sus sistemas están rescribiendo mi rastro.**

Sharrowkyn se apartó incómodo de la idea de que el templo-forja pudiera exhibir algo que pudiese considerarse una conciencia. A pesar de que el Mechanicum era de un valor inestimable como parte del Imperio, su creencia en la existencia de una fuerza divina tras las máquinas que mantenían y construían era difícilmente conciliable con la Verdad Imperial.

Pero como en la mayoría de los casos vistos desde un enfoque pragmático, la conveniencia y la utilidad superaban a la convicción.

-Lo tengo- dijo Wayland girando una mano e introduciendo lo que parecía un código de acceso en un panel invisible. **-Espera ver algo de actividad muy pronto.**

Sharrowkyn se volvió de nuevo al templo en el momento en que una cadena de sirenas de alarma resonaron por el complejo. Las luces de emergencia parpadeaban y las letanías de advertencia borboteaban de los altavoces montados en las torres de defensa. Un flujo de hombres armados se derramó del interior de las estructuras de hierro, una mezcla de ferales cohortes de skitarii y unidades del ejército presas del pánico.

-No sé lo que has hecho- dijo Sharrowkyn **-pero han salido corriendo aterrorizados.**

-Con el consentimiento del templo he desactivado las barras de contención del núcleo atómico del reactor y alterado la composición de sus catalizadores para llevar a los isótopos a su masa crítica a un ritmo exponencial. Cuando lleguen a ese estado, todo lo que haya en un radio de

cien kilómetros será vaporizado.

-¿Incluidos nosotros?

-No- dijo Wayland tamborileando con los dedos sobre otro dispositivo del Mechanicum que colgaba de su cinturón. **-Nosotros no.**

Las tropas enemigas convergieron en un punto fuera de las puertas del templo, adoptaron una posición defensiva y esperaron. Un miedo palpable se apoderó del enemigo. Sharrowkyn sabía que cuando un oponente ha perdido el equilibrio es el mejor momento para golpear.

-Ahí- señaló Wayland. **-Tiene que ser eso.**

Sharrowkyn miró hacia donde apuntaba el Mano de Hierro. Un guerrero en una pulida servoarmadura roja sobre la que aleteaban tiras de pergamino selladas con lacre escoltaba a un adepto anodino vestido con una túnica negra. Aparte de la retícula de brazos mecánicos aumentados común a todos los tecnosacerdotes, aparentemente no había nada que indicara que aquel adepto era especial.

-Portador de la Palabra- dijo Sharrowkyn, su voz atenazada por el odio contenido.

-La descarga magnética bloqueara el tráfico de voz- dijo Wayland. **-Pero tenemos menos de cinco minutos para hacernos con el kryptos.**

-Entonces pongámonos en marcha. ¿Está listo?- preguntó Sharrowkyn señalando con un pulgar sobre su hombro.

Wayland puso en marcha el mecanismo esclavizado del ferrovoro cautivo.

-Oh, sí, está más que listo.



Géiseres de vapor radiactivo sobrecalentado escapaban de las bóvedas y las paredes del templo-forja, los trazos de rayos invertidos marcaban con arcos la volátil atmósfera. A medida que el núcleo atómico del templo hervía hacia su propia destrucción los sistemas de ventilación y los protocolos de dispersión se desactivaban intencionadamente o simplemente fallaban. Los pocos adeptos que quedaban en sus puestos descubrían que sus esfuerzos

por evitar la inminente destrucción del templo eran frustrados una y otra vez.

En el instante en que el caos del templo condenado alcanzó sus elementos estructurales Sabik Wayland y el corazón-máquina moribundo tomaron su venganza. El fuego automático de las torres de defensa cayó sobre las posiciones de los traidores como granizo compuesto de proyectiles antiblindaje. Los sistemas diseñados para detonar minas enterradas bajo ciertas condiciones simplemente volaron en una serie de explosiones como truenos que sacudieron la tierra y envolvieron las estructuras cercanas en rugientes bolas de fuego. Los ferrovoros, convulsionados por las órdenes contradictorias que llegaban a sus implantes corticales, abrieron fuero y se abalanzaron sobre los skitarii para devorar sus cuerpos sellados de metal.

Sharrowkyn y Wayland corrieron a través del infierno estroboscópico de explosiones y disparos con la fría precisión de dos depredadores.

Wayland se movía con su rifle implantado que escupía ensordecedores proyectiles subsónicos. Cada uno detonaba en el interior del caparazón armado de un líder skitarii o un amo de disciplina, cada objetivo elegido cuidadosamente para dificultar que la cadena de mando enemiga restableciera el orden. Se movía en sincronía mecánica con el aullante ferrovoro cuyas armas liberaban arcos de fuego y arpones electrificados, abriéndose paso entre los pocos traidores que los reconocieron como enemigos. Las lanzaderas de su espalda descargaban salvas de cohetes sobre los traidores apiñados, sus cabezas explotando y liberando una lluvia de cientos de granadas de plasma. Estallidos de abrasadoras llamas de fuego azul crepitaban entre las unidades traidoras del ejército, fundiendo metal y carne y hueso con un grotesco siseo.

EL fusil de Sharrowkyn era más ligero que el de Wayland, pero no menos mortal en manos de un tirador maestro. Cada vez que apretaba el gatillo astillaba un cráneo o desgarraba una garganta expuesta, disparos que se llevaban la vida de los objetivos antes incluso de que estos fueran conscientes del peligro.

-Está huyendo- dijo cuando vio que el Portador de la Palabra se cargaba al hombro al adepto y se precipitaba hacia una estructura de techo bajo en una de las esquinas del complejo del templo.

-¿Puedes alcanzarlo?- preguntó Wayland, disparando su bólter sobre el pecho de un aullante guerrero skitarii que lucía la piel ensangrentada de un animal sobre la dentada superficie de la guarda de los hombros.

-Por favor…- contestó Sharrowkyn.

-Vuelve conmigo en sesenta segundos o no saldrás de este planeta.

Sharrowkyn asintió y activó sus retrorreactores, dejando atrás en su ascenso a Wayland y al frenético ferrovoro. El Portador de la Palabra estaba demasiado lejos para alcanzarlo en un solo vuelo, y el Guardia del Cuerpo aterrizó ya en plena carrera, disparando su arma en modo automático mientras ganaba velocidad para el siguiente salto. Los reactores llamearon y en medio del arco que describió en el aire Sharrowkyn vio que el Portador de la Palabra alcanzaba la estructura, su techo despidiendo brillos irisados a medida que se replegaba para revelar una nave plateada con unos enormes propulsores adosados.

-**No es el enemigo al que ves el que te alcanza...-** siseó Sharrowkyn. -**Sino el que no.**

Su fusil destelló y el Portador de la Palabra se detuvo en seco cuando los proyectiles de alta velocidad le perforaron el flanco de su casco y el hombro. Metal y ceramita astillados volaron bajo los impactos, y Sharrowkyn se cargó el fusil al hombro mientras aterrizaba resquebrajando la piedra del suelo en medio de una nube de humo recalentado.

El Guardia del Cuervo extrajo dos gladios de las vainas de sus hombros y se abalanzó sobre el Portador de la Palabra. El traidor se desprendió de su casco destrozado y Sharrowkyn vio que su cara era gris y cenicienta, cubierta con una intrincada red de tatuajes que se retorcían bajo la piel como gusanos de tinta sintiente.

El Portador de la Palabra soltó al kryptos y aferró su bólter. Sharrowkyn clavó uno de los gladios en el cañón del arma y enterró el otro en medio de la coraza pectoral del traidor. El guerrero gruñó de dolor y retrocedió cuando el siguiente proyectil de su arma estalló al dejar la recámara. Lanzó un puño, pero el Guardia del Cuervo ya estaba en movimiento. Giró alrededor del Portador de la Palabra y hundió el filo monomolecular del gladio en su cuello.

La hoja de Sharrowkyn alcanzó la espina dorsal del Portador de la Palabra. Arrancó la espada y la cabeza de su enemigo de descolgó hacia un lado desprendida del cuerpo. Antes incluso de que éste se desplomara, Sharrowkyn le dio la espalda y levantó al adepto de túnica negra del suelo. Su capucha cayó hacia atrás, y el marine espacial se estremeció al ver la horrible faz de la criatura. La cara era tan pálida como la suya propia, pero la mitad inferior era una matriz de pesadilla de partes móviles, emisores augurales, parrillas de voz y elementos productores de sonido que no se parecían en absoluto a nada que Sharrowkyn hubiera visto antes. Lo que quedaba de su cráneo era como la interfaz táctil de un cogitador, una amalgama de carne y bronce de anatomía alienígena entremezclada con compartimentos de vidrio

que dejaban visibles porciones del cerebro potenciado.

El kyptos emitió un sonido que chirrió como un clavo de hierro sobre una pizarra, y un flujo de barboteo ruido-máquina rechinó desde una boca que se movía con un tintineo mecanizado abominable y un húmedo gorjeo animal.

-Justo lo que estaba pensando- respondió Sharrowkyn, cargando al kryptos sobre su hombro y activando el icono que indicaba la posición de Wayland.

El Mano de Hierro estaba en medio del fragor del combate, bajo la sombra del ferrovoro que desgarraba a sus antiguos aliados. Sharrowkyn saltó por los aires dejando tras de sí una estela de fuego, aterrizando en el cráter de la detonación de una mina sónica. Un segundo salto lo propulsó sobre un grupo de aterrorizados mortales y con el tercero aterrizó al lado de Wayland.

-Por los pelos como siempre. El núcleo ha alcanzado la masa crítica.

-¿Cuánto queda?- preguntó Sharrowkyn, descargando al kryptos del hombro.

Wayland desenganchó de su cinturón el dispositivo que los adeptos del Mechanicum le habían proporcionado y lo colocó en el suelo en medio de los dos. Levantó la tapa del seguro y colocó el pulgar sobre el interruptor.

-¿Listo?

-Hazlo- contestó Sharrowkyn en el momento en el que el cielo centelleó con una luz imposiblemente brillante y la furiosa radiación borró el templo-forja de la faz del planeta en medio de una nube de fuego nuclear.



El tiempo dejó de tener significado.

Sobre Sharrowkyn transcurrió una era o un parpadeo, un periodo de tiempo imposible de calcular. Las luces y las sombras se extendían y se difuminaban, el mundo más allá de la fulgurante burbuja de irrealidad que los resguardaba de la aniquilación atómica se movía como una bobina de pictografías acelerada. No podía moverse, no podía pensar y —a todos los efectos— no existía.

El mundo volvió a enfocarse bruscamente cuando el temporizador del generador de campo de estasis llegó a cero. Unos vientos ardientes los

envolvieron, irradiados y cargados de elementos tóxicos que volverían inhabitable la región de Cavor Sarta durante milenios. No quedaba nada del templo-forja, sólo una llanura cristalizada y una hondonada en la tierra donde su núcleo fundido se había enterrado profundamente en el manto planetario. Una nube en forma de hongo de kilómetros de altura desprendía furiosas llamas y las ondas de presión emitidas atronaban en la atmósfera como mazazos. Tornados cáusticos de metales pesados bullían en las ruinas de pesadilla que había dejado atrás la explosión atómica, y tormentas de rayos rugían en melés electromagnéticas.

Wayland permanecía aún arrodillado junto al generador del campo de estasis, soportando impertérrito las secuelas. Sharrowkyn dirigió su mirada a la devastación que los rodeaba, maravillado de que hubieran sobrevivido en el punto cero de un holocausto nuclear.

-Creo que todo ha ido de manera satisfactoria- dijo Wayland.

-Estamos vivos y tenemos al kryptos- asintió Sharrowkyn, mirando como la rastrera criatura adepta se enroscaba en postura fetal, balbuciendo en su incomprensible y antinatural criptolenguaje mientras la radiación asaltaba su frágil cuerpo.

-Y los traidores no serán conscientes de nuestra implicación. Para todos esto no será más que una fusión del núcleo accidental.

-¿Crees que el enemigo creerá eso?

-Dada la falta de disciplina y de pericia mecánica de las fuerzas de ocupación, tal suceso está muy lejos de ser infrecuente- contestó Wayland. **-Creo que nuestra presencia no será detectada.**

Sharrowkyn asintió y activó la baliza de teletransporte integrada en su servoarmadura para mandar una señal a la nave de los Manos de Hierro oculta entre la basura orbital flotante alrededor de Cavor Sarta. Las tormentas electromágnéticas cubrirían cualquier rastro de la teleportación, y se habrían marchado antes de que las fuerzas enemigas llegaran para registrar la zona arruinada.

-Buen trabajo, Sabik Wayland.

-Buen trabajo ciertamente, Nykona Sharrowkyn.

En conclusión, pensó Sharrowkyn, *era un mal día para ser un traidor.*

FIN

LA GARRA DEL LOBO

(Wolf´s Claw)

CHRIS WRIGHT

TRADUCCION DIENEKES 488
CORRECCIÓN VALNCAR



Su enemigo lucía la heráldica de escamas verdes azuladas de los traidores. Era inmenso, un monstruo de pasos pesados, tan grande casi un dreadnought táctico con hojas sierra gemelas situadas bajo sendos puños, en los que había montados otros tantos combi-bólteres. Tres lobos de Fenris yacían a sus pies, ensangrentados y rotos.

Bjorn estaba agachado, pegado a la pared del corredor. El combate en una nave espacial era algo claustrofóbico: una cuestión de sombras densas y espacios reducidos.

Sólo quedaban cuatro de la manada que lo había acompañado al interior de la fragata Iota Malaphelos de la Legión Alfa. No había lugar al que retirarse, ninguna cobertura tras la que parapetarse. Otros tres legionarios traidores avanzaban a la sombra del campeón exterminador, pisoteando los cadáveres de los caídos.

Bjorn se puso tenso, preparándose para el contraataque. Sintió los espíritus de caza de sus hermanos supervivientes que se preparaban de la misma manera.

Y justo entonces, a medida que la híper-adrenalina inundaba sus músculos y sus corazones martilleaban con la urgencia de matar, recordó algo; recordó haber ido a pedirle a Slejek las herramientas que necesitaba para la guerra, y la respuesta que éste le había dado.

¿Qué diría Hacedor de hojas, se preguntó Bjorn, ahora que la ola de matar lo llevaba otra vez consigo? ¿Qué maldiciones escupiría a través de aquellos colmillos romos y quemados, una vez que supiera lo que había hecho?



En las profundidades de las cubiertas-forja de la Hrafnkel los fuegos nunca se extinguían. Calderas de hierro fundido se vertían sin cesar, alumbrando aquel espacio cuando el metal líquido se derramaba siseando en los moldes. Los martillos se alzaban y caían encima de los yunques de adamantina, y el zumbido de las cintas transportadoras sólo lo interrumpían las bendiciones de acero de los tecnosacerdotes de túnicas carmesíes.

Bjorn se abrió camino entre aquella masa de trabajadores, avanzando directamente hacia su objetivo. El maestro de la forja de la nave insignia, ceñudo, inspeccionaba una servoarmadura antigua, prácticamente negra y cubierta de marcas, frente a las fauces abiertas de un refulgente horno.

-Me preguntaba cuánto tardarías en venir…- la voz del sacerdote de hierro salió a través de la rejilla de su máscara mortuoria.

Bjorn lo saludó.

-Busco a aquel al que llaman «Hacedor de hojas».

-A todos nos llaman así aquí abajo. Pero has encontrado al que buscabas, y éste ya sabe lo que quieres.

Bjorn miró los servobrazos que sobresalían por encima de los hombros de Slejek Hacedor de hojas, brillantes de lubricante y con marcas de trabajo reciente.

-Necesito un guantelete.

Slejek se rió, con su voz tan seca como los carbones de un brasero.

-Al Rey Lobo le agradas. Fue él quien te envió aquí abajo, según tengo entendido- se acercó más, y Bjorn pudo oler su acre hedor a humo. **-Pero eso no te da ningún privilegio. Podrías ser el mismísimo lord Gunn, y aun así tendrías que esperar a tu turno.**

Bjorn levantó el brazo izquierdo. Terminaba en una maraña de pedazos de metal abollados y quemados. Desde que había perdido la mano en Próspero no había tenido la oportunidad de conseguir un reemplazo mecánico, y su último combate con la Legión Alfa había machacado lo que le quedaba. Acercó el muñón a la luz de los fuegos.

-No puedo seguir luchando así.

-Tengo entendido que no lo estás haciendo mal.

-Necesito poder sostener una espada de nuevo.

Por segunda vez, el maestro de la forja de rió.

-¿Más de una?

-Éste era mi brazo de la espada.

-Pues aprende a utilizar el otro entonces.

Bjorn se irguió frente a Slejek.

-No bromees conmigo, herrero.

-¿Crees que bromeo? Mira a tu alrededor. Tengo cuatro mil guerreros que cubrir y armar. Cada hora que pasa me llega otra maldita remesa de servoarmaduras quebradas y espadas rotas. He hecho trabajar a mis servidores hasta la muerte para satisfacer esa sed de hierro, y no cesará mientras tengamos a las serpientes al cuello. Conservas la vista y la fuerza, y puedes cargar con un bólter. Eso te convierte en uno de los afortunados.

Bjorn gruñó.

-No es suficiente- dijo enseñando los dientes. **-Necesito un guantelete.**

Slejek se incline, bajando su máscara negra hasta que estuvo a un palmo de la cara de Bjorn.

-Espera-a-tu-turno.

Por unos momentos, Bjorn no se movió. Apretó los dedos de la mano derecha, considerando emplear la fuerza. Era una posibilidad. Slejek era grande, pero Bjorn había acabado con enemigos aún mayores. Pero después, a regañadientes, dio un paso atrás. Pelearse entre ellos sólo alargaría más su condena entre las estrellas rojo óxido de Alaxxes.

-Volveré. Y la próxima vez no podrás rechazarme.

Slejek se limitó a encogerse de hombros y volver a su trabajo. Sus servobrazos volvieron a moverse, y los fuegos a brillar de nuevo.

Bjorn caminó a grandes zancadas entre los atareados sirvientes, sin apenas percatarse del parpadeo de los soldadores contras sus pesadas máscaras. Notaba cada nervio tenso de furia. Tendría que volver al combate de nuevo como una carga, como un tullido. Su propia muerte no le asustaba, pero la idea de fallarles a sus hermanos de manada lo soliviantaba.

Entonces, en los confines de la cámara de la forja, lo vio. Colgaba de cadenas de adamantina, medio oculto entre las sombras, brillando duramente con la luz que reflejaba de los hornos. Estaba completo, prístino y era salvajemente hermoso.

Bjorn llamó a uno de los sirvientes.

-Tú. ¿Para quién es eso?

El sirviente hizo una torpe reverencia, enfundado en su pesado traje de trabajo en la forja.

-No lo sé. Mi señor. ¿Debo preguntarlo a mis maestros?

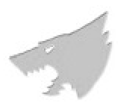
Bjorn lo miró de nuevo. La aleación no tenía tara alguna. Era algo singular, la obra de un genio artesano. El portador de aquello podría matar y matar hasta que las estrellas se consumieran y la oscuridad devorara todo el vacío del espacio.

Bjorn extendió su brazo atrofiado.

-¿Me lo puedes colocar?

-Sí, pero…

-Hazlo- dijo mientras tiraba de las cadenas que lo sostenían, mientras notaba cómo se le aceleraba el pulso. **-Hazlo ahora mismo.**



Rugiendo mortales maldiciones del Viejo Hielo, Bjorn se abalanzó sobre el enemigo. Sus cuatro garras de adamantina rugieron con él cuando la energía las recorrió insuflándoles un duro brillo azul que tiñó la penumbra a su alrededor.

El campeón exterminador enemigo cargó a su encuentro, con las hojas mecánicas resonando con un chirrido sangriento. Los dos guerreros entrechocaron, y Bjorn sintió el dolor penetrante de unos dientes de adamantina serrando a través de la guarda de su hombro. Notó también el impacto de un proyectil cerca del pecho que casi lo hizo retroceder. Giró bruscamente y volvió a atacar, manteniéndose lo más cerca posible de su oponente.

Golpeó con su garra hacia arriba, clavándola bajo el casco del legionario. Unas hojas de inferior calidad se habrían partido contra la gorguera reforzada y habrían dejado a Bjorn expuesto a un contragolpe mortal. Pero aquella garra era especial. Su campo disruptor brilló con una potente oleada blanco azulada, clavándose en la densa ceramita. Las hojas siguieron hundiéndose más, atravesando carne, cortando tendones, músculo y hueso. La sangre se

derramó sobre las hojas de adamantina, hirviendo, cociéndose sobre el campo de energía que cubría sus filos.

El exterminador se quedó estupefacto, incapaz de concebir que tuviera el cuello atravesado. Bjorn retorció la muñeca, y su enemigo cayó con la garganta desgarrada, tambaleándose sobre la cubierta hasta ser arrastrado al suelo por el peso muerto de su servoarmadura.

Bjorn aulló triunfal, alzando su garra, de la que salió despedida la sangre que dibujó unas líneas sangrientas a lo largo del corredor. A su lado estaban sus hermanos, disparando, haciendo retroceder a los legionarios alfa supervivientes.

Godsmote rió al pasar corriendo a su lado, mirando apreciativamente aquella hazaña.

-**Vamos a tener que dejar de llamarte «Una mano»-** y sin detenerse añadió: **-¡Tendremos que buscarte otro nombre mejor!**

Bjorn no le prestó atención. Se sentía renacido, preparado para cortar, sajar y desgarrar. Había dejado de ser un tullido por el destino y los caprichos de la guerra. Hacedor de hojas podía maldecirlo cuanto quisiera: no renunciaría jamás a aquella garra.

-¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!- rugió.

Y, envuelto en el ruido de los mecanismos de su servoarmadura y el crepitar de las energías disruptoras, cargo de nuevo, completo otra vez, hacia las sombras.

FIN

LADRÓN DE REVELACIONES

(Thief of Revelations)

GRAHAM MCNEILL

TRADUCCION ADEPTUS TRASLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



De todas las verdades que Ahzek Ahriman había aprendido como erudito del culto Corvidae, había una que merecía una consideración aparte: que la auténtica sabiduría nacía del conocimiento de la extensión de la propia ignorancia. Una vez creyó que comprendía los misterios del Gran Océano, con su miríada de complejidades, pero los eventos en Próspero le habían demostrado que hasta la más básica de sus certezas no era más que polvo que el viento arrastraba entre sus dedos.

La torre de Ahriman, una espiral de piedra blanca que se elevaba junto al precipicio del altiplano geomántico, era algo hermoso. Las rutilantes ruinas de Tizca habían sido trasplantadas a aquel mundo de roca cargada de energía disforme, pero Ahriman había resuelto no reinstalarse en sus antiguas cámaras. Aquella época de su vida se había acabado y estaba decidido a emplear el poder que ofrecía aquel mundo para labrarse un nuevo dominio. Quizá aquello era un pacto con el diablo, pero uno que tal vez permitiera que los Mil Hijos recuperaran su gloria anterior y que reivindicara sus acciones a los ojos de aquellos necios que los habían condenado.

El Libro de Magnus, el último regalo que su Primarca le había hecho, permanecía abierto en un facistol de plata y cristal, con sus gruesas páginas fulgurando suavemente con su propia luz. Poco más había salvado de todo el precioso conocimiento acumulado en las bibliotecas de Próspero que habían ardido, aunque sí lo suficiente para llenar las estanterías que tapizaban las paredes de la espiral desde la base hasta su cima. Era allí, en su cúspide, donde Ahriman desarrollaba su labor.

Inmovilizado por unas crepitantes cadenas de luz, una figura permanecía crucificada. El cuerpo había sido una vez el de un legionario, una representación perfecta de todo aquello a lo que la humanidad podía aspirar, un paladín de la iluminación, ahora era poco más que un monstruo.

Su nombre había sido una vez Astinum, un hermano del culto Pyrae, hasta que el cambio de carne lo había reclamado. Flotaba un metro por encima del suelo y el fuego recorría su cuerpo. La luminosidad fosfórica de las energías etéreas surcaba sus venas, visibles a través de la piel traslúcida. Unas brasas demoníacas ardían en lo más profundo de las cuencas oculares, y sus labios estaban contraídos en una sonrisa que era un rictus ardiente. La boca se movía, pero ninguna voz surgía de la garganta de Astinum, sólo vaharadas de aire ardiente, como salidas de los hornos de una forja.

Una serie de círculos concéntricos llameantes rodeaban el cuerpo del antiguo legionario, unos muros que habían sido empleados por los practicus de los Mil Hijos durante siglos cuando liberaban sus cuerpos sutiles en el éter. Gracias a ellos se podía mantener alejados a los moradores del Gran Océano y gracias a ellos también se podía contener a una criatura del abismo. Nueve círculos circunscribían a Astinum, seis de los cuales ya se habían consumido, con su fulgor argénteo debilitado progresivamente hasta que sólo habían quedado unas líneas negras e inertes. Y el séptimo círculo estaba ya agonizando.

Ahriman había aprendido mucho de los cuerpos de los cambiados que había ido capturando, uniendo sus extraordinarios poderes de clarividencia con la empatía de la biomanipulación de Hathor Maat. Juntos habían examinado la estructura híbrida de cuarenta y cinco de sus antiguos hermanos, cada vez aprendiendo un poco más de la mutación que estaba devorando a los guerreros de la Legión.

Ahriman caminó alrededor de la palpitante criatura en la que Astinum se había convertido, dejando que sus sentidos penetraran en el ardiente núcleo de energía de su interior. La voz del legionario resonaba en su mente.

+¿Otra vez, Ahzek? ¿Por qué persistes en esta necedad?+

Ahriman no hizo intento alguno de justificar lo que estaba haciendo. Aquel guerrero ya estaba perdido y no necesitaría rendir cuentas a quienes se beneficiarían de sus acciones. Lo único importante era su salvación. Si Ahriman veía arrogancia por su parte en aquella presunción, no lo expresó.

+Estás condenado a fracasar, Ahzek, eso lo sabes, por supuesto. ¿Quieres que te diga por qué?+

-Vas a decírmelo de todos modos, así que no voy a molestarme en preguntártelo.

La sonrisa ardiente de Astinum se amplió.

+Fracasarás porque crees que el cambio de carne debe revertirse, porque piensas que es una maldición, porque no puedes verlo como el don que es. +

Ahriman dejó que su mirada de corvidae penetrara las capas superiores de la carne ardiente del guerrero.

-¿Un don? ¿Es un don que te arranquen todo aquello que una vez fuiste? ¿Haber llegado al precipicio de la iluminación para ser arrojado a la

ignorancia y la mutación? ¿Eso es un don? No. Una vez fuiste un ser glorioso, pero ahora eres un monstruo.

+¿Un monstruo?+ la voz de la criatura vibró en su cabeza acompañada de carcajadas. **+El cambio de carne me ha enseñado que hay muchos monstruos cuya apariencia no revela lo que son. Temes aquello en lo que yo y otros como yo nos hemos convertido, pero todos llevamos en nuestro interior nuestros propios monstruos. Tú en particular, Ahzek.+**

Ahriman sabía que las palabras de Astinum estaban calculadas para penetrar a través de las grietas de su psique, y que las más afiladas eran aquellas que iban cargadas de verdad. Apartó aquellas frases de su mente y contempló la miríada de caminos que se desplegaban en el futuro de la degeneración del cuerpo de Astinum. Lo que se mostraba ante él era aquella ardiente criatura, las mil iteraciones de su hiperevolución: en algunas el fuego al final la consumía, en otras lo reformaba interminablemente… pero en ninguna de ellas el proceso se invertía. Sin intervención, el cuerpo de Astinum sólo se adentraría más en su estado de disformidad. Ahriman apartó su mirada, notando los círculos de protección que se enfriaban en sus huesos cuando devolvió su mente a su propio cuerpo. Notó el peso de la servoarmadura que lo envolvía, las placas blindadas de ceramita ribeteadas de marfil que reflejaban las llamas.

Debería haber matado a Astinum mucho antes, pero lo que estaba aprendiendo de él le había permitido avanzar en su comprensión del cambio de carne. Y lo que se podía comprender, se podía doblegar.

Los cambios en Astinum eran tan frecuentes y violentos que Ahriman lo había encontrado con cierta facilidad. La conciencia del bibliotecario jefe de los Mil Hijos se extendía por la superficie de aquel planeta como una telaraña y la degeneración del guerrero había tirado de sus hilos como ninguna otra.

+No puedes detenerlo, Ahzek. El cambio os devorará a todos. Con el tiempo te devorará incluso a ti. Su germen ya está en tu interior. Puedo verlo.+

La furia brotó en Ahriman, y dio un paso hacia el círculo cuya luz disminuía gradualmente a sus pies.

-El cambio de carne no me reclamará, Astinum. No lo permitiré.

+¿Quién ha dicho que la decisión sea tuya?+

Demasiado tarde, Ahriman se dio cuenta de que la última de las paredes alrededor del ser se había extinguido. La criatura de fuego se abalanzó sobre él, con las luminosas venas de su cuerpo brillando aún más fieramente. Unas

garras de fuego se clavaron en su coraza. Ahriman apartó a Astinum de un golpe, pero su antiguo hermano recuperó el equilibrio con la velocidad de un felino, con su cuerpo recorrido por olas de fuego blanco.

El aire rielaba con las oleadas de calor y una cascada de sílabas que formaban no-palabras brotaba de los labios de Astinum como una cadena de maldiciones. Los sentidos de Ahriman saltaron al futuro inmediato y se apartó a un lado a la vez que Astinum trató de embestirlo. Lo vio recorrer la cámara incendiando todo lo que encontraba a su paso, cada posición consecutiva grabándose como una quemadura en su retina y dejando un eco psíquico en aquel mundo. Ahriman extendió el brazo, invocando su vara heqa y blandiéndola como una espada con la que trazó un tajo en el vientre de Astinum, haciendo que éste se encogiera. Llamaradas fantasmales envolvieron la vara en toda su longitud, pero Ahriman las extinguió con un pensamiento.

Astinum atacó de nuevo, descargando lenguas de fuego sobre él. Antes de que los chorros candentes alcanzaran a Ahriman, una rutilante esfera de aire congelado rodeó a Astinum. El ser gritó al ver sus fuegos extinguidos, con la luz magmática de sus venas reduciéndose hasta ser sólo un débil brillo. Inmovilizado por un orbe de puro frío, Astinum juró en su bárbara lengua demoníaca. Ahriman pudo notar la insaciable ira de su biología luchando contra el poder biomántico.

-¿Una criatura de fuego y no has pensado en emplear las artes del culto Pavoni contra ella? Estás olvidando cómo emplear tus poderes, hermano.

Ahriman se giró para encontrar a Hathor Maat con las manos extendidas y una blanca radiación helada emanando de las puntas de sus dedos. Sobek y Amon permanecían tras él, con sus auras iluminadas por la concentración de su poder. Con su cuerpo sutil en el interior de los círculos de protección, no había notado su presencia hasta ese momento.

El venerable Amon se acercó a la rabiosa y desafiante figura de Astinum, estudiando la desfigurada fisiología del guerrero con una expresión de horror.

-Astinum, Astinum... ¿en qué te has convertido?

-En aquello en lo que nos convertiremos todos si fracasamos.

Amon asintió, aceptando las palabras de Ahriman pero reluctante a expresarlo en voz alta.

-No quisiera molestar, pero sólo puedo mantener esta criosfera por un tiempo, así que daos prisa y matadlo.

Ahriman concentró su poder, ascendiendo en las “*Enumeraciones*” para enfocar su pensamiento. Hizo un gesto a Hathor Maat que dejó caer los brazos. Astinum comenzó a elevarse, pero no avanzó mucho antes de que Sobek lo apresara en una red de energía. La voluntad de Ahriman era algo físico, una extensión de su fuerza y poder multiplicada una infinidad de veces, que envolvió el cuerpo del ser de fuego y comenzó a aplastarlo. El seco sonido de huesos partiéndose resonó por la cámara y la luz de las llamas del cuerpo de Astinum se apagó. Su aura etérea se disipó como un humo arrastrado por el viento y otra capa del corazón de Ahriman se volvió de piedra con la pérdida de otro de los Mil Hijos.

Hathor Maat percibió su angustia.

-No malgastes tu pesar en degenerados como ese.

Ahriman encaró al pavoni clavando en él una mirada iracunda.

-El hombre del conocimiento no solo debe ser capaz de amar a sus enemigos, sino también de odiar a sus amigos.



Amon movió la cabeza del cadáver a un lado y al otro, como si con el mero hecho de mirarla pudiese descubrir algo que explicase aquella degeneración. Sobek se arrodilló y pasó un dedo sobre los restos de los círculos carbonizados.

-Corres demasiados riesgos estudiando los cuerpos de los cambiados…

-Corremos un riesgo mayor si no los estudiamos.

-¿Y has aprendido algo que sea útil?- dijo Amon.

Ahriman dudó un momento antes de contestar.

-Ahora ya sé cómo se desarrolla la corrupción.

-Pero no cómo revertirla…

-No, todavía no.

-Debemos hablar con el Rey Carmesí.

-Sabes que no podemos- contestó Ahriman irritado.

-¿Por qué? Dime. Él detuvo esto una vez y podrá hacerlo de nuevo.

-No hizo nada más que posponer nuestra degeneración. En su arrogancia creyó que había dominado los poderes del Gran Océano.

-¿Y tú crees que nosotros podremos hacerlo?- rió Amon. **-¿Quién es el arrogante ahora?**

-Has estado alejado de la Legión mucho tiempo, Amon. Tus vagabundeos te han llevado a los rincones más remotos de este mundo, pero ¿qué has aprendido? Nada.

Amon dio un paso hacia él y lo encaró.

-Entonces parece que he aprendido tanto como tú, Ahzek.

Sobek se interpuso entre los dos.

-Puede que el Primarca sí lo haya hecho.

Ahriman negó con la cabeza y buscó una de las páginas del Libro de Magnus, una cubierta de fórmulas mágicas incompletas y cálculos esotéricos.

-Ya hemos discutido esto antes, hermanos. Cuando la Rúbrica esté finalizada se la mostraremos a nuestro padre. Si le hablamos de nuestra gran tarea mientras esté incompleta y sin probar, nos detendrá.

Hathor Maat tocó la página amarillenta del grimorio casi como si fuera una reliquia sagrada.

-Presumes que le importará lo suficiente como para detenernos. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de nosotros vio a Magnus o sintió su presencia en la superficie de este mundo?- el silencio que siguió fue una elocuente respuesta a su pregunta, y sus rasgos parecieron endurecerse. **-Sigue recluido en la Torre de Obsidiana, ¿y quién sabe qué pensamientos ocupan su mente? Sinceramente, no creo que sea el destino de los pocos hijos que le quedan.**

-Supones demasiado, Hathor Maat.

Como antiguo palafrenero del Primarca, Amon siempre salía en defensa de Magnus cuando las discusiones llegaban a aquel punto.

-¿Ah, sí? ¿Y qué sugieres que hagamos? ¿Rendirnos a lo que las olas de la disformidad decreten para nosotros?- Hathor Maat se acercó al cadáver retorcido de Astinum, la nobleza y la majestuosidad que una vez había poseído arruinadas y corrompidas. **-Yo no acabaré así. Y si tengo que ir en contra de la voluntad del Primarca, que así sea.**

El rostro de Amon se encendió a la vez que su aura ascendía en las "*Enumeraciones*" preparándose para el combate. Sobek amplió sus poderes de corvidae para proyectar en las mentes de todos imágenes del futuro: huesos rotos y carne ardiendo, visiones de la ruina de todos y cada uno de los guerreros presentes.

-¡Ya basta!

Amon y Sobek presenciaron sus propias muertes y ambos adeptos comenzaron a emitir un fulgor psíquico que resonó en la materia psicoconductora de la torre, provocando estallidos de energías etéreas. Ahriman se situó en el centro de la cámara.

-Hemos emprendido este camino y nuestro propósito está fijado. Y olvidar el propio propósito es la forma más común de la estupidez.

-¡Y repetir una y otra vez las mismas acciones esperando resultados diferentes es la definición misma de la locura!

-¿Entonces qué propones?

-¡Ya sabes lo que propongo!

Ahriman suspiró.

-Está bien. Hablaré con el Rey Carmesí.



La Torre de Obsidiana hacía honor a su nombre. Una espiral tortuosa de roca negra, cerniéndose sobre todo lo demás, con su edificación imposible lograda en segundos: una extravagancia pasajera del Rey Carmesí hecha realidad. Su esencia era angular y vítrea, como una protuberancia volcánica, y su superficie la recorrían luces erráticas. Ninguna ventana ni abertura de otra clase marcaba su superficie, salvo aquellas que surgían repentinamente por voluntad del Primarca.

La coronaba una radiación que era en parte luz y en parte éter. Era imposible fijar la vista en ella sin tener la impresión de que la mirada del Rey Carmesí, con su presencia omnisciente, se proyectaba viéndolo todo, sin dejar sombra alguna en la que ocultar un secreto.

Ahriman apartó la mirada. En un mundo saturado con energía de la disformidad era sencillo moverse de un punto a otro en lo que dura un parpadeo. Aun así, había decidido desplazarse en una Thunderhawk. Como todo en aquel mundo, la nave no había escapado a las energías transformadoras de su nuevo hogar. Su estructura se había vuelto en su conjunto más aviar, su perfil más predatorio: la esencia implícita en su nombre había determinado su nueva forma. Ahriman hizo virar la nave, rodeando la torre en busca de un sitio para aterrizar. Unas vívidas tormentas eléctricas se imprimían en las retinas como postimágenes de luchas titánicas en los cielos, y los picos dentados que se recortaban en el horizonte lo hacían contra un fondo de fuegos eléctricos, cruzado por trazos de rayos en el firmamento.

Porciones sintientes de éter perseguían a la Thunderhawk, retazos de conciencias germinales flotando en busca de poder como acólitos implorando a un sumo sacerdote. Millones de ellas convergían en la torre de Magnus como los anillos de material estelar alrededor de un planeta o tiburones que han captado la sangre de una presa en el agua. Ahriman dio otra vuelta más hasta que una apertura se formó espontáneamente en la espiral y una porción de piedra vitrificada extrudida creó una plataforma de aterrizaje. Hizo descender la nave sobre aquel muelle recién creado con la suave presión de un pensamiento.

Esperó un momento a que los motores se enfriaran antes de desplegar la rampa de asalto y descender a la torre. Como las veces anteriores, notó el aire cargado de estática, la sensación patente de potencialidad que preñaba cada instante. Allí, incluso el aliento tenía poder, y el suyo parecía convertirse en una bandada de aves invisible que lo rodease. Ahriman ignoró esa impresión y se introdujo en la torre a través del arco cuya superficie parecía grabada con el relieve de unas llamas danzantes.

El espacio en el interior era inmenso, demasiado vasto como para que pudiera existir dentro de los límites de la circunferencia de la torre. E iluminados por las suaves luces de la biblioteca, las estanterías y los anaqueles se deformaban bajo el peso de la plétora de formas que adoptaba el conocimiento: papiros, pergaminos, cristales de datos, tomos encuadernados, placas, medios hápticos… cada uno atesorando un fragmento de conocimiento precioso rescatado del saqueo de Próspero. Para un extraño, aquella colección podría parecer extensa, un repositorio de conocimientos superado sólo por el que podría encontrarse en las criptas de

Terra, pero para uno de los Mil Hijos, aquello no eran más que retazos, una fracción de la sabiduría acumulada y recopilada de los rincones de la galaxia durante los dos últimos siglos. Ahriman sentía deseos de llorar al pensar que todo aquel saber irremplazable se había perdido irremisiblemente a causa del rencor y la envidia.

-¿Mereció la pena?

Una voz vino de ninguna parte, resonante con el pesar de eras, una voz que no conocía la sorpresa ni la alegría, más triste aún al saber que una vez estuvo copada de maravillas.

-No pronuncies su nombre.

-Padre…

-¿Por qué vienes a perturbar mi retiro?

Ahriman no podía ver señal alguna de su señor. La voz emanaba de todas partes y de ninguna, un espíritu descarnado podría estar susurrándola en sus oídos o gritándola desde lo más profundo de la biblioteca.

-Necesito preguntaros algo.

-No necesitabas viajar hasta la Torre de Obsidiana para eso.

-No. Pero algunas cosas es mejor hablarlas cara a cara, de padre a hijo.

Hubo una pausa y después una alteración del presente, un cambio fundamental en la estructura secreta de la realidad: la biblioteca se desvaneció y Ahriman se encontró en la cúspide de la torre de Magnus, mirando el mundo desde allí como un dios que contemplara desde arriba sus dominios. El planeta se curvaba a lo lejos, como si él fuera un gigante en pie sobre un orbe, y pudo entrever las torres de los otros hechiceros guerreros que habían escapado con vida de la masacre final en la pirámide de Photep. De una legión de miles, sólo quedaba aquel puñado insignificante.

-Pretendemos vivir como lo hicimos una vez… Pero la historia no lo permitirá.

La voz surgió a su espalda en medio del estruendo de relámpagos.

-Un pequeño grupo de guerreros decididos, alimentados por el fuego de una fe inquebrantable en su misión, puede alterar el curso de la historia.



El Rey Carmesí, lo llamaban. El Cíclope Rojo. Magnus el de un Solo Ojo. Todos aquellos epítetos y más se le habían otorgado, algunos con reverencia, la mayoría con miedo.

El Magnus que se erguía frente a Ahriman iba ataviado como la última vez que recordaba, presto a luchar contra el Rey Lobo bajo una aullante tormenta de lluvia negra, con la coraza de un rojo sangre rematada con dos cuernos de marfil y cubierto por una capa de malla ambarina, con un kilt de cuero bordado en oro y repujado con el círculo serpentino de la Legión. Su pelo escarlata estaba suelto, la melena de un visionario o un loco. Los rasgos del Primarca eran de bronce y bajo ellos pulsaba una luz feroz, como si en el núcleo de su ser un sol palpitara irradiando su luminosidad a aquel cuerpo ficticio y simultáneamente creándolo.

Aquella luz brillaba más intensamente en su ojo, un único orbe de oro veteado de colores inimaginables y endurecido por el dolor de alguien que sabe el día en que vio más allá de lo que debía. Ese era Magnus, tal y como deseaba aparecerse en aquel momento, un semidiós envuelto en la forma de un pasado perdido, definido por los recuerdos y los sentimientos de su hijo predilecto. Magnus era un ser al filo de una transformación, pero fuera cual fuera ésta y a dónde lo conduciría, eran misterios para los que ni siquiera él tenía respuesta.

Ahriman sintió el impulso de arrodillarse. Cuando llegaron al planeta de los hechiceros Magnus decretó que desde ese día ninguno de sus hijos hincara la rodilla ante él, pero algunos hábitos tardan en desaparecer.

En contra de las expectativas, la cúspide de la torre de Magnus estaba abierta a los elementos, y la tormenta caleidoscópica que liberaba su furia sobre sus cabezas parecía lo bastante cercana como para tocarla. Virulentas energías de un poder inimaginable danzaban en lo alto, y su potencial era un elixir que Ahriman podía notar en su propia sangre.

-Impresionante, ¿verdad?- dijo el Primarca con el placer de un secreto compartido en su voz.

-Es… increíble.

Magnus camino despacio hasta el borde de su torre mientras arcos de energía caían sobre él como si fuera un imán. El Primarca notó la mirada de

Ahriman sobre él.

-Lo igual atrae a lo igual. El poder que hay en mí es el del Gran Océano, destilado dentro de mi carne renacida en algo más puro pero, a pesar de ello, caótico.

En presencia de Magnus era imposible no sentirse como un estudiante desamparado a los pies de un maestro omnipotente. Había mucho que Ahriman deseaba preguntar, pero dominó sus tumultuosos pensamientos y descendió a las "*Enumeraciones*" más sosegadas para concentrarse.

-He estado trabajando en algo que quiero que veáis.

-Sí, lo sé. Has estado estudiando sin descanso el cambio de carne.

-¿Lo sabes?

Magnus le dirigió una mirada de soslayo.

-¿De verdad creías que no lo sabría?

Ahriman se dio cuenta de que había sido un ingenuo al creer que el Rey Carmesí no sabría de su gran tarea, pero incluso así se sorprendió al descubrirse tan transparente.

-¿Es ese el motivo por el que has estado rebuscando en mi biblioteca?

-Sí, mi señor. He leído cada palabra del grimorio que confiasteis a mi cuidado. Hay un hechizo que creo que…

-¿Para qué has venido aquí?- lo interrumpió el Primarca.

Ahriman caminó hasta situarse a su lado al borde de la torre, con su capa ondeando presa de los vientos que nacían en la llanura volcánica bajo ellos. Unas rocas escarpadas surgían a los pies de la estructura como colmillos negros en la boca de un depredador.

-Porque necesitamos vuestra ayuda. No podemos hacerlo solos. Hemos aprendido mucho, pero somos ciegos buscando revelaciones en los lugares equivocados.

-Así que quieres mi bendición y mi ayuda. Bien… pues no te concederé ninguna de las dos. Estás recorriendo un camino muy peligroso, hijo mío. Confía en mí, conozco el noble propósito que te impulsa, el mismo que me empujó a mí una vez. Pero pensarás que has roto la maldición del cambio

de carne sólo para descubrir que has sido engañado por los mismos poderes que pensabas que te habían permitido lograrlo.

-Pero seguro que juntos podemos encontrar una solución.

-No, no puedo ayudarte. Es más, no quiero ayudarte. Y cesarás todo esfuerzo en ese sentido. ¿Lo has comprendido?

Ahriman notó como su dominio sobre las "*Enumeraciones*" se debilitaba y cómo inconscientemente había ascendido por ellas hasta un estadio de combate.

-No, no lo haré.

Sin movimiento aparente, Magnus se convirtió en un gigante, una bestia feral de pelaje sanguíneo y piel endurecida, con su único ojo transmutado en un sol fundido que paralizó a Ahriman como a una res lista para ser sacrificada.

-¡Tu pequeña cábala deja de existir a partir de ahora! ¡Y pobres de aquellos que hagan caso omiso de mi advertencia o rompan la promesa que los une a mí! ¡Se convertirán en mis enemigos y les infligiré tal destrucción a ellos y a sus seguidores que, hasta el final de todas las cosas, maldecirán el día en que se apartaron de mi luz!

Ahriman reconoció las palabras y la amargura que goteaba de cada sílaba. No quedaba más que una pregunta por hacer.

-¿Por qué?

-Porque asuntos más importantes ocupan mis pensamientos.

La espantosa amenaza despareció del ojo de Magnus a la vez que recuperaba su físico anterior.

-¿Más importantes que el fin de vuestra Legión?

Magnus no contestó inmediatamente, sino que dirigió su mirada a la tormenta de luz sobre él como si allí en su interior se encontrara la respuesta. Sus rasgos se suavizaron.

-Mucho más importantes.

-Pues decidme, ¡decidme!, porque no entiendo por qué nos habéis abandonado.

Magnus asintió y posó una mano broncínea sobre su hombro. El planeta de

los hechiceros desapareció, como una brillante burbuja hundiéndose en un oscuro pozo.

-Haré algo mejor: te lo mostraré.

Ahriman sintió una terrible dislocación, como el brutal desplazamiento de una teleportación pero centenares de veces peor. Su constitución genéticamente reforzada, biomoldeada para resistir los entornos más extremos, repentinamente pareció la de un frágil mortal en el momento en el que su esencia sutil fue arrancada de su envoltura carnal. Su cuerpo de luz se precipitó en el Gran Océano arrastrado por la estela de un cometa de oro incandescente, una presencia de un poder de una magnitud tal que no se atrevía a mirarla directamente. Sabía que aquello era Magnus, quien en la dimensión del Gran Océano no se veía constreñido por forma alguna.

Las estrellas y las galaxias trazaron espirales a su alrededor, revelando un tapiz de eventos aparentemente aleatorios que no lo eran en absoluto. Todo se sometía al esquema de un arquitecto del destino, pero el patrón era tan vasto que apenas podía percibirse más que desde los más remotos extremos de la existencia, e incluso entonces estaba más allá de la capacidad de Ahriman el entenderlo, sus complejidades demasiado sutiles, sus cursos demasiado inextricables para aprehenderlos. Comenzó a sentirse enfermo: un vértigo lo calaba hasta la médula, una mareante sensación de caída lo asaltaba. Luchó por no gritar. No era nada frente a la escala del universo, un insignificante grano de arena en un desierto de polvo barrido por el viento formado de las inconsecuencias de la galaxia. No era excepcional, no era nada.

-¡No! ¡Yo soy Ahzek Ahriman!

Y con ese pensamiento pudo recomponerse y ser uno de nuevo. Era un erudito guerrero de los Mil Hijos. Forzó su mente hasta alcanzar la segunda "*Enumeración*", en la cual las inferencias de la materia se despreciaban a favor de la prosecución de la iluminación.

Su cuerpo había desaparecido y en su lugar lo que existía era un brillo de luz, un conglomerado de engranajes girando dentro de engranajes y millones de ojos, una forma tan inmaculada como ignota: aquella era la expresión más pura de su ser, una criatura de luz y pensamiento.

La voz de Magnus le llegó a través de sentidos desconocidos, cada palabra cargada del peso de una terrible precognición.

-Ven, hijo mío. Nos convertiremos en ladrones de revelaciones. Ve lo que yo he visto y dime después si estoy equivocado al pensar más allá de tus

preocupaciones.

Por un instante, Ahriman deseo no ver: una vez lo hiciese ya nada volvería a ser lo que era. Pero no podía desobedecer a su Primarca, y desear la placidez de la ignorancia era algo vergonzoso. Su brillante forma flotó para acercarse a la radiante esencia de Magnus.

-Muéstramelo todo.

-¿Todo? No, eso no, eso nunca… Pero te mostraré lo suficiente.

-¿Lo suficiente para qué?

-Lo suficiente para que veas que aún tenemos una elección ante nosotros, una que marcará cómo se nos recordará en el devenir de la historia.



Las estrellas giraron a su alrededor hasta convertirse en un borrón acelerado. Viajaron a la velocidad del pensamiento y llegaron a su destino en un instante. La sensación era indescriptible. Como dioses, avanzaban a zancadas sobre la galaxia, de un extremo a otro en segundos. Ahriman apenas comenzaba a apreciar la magnitud del poder de su Primarca cuando se percató de que habían dejado de moverse y que la realidad se definía de nuevo a su alrededor en patrones familiares de estrellas y planetas en órbitas elípticas.

-¿Dónde estamos?

-Esto es Tsagualsa, el planeta de carroña del Acechador Nocturno, un lugar de muerte y tormento donde los gritos de los agonizantes nunca se acallan, el lugar desde el que mi hermano dirige su campaña de genocidio. Desde aquí es desde donde ha estado luchando contra la I Legión del León.

Recorrieron el sistema, dejando atrás mundos muertos arrasados por el conflicto, consumidos por el daño colateral de dos legiones en guerra. Ahriman notó cómo algo atraía su mirada a los límites del sistema: una sanguinaria lucha en el vacío, dos flotas acribillándose la una a la otra a corta distancia. Las naves enemigas se entremezclaban descargando andanadas completas del armamento de sus flancos, saturando el espacio entre ellas de proyectiles sólidos y haces de láser. Las explosiones los recorrían de proa a popa y les arrancaban pedazos de blindaje. Ahriman vio cómo cientos de

almas desaparecían de la existencia, centenares de vidas perdidas cada segundo.

-Éste es el estertor de la Cruzada de Thramas.

Ahriman se sumergió en la batalla, un fantasma de luz testigo de la fría masacre. Las naves negras con la insignia de la espada alada parecían tener la victoria a su alcance: el daño que estaban provocando a los Amos de la Noche era terrible. No obstante, no parecía que las naves de la VIII Legión estuvieran dispuestas a retirarse.

-Durante dos años se han sangrado los unos a los otros. Pero con esta batalla, la guerra termina. Mis hermanos se retirarán para lamerse las heridas.

-¿Quién resulta vencedor?

-Eso aún está por verse. Los Ángeles Oscuros son portadores de la semilla de su propia destrucción. Además, en estos tiempos, ¿puede alguien de verdad llamarse vencedor?

Lo que los rodeaba se desenfocó de nuevo y esta vez Ahriman sintió una fuerza oponiéndose a su avance. Una a una, las estrellas fueron desapareciendo como llamas de velas que se extinguieran, hasta que no quedó más que oscuridad. Más allá de ese telón de negrura pudo entrever un planeta cuarteado y desfigurado por las llamas, con sus placas continentales quebradas y un símbolo de ocho puntas grabado a fuego sobre su corteza terrestre. Más lejos había otro planeta, uno que reverberaba con el halo de un combate desatado a su alrededor, un mundo rojo bañado en sangre y locura. Ahriman se proyectó hacia él con la intención de descubrir qué nueva demencia se desarrollaba allí, pero una suave presión psíquica de Magnus lo detuvo.

-No, hijo mío, no te acerques más, o te mancharás con la misma locura que arrastra a Sanguinius y sus ángeles hacia su condenación.

-¿Los Ángeles Sangrientos, destruidos?

-El tiempo lo dirá. Sanguinius se encuentra en un cruce de caminos y sabe que ambos senderos terminan en sangre. Pero es más fuerte de lo que nadie imagina. Bueno, casi nadie. Guilliman lo sabe, pero ni siquiera él conoce del todo la herida en el corazón de su hermano.

La imagen del planeta rojo sangre de disolvió, reemplazado por los vastos vacíos del espacio entre mundos, nadas que la mente humana no podía

abarcar.

-¿Por qué me estáis mostrando todo esto?

-Porque no volveré a engañarme. Próspero arde porque pensé que sabía más que nadie. Si ahora hemos de decidir un curso para nuestra Legión, ha de ser el correcto. Y con ese fin, he viajado por las estrellas y el tiempo mismo para encontrar a mis hermanos, para saber al lado de cuáles debemos luchar.

Ahriman notó como si el vacío a su alrededor se volviese más claustrofóbico, como las paredes de una cámara de meditación que se estuvieran acercando entre sí. Lo que momentos antes parecía inconmensurablemente amplio, ahora parecía constreñido, reducido.

-Ese es el peso de nuestra decisión, presionando sobre nosotros, Ahzek. La guerra ha estallado en la galaxia, una guerra como ninguna otra antes. Y pronto deberé elegir un bando.

-¿Por qué debéis elegir un bando? El Emperador nos traicionó y Horus Lupercal no tiene nada que ofrecernos.

-¿Eso crees? Entonces déjame mostrarte Ultramar.

La rutilante presencia de Magnus ardió más intensamente, arrastrando consigo a Ahriman al hundirse a través del espacio de nuevo. Esta vez viajaron hasta un mundo azul atrapado en la tormenta infernal de su estrella malherida. Sus ciudades sólo las recorrían los vientos radiactivos, y almas que no habían conseguido refugiarse en las arcologías subterráneas habían muerto.

-Conozco este mundo, estuve aquí tras visitar la biblioteca de cristal de Prandium. Es Calth.

Naves de guerra se desperdigaban, alejándose del planeta condenado, las oro y azul de la XIII Legión y las del rojo arterial de la XVII. Las de los Ultramarines se estaban reagrupando, mientras que las de los Portadores de la Palabra estaban aprovechando el caos del final de la batalla para desplegarse por la negrura entre los Quinientos Mundos.

Bajo la mirada de Ahriman se desató una tormenta, estalló sobre la superficie del planeta como una terrible erupción de una estrella. Invisible a los ojos físicos, era un vasto derrame de energías vinculadas a la disformidad. Devoró Calth, y pronto se extendió más allá de los límites del sistema, una tormenta ruinosa de proporciones épicas que se propagaba como un voraz incendio.

Descontrolada, rugiente, sangrando, la tormenta escapó del reino inmaterial en todas direcciones, una aullante barrera de odio y resentimiento que no había podido ser obra más que de un individuo excepcionalmente poderoso. Las energías empleadas en su creación casi eran inconcebibles y a Ahriman le costaba aceptar cómo algo tan devastador podía haber ocurrido. ¿Pero quién, excepto los Mil Hijos, tendría el poder de invocar algo como aquello?

-Han quemado Calth… ¿Ha sido por Monarchia?

-¿Monarchia? No… Calth es sólo el prólogo de la batalla. La visión de Lorgar es grandiosa y abarca mucho más allá de la muerte de un solo mundo. Y la lógica pragmática de Guilliman aún está por desplegarse en toda su majestuosidad y toda su tragedia. Las piezas ya están en movimiento y presiento que ésta es la clave de todo lo que está por venir.

-¿Lorgar pretende asaltar los Quinientos Mundos? ¿Se ha vuelto loco? Los ejércitos de Guilliman son legión. Lorgar nunca derrotará a la hueste de Ultramar.

Un brillo de hilaridad recorrió la luminosidad de la forma de Magnus.

-Le trasladaré tu apreciación a mi hermano la próxima vez que lo vea. Si algo nos enseña la historia es que no existe ejército que sea invencible… Es sólo que a veces la historia necesita un ligero empujón.

FIN

LA DIVINA PALABRA

(The Divine Word)

GAV THORPE

TRADUCCION ADEPTUS TRASLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



La palabra del Emperador debe ser leída y escuchada con diligencia para poder alcanzar el conocimiento necesario.
Lectitio Divinatus, circa M31

El cielo sobre la ciudad resplandecía y se quebraba con los relámpagos, recortando nítidamente la silueta del ejército que se retiraba de las afueras arrasadas. Miles de hombres y mujeres abandonaban Milvian, ensangrentados y desalentados. Los restos calcinados de tanques y transportes quedaron abandonados cuando los soldados de la Cohorte de Therion respondieron con velocidad y agradecimiento la orden de abandonar las posiciones.

Los proyectiles sólidos y las descargas láser los persiguieron, reduciendo aún más su número, hasta que alcanzaron la cobertura de los cientos de plataformas de armas emplazadas que descargaron sus salvas sobre la ciudad, deteniendo la persecución. En la creciente penumbra del crepúsculo, los soldados seguían llegando en oleadas hasta donde los esperaban sus camaradas.

La imagen se convirtió en una nube de estática cuando los oficiales de observación que acompañaban el asalto cortaron la transmisión de reconocimiento. Para Marcus era un alivio no tener que seguir viendo las columnas de hombres abatidos que luchaban por volver a las líneas imperiales. Fueron reemplazadas en la pantalla por los esquemas estratégicos de líneas, símbolos y designaciones de objetivos que daban una apariencia clínica a unos hechos deprimentes.

No era el primer revés que Marcus Valerius había afrontado en su carrera miliar, pero se preguntaba si sería el último. El vicecésar de la Therion desvió su atención de la pantalla principal de la sala de mando y dirigió la mirada al pequeño monitor del comunicador que había en el panel a su lado.

-Las baterías de Milvian deben ser silenciadas a mediodía como plazo límite. No puede haber más retrasos. Nuestro éxito depende de ello.

Con ver la cara rígida del comandante Branne en la pantalla hololítica, el vicecésar Marcus Valerius sabía que el capitán de la Guardia del Cuervo no estaba empleando una hipérbole. Si Branne decía que la campaña dependía de que el ejército de Valerius tomara Milvian en las siguientes dieciocho horas, seguro que era cierto.

A pesar de que Branne había mantenido un tono inocuo y libre de toda acusación, Marcus era consciente de que merecía un tratamiento más severo. El ataque inicial sobre Milvian había sido repelido demasiado pronto y la Cohorte de Therion se había visto forzada a retirarse de manera desordenada. Era un incidente que el vicecésar estaba dispuesto a rectificar.

-Todo está dispuesto para un asalto renovado al amanecer- confirmó Marcus al comandante de la Guardia del Cuervo.

Se había precipitado en el ataque inicial, quizá por exceso de confianza, quizá por simple entusiasmo. Más de diecisiete mil hombres de la Therion habían pagado su error con sus vidas.

-**He estudiado una nueva aproximación al ataque que nos permitirá tomar las baterías en el tiempo previsto. Los golpearemos con toda nuestra fuerza. Vuestras naves tendrán vía libre para el ataque desde órbita baja.**

-Estamos listos para asestar el golpe mortal- Branne repasó los puntos del plan como otras veces antes y Marcus aceptó el recordatorio en silencio, con la cabeza baja. **-Vuestro avance sobre la capital ha hecho que la mayor parte del alto mando traidor se refugie en el complejo de búnkeres a treinta kilómetros al sur de la ciudad. Pero no permanecerán ahí por mucho tiempo. La Guardia del Cuervo caerá sobre los comandantes renegados en naves y cápsulas de desembarco en dieciocho horas, siempre que la Therion y sus auxiliares puedan tomar Milvian y silenciar los láseres y las otras armas antiorbitales que protegen sus límites.**

Branne no necesitaba reiterar que se trataba de un movimiento crucial. Con la toma de Milvian y la eliminación del mando traidor, el mundo de Euesa volvería al seno imperial y con él, el control del sector Vandreggan.

-Sí, comandante- no había nada más que Marcus pudiera añadir que no sonara a una excusa o un desacuerdo con el oficial astartes. **-Las baterías de Milvian caerán.**

-Entendido. ¿Algo más?

Lo había, pero Valerius se guardó sus pensamientos. Se trataba del sueño. Pero el concurrido centro de mando no era un lugar apropiado para discutir asuntos personales entre ambos.

-Nada, comandante.

-Eso es reconfortante, Marcus. Buena lucha.

La pantalla parpadeó y después se apagó. Marcus impartió algunas órdenes relativas al nuevo avance de las fuerzas y la cobertura de la retirada. Asegurándose de que se había hecho todo lo que podía hacerse, el agotado vicecésar dejó la sala de mando y regresó a sus cámaras privadas.



Una tos suave llamó su atención. Se detuvo para observar a Pelon, que esperaba atento frente a las cortinas cerradas del ventanal. Aquel adolescente estaba convirtiéndose en un joven esbelto pero musculado y llevaba su rango de sub-tribuno con orgullo. Era difícil reconciliar aquella figura decidida que acompañaba a Marcus con el chico nervioso que le habían asignado como sirviente personal diez años atrás.

-¿Sí?

-¿Dejo entrar algo de luz, vicecésar?

Valerius movió la mano en un gesto ambivalente como respuesta, apartando la distracción a la vez que empezaba a andar en círculos, exhausto físicamente, pero con la mente frenética por las posibles implicaciones que tendría una derrota. Pelon lo tomó como un permiso concedido y tiró del cordón que apartaba las pesadas telas. Los últimos rayos azulados de sol atravesaron el trío de ventanas arcadas, revelando las colinas y las nubes de un gris pizarra.

Marcus se detuvo, absorto en la vista. Había estado tan ocupado dirigiendo el ataque que hacía días que no miraba las colinas de Euesa. Se acercó a las ventanas y vio cómo la colina coronada de árboles se alejaba.

Por supuesto, la colina no se movía: era el inmenso vehículo tipo Capitol Imperialis que servía como cuartel a Marcus el que lo hacía. Con ochenta metros de longitud y cincuenta de altura, el Altivo rodaba sin descanso a media velocidad sobre sus largas cadenas, sus flancos inclinados punteados de escotillas y torretas armadas. Cinco kilómetros más atrás estaba otro pesado Imperialis, el General de hierro, comandado por el prefecto Antonius, el hermano menor de Valerius. Cada una de aquellas máquinas superpesadas transportaba dos compañías de la Cohorte de Therion —cien hombres y nueve tanques— junto al retén de tecnosacerdotes, adeptos y servidores del Mechanicum necesarios para atender el cañón masivo y los cientos de armas secundarias.

Alrededor del par de inmensos vehículos el resto de la Therion avanzaba a

pie y en transportes de tropas: setecientos mil hombres. Entre ellos caminaban los titanes de exploración y de batalla de la Legio Vindictus, auxiliados por varios miles de skitarii, sagitarii, pretorianos y herakli, junto con docenas de extrañas máquinas de guerra y vehículos de servicio.

Además, el ejército contaba con otros vehículos superpesados —Baneblades y Shadowswords, Stormhammers y Leviatanes— del XIII Regimiento de supresión Capricornio, junto a cientos de tanques Leman Russ, transportes Quimera, cañones Hidra antiaéreos y muchos otros carros de combate. Y con ellos viajan Grifos y Basiliscos, y plataformas móviles de misiles.

En los dos años y medio desde que la nueva Cohorte de Therion había sido desangrada en la Fortaleza Perfecta de los hijos del Emperador, el ejército de Marcus se había hecho más fuerte, sin lugar a dudas.

La ruta por la que avanzaban había sido allanada —literalmente en algunos puntos— por los zapadores y las máquinas de los cuerpos pioneros de Lothor. Quince mil hombres y casi el mismo número de vehículos de ingeniería habían abierto franjas en los bosques, allanado colinas y creado rampas en acantilados y precipicios para permitir el avance de la hueste. Habían condenado ríos o habían levantado puentes sobre ellos. Habían drenado pantanos y trazado calzadas a lo largo de cientos de kilómetros de llanuras y laderas.

La única parte de las fuerzas de combate que no estaba representada allí era la propia Guardia del Cuervo. La legión de lord Corax estaba dispersa a lo largo de Euesa y su órbita. La Guardia del Cuervo había sido el heraldo de la retribución del Emperador, tomando el espaciopuerto de Carlingia y permitiendo así a la Therion y sus aliados descender a tierra con sus máquinas y tropas.

-El consejo de mando es en dos horas- dijo Marcus apartándose de aquel espectáculo militar antes de cruzar la cámara hasta el catre de una de las esquinas, haciendo caso omiso de los temblores provocados por el movimiento del vehículo. **-Despiértame en una hora.**

Se desprendió del pesado abrigo y lo dejó en manos de Pelon. Cuando Marcus se sentó en el borde de la cama y Pelon se arrodilló para quitarle las botas, el vicecésar se dio cuenta de que su ayudante estaba pensativo.

-Hay algo en tu mente, Pelon. Habla.

El asistente dudó, concentrándose en su labor. No cruzó la vista con la de su señor cuando habló.

-Presumo que no habéis mencionado vuestros sueños al comandante Branne.

-No- liberado de las botas, subió las piernas a la cama y se tumbó boca arriba, con los dedos entrecruzados sobre el pecho. **-Dejó muy claro tras la debacle de los Rapaces que no debía volver a hablar de ellos.**

-Uno de esos sueños salvó a la Guardia del Cuervo de la aniquilación, vicecésar. ¿No creéis que los últimos sean pertinentes para la campaña?

-Tengo suerte de que lord Corax no inquiriera por los motivos de nuestra llegada tan apropiada a Isstvan. Está muy claro que el primarca no me envió aquellas visiones y no tengo intención de provocar preguntas incómodas. Ya hemos visto cosas extrañas en esta guerra. Un comandante del ejército imperial que tiene sueños premonitorios no sería tolerado.

-¿Y si los sueños los hubiera enviado otro, un poder superior al primarca?- el tono de Pelon era vagamente admonitorio.

-Absurdo- respondió Marcus sentándose y mirando a su asistente. -**No hay poderes superiores.**

-Puedo pensar en uno- sugirió Pelon discretamente a la vez que sacaba de uno de los bolsillos de su túnica un manojo de papeles maltratados. **-Me lo dio uno de los lothorianos, por un motivo totalmente distinto-** su entusiasmo aumentó. **-Hay mucha verdad en estas escrituras, más profunda que nada de lo que yo haya leído antes. El Emperador no nos ha abandonado, continúa guardándonos y guiándonos. Está todo aquí.**

Ofreció las octavillas a Marcus, pero el vicecésar las apartó con un gesto de desprecio.

-Esperaba más de ti, Pelon. Creía que habías sido criado en Therion y educado en la sabiduría de la lógica y la razón. ¿Y ahora esparces esas supersticiones como si fueran una verdad más profunda? ¿Crees que no he oído esas majaderías sobre la divinidad antes? Son una afrenta a la Verdad Imperial y a todo por lo que hemos luchado.

-Mis disculpas, vicecésar, no era mi intención ofenderlo- dijo Pelon, devolviendo rápidamente los textos a su bolsillo.

-Despiértame en una hora. Y no vuelvas a hablar de dioses emperadores ni de su guía divina.



Para Marcus el sueño no había venido con facilidad los días anteriores y aquel no era diferente. Tan pronto como empezó a adormecerse su mente fue asaltada por un cuadro terrorífico. El vicecésar se encontraba en una llanura cubierta de hierba alta, con nubes de tormenta cerrándose sobre él. A su alrededor la hierba parecía crujir y separarse como si algo se arrastrara cerca de él.

Las serpientes se alzaron rodeándolo, con sus brillantes escamas verdosas y con dientes tan largos como dagas. Marcus era incapaz de huir y las serpientes se abalanzaron sobre él, hundiendo aquellos colmillos en sus piernas y sus brazos, luchando entre ellas por morder pecho y entrañas.

Retorciéndose de dolor, Marcus vio el cuerpo de la bestia y descubrió que las criaturas que lo habían atacado eran las múltiples cabezas de un único monstruo. La criatura lo paralizó con su veneno y lo liberó de sus mordiscos para envolverlo en los anillos de su cuerpo y aplastarlo.

Despertó con el sudor perlándole la frente. A través de las ventanas vio que había caído la noche. Pelon estaba sentado en el escabel del vestidor, guardando algo rápidamente en su bolsillo y levantándose al ver despertar a su señor. Había preocupación en sus ojos y algo que Marcus no había percibido antes: asombro. Cualquiera que fuera el sinsentido escrito en aquellos pedazos de papel, estaba claro que había dejado una huella profunda en el joven, pero Marcus no tenía energía suficiente para amonestarlo. En lugar de eso se levantó a duras penas, con la camisa y los bombachos húmedos de sudor.

Pelon sacó del guardarropa un uniforme recién planchado. Marcus asintió, agradeciéndoselo sin palabras.



Situada detrás del puente de mando del Capitol Imperialis, la sala del consejo era una amplia cámara de veinte metros por treinta, dominada por una brillante pantalla hololítica que se encontraba en su centro. Una de las paredes estaba iluminada por los paneles de sistemas de comunicaciones atendidos por servidores y asistentes, y la opuesta por las pantallas con la información que proporcionaban los escáneres del vehículo y la red de inteligencia.

El hololito enfocaba a Milvian, una ciudad en expansión que hacía décadas que había sobrepasado los límites de sus murallas originales, creando un suburbio de fábricas y bloques que rodeaban las torres de defensa del perímetro y los edificios principales de la guarnición militar. Los grandes palacios de la élite planetaria dominaban la colina que se alzaba en el interior de las murallas de la zona oeste, protegidos por cuatro fortalezas que vigilaban el puente tendido sobre el río que atravesaba la ciudad. Las naves de reconocimiento y los sondeos orbitales confirmaban que los defensores habían destruido todos los demás cruces.

El fuego de las baterías y los macrocañones de las defensas barría el terreno a escasos kilómetros, por lo que el consejo de mando transcurría con las explosiones y los impactos sobre las trincheras que habían levantado los pioneros como telón de fondo.

Mientras Marcus hablaba los sub-tribunos manipulaban la pantalla del hololito para asignar formaciones y representar las maniobras con iconos y flechas parpadeantes.

-El plan no ha cambiado- dijo el vicecésar al consejo. **-La toma de la ciudad consta de cuatro fases. La primera ya ha sido completada: el establecimiento de una línea de asedio a dos kilómetros de los suburbios. Los cañones y misiles del coronel Golade del XIII Capricornio han demolido la línea defensiva interior. La cortina de fuego sostenida ha mantenido a la fuerza principal de los traidores dentro de la ciudad, dejando vulnerables las afueras. Liderados por sus prefectos, los hombres de la Therion tomarán la ciudad exterior, preparándose para asaltar las murallas, limpiando las calles y los edificios para facilitar el paso de los tanques y titanes, que formarán la punta de lanza del ataque principal.**

Marcus hizo una pausa cuando una cúpula azulada apareció en el hololito.

-Pensamos que todo iba según lo planeado, pero en el anterior ataque nos topamos con algo con lo que no nos habíamos encontrado hasta ahora. Un escudo de fuerza protege las murallas de la ciudad, capaz de repeler proyectiles y láseres, y de abrasar la carne con sus emisiones de energía. Nuestros hombres lo llaman «el campo de rayos» y ha detenido su avance. Ese campo es nuestro principal obstáculo, pero una vez que caiga- y Marcus estaba convencido de que caería en cuanto localizasen sus generadores y los inutilizaran. **-Los distritos de la ciudadela a cada lado del río serán nuestros objetivos finales. Las armas de defensa orbital situadas en la colina deben ser silenciadas para que la Guardia del Cuervo pueda lanzar su ataque sobre las fortificaciones más allá de la ciudad.**

-¿Contamos con apoyo orbital?

La pregunta la había hecho el general Kayhil de los pioneros, un hombre bajo y enjuto de edad avanzada, vestido con un uniforme de campaña de camuflaje.

-No hasta que silenciemos las defensas- contestó Marcus. **-No podemos arriesgar ninguna nave en órbita baja y los ataques a mayor distancia no serían lo suficientemente precisos. Necesitamos golpear con precisión para eliminar el campo de rayos. Una vez lo consigamos tendremos apoyo aéreo, pero el objetivo es tomar la ciudad, no arrasarla.**

El vicecésar esperó por si alguno de los demás oficiales tenía alguna pregunta. En la nuca aún podía sentir el aliento caliente de la bestia y las punzadas de sus dientes en la carne. Intentó ignorar esa sensación, pero el último sueño había sido más vívido que los anteriores, dejando a Marcus en un estado de profunda inquietud. Revisó el esquema hololítico una vez más, buscando cualquier punto de vulnerabilidad. Su mirada se detuvo en la pequeña ciudad de Lavlin, cuatro kilómetros al oeste del eje principal de su avance. En los días previos había sido bombardeada intensamente por el XIII Capricornio y por un ataque orbital, y un reconocimiento de los pioneros había confirmado que estaba limpia de fuerzas enemigas. Pero seguía atrayendo su atención.

-¿Tenemos confirmación de que el flanco de Lavlin es seguro?- preguntó a Kayhil.

-No había presencia enemiga hace doce horas- dijo el general encogiéndose de hombros. **-Podemos hacer otra batida de reconocimiento en las ruinas, pero eso nos llevaría tiempo y no puedo prescindir de hombres del ataque principal.**

Marcus consideró sus opciones, golpeándose suavemente la barbilla recién afeitada. Aunque el plan parecía seguro —todo lo seguro que podía ser cualquier plan— no lograba desprenderse de las dudas causadas por la pesadilla y la retirada del día anterior.

Una y otra vez sus ojos volvían a Lavlin.

-Voy a destinar diez compañías a la reserva, por si el flanco se ve amenazado- se dirigió a la pantalla que mostraba la cara del princeps senioris Niadansal de la Legio Vindictus que permanecía en el puente de su Warlord. **-Por favor, asignad dos titanes de batalla a la reserva, princeps.**

-Eso me parece una pérdida de recursos- respondió bruscamente el

comandante frunciendo el ceño. **-Diez compañías y dos titanes serán una falta considerable en el asalto frontal.**

-Podemos derribar el campo de rayos sin ellos- contestó Marcus. **-Podrán avanzar e incorporarse al ataque principal cuando el flanco esté asegurado.**

-¿Tenéis algún informe de inteligencia del que no tengamos constancia, vicecésar?- preguntó el coronel Golade. **-¿Por qué esa súbita preocupación por Lavlin?**

-No se trata de un informe de inteligencia- respondió Marcus rápidamente e hizo una pausa, calmándose. **-Se trata de que es imperativo que el avance sobre la ciudad no sufra ningún contratiempo. Mejor asegurarnos que arrepentirnos.**

-Quizá esté siendo demasiado cauto, vicecésar- sugirió Golade. **-Las bajas son una consecuencia inevitable de la guerra.**

Valerius contuvo su respuesta, pensando en el hecho de que el regimiento de Capricornio no formaba parte de la fuerza de asalto y que se hallaría seguro tras las líneas de asedio localizadas a kilómetros de la ciudad. En lugar de eso carraspeó y se encogió de hombros.

-Cauto, sí, pero no demasiado, coronel- dijo, controlando su temperamento: Golade no podía saber de la sensación que asaltaba a Marcus y no se le podía reprochar su reticencia.

-¿Quién dirigirá la reserva?- preguntó Antonius.

Vestido con el uniforme completo de la Therion, incluido el fajín rojo de oficial cruzado sobre la coraza, el prefecto le recordaba a Marcus a sí mismo años atrás, cuando su misión era lograr el acatamiento de planetas. Dos años de guerra contra los traidores no habían hecho mella en el optimismo de Antonius. Marcus envidiaba la esperanza de su hermano pequeño tras ver lo que había ocurrido en Isstvan y haber experimentado la traición de Horus de primera mano, el vicecésar había renunciado a la idea de una victoria definitiva y simplemente había aceptado cada nueva batalla sin pensar en un fin último.

-Usted- respondió Marcus: no había nadie en quien confiase más y la presencia del otro Capitol no era vital para el asalto frontal. **-Le enviaré los detalles del destacamento, seis compañías de infantería y cuatro blindadas, antes de que vuelva al General de hierro.**

Antonius aceptó el mando con un gesto, pero tenía una curiosa mirada en los

ojos. Por un momento Marcus creyó ver cierta extrañeza en las expresiones de cuantos lo rodeaban, pero decidió que no era más que paranoia: los oficiales albergaban dudas por el súbito cambio en el plan, pero nada más.

-¿Alguna otra consideración que no hayamos tratado?- el consejo no hizo más comentarios ni preguntas en la breve pausa. **-Bien. El bombardeo de Golade comienza en treinta minutos. Atacamos en cuarenta y cinco.**



El puente del Altivo lo copaba el zumbido de los informes de la red de comunicaciones y las voces de los subordinados de Marcus. Aproximadamente cada minuto, el cañón principal disparaba y hacía temblar el Capitol Imperialis, con su estallido ensordecedor contrarrestado por los aislantes de sonido.

Marcus permanecía absorto en la pantalla principal, la cual había sido dividida en siete secciones que mostraban la telemetría de batalla a lo largo del frente de cinco kilómetros de largo.

Una de las subpantallas recibía las imágenes en tiempo real que enviaba la nave de reconocimiento situada en atmósfera alta sobre la ciudad y mostraba las defensas pulverizadas de la superficie. La cortina de fuego de Capricornio seguía cayendo, concentrando obuses y misiles en los polvorines y las baterías de armas.

Otras cinco secciones eran esquemas del avance de los pioneros y la Therion en las afueras de Milvian. Las brigadas de infantería se movían ágilmente de edificio en edificio, cubiertas por los Warhounds de la Legio Vindictus. El progreso era rápido, lo que indicaba que el grueso de las fuerzas enemigas se había retirado tras las murallas como el vicecésar había esperado. Aún así, el avance fue metódico, sin dejar nada al azar.

Unos kilómetros detrás de la infantería avanzaban los tanques y las piezas de asalto de la Therion y el Capricornio. Avanzaban en largas columnas a través de bulevares y avenidas, apoyados por más infantería con el fin de asegurar que no eran objeto de una emboscada.

La pantalla restante la alimentaban las imágenes de los alrededores del vehículo-cuartel, una vista de calles envueltas en cenizas ligeramente desenfocadas por los escudos de vacío que protegían aquel enorme vehículo. El parpadeo de los disparos láser, las llamaradas de las explosiones y las columnas de humo coloreaban aquella escena. Los proyectiles de artillería

trazaban líneas en el cielo nublado y oleadas de polvo recorrían las calles cuando un edificio se desplomaba. De la consola de comunicaciones brotaba un ininterrumpido fondo de informes y conversaciones, el repiqueteo y los silbidos de armas ligeras contestado por detonaciones mayores. Hombre y mujeres intercambiaban breves reportes, juraban y maldecían, escupían coordenadas de blancos y gritaban los nombres de sus subordinados.

Mientras observaba y escuchaba, Marcus estaba lejos de todo aquello. Podía captar algún pedazo de las palabras de un sargento amonestando a su escuadra por retroceder, partes del cántico de un servidor del Mechanicum que salmodiaba vectores de escaneo, rotos por el crepitar de la estática. Había voces y gritos de dolor, y en las pantallas pequeños símbolos podían parpadear o desaparecer según se desenvolvía la batalla. Marcas minúsculas se escurrían por calles para encontrarse con símbolos enemigos en las intersecciones. Flechas de los avances previstos, triángulos de objetivos terciarios y círculos que indicaban las zonas de fuego de cañones cubrían las pantallas en una aparente anarquía. El vicecésar no intentaba comprender todo aquello y menos de un diez por ciento de lo que ocurría se filtraba hasta sus pensamientos conscientes. Ocasionalmente pedía detalles a uno de sus tribunos, pero su función no era la de dirigir cada evento del conflicto: debía estar atento para comprender el escenario general y a esa escala todo parecía progresar como había esperado.

Su mirada se dirigió a la última sub-pantalla, sobre la que se deslizaba la lista de bajas de las dieciocho falanges de la Therion. Dos mil treinta hombres habían caído en el primer ataque —aunque no todos ellos estaban muertos —, pero el índice de bajas se había reducido a medida que el ejército superaba la línea exterior de defensa.

Cuatro kilómetros atrás y tres al oeste, en el flanco derecho del avance, el General de hierro y sus compañías asignadas aguardaban la orden de atacar. El asalto había comenzado una hora antes y no había signo alguno de amenaza proveniente de Lavlin, pero Marcus aún no había podido desprenderse del sentimiento de aprensión y desplazar a la reserva.

El Altivo soportaba la carga del avance principal, atravesando la carretera a Milvian hacia el límite exterior del campo de rayos. La pantalla defensiva aún no se había medido con los escudos de vacío de un titán o un Capitol Imperialis, pero Marcus había determinado que la superfortaleza era el mejor medio con el que destruir uno de los generadores. Una vez que abrieran una brecha, el resto de fuerzas podrían ocuparse de rematar el ataque.

Había algo más que mero pragmatismo en el hecho de que Marcus liderara personalmente aquel ataque. Tras el rechazo del primer asalto quería probar a sus hombres —y más importante aún, a lord Corax—, que él y la Therion

eran dignos de confianza. En su fundación la Cohorte había servido al propio Emperador y el Primarca de la Guardia del Cuervo no merecía una entrega menor.

El Altivo prosiguió su avance, aplastando los vehículos y tanques abandonados que encontraba a su paso. Las baterías de ambos flancos y el cañón principal seguían descargando sus salvas sobre los edificios que lo rodeaban, arrasando todo lo que encontraban en un radio de unos cientos de metros. Los proyectiles de los defensores estallaban alrededor del leviatán. Ocasionalmente un impacto directo hacía brillar los escudos de vacío, envolviendo la superfortaleza en un aura ardiente de púrpura y oro.

A la estela del gigantesco vehículo aguardaban los tanques de la Therion y la infantería, prestos a avanzar en cuanto surgiera la oportunidad.

Marcus sabía que la batalla se encontraba en un punto crucial, con el éxito o el fracaso de la invasión pendiente del resultado de la siguiente hora. Aunque el avance por la ciudad exterior había sido rápido, los traidores habían actuado muy inteligentemente reuniendo sus recursos en el interior del campo de rayos y el ataque casi había llegado a un inevitable punto muerto. Había numerosas peticiones de los subordinados de Marcus solicitando el avance de la reserva: la potencia de fuego de los titanes y las compañías se hacía necesario a lo largo de todo el frente.

-Generador dentro de nuestro alcance, vicecésar- informó uno de los tribunos.

-Apunten los sistemas principales de armamento, máxima potencia.

En el mismo instante en que la orden partía de los labios de Marcus otro tribuno gritó una advertencia desde su panel de sensores.

-Titán Warlord enemigo, ochocientos metros, sector cuatro, apuntándonos.

Una sub-pantalla parpadeó y enfocó la imagen de la máquina traidora, su contorno difuso tras sus propios escudos de vacío.

-¿Modificamos el objetivo?

-Negativo- espetó Marcus. **-Concentren todas las armas en el generador del campo. Los escudos de vacío pueden aguantar el fuego enemigo. Nuestros propios titanes responderán a la amenaza.**

El Altivo se estremeció cuando liberó la andanada de su cañón y demás armas pesadas. Medio kilómetro más adelante un edificio explotó

convirtiéndose en una tormenta de rococemento y metal derretido proyectada cientos de metros sobre los arcos de energía del escudo de rayos que detonaba.

El grito de júbilo que recorrió la sala de mando fue silenciado por el tribuno atento a los sensores.

-¡Misil de disformidad, vicecésar!

La sub-pantalla amplió la imagen del titán traidor, centrándose en los anclajes de armas pesadas sobre su caparazón. Un misil de diez metros partió sobre una estela de fuego azul. Cubrió los primeros cientos de metros en segundos antes de que su motor de disformidad en miniatura se activara. El misil desapareció un momento, dejando tras de sí una onda blanquiverdosa de energía disforme. Un segundo después reapareció a escasos doscientos metros del Altivo.

-¡Preparados para el impacto!- rugió Marcus cuando el proyectil saltó de nuevo al inmaterium.

El vicecésar se aferró a la consola de mando en el momento en que el misil reapareció en el interior de los escudos de vacío del Capitol Imperialis y estalló. Marcus salió despedido cuando el Altivo comenzó a derrapar sobre sus cadenas, balanceándose por unos instantes antes de detenerse pesadamente sobre la carretera.

Las sirenas de alarma comenzaron a sonar, ensordeciendo a Marcus mientras se ponía en pie. La sangre se escurría sobre su cara de la brecha en la frente. Se la limpió con la manga de la camisa.

-Control de daños. Devuelvan el fuego. ¿El escudo ha caído?

-No, vicecésar…- dijo uno de los tribunos. **-Un momento… creo que… ¡Sí, ha caído!**

-¿Invocamos a la reserva?- preguntó otro.

Marcus estaba a punto de hacerlo, consciente de que cualquier retraso significativo podía permitir al enemigo recuperarse de la caída del campo de rayos y retrasar así el asalto a las armas de defensa orbital. Sus hombres y los de sus aliados estaban muriendo a cientos en el avance, y sus muertes no servirían para nada si las baterías no estaban silenciadas a mediodía.

Iba a contactar con Antonius cuando su comunicador personal sonó. Para sorpresa de Marcus, era su hermano.

-Vicecésar, detectamos movimiento en las ruinas de Lavlin. Recibimos señales con los identificadores de la Guardia del Cuervo. Sus fuerzas solicitan paso a través de nuestra línea.

-¿Estás seguro, Antonius?- Marcus apenas podía concentrarse en medio del clamor de las alarmas, los gritos de los tribunos con los informes de situación y el latido de la herida. **-No tengo informe alguno del Primarca ni de ninguno de sus comandantes de una operación de la legión en esta zona.**

-Los sensores indican una fuerza considerable de guerreros y vehículos avanzando hacia nuestra posición. ¿Quizá es un cambio de planes?

La noticia hizo dudar a Marcus. Aunque era posible que la Guardia del Cuervo y sus auxiliares se estuviesen uniendo a la batalla —varias de sus unidades estaban repartidas por el planeta luchando de manera autónoma, muy en consonancia con la estrategia de Corax—, le costaba creer que no hubiera sido informado de su presencia en el frente de batalla.

-¿Seguro que están enviando los códigos correctos?

-Son de la Guardia del Cuervo, vicecésar. De hace un par de días, pero nuestros servidores los identifican conformes al protocolo.

La visión de la serpiente de múltiples cabezas se deslizó en los pensamientos de Marcus y notó como sus entrañas se estremecían. Aquello era más que una mera coincidencia.

-Las transmisiones son falsas, Antonius. Abre fuego.

-¿Hermano? ¿Quieres que dispare sobre nuestros aliados? ¿Te has vuelto loco?

Marcus consideró un momento la acusación, sin llegar a ninguna conclusión. Quizá se había vuelto loco, quizá no. Si las fuerzas que se acercaban eran enemigas tendrían un vector de ataque directo hacia la retaguardia de la Therion. El total de sus fuerzas se vería obligado a retroceder para contrarrestar la nueva amenaza. Aunque Marcus no estaba del todo seguro de su propia cordura, sus instintos le gritaban que se trataba de un engaño. El mismo primarca había impartido órdenes estrictas sobre la seguridad de las comunicaciones tras la crisis de la Guardia del Cuervo. Marcus contaba con la autoridad suficiente para dar aquella orden.

-Abre fuego sobre las fuerzas entrantes. Los traidores han roto nuestros protocolos de seguridad. ¡Es un ataque enemigo!

-Marcus…

-¡Abre fuego o te relevaré del mando!

La respuesta fue un silencio. Marcus esperó presa de la tensión, pasando los dedos por el fajín rojo que cruzaba su pecho, pero estaba seguro de que había hecho lo correcto. Vio cómo los escudos de vacío del titán enemigo parpadeaban y desaparecían bajo el fuego del cañón principal y el de los titanes aliados que convergían en su posición.

Pasaron casi tres minutos en los que Marcus esperó recibir un airado mensaje de Branne, o quizá del propio lord Corax. Se secó el sudor de la frente con el puño de la casaca y siguió mirando las pantallas, obligándose a seguir el desarrollo de la batalla.

-**Vicecésar, señales de lucha en el flanco oeste-** informó uno de los tribunos casi sin aliento, la cara contraída por la sorpresa. **-El prefecto Antonius ha entrado en combate con una fuerza enemiga en las afueras de Lavlin. La falange de reserva y los titanes están en movimiento.**

-Entendido- Marcus se obligó a mantener la calma, exhalando un largo suspiro. **-Envíen un comunicado a todos los comandantes. Que se concentren en el asalto frontal. La nueva amenaza está siendo atajada. ¿Algún indicio sobre la identidad del enemigo?**

-Nada confirmado aún, vicecésar, pero los primeros contactos visuales indican que las unidades lucen los colores de la Legión Alfa.

Marcus asintió. Aquella noticia no lo sorprendía. Desde su intento por destruir la semilla genética de la Guardia del Cuervo dos años atrás, los guerreros de la Legión Alfa y sus agentes habían estado eludiendo a las fuerzas del Primarca, aunque hasta ahora él no se había enfrentado a ellos directamente.

-Envíen un comunicado al mando de la legión. Informen de que los protocolos de seguridad han sido comprometidos. Recomienden una reevaluación inmediata de los planes y las fuerzas en activo.

El comunicador de su oído sonó.

-Por el Emperador, hermano, ¿por qué no nos dijiste que sospechabas de este ataque?- preguntó Antonius.

¿Qué podía decir Marcus? Salvo Pelon, nadie sabía de sus sueños y el

vicecésar no tenía intención de retransmitirlos por el canal de comunicación del ejército.

-Simple prudencia, hermano, nada más. ¿Necesitas fuerzas adicionales?

-No, vicecésar. Los titanes y los tanques están forzando la retirada enemiga. Alabada sea la prudencia, ¿verdad?

-Sí, algo así.



Agotado pero victorioso, Marcus se dejó caer en la cama. Era pasada la medianoche y aún había fuerzas combatiendo en la ciudad, pero podía confiar la limpieza final a otros. Había recibido un comunicado de Branne informándolo de que el asalto al complejo de búnkeres había sido un éxito rotundo. Cuatro mil enemigos habían muerto y un número considerable de comandantes traidores había sido capturado, incluido un astartes de la Legión Alfa que coordinaba la defensa. El comandante de la Guardia del Cuervo había alabado el esfuerzo de Marcus y su ejército y, afortunadamente, no había hecho ninguna pregunta sobre cómo Marcus había interceptado el ataque a traición.

-¿Deseáis desvestiros, vicecésar?

Marcus no se había percatado de la presencia de Pelon, quien había estado esperando pacientemente la vuelta de su señor. El asistente estaba en pie junto a la cama con las manos extendidas esperando para recibir la casaca de Marcus. Tenía un brazo vendado y había marcas de quemaduras en sus manos. Marcus había oído los informes sobre las acciones heroicas de Pelon que habían salvado la vida a varios de los tripulantes del fuego en las cubiertas de artillería y lo había mencionado en su informe al Primarca.

Se sentó y se desprendió de la pesada prenda.

-Un momento, Pelon- dijo cuándo el sirviente se dirigió al guardarropa.

-¿Señor?

-Esas escrituras que tenías… ¿Qué has hecho con ellas?

-Aún las tengo, vicecésar- dijo titubeando. -**Lo lamento. ¿Queréis que me deshaga de ellas?**

-No, aún no.

Marcus se quedó callado. Pensó en los eventos del día y supo que tenía que encontrar esperanza en alguna parte. No podía seguir luchando cada batalla individual sin más. El vacío en su interior lo consumiría antes de que el enemigo lo matase. El campo de rayos, el misil de disformidad y, sobre todo, la Legión Alfa, consumían sus pensamientos.

-Déjame verlas.

Pelon metió la mano en un bolsillo y sacó el fajo de octavillas, entregándoselo a Marcus tras un momento de pausa. Acariciándose con los dedos un lóbulo de la oreja, el vicecésar comenzó a leer.

-Ama al Emperador, puesto que Él es la salvación de la humanidad. Obedece Su palabra, puesto que Él te guiará hacia la luz del futuro. Escucha Su sabiduría, puesto que Él te protegerá del mal. Reza Sus salmos con devoción, puesto que ellos salvarán tu alma. Honra a Sus sirvientes, puesto que ellos hablan con Su voz. Tiembla frente a Su majestad, puesto que todos caminamos bajo Su sombra inmortal.

FIN

LUCIUS LA ESPADA ETERNA

(Lucius. The eternal blade)

GAV THORPE

TRADUCCION DIENEKES488
ADAPTACIÓN VALNCAR



Lucius caminaba bajo un cielo desgarrado por las tormentas. Había muerto bajo un cielo como aquel, en un templo derruido muy lejos de lo que la XV Legión llamaba, en un increíble alarde de simpleza, «el planeta de los hechiceros».

Los Hijos del Emperador se habían desperdigado tras la apoteosis de Fulgrim en Iydris. Algunos habían seguido al Primarca, quien había decidido acudir a la llamada del Señor de la Guerra, mientras que otros se habían apropiado de las naves de la Legión para hacer la guerra por su cuenta. Pero un sentimiento negro y bilioso era todo lo que consumía a Lucius desde Iydris. Había muerto, pero eso no era lo que lo consumía: había sido derrotado. Un cuervo llamado Nykona Sharrowkyn lo había matado, y no había obtenido ninguna satisfacción por un logro tan excepcional; aquel desgraciado, aquel bastardo.

Lucius no sabía qué fuerza había intervenido para traerlo de vuelta, si había sido un poder superior o la ciencia lunática de Fabius, y tampoco le importaba. Ahora tenía algo que probar, sobre todo a sí mismo: que era Lucius, el maestro de espadas, que no había nadie más hábil que él con una hoja.

La primera vez que había oído el nombre de Sanakht había sido de los labios de un apuesto presumido llamado Hathor Maat, un legionario que a Lucius le recordaba tanto a si mismo cuando era más joven, que había deseado matarlo inmediatamente. Maat había asegurado que Sanakht era un estudioso de las antiguas escuelas de esgrima, un guerrero de una técnica insuperable, cuya derrota aún no había sido prevista por ninguno de los más dotados videntes de los corvidae. Lucius no sabía lo que eran los corvidae, pero estaba dispuesto a apostar a que él no había aparecido en sus visiones. Por ello, había abandonado al resto de su Legión, si es que la chusma que Fulgrim había dejado tras de sí podía seguir llamándose de aquella manera, y había decidido buscar al tal Sanakht.

La única constante que Lucius había llegado a apreciar del nuevo mundo del Rey Carmesí era que no había nada constante. Llevaba caminando lo que parecía una eternidad, pero su destino no estaba más cercano que al principio de su marcha. A veces la torre de Sanakht parecía no ser mayor que una cañonera, irguiéndose sobre una llanura de vidrio que reflejaba un cielo que no coincidía con el que se extendía sobre ella. Otras veces se alzaba entre los picos lejanos, una estalagmita de proporciones tan colosales que en

sí misma era una montaña. Pero siempre estaba más allá, tentándolo, atrayéndolo. En aquel momento parecía un esbelto minarete de marfil y madreperla con una cúspide envuelta en llamas de plata. Lo rodeaba un bosque de extraños árboles de cristal que brillaban con su propia luz enfermiza. Llamas vivas saltaban de rama en rama, titilando, como dirigiéndole burlas infantiles. El bosque creció tras él, rodeándolo a medida que avanzaba.

-¿Tienes miedo de mí?- gritó Lucius.

La llama azulada que coronaba la torre parpadeó más intensamente.

Lucius desenvainó su espada, su hoja de plata radiante. Había sido un regalo de su Primarca, un arma demasiado noble para lo que iba a tener que hacer con ella. Comenzó a descargar golpes sobre los árboles de cristal, quebrando aquellos miembros luminiscentes, arrancando esquirlas con cada mandoble. Siguió adentrándose en el bosque fulgurante, donde las ramas salían a su encuentro como manos vivas y el ruido que hacían al estallar en pedazos parecía reproducido en sentido inverso. Las llamas que los cubrían parecían gritar con voces estridentes, pero Lucius las ignoró. Aquellas plantas vítreas intentaban inmovilizarlo, clavar sus dedos en él. Desenganchó de su cinturón el látigo dentado que le había robado a Kalimos y las azotó con él. Los árboles se sacudieron y se apartaron del toque agónico de aquella arma.

En un instante el bosque se abrió en un claro y la torre de Sanakht apareció frente a sus ojos. Más cerca ahora, pudo ver la mercurial llama que recorría la estructura como un ser viviente. Un guerrero en servoarmadura carmesí permanecía en pie dentro de un círculo de duelo de tierra. Dos espadas gemelas colgaban de su cinto, una de ellas con el pomo en forma de una oscura cabeza de chacal, la otra con la de un halcón blanco. Eran dos khopesh que emitían extraños fulgores, y Lucius sintió un escalofrío de excitación: enfrentarse a un nuevo tipo de espada siempre era algo interesante.

-He oído que me has estado buscando para enfrentarte conmigo, Lucius- la cara del legionario estaba oculta tras el casco que lucía una placa facial de plata.

-¿Eres Sanakht?

-Ese es uno de mis nombres, sí.

-Entonces he venido a luchar contra ti.

-¿Acaso deseas morir?

-Creo que ya lo hice una vez- rió Lucius. **-Y no tengo intención de probar de nuevo.**

Sanakht se quitó el casco y dejó a la vista un rostro joven bajo un corto cabello rubio ceniza, de una inocencia y una belleza que Lucius estaba impaciente por destruir.

-En tu interior sabes que no es así: quieres saber por qué has vuelto. Y me has buscado porque quieres medirte con un espadachín tan hábil como el cuervo que te mató.

-He oído que eres bueno.

-Soy el mejor de mi Legión.

-Eso no me dice mucho.

Lucius se colgó el látigo al cinto y entró en el círculo de duelo.

Sanakht desenvainó sus espadas, una cristalina y reverberante de fuego arcano, la otra una mera espada de energía.

Lucius desentumeció los hombros y lanzó un par de estocadas al aire para relajar la muñeca. Había estado combatiendo contra sus hermanos como entrenamiento, pero se había estado conteniendo para no matar a ninguno después de Iydris. Allí, por el contrario, no tenía aquella limitación. Comenzó a moverse en círculos alrededor de Sanakht, estudiando su equilibrio y sus movimientos: vio fuerza y velocidad en ellos, una confianza que se había convertido en arrogancia; era tan parecido a sí mismo que casi le resultó gracioso.

-Te aseguro que te venceré en…

Lucius atacó antes de que el guerrero de los Mil Hijos pudiera terminar la frase. Sin embargo, éste paró todos sus ataques con gestos casuales que no denotaban esfuerzo alguno.

Se separaron y volvieron a trazar círculos frente a frente, estudiándose mutuamente, lanzándose estocadas obvias para medir el nivel del otro.

-Tienes un don natural. Pero yo he estudiado cada escuela de esgrima que ha existido desde que se blandió la primera espada en la antigua Terra.

De nuevo se abalanzaron uno contra otro en un torbellino de hojas. Sanakht era tan veloz que sus espadas eran casi invisibles, con sus dos armas

moviéndose en perfecta sincronía. Lucius también era capaz de luchar a dos manos, pero prefería concentrarse en una sola hoja. Las dos de Sanakht trazaban cortes altos y bajos, y le exigían el doble de esfuerzo para defenderse de ambas.

-**Tus pensamientos te traicionan-** Lucius percibió el tono de diversión en la voz de su oponente. **-Luchas con pasión, pero puedo sentir cada uno de tus ataques antes de que los acometas.**

-¿De verdad me estás dando consejos sobre técnica?

Sanakht se apartó a un lado dejando pasar la hoja de Lucius.

-Soy un estudioso del saber marcial y mi deber como erudito es transmitir mis conocimientos a otros.

-Gracias, pero no necesito tu ayuda.

-Tu postura es manifiestamente incorrecta…- añadió casi para sí el guerrero hechicero.

La rabia se apoderó de Lucius, pero en lugar de controlarla, dejó que lo ahogase: un espadachín rabioso cometía errores, pero en aquel momento necesitaba esa furia. Se lanzó contra su oponente descartando cualquier noción de defensa, sólo con su muerte en mente. Quería cobrarse la vida de aquel perro arrogante, cortarlo sin piedad, sin ningún tipo de delicadeza: quería darle una muerte fea. Sanakht respondió con una serie de paradas vertiginosas, pero Lucius siguió atacando sin darle un respiro, forzándolo a retroceder hasta el borde del círculo, saboreando la confusión que comenzó a nacer en los ojos del legionario. Sanakht ya no era capaz de percibir los pensamientos de Lucius en medio de aquel pantano de cólera. En un intento por lograr alguna ventaja, estaba recurriendo a las enseñanzas de escuelas cada vez más antiguas. Pero aquello no fue suficiente.

Lucius deslizó su hoja bajo la espada de energía de su contrincante y con un giro arrancó de su mano el arma. En el instante en que desplazó el brazo del guerrero y abrió su defensa le propinó una patada en la ingle y lo golpeó con la empuñadura de su espada en aquella suave y agraciada cara. Sanakht se tambaleó, dando un paso atrás, alzando su otra arma para protegerse, pero con otro brutal movimiento Lucius la apartó a un lado e inmediatamente trazó un arco de vuelta con su propia espada dirigida a abrirle la garganta. Sin embargo, la hoja plateada se detuvo a un centímetro del cuello de Sanakht como si hubiese golpeado contra una roca. La vibración del impacto recorrió el brazo de Lucius, que golpeó con su puño libre la mandíbula del otro guerrero.

-¿Brujería? ¿Has empleado tus poderes para salvar tu miserable pellejo?

-He sido yo.

Lucius se dio la vuelta al oír otra voz, apartando su espada del cuello de Sanakht. Otro guerrero en servoarmadura roja los observaba desde el límite del círculo. Una negra capa de plumas iridiscentes caía sobre sus hombros.

-¿Y quién eres tú para perdonarle la vida?

-Soy Ahzek Ahriman. Y muy pronto necesitaré a Sanakht.

FIN

EL CAMINO OCTUPLE

(The Eightfold Path)

Anthony Reinolds

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



Permanezco en pie, esperando. Sostengo lánguidamente un hacha de duelo en mis manos. No es Hijo de sangre: la finalidad de ese monstruo rugiente es sólo la matanza pura. El reto no es sanguis extremis. El arma está sujeta a mi muñeca por medio de una cadena, en honor a los gladiadores desheanos. He visto sus huesos, he caminado por el lugar de sus muertes, he llevado la venganza de Angron sobre sus asesinos. Nunca he llegado a conocerlos y aun así, sus muertes han dado forma a eso en lo que nos estamos convirtiendo. Somos esclavos de su memoria.

-Primera sangre.

Vurrok está desnudo de cintura para arriba al igual que yo. Su musculoso torso está cruzado de las marcas de viejas heridas, cicatrices sobre cicatrices, todas ellas en el frente: nunca le ha dado la espalda a un enemigo, no es un cobarde.

-Primera sangre.

Está decepcionado, puedo verlo en sus ojos. Pero asiente: la legión ha sangrado suficiente. Ya ha habido demasiadas muertes en los pozos desde el cambio de Angron, desde su… ascensión. Esa es al menos la palabra que su hermano Lorgar empleó para describirlo. Y como siempre que Angron ha cambiado, así lo han hecho sus hijos.

El círculo de espectadores es una muralla de ruido, gruñen como animales hambrientos, deseosos de ver sangre: los clavos del carnicero nos lo exigen a todos. Los noto presionar en la carne blanda de mi mente, chirriando, retorciéndose contra mis receptores del dolor. Cada vez es peor; incluso en los momentos de relativa serenidad se hacen notar, taladrando mi cerebro, sus tornillos girando, sus puntas hundiéndose. La camaradería de mis hermanos devoradores de mundos no puede arrancarme una sonrisa, la comida sabe a cenizas: no hay satisfacción en nada que no sea matar, sajar arterias, tajar carne, arrancar cráneos. Eso es lo que los clavos quieren de mí.

He estado eludiendo la compañía de mis hermanos en las últimas semanas. He estado caminando solo por las cubiertas del Conquistador asediado por pensamientos oscuros, recorriendo los corredores compulsivamente, como a la espera de que el mero acto de andar kilómetros y kilómetros fuera a proporcionarme una súbita revelación, alguna dirección, alguna…

¿esperanza?

No tenía intención de venir aquí esta noche. Quizá son los clavos los que me han arrastrado hasta los pozos. Pero una vez que he escuchado los cantos de sirena de las hojas entrechocando y hundiéndose en la carne no he sido capaz de alejarme de allí. La promesa de un momento de alivio del dolor incesante que roe mi córtex esta noche era irresistible. Los clavos quieren que luche otra vez.

No he estado aquí desde que humillé a Erebus. Ese sucio cobarde me negó su muerte y los clavos me han estado castigando por ello. Pero ahora ya estoy aquí y sólo por ello su presión ha disminuido.

Vurrok se sitúa en el lado opuesto del círculo. Va a luchar con su armamento usual: dos largas hojas curvadas. Espadas contra hacha: una lucha así no suele durar mucho.

Ataco, es la única estrategia que conozco. Mi movimiento lo toma por sorpresa y casi es suficiente para acabar con el enfrentamiento en el primer aliento, pero Vurrok se recupera rápidamente.

Ambos bailamos al son de los clavos y la suya es una fea melodía; pocos son ya los que luchan con elegancia en esta legión. Bloqueo una hoja dirigida a mi garganta, lo que me obliga a esquivar a un lado a su gemela que traza un arco bajo que a punto está de eviscerarme. Alejo a Vurrok con una patada que le acierta de pleno en el plexo solar. Retrocede tambaleándose. Dejo que se recupere mientras giro la muñeca y dejo que el hacha trace círculos. Ruge cuando de nuevo se lanza hacia mí. Lo recibo embistiéndolo a mi vez.

Vurrok es uno de los Devoradores, uno de los guardianes de Angron. Por supuesto, el Primarca nunca necesitó una guardia personal antes. Y ahora… encadenado y contenido en una de las cubiertas inferiores, la mera idea de que necesita alguna protección es irrisoria. Ahora los Devoradores son poco más que sus carceleros, una tarea innoble para los que debían haber sido la élite de la legión.

Bloquear. Golpear. Fintar. Golpear otra vez. Esto no es real. Estas peleas no son más que distracciones con las que aliviar el dolor hasta que la auténtica batalla vuelva a reclamarnos y la legión se desate de nuevo… aunque la idea de liberar a Angron de su cautiverio no es muy seductora.

¿Y qué hay de nosotros, sus hijos? ¿Estamos condenados al mismo final? ¿A sangrar lo que nos queda de humanidad hasta convertirnos en poco más que lunáticos encadenados?

Los clavos me castigan en cuanto notan que mi nivel de agresividad desciende. Me apuñalan el cerebro, cegándome con un blanco estallido de agonía. Vurrok casi me vence en este instante: en mi distracción sólo consigo esquivar la estocada de sus hojas por unos milímetros. Puedo sentir su frustración: quería probarse a sí mismo frente al guerrero que derrotó al Apóstol Oscuro. Pero aquello fue diferente: aquel combate fue auténtico. Esto no es más que una charada. Una de sus hojas se desliza sobre la empuñadura de mi hacha y a punto está de herirme los nudillos: eso habría sido primera sangre. Un resultado así habría hecho reír a Argel Tal.

Quizá sean los instantes que dura el recuerdo de mi viejo amigo lo que provoca que reciba el puñetazo que Vurrok me propina con el dorso de su puño y que me arroja sobre la cubierta. Algo gotea sobre mi mano. ¿Sangre? ¿Tan fuerte ha sido el golpe que me ha desfigurado aunque apenas lo notara? No. Ambos alzamos la vista, nuestra lucha olvidada: es el techo el que está sangrando. Otra gota me golpea, y después otra. Rezuma sobre las paredes. Y entonces oigo el rugido de Angron. Ha estado gritando durante semanas, pero esto es diferente. Acalla a la multitud. Ese sonido asciende por la parrilla metálica del suelo de la cubierta y hace vibrar su estructura de acero, hace que las paredes tiemblen, hace crepitar los altavoces desconectados: es suficiente para distorsionar la realidad misma.

Los corazones comienzan a palpitarme sincronizados con un latido en mis sienes que se confunde con el aullido de Angron, que crece en la intensidad con su voz en un terrible crescendo. Mis dedos aprietan con más fuerza la empuñadura del hacha: ese rugido se extiende hasta mis labios, el latido oblitera todo lo demás. Sé lo que viene a continuación, pero no puedo evitarlo. Ocurre más rápido de lo que nunca lo ha hecho, apenas tengo tiempo de coger una bocanada de aire. Me golpea y me arrastra como una ola y en un momento me estoy ahogando. Sujeto el hacha con ambas manos, me pongo en pie… y todo se vuelve rojo.

Un momento de silencio, no sé cuánto dura.

El hedor de la sangre es lo primero que percibo. Lo segundo es el rugido. No el de Angron: el Primarca demoníaco parece guardar silencio. No, es el rugido de la multitud, igual de ensordecedor. Mi vista vuelve lentamente, la neblina rojiza se disipa para revelarme el resultado de una matanza.

La sangre me cubre las manos y los antebrazos hasta los codos, gotea de mi hacha. Tengo sangre también en la boca, y se extiende por mis labios y mis mejillas. Y no es la mía. Miro la masacre que he llevado a cabo, de Vurrok no queda más que una ruina de cuerpo, la obra de un psicópata. La masa brama su aprobación. Me enferma. Quiero alejarme de allí, alejarme de los gritos y de la peste a matadero.

Una figura se adelanta de entre las demás. Mis ojos no logran enfocarla, pero aun así el deseo de hundir mi hacha en su cara hace que los dedos se crispen.

-Vurrok era uno de los Devoradores, Khârn. Por derecho ahora su lugar te pertenece.

Esas palabras me hacen reír, mis carcajadas surgen como una serie de toses sanguinolentas. Dejo caer el hacha, que golpea el suelo con un ruido seco. Me sacudo la sangre de las manos y los brazos. Miro alrededor como un soñador sacado de un profundo sopor. La furia de la multitud, su ira y su sed de sangre, me sacuden como una onda física. Estos son mis hermanos de batalla. Ésta es mi legión.

Ya no seguimos la Senda Carmesí, eso ahora lo veo con claridad. Estamos siguiendo otro sendero totalmente diferente, uno mucho más oscuro, uno que creía que no era más que otro sinsentido supersticioso, otro delirio religioso de la XVII Legión. No lo era, por desgracia no lo era.

Estamos recorriendo el Camino Óctuple. Y ya no hay vuelta atrás.

FIN

CHYPER
GUARDIAN DEL ORDEN

(Chyper Guardian of Order)

Gav Thorpe

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



Inspirando profundamente para relajar la tensión en su pecho, Zahariel miró de nuevo a través de la abertura. Aquello le trajo recuerdos de la última vez que había estado allí, en el interior de aquella arcología de los bosques del norte, y de las cosas terribles que había presenciado. No estaba muy seguro de si su inquietud se debía al vacío de aquel antiguo asentamiento, o si era el reflejo de la profunda impresión no física que lo asaltó al acercarse al inmenso umbral de la estructura. Se giró hacia su acompañante y le hizo un gesto para que inspeccionara las rocas que rodeaban la entrada, marcadas por incisiones de martillos hidráulicos y picos láser.

-Alguien ha estado excavando aquí recientemente.

A diferencia de Zahariel, el otro marine espacial no llevaba puesta su servoarmadura. Vestido con la pesada túnica de la Orden, no lucía signo alguno de rango o título. Era un enigma: lord Cypher, guardián de las tradiciones secretas. Éste miró a su alrededor y se encogió de hombros.

-¿Saqueadores?

-¿Después de tantos años? ¿Y por qué huirían de nosotros? La huida sugiere culpabilidad.

Cypher se dio la vuelta. No era el primer gesto de reluctancia que Zahariel lo había visto hacer desde que se había unido a él.

-La Orden clausuró este lugar. No es de extrañar que los ciudadanos piensen que están quebrantando nuestras leyes al volver aquí- dijo lord Cypher. **-Aquí no hay nada de valor.**

-Creo que convendría investigar un poco más, ¿no? Al fin y al cabo, fuiste tú quien propuso venir a los bosques del norte. Yo sólo soy… parte interesada.

Había sido Luther quien había ordenado a Zahariel que acompañase a lord Cypher en sus desplazamientos secretos, aunque el propio lord Cypher se había mostrado algo reservado acerca de aquella imposición. Aquella había sido la primera oportunidad que se había presentado para que viajaran juntos.

-No me gustaría volver a presencia del gran maestro sin un informe detallado.

-¿Y de qué hay que informar?- lord Cypher hizo un gesto con el que abarcó el asentamiento abandonado a su espalda. **-¿De que algunos vagabundos se han refugiado aquí? Porque no hay más.**

-Sólo hemos visto la superficie. Debemos mirar un poco más adentro, sólo para cerciorarnos de que no se está gestando otra rebelión en estos túneles abandonados.

Lord Cypher estaba visiblemente incómodo.

-¿Y compartirá el gran maestro Luther los motivos que han provocado su súbito interés por esta región?

Zahariel no necesitaba mentir.

-Muy sencillo: el número de reclutas ha superado el que puede albergar las instalaciones de Aldurukh. Está pensando en levantar una nueva fortaleza aquí.

-Extraña elección del lugar, considerando su historia.

-No estoy de acuerdo: es la elección más obvia, un símbolo de que la Orden ha vuelto a marcar estas tierras con su presencia.



Dejaron atrás túneles que una vez habían sido de metal bruñido pero que ahora estaban salpicados de manchas de corrosión. El aire se volvió acre, como teñido de un olor cuya fuente no podía identificarse en la boca del oscuro túnel.

Zahariel se detuvo un momento con una mano a un lado de la cabeza; sentía como si algo más abajo los estuviera mirando fijamente, algo olvidado tiempo atrás pero que proyectaba una sombra. Tras unos segundos se adentró en la oscuridad después de encender los focos de su servoarmadura.

Siguieron el túnel durante un tiempo, dando con más señales de excavaciones recientes que habían reabierto zonas en las que parte de los túneles se habían venido abajo, así como mamparos y andamios con los que se habían reforzado algunas estructuras.

A medida que descendían, el ambiente se volvía más caluroso, casi sofocante. Y el hedor crecía de la misma forma, aunque no parecía haber ninguna causa de aquella pestilencia: los pasillos y las cámaras por las que cruzaban estaban libres de basura y otros desperdicios.

Lord Cypher no hacía comentario alguno sobre nada de aquello, se limitaba a devolver las miradas que de vez en cuando le dirigía Zahariel. Al calor y al hedor tan intensos los acompañaba una sensación de opresión. Zahariel no podía desprenderse de la sensación de que con cada paso se estaba acercando un poco más a una cara espantosa que lo esperaba. Y la sensación crecía cuanto más se adentraban, aunque no parecía que a lord Cypher lo estuviera afectando. O quizá, susurró la parte más suspicaz de Zahariel, lo que ocurría es que lo había hecho más profundamente.

-¡Espera!

La advertencia de Zahariel hizo que lord Cypher se detuviera en seco y echara mano a la pistola bólter que llevaba al cinto. Un instante después un profundo y prolongado suspiro resonó en las entrañas del túnel, emanando de las profundidades, acompañado de la peste de una vaharada de calor.

-¿Notas eso?

Un temor antinatural recorrió el cuerpo de Zahariel, un escalofrío sacudió su mente. El bibliotecario expandió su voluntad, las chispas del poder psíquico comenzaron a bailar en sus pupilas. Proyectó su mente como si se tratase de una mano con la que tanteara en aquellas tinieblas en busca de una pared invisible.

Cypher desenfundó su arma.

Era mejor no hablar de lo que había sentido momentos antes, por lo que el bibliotecario mintió.

-Un residuo, nada más- dijo casi para sí mismo antes de dirigirse a lord Cypher. **-Pareces inquieto. ¿Ocurre algo?**

-No... no puedo seguir... Debo...- lord Cypher temblaba, incapaz de controlarse, clavando rápidas miradas a derecha e izquierda, como buscando algo que fuera a precipitarse sobre él, mientras empezaba a retroceder por el corredor. **-Debemos regresar. Esto ha sido un error.**

-Fantasmas del pasado...

Zahariel no sabía si había pronunciado aquellas palabas para sí o para su

compañero. Nunca había visto a un legionario reaccionar de aquella manera. Y lord Cypher ni siquiera había tenido que enfrentarse al ser terrible que había ocupado aquella arcología.

-Vamos, aquí no hay nada que temer; sólo hay recuerdos.

Súbitamente Cypher se dio la vuelta y salió corriendo.

Zahariel no lo siguió, se quedó escuchando el sonido de sus botas alejándose por el túnel hacia la salida; su memoria le traía imágenes de repugnantes gusanos, y de algo aún más terrible y antinatural.

Aun así, siguió avanzando. Luther lo había enviado allí, y lord Cypher lo había arrastrado a aquel lugar. Zahariel no necesitaba de sus poderes psíquicos para percibir el aura que emanaba de los pasajes frente a él. Había algo familiar en ella, pertenecía a una presencia que no le era desconocida. Y la fetidez que lo rodeaba no parecía tanto una señal de peligro —como lord Cypher la había interpretado—, sino más bien una de bienvenida.

Entonces comprendió.

-¿Por qué ahora?

¿Podía ser que aquello hubiese escapado de la purga? ¿Podría algo así haberse pasado por alto? ¿Qué algo tan horrible hubiera pasado desapercibido cuando eligieron aquel lugar para la nueva fortaleza? ¿Por qué había ido lord Cypher allí? Había demasiadas preguntas sin respuesta.

-Cypher…

Él tenía que saber lo que estaba pasando allí. Quizá alguien lo había avisado de que Zahariel lo estaba vigilando y había atraído al bibliotecario a aquel lugar.

El oído superhumano de Zahariel captó el ruido de los motores de una nave encendiéndose. Rompió a correr de vuelta a la superficie.

Algo se aproximaba a su espalda, ahora podía sentirlo claramente, casi como si su pútrido aliento le acariciase la nuca. Había que avisar a los demás, había que dar la alarma.

Ouróboros había regresado.

FIN

CORAZÓN DEL <CONQUISTADOR>

(Heart of the Conqueror)

Aaron Dembski Bowden

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



El Emperador la había elegido.

Tras aquella elección, el honor y el orgullo, las más insustanciales de las monedas, recayeron sobre su linaje. Muchos de sus primos —cientos de ellos, enredados en una telaraña de legitimidad y bastardía— le transmitieron sus mejores deseos, le susurraron advertencias o simplemente permanecieron en un hosco y envidioso silencio. Otros fueron más directos: recibió una pequeña fortuna en regalos, sobornos y favores, le llegaron casi un centenar de proposiciones formales de matrimonio, y sobrevivió a tres intentos de asesinato.

Nada de aquello importó. El Emperador la había elegido.

No lo había hecho en persona, por supuesto. Su decisión llegó en forma de un pergamino lacrado con el sello de Malcador. El senescal imperial había recogido de su puño y letra el mandato del Emperador y lo había enviado con diligencia a la Casa Andrasta. Ella no necesitó leer el pergamino para conocer la decisión del Emperador: ningún otro motivo podía haber para enviar una falange completa de custodios dorados a su palacio en las torres del Cuadrante de los Navegantes.

Antes de que su padre tuviera siquiera tiempo de romper el lacre del pergamino frente a su corte, la noticia ya se había extendido como fuero por los demás palacios. Su padre sólo dijo dos palabras al capitán general de la Legio Custodes, las únicas dos palabras que se esperaban de él, las dos palabras más importantes que pronunciaría en las muchas décadas que todavía durara su vida.

-Ella acepta.

Una nave de guerra clase Gloriana, una de las únicas veinte jamás construidas. Aceptó porque no había precedente ni posibilidad de rehusar. Aquello era para lo que había nacido y para lo que había sido criada.

Un remolino de preparativos ocupó los días siguientes, un torbellino de esfuerzo de cuantos la rodeaban. En menos de una semana, a la vez mimada y hostigada por un pequeño ejército de esclavos y criados, zarpó en dirección a Marte.

En los cielos del Planeta Rojo la esperaba una nave que eclipsaba a cuantas la rodeaban, proyectando su sombra sobre todas ellas en los días finales antes de abandonar los muelles espaciales. Sintió su impaciencia antes incluso de poner un pie en su cubierta. Transmitía un hambre noble desde cada metro cuadrado de hierro oscuro y blindado.

-La Resolución adamantina- dijo en voz alta.

La nave insignia de los Perros de la Guerra. Su primera nave, y su nuevo hogar.

Eso había sido hacía una eternidad. Ahora eran los Devoradores de Mundos, y su nave el Conquistador.

La rebelión la confundía. Ella era un marinero, no un soldado. Su mirada se posaba por encima y más allá de las preocupaciones de la guerra y el territorio. Una guerra librada en nombre del Emperador no era diferente de una librada en nombre del Señor de la Guerra.

Pero sus sirvientes comenzaron a traerle noticias de la tripulación del Conquistador, sobre las conflictivas elecciones entre lealtad y traición. Algunos decían que la ambición de Horus lo había llevado a declarar la guerra a la propia Terra. Otros hablaban de la trágica muerte del Emperador, ensalzando a Horus en su esfuerzo por mantener bajo su mano un imperio que se resquebrajaba, deseando que regresara al Mundo-Trono para acabar con aquella guerra civil y gobernar en el lugar de su padre.

Ella no sabía a quién creer. Al menos no al principio. Pero con el paso de las semanas y los meses los rumores se convirtieron en informes y los informes en hechos. Aun así seguía sin saber cómo actuar o siquiera si debía actuar.

Sólo una verdad volvía a resonar en su mente, una y otra y otra vez. El Emperador la había elegido.

No el Señor de la Guerra. No lord Angron. No lord Aureliano, con quién navegaban entonces. Ellos la empleaban y la respetaban cuando se percataban de su existencia, pero no la habían elegido. Se habían rebelado contra Aquel que había forjado el Imperio, habían declarado la guerra a Aquel que los había elevado a todos a una vida de esplendor, que había permitido a los clanes-familias de la Navis Nobilite surcar los negros golfos entre las estrellas.

Navegaban hacia Terra para matarlo, a Él que la había elegido.

El inmaterium era un océano de luz hirviente y aullante. Las caras bullían

surgiendo de la locura, caras de su pasado que lloraban y reían y gritaban de ira mientras se derretían. Mirando más allá del casco podía percibir la sombra de la Trisagion que navegaba en las proximidades, pesada y gris y preñada de vida, atravesando aquellas olas agitadas. Las ondas del éter rompían contra la colosal nave de guerra de Lorgar haciendo que ésta crujiera y temblara como lo estaba haciendo también el Conquistador. Como toda nave atrapada en una tormenta, la forma más segura de sobrevivir era navegar sobre las olas crecientes, luchar contra ellas con esperanza, habilidad y la confianza en el hierro santificado. Y aun así, donde el Conquistador avanzaba de manera penosa, la Trisagion no parecía sufrir: donde la primera casi se arrastraba mientras las olas impactaban en su vientre, la segunda parecía cortar el océano de éter como una hoja inmensa e insolente.

La negrura presionaba sobre ella desde el exterior de la nave, una oscuridad que ningún ojo podía atravesar: no se trataba de una mera ausencia de luz, sino de la misma muerte de ésta. Un navegante sabía de manera intuitiva lo que ningún otro ser humano podría experimentar: que las olas más profundas de la disformidad se comían la luz. Allí era donde toda iluminación iba a morir.

Su faro era el fulgor del Emperador. Más tenue entonces, turbia como si la asaltara un dolor, pero aun así la única luz con la que podía navegar. Se dejaba bañar por ella, como siempre había hecho. Seguía al Astronomicón, el resplandor que iluminaba las más oscuras orillas de irrealidad tras la realidad.

La capitana Sarrin se había presentado en sus cámaras no hacía mucho, para hablar acerca de las cada vez más desapacibles corrientes de la disformidad. Apreciaba a la capitana Sarrin, quien la llamaba «mi navegante» como era apropiado, no «dama Nisha Andrasta» como sus aduladores sirvientes. La conversación no había durado mucho, porque Nisha no tenía respuestas que dar a su capitana. La disformidad era cada vez más inhóspita, la luz del Emperador cada vez más borrosa, y no sabía la razón tras ninguno de aquellos hechos, sólo que así eran.

Lord Aureliano vino entonces a verla, tiempo después. El Conquistador navegaba demasiado despacio, le dijo. Estaba retrasando a la flota. Ella había pedido perdón por ello, y él había sonreído con el esplendor de su padre. No había nada por lo que pedir perdón, le dijo. Algunas lecciones costaba más tiempo aprenderlas, eso era todo. Entonces le habló de otras rutas a través de la disformidad. Otras iluminaciones, otras luces con las que orientarse. La Trisagion, dijo, no se guiaba por el Astronomicón, sino por las canciones de dioses distantes. ¿No podía ellas oírlas? Podría, si lo intentara de verdad. Su voz sonaba con los suaves tonos de un maestro, pero pudo ver su propia muerte aguardándola tras aquellos ojos amables.

-¿Oye la canción de los dioses, navegante Andrasta?

-Sí- había dicho al portador de la palabra.

Lord Aureliano la había dejado en paz, pero el Conquistador seguía luchando desesperadamente contra las olas. Su mentira no se mantendría mucho tiempo.

En sus cámaras palaciegas del interior del Conquistador acariciaba la ornada pistola láser con sus manos enguantadas, manteniéndola oculta. Sus uñas estaban prístinas, cuidadas día y noche por sus auxiliares. Sus esclavos la mantenían odiosamente limpia: si aquello era para prevenir infecciones o simplemente como una manía de la corte de su padre, no estaba segura. Su majestuosa túnica se pegaba a su piel como el sudor de un honesto marinero. Su trono interpretaba sus silenciosos impulsos y hasta el más mínimo temblor de sus músculos forzando a la nave a seguirlos.

A través de su vínculo con el cambiante —mutante— espíritu-máquina del Conquistador, sintió la furia de la cosa encadenada en la más profunda oscuridad de su vientre, la cosa que una vez fuera su primarca, y cuya existencia estaba retorciendo el sagrado metal de la nave para volverlo una imagen de la ira de Angron. ¿De qué servía un campo de Geller cuando la disformidad se encontraba ya en el interior de los huesos del Conquistador?

A través de su tercer ojo vio la Trisagion avanzar frente a ella una vez más, a una infinidad de distancia ya. El Conquistador gemía y avanzaba penosamente a la estela de la otra nave.

Cuando el Emperador la eligió —y no estos monstruos y hombres que ahora navegaban con el fin de asesinarlo—, había creído sin duda alguna que pagaría cualquier precio por ver las estrellas y los mundos de los que la humanidad nunca antes había sido testigo. El tiempo había convertido aquella verdad en una mentira: no pagaría el precio de traicionar a Aquel que la había elegido.

Apoyó el cañón del arma contra su sien. Sus auxiliares corrieron hacia ella gritando, llorando.

-Por el Emperador- les dijo.

La navegante Nisha Andrasta apretó el gatillo y arrancó al Conquistador de la disformidad en una cascada de metal torturado y aullante.

FIN

CENSURA

(Censure)

Nick Kyme

TRADUCCION ADEPTVS TRANSLATES
ADAPTACIÓN VALNCAR



Vethok Raan clavaba la vista en su objetivo a través del punto de mira, ajustando con cuidado las líneas cruzadas un poco por encima de su espalda. Soplaba un fuerte viento lateral que traía consigo el olor de la degradación radiactiva, y ajustó el cañón para compensarlo; en ese momento su compañero le susurró los datos del calibre de bronce.

-Dieciocho milímetros a la izquierda, elévalo tres milímetros.

Raan realizó los ajustes sin confirmar que había escuchado las indicaciones. No asintió, no parpadeó, ni siquiera respiró. Cualquiera de aquellas acciones podría hacer que el disparo errase, y sabía que sólo había una oportunidad. Si fallaba, tendrían que huir, y dudaba de que pudieran escapar. Scarbek y él acabarían muertos; o peor, quedarían a merced de los descarnados, que se darían un festín con ellos.

El objetivo era uno de ellos: una máquina de matar mejorada genéticamente y consagrada a la venganza. Desde que aquel mundo se calcinaba bajo la luz de su propio sol, habían estado recorriendo su superficie en busca de sangre. La unidad de energía acoplada a la espalda de su servoarmadura zumbaba y hacía rielar con su calor el aire a su alrededor. A través del traje antiradiación Raan casi creía sentir ese halo fluctuante; prácticamente podía saborearlo.

Un pequeño remolino de polvo radiactivo obstaculizó por un instante su visión. Su dedo, húmedo de sudor en el interior del guante de goma, acariciaba suavemente el gatillo del rifle. Las correas de la máscara que tenía sujeta a la cara comenzaron a escocerle.

Raan contuvo el aliento. El objetivo estaba agachado y apenas se movía, como si estuviera escavando pacientemente en busca de algo enterrado a sus pies. La línea de visión del francotirador era como un túnel —miope y enfocada—, y se estrechó una fracción justo antes de que llegara el momento…

El azul cobalto destelló con la luz previa al amanecer, y la figura agachada pareció variar ligeramente su postura.

-Ahora- susurró Scarbek.

Vethok Raan exhaló y apretó el gatillo simultáneamente.

Tuvo la impresión de que todo ocurría a cámara lenta, casi le parecía ver la bala girando sobre su eje, las partículas de aire desplazadas a su paso, la chispa que provocó al impactar con el metal y penetrarlo.

Pero no hubo sangre. Debería haber habido sangre, incluso a través de todo ese blindaje, debería haber sido visible la señal de que el disparo había sido uno mortal.

Comenzó a girarse, a abrir la boca en un embrionario grito de advertencia, y el mundo todavía parecía transcurrir lentamente, como mantenido parcialmente en animación suspendida. No hay sangre, quiso gritar. No…

Una fría llamarada de dolor ardió en la espalda de Raan. Un instante después la garganta de Scarbek se abrió y chorreó como una bomba de agua y tiñó de rojo su traje antiradiación hasta empapar la túnica que llevaba debajo.

El azul cobalto destelló de nuevo, sólo que esta vez estaba tras ellos, a su alrededor, apuñalándolos.

Su línea de visión se había liberado de los confines de la mira telescópica del rifle, pero seguía siendo igualmente miope: ahora se estrechaba a medida que la negrura la iba engullendo. Raan miró al distante objetivo, aún agachado, tan inerte como lo había estado desde la primera vez que lo vieran.

Entonces hubo sangre. Mucha sangre, pero era toda suya.

La oscuridad avanzó, incongruente con el día abrasado por la radiación, y Vethok Raan comprendió demasiado tarde que habían sido engañados.



Aeonid Thiel agarró con cada mano el tobillo de uno de los cadáveres y comenzó a arrastrarlos. Se había cruzado sus armas al pecho, estirando al máximo las correas para que se ajustaran a su complexión, mucho más fornida. No disfrutaba en absoluto de aquella tarea, pero era lo que debía hacer desde un punto de vista pragmático: ocultar los cuerpos, enterrarlos en el desierto de arena blanqueada por el sol.

Cuando encontró un lugar adecuado se puso a cavar. Sus manos protegidas por los guanteletes resultaron ser unas palas sorprendentemente efectivas. Debía enterrar a los muertos a una profundidad suficiente para que ni

siquiera los descarnados pudieran olfatearlos, aunque Thiel sospechaba que la radiación estaba ofuscando sus sentidos de la misma manera que estaba haciéndolo con los suyos propios. El auspex, el escáner, incluso la pantalla retinal de su casco, ninguno eran dignos de confianza en la atmósfera abrasada de Calth.

Una vez hubo cavado las tumbas y las hubo cubierto de nuevo, se fijó en la alerta del cronómetro en la lente de su ojo izquierdo. Fue una señal breve y difuminada entre la estática, pero posiblemente era la única cosa que funcionaba y que le proporcionaba algún tipo de información útil. Los niveles de radiación alcanzaban un pico. Un nuevo evento solar reverberaba en el horizonte. La ola abrasadora estaba prevista en ocho minutos, dieciocho segundos. Y contando.

Se giró en dirección al distante cadáver ataviado con una servoarmadura azul.

-Gracias por tu ayuda, hermano Akanis, pero tengo que irme.

No había necesidad de enterrarlo: los descarnados habían vaciado la servoarmadura del hermano Akanis días atrás. Sólo quedaban el blindaje y los huesos. Hubo un tiempo en el que Thiel podría haber recibido una reprimenda por una acción tan irrespetuosa —emplear a un hermano de batalla como cebo—, pero Thiel estaba acostumbrado a la censura: todavía lucía con orgullo la marca roja de su casco, aunque ya no significara lo que una vez significó. Si no hubiera contravenido a sus superiores, y posteriormente a Marius Gage, y en última instancia incluso a lord Guilliman, todos ellos podrían estar muertos. Pero no, estaban vivos y habían dejado Calth atrás. Thiel también lo había hecho, para luego regresar: un nuevo acto de insubordinación por su parte lo había devuelto allí. No era que a Aeonid Thiel no tuviera respeto hacia sus superiores, sino que simplemente había aceptado más rápidamente que sus hermanos que las reglas del combate habían cambiado. Las tácticas antiguas —tal y como estaban recogidas en el Codex, según lo llamaban— no siempre eran aplicables. Thiel llevaba un registro de sus prácticos en la superficie de su armadura, un tratado grabado en ceramita de cada ardid y estratagema que había empleado en aquella nada convencional guerra subterránea.

Había otro tramo de cable que comprobar en aquella salida. Marcó los datos sobre la superficie de su servoarmadura con un fino punzón: coordenadas, profundidad y marca de tiempo. Thiel corrió, agachado todo cuanto pudo, alejándose del muerto Akanis.

Cuando alcanzó el punto de una excavación cercana extrajo una vara sísmica de su cinto, la clavó lo más profundamente que pudo y activó el pulso de mapeo subterráneo. Tardaría unos segundos en recibir respuesta;

comprobando la cuenta atrás de la lente izquierda, se dio cuenta de que tenía muy pocos a su disposición.

-Vamos, vamos…- susurró para sí mismo.

Los niveles de radiación estaban ascendiendo muy rápidamente. Un amanecer rojo y fatal ya se insinuaba en el horizonte, haciéndolo arder como una vibrante línea de fuego. Thiel notó el aumento de la temperatura; canceló la runa que parpadeaba en la pantalla del casco para acallar la advertencia imperativa de su servoarmadura.

-Un poco más…

Si daba con el corte en el cable de todas maneras debería volver otro día. No era posible que escavara en aquel momento: la emboscada había consumido demasiado tiempo. Aquella artimaña en concreto estaba recogida en la guarda de su hombro izquierdo. No era la primera vez que la empleaba, ni sería la última.

La vara sísmica devolvió una negativa.

-Maldita sea.

Thiel ajustó el nivel de profundidad e incrementó la potencia del pulso, consciente de que la radiación y las toneladas de tierra podían estar ocultando algún débil eco.

Otro lapso de varios segundos, y el cronómetro pasó de ámbar a rojo. Se estaba quedando sin tiempo.

La vara emitió otra señal de respuesta.

-Negativo… ¡Maldita sea!

Una ola de fuego recorría ya la superficie de Calth. El mundo que una vez fuera la rutilante frontera del imperio de Ultramar, ahora se había convertido en un desierto sin fin. La ciudad de Numinus no era más que una cáscara habitada por cadáveres y sombras acechantes. Las tierras bajas de Dera Caren habían desaparecido, sus bosques reducidos a cenizas. Coronando aquel panorama, Veridia ya no era la bella estrella que una vez había sido: era un heraldo de destrucción, una perla convertida en una feroz brasa de retribución infernal.

Aeonid Thiel había sido marcado con la señal de la censura, y ahora parecía que Veridia quería marcarlo de nuevo, marcarlo con la señal de la muerte,

pintarlo con una llamarada solar que haría arder el rojo y el azul, tiñendo su servoarmadura de negro.
Abandonando la vara y gran parte de su equipo, Thiel corrió.



Unos ojos enrojecidos y entrecerrados seguían la huida del Ultramarine.

Incluso con los filtros de brillo de las lentes a máxima potencia, el guerrero no era más que una silueta de contornos borrosos recortada contra el brillo de aquel sol infernal. Pero los filtros atenuaron lo suficiente aquella luz para que le permitieran ver cómo el astartes se agachaba y activaba un panel oculto entre el polvo. Unos segundos después una grieta se abrió en el desierto, provocando una catarata de arena que se precipitó en el interior de la negra apertura.

Ignorante de que lo observaban, el Ultramarine corrió al interior de la oscuridad de aquel refugio oculto, con hilos de humo gris ascendiendo del metal de su servoarmadura.

Kurtha Sedd cortó la señal visual y retrajo el periscopio al interior de la caverna en la que él y su séquito aguardaban. Su servoarmadura pareció gruñir cuando se giró hacia los siete cultistas que tenía ante él. Incluso bajo la tenue luz de las lámparas de fósforo los signos que lucía grabados en la piel desnuda de sus brazos parecían brillar y retorcerse. Aún no era uno de los descarnados, pero pronto lo sería. Se lo habían prometido.

Uno de los humanos habló, su voz rasgada a través de la abollada rejilla del respirador.

-¿Y bien?

Lorgar había abandonado a aquellos hombres —leales devotos de la Palabra que habían elegido al demagogo equivocado al que seguir— en Calth para que murieran.

-Por la sangre de Erebus, los tenemos- dijo Sedd, y el chirrido de una sonrisa en su voz fue evidente.

Los cultistas rieron a su vez.



El crujido de la ceramita que se enfriaba en el aire subterráneo era lo único que interrumpía el silencio del inframundo que ahora existía bajo la superficie de Calth. Había estado cerca: las lecturas de la servoarmadura de Thiel caían todas bajo la línea roja, y los niveles de radiación estaban peligrosamente alejados de los máximos aceptables.

Tras atravesar la puerta siguió corriendo, más profundamente en las entrañas de la tierra, donde un nuevo mundo mucho más feo lo esperaba. Aquello era Calth: cavernosas arcologías no mucho mejores que tumbas.

Al final del túnel Thiel redujo su paso y se detuvo. Clavó una rodilla en tierra para recuperar el aliento. Todavía con algunos daños de la lucha a bordo del Honor de Macragge casi dos años atrás, no pudo negar el castigo adicional al que había sometido a su servoarmadura al exponerla a la llamarada solar; imaginó la cantidad de diminutas fisuras acumuladas que debían de estar reduciendo su eficacia en combate.

Una voz severa resonó en la oscuridad, interrumpiendo los pensamientos de Thiel.

-**Cada vez que abandona el complejo arriesga nuestro secreto y nuestra seguridad.**

Con un movimiento cansado, Thiel desenganchó los cierres que aseguraban su casco a la gorguera, y luego se lo quitó para respirar el aire fresco. Tenía un aspecto juvenil, aunque su cara mostraba unas duras facciones cinceladas por la guerra. El sudor le recorría la frente y las sienes, apelmazando su corto pelo rubio. Sus ojos eran azules, como brillantes zafiros, y localizaron en seguida al hablante en la oscuridad.

-Y cada segundo que permanecemos aislados nos arriesgamos a que nos aniquilen. ¿Está ahora vigilando de cerca mis movimientos, capitán Vultius?

Los pasos del otro Ultramarine resonaron entre las sombras hasta detenerse bajo la única lámpara de fósforo que iluminaba aquel túnel. Era una figura ribeteada de oro, con un casco laureado bajo el brazo derecho y un gladio envainado sobre su cadera izquierda. Tres remaches de servicio de platino estaban incrustados en aquella frente que era como un risco de granito. Llevaba el oscuro pelo prácticamente rapado. Su equipo de combate estaba limpio y pulido, aunque delataba las marcas de los combates en los que había

luchado, a pesar del trabajo de los armeros. Una capa carmesí caía del generador de energía hasta alcanzar la altura de sus rodillas. Los ojos del capitán Vultius eran de un verde esmeralda, fríos e implacables como el mar.

-¿Debería hacerlo, sargento?

-Práctico: cuanto más tiempo transcurra sin refuerzos, mayores son las probabilidades de que seamos superados en número. El cable de la línea de comunicaciones es el único medio del que disponemos para enviar una señal a la flota. Con éste cortado, el centro de mando está abandonado a su suerte. Y no puedo imaginar qué ha roto el cable, señor.

-Eso no es asunto de su incumbencia.

-Es el único asunto de mi incumbencia, señor. Y creo que también debería ser el suyo.

-¿Era así de impertinente ante lord Guilliman?- dijo el capitán tras un bufido. **-Ahora veo por qué luce todavía la antigua marca. ¿Siempre ha sido como una medalla, verdad? Ser desafiante. Insubordinado.**

Thiel suspiró.

-No soy lo uno ni lo otro, señor. Es sólo que ésta es una guerra no convencional que requiere tácticas no convencionales para librarla.

-Querrá decir «ganarla».

Thiel se mantuvo en silencio unos instantes.

-¿Puedo hablar libremente, señor?

Vultius ladeo la cabeza, incrédulo.

-¿Acaso no lo está haciendo ya, sargento?

-No, señor. No quería decir «ganarla». No hay nada que ganar en Calth. Este mundo ya no tiene ningún valor estratégico más allá de la propaganda. Calth ya está perdido.

Vultius frunció el ceño, al límite de su paciencia.

-Quizá entonces debería haberse quedado en Macragge.

-Quizá, señor. Pero pensé que podía ser de más utilidad aquí…

-Pues estaba equivocado, sargento.

Vultius se dio la vuelta y comenzó a alejarse del halo de luz fosfórica, hundiéndose de nuevo en las sombras.

-Sí, parece que sí- dijo Thiel asintiendo pensativamente con la cabeza.

La voz del capitán le llegó desde el túnel.

-Vaya a que lo limpien de radiación. Escucharé su informe en una hora.

-Intentaré no llegar tarde, señor.
Los pasos de Vultius se detuvieron, como si estuviese meditando una nueva amonestación pero al final se decidiera en contra.

-Parece que el equivocado era yo- esperó unos segundos, medio tragado ya por la oscuridad. **-Pensaba que lord Guilliman lo había enviado aquí como castigo por haber desafiado su voluntad, pero ahora veo que no es así.**

-¿Y eso, señor?

-Porque es evidente que soy yo quien está siendo castigado.



Sentado en el banco de la celda de post-purificación, Thiel veía a través del sucio cristal blindado cómo dos servidores restregaban su servoarmadura. La descontaminación radiactiva era un proceso lento y tedioso pero necesario.

Desde que el enemigo atacara el sol de Calth, cualquier salida a la superficie conllevaba el riesgo del envenenamiento radiactivo. Ni siquiera los astartes eran inmunes, aunque pudieran soportar una exposición mayor y más prolongada que los humanos. La última salida de Thiel habría matado varias veces a un hombre normal, pero él viviría y se sobrepondría a los efectos de la radiación de Calth.

Incluso vestido sólo con unas mallas y una simple camiseta blanca de entrenamiento empequeñecía al soldado que permanecía en pie junto a él. La chaqueta de su uniforme lo identificaba como Rowd, y lucía los colores del antiguo regimiento de Numinus. Por supuesto, ya no existía el regimiento de Numinus, ni siquiera quedaba un batallón de él. Los supervivientes de las

antiguas divisiones del ejército de Calth se habían reagrupado en una fuerza guerrillera, apoyada en la medida de lo posible por los legionarios de la XIII.

-¿Cuánto le queda, soldado?

Rowd se giró, asustado por unos instantes. Thiel señaló a los servidores que se veían a través del sucio cristal.

-Mi servoarmadura, ¿cuánto le queda?

Sabía la respuesta, pero el silencio subterráneo lo molestaba: permitía a su mente divagar.

El soldado comprobó su cronómetro. Llevaba parcialmente abrochado el traje antiradiación: los pantalones y las botas estaban ajustados sobre el uniforme, pero la chaqueta estaba abierta y de su cuello colgaba, sostenida por unas correas aflojadas, la máscara de respiración autónoma; la capucha caía entre sus hombros sobre su espalda.

-Apenas unos minutos, sargento. Los servidores están terminando.

Thiel asintió como si le hubiera proporcionado datos que desconociera.

-Dime, soldado, ¿se supone que eres mi guardián?

Rowd se sobresaltó.

-Yo… no… sargento. El capitán Vultius me pidió que me asegurara de que permanecierais aquí hasta que él regresara.

Thiel se puso en pie, un gesto sencillo que le hizo cernirse sobre el soldado.

-Entonces eres mi guardián.

-Sargento- dijo Rowd preocupado. **-Yo sólo…**

Thiel soltó una carcajada y agitó la mano en un gesto de disculpa.

-Relájate, soldado, sólo estoy bromeando. Quizá un poco de humor nos ayude a pasar el rato.

Rowd se relajó un poco. Intentó sonreír, pero el miedo en sus ojos lo traicionaba. Antes de que pudiera responder, sonó la sirena que acompañaba a la luz estroboscópica que parpadeaba sobre la puerta de la cámara de descontaminación. Segundos después, el siseo de la presión neumática precedió a la apertura de la misma y a través de ella surgió un servidor que

portaba la servoarmadura de Thiel.

El ultramarine comprobó satisfecho que las marcas que había grabado sobre su superficie aún seguían allí. Rowd también las vio, y entrecerró los ojos.

-¿Qué es eso?

-La legión los llama «prácticos». Esto es un archivo de cada táctica, estratagema y treta que he empleado desde que llegué a Calth.

-¿Vuestra servoarmadura no cuenta con un sistema interno para eso?

Thiel sonrió mientras cogía el avambrazo que le tendía el servidor.

-Ya lo tengo lleno. He estado muy ocupado. Ven, ayúdame a ponerme esto.

Rowd asintió y se acercó a él.

En ese preciso instante, los ecos sordos de una violencia desatada resonaron al final del túnel frente a ellos.



A Thiel le había llevado tres minutos rearmarse con la ayuda de Rowd. Habían tardado otros tres minutos en recorrer la mitad del túnel que llevaba al centro de mando donde el ultramarine esperaba que Vultius aún estuviera al mando.

Tres secas detonaciones resonaron en aquella penumbra fosfórica, más fuertes que todas las anteriores. Thiel redujo su paso a una ligera marcha, su armadura repiqueteando. Rowd lo alcanzó, casi sin aliento.

-¿Qué ha sido eso?- preguntó el soldado.

-Disparos de bólter.

El color desapareció de la cara de Rowd, duramente iluminada por la parpadeante lámpara sobre su cabeza.

-Eso es… un arma de las legiones.

-Sí.

Rowd comprobó el cargador de su rifle láser y quitó el seguro con el pulgar. Thiel había desenfundado su pistola y blandía además su gladio.

Al ruido de los disparos se unió el de los gritos. Reconoció alguna de las voces; una pertenecía al capitán Vultius, que gritaba órdenes. Otras eran más duras y guturales. Conocía aquel idioma aunque no supiera hablarlo.

La lengua de Colchis. Portadores de la Palabra.

Los puños de Thiel se apretaron alrededor de las empuñaduras de sus armas. Pensó en sustituirlas por la espada electromagnética envainada junto al generador de su espalda, pero aún no sabía a qué se estaban enfrentando. No había práctico con el que preparar su respuesta, ni teórico que mereciera la pena formular en aquellos extraños días de fratricidio.

-Detrás de mí.

Thiel avanzó en guardia los últimos cientos de metros del túnel. Había unas compuertas al final del corredor. Un panel con varias teclas para introducir una contraseña impedía que las puertas se abrieran, pero de alguna manera el enemigo había localizado la base de operaciones y se había infiltrado en ella.

El sonido de la batalla se intensificaba, claro incluso a través del grueso plastiacero de aquellas hojas. Thiel se detuvo en el umbral y tecleó la secuencia numérica para abrirlas. Hubiera preferido alguna otra ruta, pero aquella era la más directa para acceder al centro de mando. La apertura de aquellas compuertas anunciaría su presencia. Debería estar preparado para lo que fuera que lo guardara al otro lado de ellas. Los recuerdos de la lucha a bordo del Honor de Macragge lo asaltaron como una serie de fríos destellos. Thiel intentó reprimirlos, deseando que en aquella ocasión sólo tuviera que enfrentarse a enemigos mortales.

-Cada puerta, un nuevo horror…

Rowd lo miró.

-¿Qué?

-Nada.

Con un ruido más intenso que el de los disparos, los gritos y las maldiciones, las compuertas comenzaron a abrirse.

-¡Permanece a mi lado, Rowd!

Con la cabeza baja, Thiel atravesó el hueco entre las puertas y se pegó a la pared lateral, absorbiendo los retazos de datos tácticos que le proporcionó su breve vistazo a la sala. Gran parte del centro de mando había sido destruido, la mayoría de los cogitadores y de las consolas del estrategium reventadas. Las luces parpadeantes que colgaban sobre sus cabezas sugerían que lo que quedaba de la instalación funcionaba ya con el generador de reserva. Las compuertas de la pared opuesta estaban derribadas y desgarradas sobre el suelo ennegrecido por la explosión con la que el enemigo había penetrado allí.

Tres ultramarines se parapetaban tras las columnas de carga del centro de la sala, de las que los disparos arrancaban parte de las filigranas. Uno de ellos era el capitán Vultius. La sangre le goteaba sobre los ojos de una profunda herida en la cabeza que estaba afectando a su puntería. Estaba agachado, disparando esporádicamente, y el hueco sonido que hacía su pistola indicaba que el cargador estaba a punto de agotarse.

Quince objetivos se repartían al otro lado de la cámara, y avanzaban en parejas. Thiel contó siete que llevaban servoarmadura, aunque todos lucían los brazos al descubierto. Los otros ocho eran cultistas humanos, vestidos con chalecos antibalas, túnicas y enarbolando armas de proyectiles y rifles láser robados. Pobremente equipados, pero bien motivados, se movían con una disciplina poco común entre aquellas hermandades de fanáticos.

Una ráfaga de tres disparos de la pistola de Thiel alcanzó a uno de los portadores de la palabra en el vientre y lo hizo doblarse sobre la herida abierta, aturdido. Rowd también acertó con su disparo, travesándole la garganta a un cultista, que murió en el acto.

-¡Buen puntería!- reconoció Thiel.

-Le apuntaba al torso…

Los dos estaban con la espalda pegada a la pared de la cámara, aprovechando dos oquedades naturales que había en ella. La lluvia de disparos enemigos les impedía avanzar. Un ruido blanco resonó en el canal de voz del casco de Thiel, y después de entre las interferencias surgió la voz del capitán Vultius.

-Han volado la puerta, Thiel. Numetor y Hargellus están muertos. Práctico: hemos sido asaltados y superados.

-Cuento siete legionarios y siete cultistas, señor.

-Negativo. Hay al menos el doble de auxiliares humanos.

Thiel apretó los dientes.

-Lo siento, señor, ha sido culpa mía. Han debido de seguirme.

Teórico: estaban perdiendo, y en unos pocos minutos el centro de mando sería ocupado por el enemigo. Thiel aún estaba intentando formular algún plan de combate cuando la voz del líder enemigo se proyectó por toda la cámara, por encima del tumulto del tiroteo.

-Soy Kurtha Sedd, apóstol de la Tercera Mano, XVII Legión. Os superamos en número y os rodeamos. Rendíos y vuestras vidas, y las de los que están a vuestro servicio, serán perdonadas.

El centro de mando era parte de una red de arcologías mayor: era el punto desde el que los Ultramarines habían coordinado los refugios locales en los años anteriores. No había refugiados allí, pero sí civiles. Catorce hombres y mujeres, apenas un tercio de ellos militares; el resto eran logistas, ingenieros y cocineros, todos ellos a cubierto junto a sus defensores. Algunos sostenían en las manos temblorosas pistolas láser. Otros yacían muertos, alcanzados por disparos enemigos o por sus propias manos. Como Thiel, Vultius era responsable de ellos: eran la sangre de Calth, de la poca que quedaba.

Vultius le dio una orden.

-Fuera, Thiel. Es el único que puede escapar.

-¿Se rinde, capitán?

-Quieren prisioneros… eso le dará tiempo, sargento.

-¿Tiempo para qué, señor?

-Para organizar una misión de rescate. Es como dijo, sargento: ésta es una guerra no convencional que requiere tácticas no convencionales. Éstas son las mías. En marcha.

La boca de Thiel se convirtió en una delgada línea cuando comprendió lo que debía hacer.

-Retirada.

Rowd lo miró, confuso.

-¿Sargento?

-A las compuertas. Ahora. Nos vamos.

Thiel escudó a Rowd mientras este volvía al túnel. Se agachó cuando una ráfaga de disparos los siguió por el hueco entre las puertas de metal.

Arriesgándose a recibir un disparo, Thiel se detuvo para introducir de nuevo el código con el que asegurar las compuertas, y después disparó al panel antes de que comenzaran a alejarse.

Las puertas estaban todavía cerrándose cuando oyeron una explosión a sus espaldas que tiró de bruces a Rowd y que hizo que Thiel se tambaleara y tuviera que apoyarse en la pared. Mirando atrás, vio varias figuras que avanzaban entre el humo. El metal retorcido se abría a ambos lados del vano, ambas puertas desgarradas. Agarró a Rowd y lo puso en pie.

-Arriba, soldado. Aguantaremos nuestra posición aquí.

Rowd estaba ligeramente aturdido, pero siguió aquella orden, recobrando la compostura y disparando con una rodilla a tierra. Tres gritos recompensaron sus esfuerzos; una de las muertes había sido sin duda obra de Rowd. El resto de los cultistas se mostraron más cautos tras eso.

Thiel alzó un puño cerrado, indicando a Rowd un alto el fuego.

Más allá del túnel, el eco de los disparos de bólter y de láseres se fue desvaneciendo. Las siluetas que se reunían entre el humo que se disipaba estaban retrocediendo; una voz más grave que las otras parecía estar impartiendo órdenes.

-Se retiran…- dijo Rowd aliviado.

Thiel seguía escuchando atentamente. Hubo más murmullos, y el seco clic de metal contra metal. Abrió más los ojos cuando reconoció el sonido: era el del seguro de una granada retirado.

-¡Al suelo!

Su advertencia fue devorada por un doloroso bramido de ruido blanco, intensificado por los estrechos confines del túnel. Rowd gritó cuando una potente luz blanca llenó aquel espacio, brillante como el iracundo sol de Calth.

-Granadas… aturdidoras…

Thiel farfulló las palabras. Se sentía aturdido, los oídos le pitaban, sentía la cabeza como en el interior de un tambor redoblante. Las detonaciones habían saturado los sentidos automáticos de su casco que habían transmitido aquella sobrecarga directamente a su corteza cerebral.

Un humo nuevo llenaba el túnel, y surgía de más granadas. Gruñendo, Thiel se obligó a ponerse en pie. Las lentes retinales de su casco seguían saturadas, por lo que se lo quitó y lo enganchó a su cinto, dejando que se recalibrara. Todo se volvió más ruidoso, y el hedor de la cordita se hizo más potente. Todavía tenía la vista borrosa, por lo que se agachó por si los cultistas llegaban disparando. Pero no lo hicieron. Por el momento sólo se oían pasos apresurados entre los últimos retazos del final del combate.

Thiel puso en pie al mareado Rowd.

-Algo no va bien…

Los cultistas regresaban. Junto el ruido que hacían sus movimientos, Thiel podía escuchar sus risas. Parpadeó, en un intento por disipar las imágenes fantasma que aún veía al cerrar los ojos. Todavía bajo los efectos de la granada aturdidora y el humo, su puntería estaba severamente comprometida.

Algo se acercaba. Unas siluetas borrosas —no podía precisar exactamente cuántas a aquella distancia— corrían hacia ellos. Disparó, pero falló. Unos óvalos carmesíes emergieron de entre el denso humo, las lentes de unos visores infrarrojos, ardientes en aquella oscuridad con la certeza de sus sistemas de búsqueda de calor.

Cerrando los ojos, Thiel escuchó atentamente. Tres atacantes, cargando a toda velocidad. Alzó su pistola con ambas manos, los párpados aún apretados. Apuntó y disparó, y en respuesta le llegó un grito de dolor.

-Quedan dos…- se dijo para sí mismo.

Inspiró profundamente, concentrándose. El siguiente disparo sólo rozó al objetivo: escuchó cómo el proyectil rebotaba, cómo el enemigo gritaba mientras intentaba recuperar el equilibrio. Con otro disparo le alcanzó de lleno, haciéndolo saltar en pedazos.

-Uno más…

El cultista gritó, tan fuerte, tan cerca, que Thiel comprendió que se había quedado sin tiempo. Abrió los ojos, sólo para ver a aquel hombre enloquecido que apretaba el detonador que llevaba conectado a las cargas

explosivas que le revestían el torso.

La explosión arrancó del suelo a Thiel y lo estrelló contra el techo del túnel. El retumbar de la roca deslomándose fue ensordecedor.

Mientras la oscuridad lo reclamaba, tuvo la impresión de que se precipitaba a las fauces de una criatura que viviera más allá de la realidad, al otro lado del velo.



El ruido de algo que rascaba contra la coraza de su servoarmadura lo despertó.

Thiel abrió los ojos en medio de aquella oscuridad, percibió el olor de tierra y roca húmedas. Algo enormemente pesado presionaba sobre su espalda. Intentó moverse, pero estaba inmovilizado. Respirar ya era bastante duro.

-Soldado…

Aquella palabra fue apenas un suspiro, ahogada por la tonelada de roca encima de él. Era Rowd quien estaba rascando su servoarmadura, sus brazos apretados contra el pecho y los dedos aferrados al cuchillo con el que desesperadamente rozaba el metal a la espera de una respuesta.

-Gracias al Emperador- su voz sonaba atenuada tras la máscara.

Thiel estaba a gatas sobre él, y era el cuerpo atrapado del ultramarine lo único que había impedido que muriera aplastado. Rowd había pensado lo bastante rápido como para haberse ajustado la máscara antes de que el túnel se derrumbara.

-¿Podéis levantarlo?- preguntó Rowd.

Thiel sentía como si un tanque estuviera situado sobre su espalda. Probó empujar. Gruñendo, logró alzar unos milímetros la losa de piedra que poco a poco los estaba aplastando. Volvió a su posición inicial lentamente.

-No… puedo… levantarla más…

-¿Entonces los marines espaciales también tienen sus límites?- dijo Rowd en una broma nerviosa que ni siquiera le hizo gracia a él. -**No quiero morir aquí, señor.**

-Yo tampoco. Por eso vas a alcanzar una de las granadas que llevo al cinto. ¿Puedes hacerlo, soldado?

Rowd asintió, dejando a un lado el cuchillo. Los brazos de Thiel estaban cada uno a un lado suyo, soportando aquella carga, de manera muy parecida a como tenían atrapadas las piernas; eso dejaba muy poco espacio de movimiento al soldado, pero Thiel notó cómo desenganchaba una de las granadas y cómo esta rozó su coraza cuando el soldado se la acercó a la cara.

-¿Y ahora qué?

-Ajusta el temporizador a treinta segundos, después colócala en el hueco entre mí y la roca. Empújala todo lo hondo que puedas. Sin una servoarmadura, una explosión así te matará si te alcanza.

-¿Y vos?

-Me dolerá como el infierno- contestó Thiel resignado. **-Ahora, hazlo.**

Rowd obedeció. Ajustó la cuenta atrás a treinta segundos, la activó y la colocó lo más lejos que pudo a la espalda de Thiel para que éste le sirviera de escudo.

-Hecho.

-Bien. Tenemos menos de veinte segundos. Encógete, hazte tan pequeño como puedas. Y hazme un favor: tápame los oídos.

Con las manos temblorosas de Rowd apretadas a ambos lados de su cabeza, Thiel sintió la cuenta atrás de la granada como si el temblor de cada segundo arrojara ondas por toda sus servoarmadura. A tres segundos del final, cerró los ojos.

El calor, la presión, el sonido de la roca astillada, el hedor del metal abrasado y el sabor de la sangre en la boca: todo aquello lo golpeó simultáneamente en un remolido de sensación agónica. Thiel había soportado la explosión, aunque notaba los miembros adormecidos y la integridad de su equipo de combate había quedado seriamente comprometida.

Por encima de ellos el aire estaba iluminado y pudo darse la vuelta, no sin un intenso dolor. Los escombros y el barro cayeron de su espalda.

-¿Estás vivo?

-Sí…- dijo Rowd con una sincera falta de convicción.

-Entonces ayúdame, soldado. Puedo oír a los cultistas avanzando entre los escombros. Vienen a por nosotros.

Sin un apotecario, era difícil para Thiel saber el alcance de los daños que había sufrido. Notaba una hemorragia interna, fracturas a lo largo del caparazón de las costillas y posiblemente también en el hombro izquierdo. Cuando se puso de nuevo el casco, la pantalla retinal reveló los daños en el blindaje y en los cierres herméticos de su servoarmadura, así como en los capacitadores del generador.

Thiel se puso en pie como pudo, apartando a los lados los dos pedazos en que la granada había convertido la roca que los apresaba. Se quedó quieto unos instantes en medio de la nube de polvo y tierra suspendida, intentando localizar a los enemigos.

-Contacto visual. Cuatro figuras, treinta y tres metros.

Desenfundó su pistola, según el contador lateral le quedaban tres proyectiles en el cargador. Los disparó en una sola ráfaga que iluminó la penumbra con su destello. Los tres cultistas quedaron reducidos a pedazos de carne desparramada.

El cuarto murió más elegantemente bajo un preciso disparo de láser de Rowd. Thiel asintió.

-Ese ha sido un disparo muy bueno.

Rowd aún se estaba limpiando la cara de sudor y el polvo. Se había quitado la máscara para disparar.

-Lucho por Ultramar, sargento, incluso aquí entre la suciedad. Y la retribución es un motivador muy potente. Ayuda a concentrarse.

-Bien dicho. ¿Qué hacías antes de unirte al ejército?

Rowd vaciló.

-Era… era un convicto, señor. Soy un recluta penal.

Thiel dejó escapar un silbido, pero había una sonrisa en su voz.

-¿Qué te parece…?

En ese momento sonaron las detonaciones de proyectiles sólidos. Una bala

rebotó contra la pared, escupiendo esquirlas. Otra alcanzó la guarda del hombro de Thiel, dejando un profundo surco en la ceramita. Más allá, se oía el ruido de un arma pesada empujada hasta su posición, sus cadenas resonando sobre los escombros. Los artilleros la estaban afianzando, instalando el punto de mira y colocando en la ranura la cinta de munición. Thiel no sentía deseos de volver a poner a prueba su servoarmadura.

-Tenemos que movernos.

Sin que se lo pidiera, Rowd sostuvo el debilitado lado izquierdo del ultramarine, y ambos fueron capaces de adentrarse más en el túnel. Doblaron una esquina justo antes de que el cañón automático abriera fuego. Rowd se quedó en cuclillas. Thiel colocó un nuevo cargador en su pistola.

-¿Y ahora qué?

-No podemos volver atrás- dijo Thiel mientras miraba cómo el fuego sostenido del enemigo hacía pedazos la pared del túnel, masticando roca y tierra como un taladro. **-Los legionarios enemigos no estarán muy lejos-** revisó el cronómetro del visor retinal; no se había detenido en ningún momento, igual que la marca operativa que había estado contando desde que la lucha en Calth comenzara. **-La llamarada solar a estas horas debe de haber remitido. Hay una salida no muy lejos de aquí.**

-¿Salir a la superficie? Pero eso es…

-Una mortal tierra baldía abrasada por la radiación- por su tono era claro que había tomado una decisión. **-Teórico: tenemos que pensar en una aproximación distinta al ataque, sorprender a Kurtha Sedd y a sus hombres. Práctico: si nos quedamos aquí, estamos tan muertos como los demás. El capitán Vultius no responderá si no puede garantizar la protección de los civiles en la lucha. Sedd quiere prisioneros.**

Rowd no parecía nada convencido.

-Parece que ambas elecciones llevan a la muerte, sólo que una es más lenta que la otra…

Thiel se puso en movimiento, aparentemente sin haberlo escuchado.

-Ajústate el traje, y estate atento al medidor de radiación.

-No creo que eso vaya a servir de mucho cuando llegue la siguiente llamarada solar. ¿Dónde iremos cuando salgamos de aquí?

Thiel lo miró a través de las frías lentes de su casco.

-A algún lugar bajo tierra, y rápido. Si no, ambos arderemos.



Kurtha Sedd permanecía en pie, impasible, su forma semioculta entre las sombras y el humo que se disipaba. Lo poco de su servoarmadura que relevaba la luz fosfórica era una superficie dentada, deformada y grabada con líneas de escritura cuneiforme. La mayor parte lo había escrito él mismo, puesto que se consideraba un predicador. Algunos de los pasajes se extendían más allá del metal por encima de su piel, pero a diferencia de las líneas sobre el blindaje, aquellas líneas estaban escritas con su propia sangre y no con la de sus víctimas. Con los brazos cruzados, esperaba.

Tres cultistas emergieron de entre las sombras, seguidos por uno de los legionarios. Se dirigió sólo al portador de la palabra.

-Eshra. ¿Dónde están?

-Han escapado, mi señor.

El legionario se arrodilló cuando llegó a la altura de Kurtha Sedd, ofreciendo su cuello para el castigo de la decapitación ritual.

-Alza la mirada, no voy a matarte por este fracaso. Pero deberás realizar un acto de expiación.

Desde que Lorgar había dejado a aquellos errantes hijos suyos para que murieran en Calth, una mentalidad obsesiva se había extendido entre ellos, motivada por un instinto de supervivencia alimentado por una negativa moralmente justificada. Sedd creía fervientemente que habían sido dejados atrás con un propósito divino, aunque todavía no revelado.

Eshra no llevaba puesto su casco. Lo había perdido varias semanas atrás y no había intentado hacerse con otro: lucía así sus cicatrices como una declaración de su devoción.

-Decidme cuál.

Se golpeó con el puño en la coraza, un saludo de tiempos pasados que Sedd prefirió ignorar. Los ojos del apóstol eran como brasas tras las lentes de su

casco labrado como una calavera.

-Síguelos.

Eshra lo miró perplejo.

-¿Al desierto radiactivo? ¿Sin servoarmadura completa?

-Enfermarás y morirás, pero durarás lo suficiente como para atrapar a nuestra presa. Piensa en ello como una mortificación.

-Pero mi señor, yo…

El golpe fue rápido, tanto que separó la cabeza de los hombros de Eshra antes de que ninguno de los presentes hubiera sido capaz de ver la hoja que se había extendido del interior del avambrazo de Kurtha Sedd.

-Kaeloq.

Otro guerrero avanzó desde detrás de la espalda y se postró ante el apóstol oscuro. Éste tenía el juicio suficiente como para seguir llevando puesto su casco de combate. Un cuerno retorcido trazaba un arco desde su sien izquierda.

-Sí, mi señor.

Su voz no era una sino dos, superpuestas y ligeramente desincronizadas.

-Noble Kaeloq, ¿tú también rechazarás este honor?

Kaeloq alzó la mirada.

-¿Queréis sus cabezas, o sólo sus lenguas?

Bajo el rictus de su máscara, Kurtha Sedd sonrió.



Un viento caliente recorría las abrasadas ruinas de la ciudad. La llamarada solar había dejado varios incendios a su paso. Algunos eran pequeños, agitándose a ambos lados de la carretera o en el interior de las cáscaras en las que se habían convertidos los edificios bombardeados, y daban la impresión de ser pequeñas velas funerarias. Otros eran vastas

conflagraciones que devoraban distritos enteros y dejaban tras de sí nubes de hollín.

Thiel miró al horizonte y después a Rowd.

-El distrito de Mercius Sur. Mira, esa estatua representa al fundador.

Antes de los fuegos, antes de que Veridia convirtiera Calth en un páramo calcinado, hubo también un distrito norte y un distrito este y un distrito oeste. Granjas agrarias a una escala industrial, todos ellos. Viñedos cuidadosamente cultivados, amplias avenidas, bosques de coníferas, ahora todo polvo y ceniza. Más de cincuenta mil trabajadores, y sólo aquel esquelético monumento para llorarlos.

Thiel sabía todo acerca de Mercius y de su fundador. Los archivos sobre las principales ciudades y distritos de Calth eran muy detallados. Ahora eran poco más que documentos históricos, notas a pie de página que describían un mundo roto.

Rowd tosió tras su máscara, empañando las gafas con su aliento.

-¿Estás herido, soldado?

-Estoy bien, señor.

La mirada de Thiel se detuvo un momento en él antes de volver su atención de nuevo hacia las ruinas.

-Abre bien los ojos entonces. Podrá haber cualquier cosa acechando en esas sombras.

-¿Qué hombre podría sobrevivir aquí fuera?

-No son los hombres de lo que debes preocuparte…

Desde que llegaran a las afueras de Mercius Sur, no se habían encontrado un alma. Los cadáveres —restos de huesos abrasados esparcidos por el suelo en todas direcciones— no contaban.

Thiel avanzaba despacio. Había ordenado a Rowd que permaneciera veinte pasos tras él. Comprobaba cada sombra, cada fisura, cada grieta, todas las cuales parecían prolongarse a medida que se movía. En silencio, alzó un puño cerrado.

Rowd se detuvo inmediatamente. Parecía que algo había atraído la atención

del ultramarine. Un tanque, concretamente un Rhino TBT de la XIII Legión, bloqueaba la carretera. La voz de Thiel resonó en el canal de voz del traje antiradiación de Rowd.

-Aguarda aquí.

El ultramarine avanzó solo, sosteniendo su bólter en las manos a la altura de la cadera. Inapropiado para la lucha en los estrechos túneles, el mayor alcance de aquel arma la hacía idónea en campo abierto. Llevaba enfundada su pistola, envainado el gladio, el cuchillo de combate en el tobillo y la espada electromagnética cruzada a la espalda. Aunque los sistemas del casco eran poco útiles en medio de aquella radiación, el cronómetro continuaba su cuenta hacia la próxima llamarada solar prevista. La precaución era un lujo que apenas podían permitirse, pero la impaciencia podía ser fatal.

Alcanzando el transporte blindado, Thiel se percató de que la rampa trasera estaba desplegada. Con el bólter apuntando al interior, la recorrió. Dentro del vehículo el daño del fuego parecía superficial, la mayor parte estaba indemne. El conductor permanecía desplomado sobre los mandos, muerto; un agujero se abría en su casco, ribeteado de sangre oscura y reseca. Thiel había visto heridas como aquella antes.

-No es la herida de una hoja…- se dijo.

Un grito del exterior lo alertó. Salió corriendo en auxilio de Rowd.

-¡Allí!

El soldado apuntaba con su rifle láser hacia arriba. Thiel siguió la línea que indicaba y se encontró con algo que parecía una estatua de camposanto, como una gárgola eclesial, agazapada y rodeada de sus alas sobre los restos de una torre.

-¿Qué es esa cosa?- preguntó Rowd sin dejar de apuntala, a pesar de su inmovilidad.

-Un demonio… una vez. Ahora sólo es una cáscara.

Como con intención de confirmar sus palabras, un fuerte viento erosionó la estatua hasta convertirla en copos de ceniza. Por fin, Rowd bajó su rifle láser, pero siguió mirando al par de pies rematados en garras que quedaron en el borde de la torre semiderruida.

-¿Qué le ha pasado?

Thiel se encogió de hombros.

-El velo se restablece de nuevo, supongo. Los demonios desaparecen cuando no pueden mantener contacto con el otro lado desde el plano mortal. Creo que ya no quedan auténticos demonios en Calth.

Rowd cruzó su mirada con la del ultramarine.

-¿Cómo podéis saber eso?

-¿Has visto alguno?

-No…

-Pues eso. Los descarnados se han ido…

Thiel exhaló profundamente, agotado, y se apoyó en el Rhino. Algo oscuro goteaba entre las junturas de su servoarmadura. Rowd se fijó en ello.

-Aún estáis sangrando.

-Apenas me tengo en pie. Ayúdame a entrar en el tanque…

Juntos lograron llegar al interior del vehículo. Thiel se dejó caer contra la pared blindada, con la respiración entrecortada.

-¿Qué debo hacer?- dijo Rowd.

-Quédate aquí. Si nos están persiguiendo quizá no pasemos desapercibidos en este escondite, pero seguro que nos matarán si nos encuentran fuera. Me recuperaré… sólo necesito… un momento…- gruño de dolor, un sonido ahogado por la rejilla de su casco. **-Esperemos que mi recuperación no tarde demasiado. No queda mucho para la llamarada solar.**

Rowd suspiró.

-¿Algún… práctico?

Thiel se rio ante aquel humor negro.

-Háblame de tu anterior vida en Calth, soldado. Recuérdame por qué luchábamos antes de que nuestros hermanos nos traicionaran.

Rowd se encogió de hombros, mirando al suelo.

-No hay mucho que contar. Era agricultor, y trabajaba en los campos de

Vollard recolectando grano para los silos- hizo una pausa, jugueteando distraídamente con uno de los cierres de su traje. **-Yo… maté a mi supervisor cuando intentó violar a mi mujer. El disparo le atravesó el corazón. Murió instantáneamente.**

Thiel dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta tocar el metal. Dejó escapar otro suspiro de dolor.

-Eras… convicto de asesinato…

Rowd asintió.

-No tenía prueba alguna del asalto. Yo era un campesino, él un supervisor…- su voz cambió, amarga por el recuerdo, por la pérdida**. -Sin mí, mi mujer y mi hija se quedaron solas. Creo que murieron poco antes de la guerra. Una bendición, supongo. Yo pensaba que moriría en mi celda, pero en lugar de eso me alistaron en el ejército. Me marcaron para censura, si lo prefieres**- Rowd hizo un gesto hacia el casco de Thiel. **-Como a ti.**

La risa de Thiel sonó forzada, pero por el dolor, no porque estuviera en desacuerdo. Tras aquello, un denso silencio descendió sobre ellos. Fue Rowd el que lo rompió tras unos minutos.

-No saldremos vivos de este tanque, ¿verdad, señor?

-Quizá podamos… hacer que el tanque se mueva. Quizá ya se haya… autorreparado…

Rowd miró a su alrededor.

-¿Puede hacer eso?

Thiel no contestó. Permanecía en silencio, quieto, mientras su mente y su cuerpo hacían las reparaciones necesarias para volver a funcionar de nuevo. Los Ultramarines eran especialmente buenos en aquellas recuperaciones. Lo hacían eficientemente, más rápido y mejor que las demás legiones. Esa era una de las razones por las que eran tan difíciles de matar. Y últimamente habían ejercitado mucho aquella habilidad.



l turbio brillo de una servoarmadura a lo lejos, frente a la rampa del

Rhino, fue lo que devolvió a la realidad a Rowd. Se dio cuenta de que había estado perdido en ensoñaciones en lugar de vigilando. Sin su cronómetro, no tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba inconsciente Thiel. Lo que era innegable es que la línea del horizonte reverberaba y que el aroma del calor y el fuego impregnaba el aire. Ninguno de los dos era una buena señal. Lentamente se acercó a la compuerta para tener mejor visibilidad.

La partida de caza había dado con ellos, o al menos habían pensado que aquel Rhino podía ser un escondite factible. Avanzaba en su dirección: cuatro cultistas y un legionario con una horrenda máscara de combate. Un cuerno brotaba de un lado de su cabeza. Cadenas dentadas de hierro negro repiqueteaban contra su servoarmadura. Llevaba los brazos descubiertos, que eran dos masas de carne cubierta de cortes cuneiformes, oscurecidas por las quemaduras radiactivas. En una mano sostenía un cuchillo ritual dentado, en la otra un bólter con otra hoja afilada acoplada bajo el cañón.

Rowd estimó que apenas tenían unos minutos antes de que descendieran por la ladera del cráter en el que el Rhino languidecía. Apresurándose, estaba a punto de tocar el avambrazo de Thiel cuando el ultramarine despertó y lo sujetó de la muñeca. Suprimiendo un grito, Rowd hizo un gesto hacia la rampa.

-¿Cuántos?- todavía desorientado, se acercó a una de las ranuras y sacudió la cabeza. **-Están cerca…-** entonces vio la línea del horizonte. **-Pero eso está más cerca aún.**

Rowd ya estaba junto a la rampa, apuntando con su rifle.

-Puedo matar a dos antes de que estén lo bastante cerca como para vernos…

Thiel ladeó la cabeza.

-¿Y dices que eras recolector de grano…?

-Eso deja mucho tiempo libre en los campos. Solía disparar a latas de conserva con el viejo rifle láser de mi padre. Él fue francotirador en el ejército.

-Suerte que el talento no saltó una generación- sonrió Thiel. **-Lo siento por las latas. Dos entonces, soldado. Yo me encargaré de los demás. El legionario muere el último.**

Rowd asintió. El plan estaba decidido.

El soldado esperó otros cinco segundos más antes de hacer su primer disparo. Reventó el ojo del cultista más cercano, haciendo que el rayo láser proyectara masa cerebral y hueso por el agujero que abrió en la parte posterior del cráneo. El segundo murió con una quemadura a lo largo de la garganta, como si lo hubieran degollado con un cuchillo al rojo vivo. Ambos se desplomaron, uno a escasos segundos del otro. Dos proyectiles de bólter, su detonación amplificada por el metal del Rhino, precedieron a las explosiones de los otros dos humanos.

Entonces Rowd pudo ver lo que se cernía sobre ellos y se dio cuenta de que se estaban quedando sin tiempo.

Thiel estaba a punto de disparar al legionario cuando la primera llamarada de luz lo cegó. Avanzando sobre el desierto, rugiendo entre las ruinas y las dunas de ceniza, avanzaba una cortina de fuego refulgente. Se movía en oleadas, unas sobre otras, ondulantes, abrasadoras. Era hermoso y terrorífico: la materialización misma de la destrucción. Y venía a por ellos.

-¡Haz que esta cosa se mueva! ¡Ya!

Siguiendo la orden, Rowd se precipitó hacia la consola de mandos del Rhino en el momento en el que volvía el ruido de bólter.

-¿Cómo lo hago?

Miraba a los mandos, de una escala mayor que la de sus manos mortales.

-¡No es muy diferente de una cosechadora! ¡Arranca el motor y pisa el acelerador hasta el fondo!

El calor en el Rhino aumentaba, como si estuvieran montados en el interior de un horno, a medida que se acercaba la tormenta de fuego. Rowd escuchó los gritos de Thiel y los secos impactos de los proyectiles al golpear con las placas blindadas. Otra voz invadió aquel caos, profunda y gutural. No necesitó girar la cabeza para saber que se trataba del portador de la palabra.

Localizó el botón de contacto y lo golpeó. El tanque se agitó… y luego se quedó de nuevo inerte. Lo intentó de nuevo.

Algo pesado cayó al interior del compartimento de tropas a su espalda. Un grito de Thiel lo hizo mirar por el retrovisor. El portador de la palabra estaba a bordo, y los dos marines espaciales luchaban cuerpo acuerpo.

-¡Cierra la cabina!- le gritó el ultramarine.

Rowd lo intentó, pero la compuerta estaba deformada y no se deslizaba sobre su raíl. Desesperado, golpeó de nuevo el botón de contacto, el sudor empapándolo en el interior de su traje antiradiación, su respiración caliente empañándole las gafas de la máscara, el calor amenazando con hacer que se desmayase.

Volvió a golpear. Y el Rhino se agitó de nuevo y su motor comenzó a vibrar.

Algo ocurría tras él. Algo en la lucha había cambiado. Oyó gruñidos, rugidos, le pareció ver el retazo de algo inhumano, bestial, que le recordó a la estatua de ceniza, la cáscara demoníaca. Entonces se dio cuenta de que aquella criatura con la que luchaba Thiel era el portador de la palabra.



-¡Engendro del infierno!- gritó Thiel.

Desenvainó la espada a su espalda, que crepitaba con su feroz energía, casi tan feroz como el monstruo que se revelaba ante él. El portador de la palabra rio, sus dos voces burlonas.

-«Elegido», «gal vorbak», «descarnado». Tantos nombres, ninguno verdadero. Qué insignificante es la carne mortal…

Su servoarmadura se resquebrajó, se deformó y se amoldó hasta dar forma a dos alas. Una cresta de hueso y cartílago húmedos brotó de la espina dorsal del legionario. Su piel se oscureció, pasando del marrón al negro. Las pupilas verticales visibles a través de la rendija del casco del monstruo brillaron con una luz maligna.

Y tras aquella transformación, Thiel sintió sus propias heridas que lo lastraban como un ancla, y supo que aquel enemigo lo superaba.



Las imágenes fragmentarias que reflejaba el retrovisor revelaban poco de la lucha entre Thiel y el descarnado. Era una lucha brutal, un borrón de rápidas puñaladas y golpes de garras subrayadas por aquel rugido de la voz dual del monstruo.

El Rhino avanzaba en medio del fuego solar. Los restos que sembraban la carretera hacían que se sacudiera violentamente.

Empequeñecido en el enorme asiento del conductor, Rowd casi salió despedido contra el panel de mandos cuando golpearon de lado contra una pared de escombros. Se aferró al brazo del asiento a medida que la temperatura aumentaba, hasta hacer que el metal quemara con su contacto. Tenía que aguantar, seguir moviéndose, seguir moviéndose…

-Sigue moviéndote…- se dijo entre dientes.

El espejo del retrovisor estaba rajado, lo que dividía la visión de la lucha tras él en dos fragmentos. Al fondo podía ver, a través del hueco de la rampa, que Calth ardía. El horizonte había desaparecido, aniquilado por el fuego. Thiel y el monstruo eran siluetas oscuras recortadas contra aquella terrible luminosidad.

Con el violento movimiento del tanque era difícil de decir, pero a Rowd le daba la impresión de que el ultramarine estaba perdiendo. Estaba tan absorbido por la lucha, tan aterrorizado por su resultado, que no fue capaz de ver la sima que se abrió justo ante ellos.



Incluso si hubiera contado con un día completo de recuperación y una servoarmadura a plena potencia, Thiel sabía que estaría en desventaja contra aquella criatura. Era ágil, y sus potentes golpes resonaban cada vez que paraba una de sus garras: con cada bloqueo defensivo un escalofrío le recorría hasta los hombros.

Apretando los dientes, Thiel notó que algunas de sus heridas se habían vuelto a abrir. Primero notó una sensación de calidez en la espalda y después el frío, un frío que le adormecía los nervios y lo ralentizaba fatalmente.

El tanque se sacudió, haciendo que Thiel tuviera que retroceder tras un contraataque. Se tambaleó, y la espada electromagnética se escapó de su mano. Viéndolo desarmado, la bestia atacó.

El cerebro de Thiel revisaba estrategias de su archivo cada microsegundo, pero no fue capaz de dar con una respuesta adecuada cuando el monstruo lo arrojó sobre la cubierta del vehículo y presionó sus garras sobre su garganta.

-Tan insignificante, tan débil la carne mortal…

El descarnado se reía. El hedor de carne putrefacta y leche agria salía de su boca, pero Thiel no se permitió ni una arcada. Lucharía hasta el final, no mostraría debilidad alguna, y encararía la muerte con furia en su corazón. Sintió la punzada de la garra contra su carótida, y repitió el juramento de entrega en cuerpo y alma al Emperador y a Guilliman.

Justo en ese momento el suelo bajo los combatientes pareció desaparecer.

Con retraso, Thiel comprendió que estaban cayendo.

Y entonces hubo sangre. Océanos de sangre, suficiente para ahogarse en ella.



Solo, el portador de la palabra caminaba pesadamente por los corredores subterráneos en el interior de aquel pequeño y sucio mundo. En su mano llevaba una cabeza, tal como había prometido. El casco que cubría aquella cabeza aún estaba recubierto de marcas, estrategias de combate grabadas en el propio metal.

Siguió el sonido del dolor que emanaba de uno de los túneles interiores del complejo, sabiendo que aquello lo llevaría hasta el centro de mando. En la superficie del planeta en aquellos momentos se desataba un infierno que abrasaba la tierra y la volvía negra.

El accidente lo había salvado. Se habían precipitado al interior de un antiguo invernadero subterráneo —todas las plantas estaban secas, el sistema hidropónico hacía mucho que había dejado de funcionar— que estaba conectado con una de las arcologías; huyendo a los túneles había escapado del calor. Su armadura estaba ennegrecida por la sangre cocida sobre ella.

Abrió una de las últimas puertas de aquel corredor, su figura apenas visible en la penumbra. Allí los encontró. Uno de los guerreros se giró, riendo.

-¿Kaeloq? Pensábamos que estabas muerto…

Los dos portadores de la palabra tenían prisionero a un ultramarine, un capitán según la insignia de su rango. La cara de Vultius estaba amoratada y ensangrentada, un ojo sellado de carmesí coagulado. Era evidente que lo

habían estado torturando: a su lado tenían una mesa oxidada sobre la que había una serie de cuchillos y garfios.

Una lámpara de luz blanca como de magnesio iluminaba duramente la escena; se encendía y se apagaba cíclicamente, muriendo y resucitando en intervalos de unos pocos segundos. Kaeloq entró en la sala.

-Todavía no.

Los dos portadores de la palabra, que habían vuelto a acercarse a Vultius para proseguir su cruel labor, se giraron inmediatamente al oír aquella voz.



La mirada de Kurtha Sedd estaba concentrada en la pantalla. Con las lámparas de fósforo apagadas, la pantalla era la única fuente de iluminación de la sala; su luz pintaba al apóstol oscuro de un verde enfermo. Ocasionalmente la imagen parpadeaba, enloquecida de estática, pero después se estabilizaba lo suficiente para revelar el patrón.

-Perfecto.

Habían estado excavando, plantando cargas de demolición en cada nuevo túnel. El dibujo que formaban aquellos túneles era claro en la pantalla: una estrella de ocho puntas, un tributo al Octeto profano.

Al oír los pasos de otro legionario que entraba en la cámara, apenas ladeó la cabeza: tan confiado estaba de su poder en aquel lugar. En su visión periférica pudo ver que Lathek seguía jugando con otro de los ultramarines supervivientes.

-No lo desangres del todo, Lathek. Todavía no.

Necesitaban la sangre de aquel guerrero, y la del capitán; pensó si debería enviar a Lathek a comprobar qué hacían con él Vorsch y Methkar. Todos los astartes prisioneros debían vivir de momento, al igual que los humanos hacinados al fondo de la cámara. Su sangre era muy valiosa.

-El velo se abrirá otra vez- y dirigiéndose al guerrero que había entrado antes, preguntó. **-¿No es cierto, Kaeloq?**

La figura dio un paso a su espalda.

-Apestas a sangre. ¿Me has traído sus cabezas o sus lenguas, mi discípulo?

Algo pesado rodó hasta los pies de Sedd, girándose hasta encarar al apóstol. Éste bajó la vista y se encontró con las lentes quebradas del casco de un ultramarine. Estaba empapado de sangre, y de la parte inferior asomaba el muñón de un cuello cercenado.

-Muy bien, Kaeloq.

Sedd volvió a alzar la vista a la pantalla en la que se representaban los túneles rituales que habían horadado en la roca —una vieja línea de alcantarillado, una vía de maglev deshabilitada, etcétera—. Sedd no había tenido más que unir los puntos: casi todo estaba allí ya, parte del patrón cósmico anterior a su llegada a Calth. Aquel búnker subterráneo de los Ultramarines sólo había proporcionado el nexo: un delicioso giro del destino. Hizo un gesto hacia la pantalla.

-Milagroso, ¿verdad?

-Lo es.

Dándose cuenta de que aquella voz no era la de Kaeloq, Kurtha Sedd se giró. Y reconoció al ultramarine que llevaba puesto el casco de su discípulo.

-Por la Palabra…

-Yo tengo una palabra para ti: dejaré que mi bólter la diga en mi lugar.

La ráfaga iluminó aquella oscuridad, abriendo como una fruta madura la coraza de Lathek y exponiendo sus entrañas. Se derrumbó con un gruñido sordo de dolor. El ultramarine que estaba encadenado, Hadrius, todavía con el cuchillo ritual de su torturador clavado en la clavícula, pateó la garganta de su captor cuando esté cayó al suelo.

Los gritos de alarma comenzaron a sonar por todas partes, fundiéndose con los de terror de los humanos que corrieron en todas direcciones en busca de refugio.

Sedd se movió más deprisa que sus guerreros y se puso a cubierto, gritando a sus discípulos restantes para que contraatacaran en el momento en que otro de ellos fue abatido.

Los Portadores de la Palabra no estaban a la altura de los Ultramarines como estrategas —quizá ni siquiera como guerreros— pero Thiel sabía que infravalorarlos como simples fanáticos sin cerebro era un error. Hadrius

aprendió la lección a un alto precio, cuando tras liberarse de sus cadenas intentó cargar contra Sedd: su garganta y su brazo derecho explotaron bajo el fuego de otro portador de la palabra. Thiel gritó de rabia y abatió al asesino del ultramarine.

Sólo quedaba otro legionario enemigo además de Kurtha Sedd; el resto eran cultistas humanos. Vultius surgió de entre las sombras y mató a dos con sendos disparos de su bólter. Estaba herido, pero firmemente decidido a luchar.

Otro de los cultistas surgió de la oscuridad; empuñaba un cañón automático con una cinta de munición ondeante, escupiendo versículos aprendidos en la lengua herética de sus amos. Un brillante disparo láser lo alcanzó en el pecho, derribándolo, haciendo nacer un ardiente cráter que lo recorrió hasta la espalda. Rowd tenía buena puntería, y Thiel agradeció tener al exconvicto cubriéndole la espalda.

El fuego continuado —el de Vultius y el de Thiel— contenía a los traidores, agazapados tras las consolas de mando. Bajo el ruido de los disparos, Thiel percibió el sonido de una salmodia rítmica, y reconoció la voz de Sedd.

-¡Capitán!

Vultius también lo había oído, pero estaba demasiado agotado, y permanecía apoyado tras una columna. El discípulo restante de Sedd alternaba sus disparos entre las posiciones de los dos ultramarines, repartiendo el fuego de supresión, impidiendo que Thiel obtuviera un blanco claro.

Pero Thiel no estaba solo.

-¡Rowd!- gritó por el canal de voz**.-¿Recuerdas aquellas latas en el campo?**

La respuesta de Rowd casi fue engullida por el ruido de los bólteres.

-Nunca las he olvidado.

Thiel sonrió.

-Dispárale a una por mí, ¿puedes, soldado?

Asomándose por encima de los escombros tras los que se parapetaba, la culata del rifle apoyada en su hombro, el ojo fijado en el blanco, Rowd hizo un único disparo. La línea de láser atravesó el humo, ardiente en mitad de las sombras de la sala, e impactó justo encima del ojo del portador de la palabra. Apenas le hizo daño, pero fue suficiente para que éste se girara y buscará el

origen de la nueva amenaza.

Aquel breve lapso en su concentración era todo lo que Thiel necesitaba: inmediatamente lo alcanzó con un proyectil en plena cabeza. Antes incluso de que el cuerpo decapitado tocara tierra, el ultramarine ya corría hacia Sedd tras descartar el bólter descargado.

Vultius se apartó de su cobertura en el momento en que el apóstol oscuro se ponía en pie, y descargó sobre él varios disparos. Los proyectiles explotaron contra el aura oscura que lo rodeaba, el resultado de algún arcano ritual de invocación que lo estaba protegiendo de todo daño.

Thiel dio con el práctico inmediatamente, descartando el empleo de la pistola que llevaba enfundada al cinto. A bordo del Honor de Macragge, las espadas y las hachas habían sido más efectivas contra los no-nacidos que las armas de fuego. Quizá retenían un poder simbólico vinculado a tiempos pretéritos, a los viejos métodos empleados para desmaterializarlos. Thiel no tenía ninguna hoja disponible, ni siquiera su cuchillo. Las había perdido en el accidente del Rhino, incluso su preciada espada electromagnética, un arma de la armería personal de su primarca. Cuando se habían desplomado, un capricho del destino había querido que el descarnado cayera sobre aquella espada, atravesándose con ella de parte a parte, estallando y cubriendo a Thiel con su sangre demoníaca. Cuando recuperó la conciencia, los fluidos de la criatura estaban pegados y cocidos sobre su propia armadura, y en ese momento había formulado el teórico que le diera el factor sorpresa que necesitaba y el práctico con el que explotar aquella ventaja. El casco que había tomado de Kaeloq, repugnante como era, había completado su disfraz. En aquel momento, mientras se abalanzaba sobre Kurtha Sedd, en el momento en que la piel del apóstol se retorcía y cambiaba presa de la mutación nacida de la disformidad, Thiel empleó de nuevo aquel casco. Arrancándoselo de la cabeza, agradecido por librarse del hedor de su interior, lo blandió como un arma.

Sedd deliraba, extasiado con el poder que notaba manar de su interior.

-¡El velo se rasga, y yo asciendo!

-¡Tú mueres!

Thiel clavó el cuerno retorcido en mitad del casco labrado como una calavera.

Sedd gritó con dos voces en el momento en que el ritual comenzó a fallar, y el cambio descontrolado comenzó a recomponerlo y devorarlo a la vez. Servoarmadura, piel y carne se fundieron en una columna de sopa gelatinosa que comenzó a humear y temblar.

Apartándose de aquella horrenda criatura, Thiel desenfundó su pistola y apuntó a aquella masa que había sido Kurtha Sedd.

-¡Acaba con él, Thiel!

Los disparos de Vultius fueron simultáneos a los suyos, y ambos ultramarines vaciaron los cargadores contra aquel engendro. La detonación de cada impacto lo redujo progresivamente, arrancándole pedazos hasta que no fue más que una fisura en la realidad que después se desvaneció.

El eco de los disparos de bólter de silenció, y una calma sólo interrumpida por los sollozos y las palabras de agradecimiento de los humanos cautivos descendió sobre el centro de mando.

Herido, Thiel se tambaleó, toda su voluntad centrada en el acto de permanecer en pie, apretando con todas sus fuerzas la pistola humeante, como si temiera que la cosa que él y el capitán Vultius habían erradicado pudiera aún volver al plano material. Se encogió cuando sintió una mano apoyada en su brazo.

-Calma, sargento. Se acabó.

Hombres y mujeres dejaban a un lado sus coberturas y parpadeaban a la vez que la luz de emergencia que volvía a funcionar.

Thiel dio un golpe secó con el pie al cadáver de un portador de la palabra, aquel al que Rowd había alcanzado.

-Tenemos que asegurarnos de que están todos muertos… asegurar la zona…

-Dentro de unos minutos…- dijo Vultius, posando suavemente una mano sobre la hombrera de Thiel a la vez que éste se dejaba caer sobre una columna derribada, exhausto. **-Me he equivocado al juzgarte, Aeonid, y lo siento. Eres un orgullo para la legión.**

-No lo he hecho todo yo solo.

Thiel miró a Rowd.

El soldado estaba derrumbado contra una pared, las piernas extendidas, la cabeza caída a un lado. Había un profundo desgarro en su traje antiradiación, uno que había estado allí desde que el techo del túnel se desplomara sobre ellos. No se movía, y había sangre en el interior de la máscara que colgaba de su cuello. Los ojos de Rowd seguían abiertos, pero no parpadeaban, y ya no

veían.

-Valiente e imbécil bastardo… Me seguiste a la superficie a pesar de todo…

Vultius siguió la mirada de Thiel.

-¿Un recluta de una división penal?

Thiel negó con la cabeza.

-Un agricultor, un marido y un padre- tras una breve pausa hizo un gesto hacia la pantalla verdosa que mostraba el mapa de las excavaciones de los portadores de la palabra. **-Imagino que encontraremos el corte de la línea de comunicaciones en uno de eso túneles…**

Vultius asintió.

-Organizaremos equipos de supervisión, repararemos la línea y solicitaremos refuerzos. Tú y yo no podemos dirigir todo esto solos.

Dejando escapar un suspiro de dolor, Thiel se puso en pie.

-Tendrá que dirigirlo sin mí, señor.

-¿Cómo?

Los ojos de Thiel mostraban una mirada cansada, y no sólo por la lucha.

-Tan pronto como llegue la siguiente ola de refuerzos, volveré a Macragge. Cometí un error volviendo aquí.

-Pero debemos seguir luchando, sargento Thiel.

-Sí, debemos seguir haciéndolo. Pero no aquí. Esto no es más que propaganda, y yo no estoy hecho para la política. Sólo conseguiré decir o hacer algo que me valga una nueva marca roja en la servoarmadura.

Vultius hizo gesto de emitir una protesta, pero tras unos instantes asintió y sonrió.

-Puede ser que tengas razón- irguiéndose, realizó un saludo marcial que Thiel respondió inmediatamente. **-Por el Emperador. Por Calth.**

Thiel dirigió una última mirada a Rowd.

-Sí. Por Calth.



La cañonera se elevó, alejándose de la desnuda pista de aterrizaje situada a varios kilómetros de lo que había sido la ciudad de Numinus. Los refuerzos de la XIII Legión habían sido desplegados, y en aquel momento un único astartes permanecía a bordo aparte del piloto.

Una voz crepitó a través del canal de voz de la cabina.

-Asegúrese, sargento.

Thiel bajó el armazón de seguridad magnético. Su bólter estaba colocado en el baúl de carga sobre su cabeza, junto con su espada electromagnética: después de que se hubo asegurado la arcología, había vuelto al lugar del accidente del Rhino para recuperarla; no se habría atrevido a presentarse ante lord Guilliman sin ella.

La servoarmadura de Thiel había sido reparada y pulida, pero los prácticos que había grabado sobre la ceramita aún permanecían allí. Él no los necesitaba para recordar sus planes de batalla, pero debía conservarlos como legado, preservar su lógica de batalla para generaciones futuras. Cuando volviera a Macragge, tenían intención de ofrecérsela a su primarca.

Cuando atravesaron la atmósfera del planeta, la voz del piloto resonó en el canal de voz de nuevo.

-¿Contento de partir, sargento Thiel?

-Contento de volver a la guerra. ¿Ha cambiado mucho en mi ausencia?

Hubo una pausa mientras el piloto hacía los ajustes necesarios para el vuelo en el vacío.

-¿No se ha enterado?

Thiel entrecerró los ojos, prestando atención de verdad a aquella voz por vez primera desde que habían iniciado el ascenso.

-¿Enterarme de qué?

-De lo que lord Guilliman está construyendo…

Thiel frunció el ceño.

-¿Qué está construyendo exactamente?

-Imperium Secundus.

FIN

LOBO
SOLITARIO

(Lone Wolf)

Chris Wright

TRADUCCION Dienekes488
ADAPTACIÓN VALNCAR



Mientras corre a través de ella, la tierra arde. Va tan rápido que podría estar volando, apenas tocando las placas carbonizadas, atravesando las lenguas azuladas que salen ondulando de las fisuras por debajo. Sobre él, el cielo está vivo, desgarrado por la aurora de un velo debilitado.

Ha visto la presa, elevándose por encima de la masa hirviente de cadáveres y eso es suficiente. Las hachas se alzan, recortadas contra el fuego, arrojadas a los rostros de los condenados mientras gritan, pero ninguna es suya.

Toda el Rout lucha a través de las extensas llanuras de batalla de Velbayne, enfrentando su furia a una hueste de locura. Los lobos están sueltos, arrojados al horno, justo donde quieren estar. Las manadas pelean, cubriéndose unas a otras, formando muros de escudos y cuñas de hachas. Aullantes criaturas nocturnas chocan contra ellos, aunque sus alaridos se congelan en las bocas impuras que se enfrentan a la ira de Russ. El Primarca todavía lucha, a pesar de que su inmensa presencia no puede ser vista, hay suficientes horrores en este campo de batalla para mantener ocupado incluso al Rey Lobo.

En cuanto a él, no tiene manada que proteja su avance, nadie que cubra su carga desesperada. Ha estado solo el tiempo suficiente y ahora ya no siente más la extrañeza de ello. Su hacha gira a su alrededor como unas boleadoras, silbando, acelerando, aumentando gradualmente para la lucha.

La presa se cierne sobre él. Es enorme y crustáceo, hirviendo con el fuego de un corazón negro. Sus alas, de piel desigual y dilatada, se abren en la noche torturada. Sus pezuñas agrietan la tierra debajo de ellas, su hacha rasga el aire mismo, sus rugidos hacen temblar el mundo.

Es una visión de los terrores mortales, fusionados y amontonados en proporciones colosales y forjados en la locura. Camina a grandes zancadas a través de los campos de muerte, arremetiendo con golpes ardientes. Los fuegos saltan para saludarle, ondulando a través de los músculos de sangre oscura y reflejándose en sus lomos manchados de aceite. Un enorme rostro bovino repleto de colmillos, lastrado por una corona de cuernos, se arruga en un gruñido de desprecio iracundo.

Se apresura. Ha visto a la criatura antes. Reconoce el rizo de la piel demoníaca, el hacha que porta, las runas de destrucción clavadas en lingotes de hierro. Recuerda lo que hizo la última vez que sus destinos se cruzaron.

¿Cómo iba a olvidarlo? No recuerda otra cosa.

Lo ve y su rugido de desafío estremece el campo de batalla. Cae con fuerza sobre su pierna delantera, enviando grietas corriendo a lo largo de las placas de filos de fuego. Su arma se mueve pesadamente, arrastrando serpentinas de sangre hirviendo desde el filo.

Para entonces, él va demasiado rápido como para detenerse. Salta, pasando más allá de las filas menores de terrores, dejándolos a un lado y atravesando su ineficaz cerco.

Grita por primera vez en años. Libera su lengua, mantenida en silencio desde que los últimos de sus hermanos de manada ardieron en las hogueras. Son recitados en el orden en que entraron en batalla. Se lo prometió a sus fantasmas tiempo atrás, cuando las brasas funerarias todavía brillaban como estrellas moribundas.

Alvi. Grita el nombre mientras golpea a la criatura por primera vez. La sangre del espesor del magma brota a través del filo de su hacha. Alvi, que no tenía apodo, que era el más puro de todos ellos. Alvi había muerto cuando su coraza fue aplastada bajo las pezuñas de la criatura, dando tajos a su carne antinatural incluso cuando su casco se llenó de sangre.

El demonio grita, formando un arco descendente con el filo de su hacha, pero él es demasiado rápido. Ahora se mueve como un rayo de tormenta, girando fuera de contacto y perforando desde cerca, inalcanzable, imparable.

Byrnjolf, Narrador de relatos. El skald de la manada, de extremidades pesadas pero de lengua ágil, el portador de la saga de la manada y de la memoria de sus matanzas. Byrnjolf había muerto cuando el puño de la criatura lo había arrastrado por abajo, arrojándolo en el fango de las eternas y miásmicas llanuras de plaga de Gryth. Con el narrador desaparecido, los relatos cayeron en el silencio.

El demonio intenta el mismo truco, pero él es demasiado astuto ahora. Es más viejo, templado en incendios mucho más calientes que los que alberga este mundo. Se arroja hacia un lado, girando para el siguiente ataque.

Eirik, Pelo dorado, imprescindible. Eirik la había rajado profundamente antes del fin, trepando por el propio cuerpo de la criatura para apuñalarla.

Él hace lo mismo ahora, utiliza su enormidad contra ella, contrarrestando la corpulencia con la velocidad. El hacha del demonio barre a su alrededor, pesado como un péndulo, y no le alcanza por el grosor de un dedo. Hunde su arma en el pecho, agarrándose a las cadenas de hierro para detener su caída

y elevarse más alto.

Gunnald Portador del escudo. ¿Cómo pudo Gunnald morir? ¿Qué fuerza podría acabar con semejante bastión de desafío? Gunnald había capeado lo peor de todo hasta el final, blandiendo su martillo del trueno y escupiendo maldiciones incluso cuando fue estrangulado.

No va a intentar lo mismo. Él no tiene el peso de Gunnald y por ello emplea la velocidad, trepando por la piel de placas de hierro del demonio. La criatura intenta zarandearle y falla. Él puede sentir el miedo de su montura. Ahora sabe quién es él.

Hiorvard. Hrani. Los gemelos, luchando juntos como siempre, alzando los bólteres y llenando el aire con cortinas de poder explosivo. Sólo fueron derribados cuando la criatura rompió el asalto y apartó a los últimos portadores de espadas. Recordó la forma en la que dejaron a un lado sus armas, con las espadas desenvainadas y cargando. Murieron como habían vivido, hombro con hombro.

No más nombres. Está luchando como enloquecido, aferrándose a los hombros del demonio con su garra artificial y usando el hacha con la otra. La criatura trata de quitárselo de encima, para arrojarlo lejos como hizo anteriormente, pero ahora sus garras son más afiladas.

Todo es más difícil, más profundo, más viejo, más sabio, más duro. Al matar a su manada la criatura le ha convertido en un matador de una talla apocalíptica. Es como los viejos cazadores de leyenda, tomando su fuerza de los muertos.

La criatura golpea con su hacha y ruge en señal de triunfo. Observó el filo caer, un destello rojo impactando sobre la tierra hirviente. Al detenerse para mirarlo, el demonio cometió su error.

Él lo había estado esperando. Su garra de lobo alcanzó el cuello de la criatura. Las cuchillas de adamantina, crepitando con energía actínica, se clavan firmemente alrededor de los músculos demoníacos, presionando juntos los fibrosos tendones.

La criatura se revuelve. Le lanza zarpazos. Sus garras rastrillan su espalda blindada. Todo lo que tiene que hacer ahora es aguantar. Presiona con más fuerza, clava profundamente, empujando el aire físico de los pulmones artificiales. Aprieta los colmillos mientras sangra por las heridas que el demonio le ha infligido.

Su piel explota, sus vasos sanguíneos se hinchan y derraman, su fuerza decae.

Él se cuelga sobre la criatura, estrangulando su vida a medida que cae a sus rodillas. La batalla se libra en torno a ellos, un torbellino de furia desenfrenada, pero el demonio ya no puede ver esto.

Sus ojos rojos le miran por última vez y él le devuelve la mirada. La criatura se ahoga y se retuerce, pero él no se detiene.

Sólo cuando la criatura se ha ido, con su cuerpo mortal convirtiéndose en restos inertes y cenizas, levanta la garra sangrienta en señal de triunfo. Se arranca el casco y alza su larga cabellera hacia el cielo. Degustando el aire sin filtrar, aúlla triunfalmente.

Sus hermanos vivos aúllan con él. Saben que ahora él va a volver con ellos. Saben la clase de cosa a la que realmente ha matado.

Se alza sobre el cadáver humeante del demonio, aplastando con sus botas los hombros caídos. Sólo queda un nombre por pronunciar, el último miembro de la manada, aquel que persiguió la venganza a través del mar de estrellas, aquel al que han llamado el Lobo Solitario por demasiados años.

Bjorn

FIN

DESPUÉS DE LA PALABRA

Legados de traición es algo así como una primicia para la serie Herejía de Horus, en el sentido de que se trata de una antología compuesta en su totalidad por historias que ya han estado disponibles en otros lugares, en un formato u otro. De hecho, muchas de estas historias han estado disponibles en varios formatos diferentes hasta ahora...

Tomemos el'Señor de la Guerra' de John French - aparte de ser una excelente muestra de la mente del propio Horus, este pequeño cuento comenzó como un exclusivo audio drama en MP3 en el Calendario de Adviento de 2012 en el sitio web de la Biblioteca Negra. Luego se incluyó en la antología de audio en el CD digipack Ecos de la ruina, junto con un PDF del guión de la grabación en el disco de bono. Ahora, ha sido publicado como un cuento corto en una antología que pasará por la progresión habitual de la edición en rústica, en rústica y en rústica del mercado masivo durante el próximo año más o menos, para que puedas añadirlo a tu colección de la forma que desees.

Eso no quiere decir que estas historias son sólo huérfanos, recogidos y pegados con cinta el tiempo suficiente para llegar a sus manos ávidas - cada uno de ellos cuenta con un personaje que ha sido afectado por los horrores de la guerra civil galáctica en curso, y que aún puede tener un papel más importante que desempeñar. La hermandad de la tormenta, por ejemplo (novela de edición limitada, luego novela de tapa dura no limitada, eBook, audiolibro, y ahora también presentada en esta antología) muestra los comienzos de la rivalidad que casi termina con la Legión de las Cicatrices Blancas en la posterior novela de Chris Wraight, Scars. De manera similar,'La divina palabra de Gav Thorpe (antología exclusiva del evento, eBook, y ahora la versión editorial no cortada que acabas de terminar de leer) podría mostrar los comienzos de un nuevo viaje espiritual para el joven Marcus Valerius.

¿Qué es Legados de Traición, entonces?

Una antología, desde luego. Pero más que una antología, es una colección - una colección de historias de Herejía de Horus, vinculadas no sólo entre sí, sino también con la narrativa más amplia y con libros específicos dentro de ella. Algunos de ustedes, por varias razones, no habrán escuchado cada audio drama o leído cada eBook o edición limitada. En lugar de perderse algo del material conectivo vital dentro de esta serie monolítica, ahora puede leer y disfrutar de todas estas historias, y poner este libro en su estante junto a todos sus otros libros de tapa dura.

La serie Herejía de Horus también es una colección, en cierto modo, y cada

historia es relevante.

Como editores, siempre estamos buscando maneras para que nuestros autores vinculen mejor las novelas con el fondo (y viceversa), y muchas de estas historias nacieron de discusiones sobre cosas que queremos ver en el futuro, o cosas que sentimos que se han perdido o malinterpretado en el pasado. La Luna del cazador es interesante, ya que toma la relativamente nueva idea de los paquetes de relojes de los Lobos Espaciales y retrocede un poco en la línea de tiempo para mostrar algo que de otra manera parece tener relativamente poca relación con el resto de la guerra.

¿O no? Eso es lo que pasa con la Legión Alfa, nunca se sabe.

Conexiones, colecciones, antologías, novelas. Si le quitas el ojo de encima a la serie para una sola versión, es posible que te pierdas el comienzo de algo vital más adelante. Cada historia está cargada de continuidad, y diez mil años de importancia futura.

Esto nos lleva a otra gran cosa sobre colecciones como ésta -nuevas ediciones, formatos diferentes, etc.-, ya que nos dan la oportunidad de ampliar el formato original de una historia. Si comparas cualquiera de las versiones de audio drama con las historias impresas en esta antología, vas a encontrar pequeños ajustes y cambios. En algunos casos esto puede ser tan poco como una línea de narración convertida en dirección de efectos de sonido, pero en otros puede ser un personaje eliminado o una nueva sección completa añadida para servir mejor a los detalles del medio de narración. Además, huelga decir que la versión más reciente publicada de una historia es siempre la versión más definitiva.

¿Cómo, entonces, resumes una colección como Legados de Traición de una manera visual? ¿Cómo puede un artista, incluso uno tan talentoso como Neil Roberts, esperar transmitir tantos temas y eventos diferentes en una sola obra de arte de portada?

Tengo que confesar que eso nos dejó perplejos por un tiempo.

Originalmente, hice una lista de escenas impresionantes de las historias de la antología - las Salamandras emboscando a los motociclistas de los Señores de la Noche en "golpear y desaparecer", Devoradores de Mundos masacrando a los asaltantes de eldar en "Los Clavos del Carnicero ", y la temible acción de abordaje en "Hendido" - pero ninguna de ellas parecía encajar en la antología como un todo.

La respuesta fue mirándonos a la cara, por supuesto. Los personajes de estas historias son los futuros héroes (y villanos) del universo Warhammer 40.000,

por lo que un conjunto que recuerda a la portada de The Primarcas le da a los traidores de los Marines Espaciales su primer sabor real de protagonismo. Algunos de estos rostros son reconocibles al instante, mientras que otros son un poco más oscuros. Algunos de ellos son sólo el trabajo de fantasía de Neil, y probablemente nunca descubriremos cuáles podrían ser sus historias...

¿Veremos el mismo tipo de trato para los personajes leales en el futuro? Casi con seguridad - hay muchas más historias que decidí no incluir en esta antología en particular, y las razones para ello probablemente se harán evidentes a medida que la serie Herejía de Horus avance.

De cara al futuro, siempre habrá más antologías y colecciones. Black Library continúa entregando nuevos y emocionantes contenidos en una amplia gama de formatos, y queremos que la mayor cantidad de gente posible pueda disfrutar de ellos en el formato o formatos que más les gusten.

Aquí está la prueba. Lo tienes en tus manos ahora mismo.

Laurie Goulding
Julio de 2014